

MIGUEL IZU

El asesinato de  
CARAVINAGRE



se

Lectulandia

Pamplona, 6 de julio. Han comenzado los sanfermines. Amparándose en el bullicio y en la multitud festiva que llena las calles, alguien ha disparado mortalmente contra Caravinagre, la figura más popular de la Comparsa de Gigantes y Cabezudos. Rafael Echarte, abogado novato aunque ya cuarentón, tiene que renunciar de momento a las fiestas para defender a un sospechoso del asesinato que ha sido detenido. Mientras trata de obtener su libertad y averiguar la verdad de lo sucedido, recibirá consejos de que abandone el caso, inquietantes ofertas de ayuda y advertencias de que su cliente puede ser el chivo expiatorio de una intrincada conspiración con amenazadoras ramificaciones políticas.

Miguel Izu, pamplonés, buen conocedor de las fiestas de San Fermín, construye una enrevesada intriga policial que sigue los pasos de un melancólico y meticuloso abogado agobiado por tiempos de crisis económica y por su propia crisis personal. Al tiempo que describe diversos ambientes de la ciudad y de sus fiestas, hace desfilar una galería de curiosos personajes y se aproxima a algunos aspectos de la compleja realidad política y social de Navarra, conduciendo el relato hacia un desconcertante desenlace.

**Lectulandia**

Miguel Izu

# **El asesinato de Caravinagre**

ePub r1.0

Titivillus 06.07.16

Miguel Izu, 2014

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Delante van chiquillos mil,  
con miedo atroz dicen «¡Aquí!».  
Un cabezón viene detrás  
dando vergazos y haciendo chillar.

Después vienen los muchachos  
en un montón fraternal  
empujando a los gigantes  
con alegría sin par,  
porque llegaron las fiestas  
de esta gloriosa ciudad,  
que son en el mundo entero  
una cosa singular.

M<sup>a</sup> Isabel Hualde Redín

Letra del Vals para Banda *La alegría en San Fermín* del maestro Astráin

## Sábado, 6 de julio

El día empezó, como con un mal augurio, con el incidente de las gafas desaparecidas. Rafael Echarte usaba lentes de contacto y gafas. Por la noche guardaba las lentillas en su estuche y se ponía unas gafas que, en el momento de acostarse, dejaba sobre la mesilla. Siempre sobre la misma mesilla, la del lado derecho de la cama. Cuando se despertaba alargaba la mano y encontraba las gafas siempre en el mismo lugar. Esa mañana no fue así. Las gafas no estaban en su sitio. Palpó la superficie de la mesilla mientras acercaba sus ojos miopes para comprobar que allí no había nada. Palpó y miró por el suelo pensando que, quizás, en sueños las había golpeado y hecho caer. Miró en la otra mesilla, registró la cama, arrancó las sábanas, levantó el colchón. Le dominó la ansiedad, no solo porque sin las gafas y con su visión borrosa se sentía incómodo, sino porque aquello no era normal. Era un hombre en extremo metódico y ordenado. Las cosas siempre estaban donde debían estar, cada una en su sitio, siempre en el mismo sitio. Recordaba perfectamente donde estaba todo en su casa, exactamente donde él lo había dejado, porque vivía solo y pocas veces recibía visitas. Perder algo le incomodaba terriblemente porque representaba la ruptura del orden, un orden establecido con dedicación y minuciosidad, y por lo inusual del hecho. No solía extraviar nada. Presumía de usar el mismo llavero desde hacía más de treinta años y lo enseñaba orgulloso con la fecha que llevaba grabada para que los demás comprobaran que nunca jamás había perdido las llaves. Sacó unas gafas viejas, insuficientemente graduadas, y se las colocó como medida de emergencia. Salió perplejo del dormitorio. Inspeccionó el cuarto de baño, el salón, la cocina. Ni rastro de las puñeteras gafas. Volvió sobre sus pasos haciendo memoria. Sí, cierto, había estado cenando la noche anterior con unos amigos y había bebido unas copas de vino. Pero no había sido un gran exceso y se había recogido relativamente temprano, apenas salieron del restaurante. Recordaba perfectamente la vuelta a casa en un taxi, el precio de la carrera, haberse quitado las lentillas, haber puesto la televisión y haberse tumbado en el sofá para comprobar que los adivinos, las teletiempos y la publicidad de teléfonos eróticos seguían allí como cualquier otra noche que se desliza hacia la madrugada. Recordaba haber apagado el aparato, comprobado que la ropa blanca para el día siguiente estaba preparada sobre una silla y haberse metido en la cama. Y juraría que, como siempre, de forma automática había dejado las gafas sobre la mesilla. Volvió a examinar la habitación palmo a palmo, abrió cajones en los que jamás nunca habría guardado las gafas, se arrastró bajo la cama, se desesperó nuevamente intentando averiguar qué había pasado allí. Por fin se rindió, al menos provisionalmente, y se dirigió a la cocina pensando en prepararse el desayuno. Abrió el frigorífico. Allí estaban. Mirándole desde el estante superior, entre el melón y las uvas blancas. Frías. Las cogió y se las puso en la mayor de las confusiones. ¿Cómo podían haber acabado allí? Hizo memoria de nuevo. Sí, había abierto el frigorífico anoche, como siempre, para tomar un trago de leche. Pero no tenía el menor recuerdo

de haber dejado ahí las gafas, por otro lado un acto perfectamente absurdo. Se preguntó a qué edad se podía empezar a tener síntomas de Alzheimer o de alguna otra enfermedad mental. Había cumplido poco más de los cuarenta. Demasiado pronto para preocuparse, pensó, aunque se preocupó igualmente. Prefirió creer que había bebido más de lo que pensaba, que el vino le había sentado peor de lo habitual. Pero la molesta sensación de que algo no iba bien, de que nada iba bien, ya no le dejó durante todo el día.

Desayunó, como hacía habitualmente, delante de la pantalla del ordenador con los periódicos digitales. Reconocía que ese era uno de sus pocos vicios, empezar el día con un vistazo a la prensa. Solía recordar una frase de su amigo Jon, periodista, es un milagro que cada mañana salga un periódico nuevo. Milagro no con el significado de que no haya explicación, trabajo nos cuesta que salga, precisaba Jon, sino como signo de que el mundo tiene un orden y un sentido. Aunque Jon era agnóstico tenía sus momentos místicos. Rafael echó solo una ojeada rápida a los titulares, eran casi las diez. A las once menos cuarto había quedado para almorzar. Se apresuró para afeitarse, darse una ducha, colocarse las lentillas, vestirse con la ropa blanca que había sacado del fondo del armario y planchado la tarde anterior, enrollarse a la cintura y anudarse la faja roja, meterse el pañuelo rojo en el bolsillo y salir corriendo para el centro. Habían quedado en el Club Taurino. La idea había sido de Mikel, que había reservado la mesa con dos meses de antelación, y gracias que la he conseguido, contó, para el día seis en el centro está todo abarrotado, y había insistido a todos los demás del grupo para quedar. Como en los viejos tiempos, repetía, este año estamos todos.

A Rafael le había dado bastante pereza. Hacía cuatro o cinco años que la costumbre de almorzar juntos el día seis de julio, antes del chupinazo que da inicio a las fiestas de San Fermín, había decaído. En realidad, habían ido decayendo todas las costumbres que habían compartido durante muchos años. Más de veinte, desde que todavía estaban en el colegio hasta que se había producido la desbandada. El grupo se había conseguido mantener unido hasta más allá de la treintena gracias a que todos habían encontrado trabajo en Pamplona. Casi ninguno hizo el servicio militar, en una época en que empezaba a estar camino de ser extinguido, lo evitaron alegando alguna exclusión médica o haciéndose objetores de conciencia, y los que sí lo hicieron, Iñaki y Mikel, fue como oficiales de complemento y lo compaginaron con los estudios, apenas tuvieron que pasar algunos meses fuera de Pamplona y en destinos cercanos, Jaca y Zaragoza. Solamente Jorge, al acabar la carrera de periodismo, tuvo que irse a trabajar a Madrid, pero logró volver pasados tres años y entrar a trabajar en *Diario de Navarra*, y Rafael pasó un año en Roma investigando para su tesis doctoral antes de volver y ser contratado en la universidad. Que todos se fueran ennoviando tampoco los separó. Lograron que las respectivas se fueran incorporando a algunas de las

actividades del grupo, las cenas de los sábados, las salidas al campo —todavía decían «al monte», pero en realidad ni se ponían las botas ni subían ningún monte, todo se limitaba a dar un paseo y acabar comiendo en algún restaurante típico o en alguna sidrería—, algunos puentes o vacaciones en cuadrilla. No fueron invitadas al partido de fútbol de los jueves, esa era una actividad sagrada solo para hombres, como los campeonatos de fútbol y esas comidas en la peña de vez en cuando que empezaban a media mañana y terminaban a altas horas de la madrugada siguiente. La cosa se complicó cuando empezaron las bodas. Siete bodas en siete años. Todos menos Rafael, y menos el pobre Tomás, claro, que murió de sida a los veintitrés años. Una enfermedad entonces maldita que todos se sintieron obligados a explicar mil veces; no, no era drogadicto; no, no era homosexual. Tenía de nacimiento una enfermedad rara que le obligaba a muchos pinchazos y transfusiones, le debieron contagiar con muy mala suerte con una aguja infectada o una sangre contaminada en aquellos primeros años en que todavía no se conocían bien ni el virus ni las medidas de prevención.

El primero en casarse fue Iñaki, que salía con Carmen desde el primer año de la carrera. Desde el primer mes, en realidad. Se conocieron el primer día de clase y no se enteraron de nada de lo que les explicaron sobre el derecho romano porque estaban bajo el influjo de un flechazo mutuo. Cuando ambos lograron tener un trabajo estable, él sacó las oposiciones de notario, ella logró montar un despacho de procuradora con una amiga, iban camino de cumplir los doce años de noviazgo y decidieron pasar por el altar. Una vez abierta la veda, los demás fueron pasando también por la vicaría o por el juzgado. El último Carlos, que decidió súbitamente abandonar su vida desordenada, una novia distinta cada año, alguna vez dos al mismo tiempo, un trabajo diferente a cada poco, una mudanza cada vez que cambiaba de novia o de trabajo que le había llevado a vivir en casi todos los barrios de Pamplona y en varios pueblos de la Cuenca. Se casó con Edurne pese a que se conocían solamente desde hacía seis meses. Contra los pronósticos que todos habían hecho el día de la boda, en voz baja y a sus espaldas, y para desesperación de alguno que hasta apostó dinero, siete años más tarde Carlos conservaba la misma mujer con la que parecía feliz y reformado. También el mismo trabajo como profesor de acordeón complementado con bolos diversos en varias bandas y orquestas.

El descalabro del grupo llegó con los hijos. Después de casarse todos se pusieron a procrear, unos con tiento como Eneko y Arantxa, que solo tenían una niña, otros sin contención como Iñaki y Carmen que tenían cinco retoños. Las obligaciones paternas les fueron alejando. Las salidas al campo o a la playa o las vacaciones conjuntas desaparecieron después de algún frustrante intento de hacerlas con niños pequeños que persuadieron a todos de su inconveniencia. El partido de los jueves quedó indefinidamente aplazado por inasistencia reiterada de algunos jugadores que impedía completar los equipos. Las comidas se evaporaron y las cenas fueron teniendo cada vez más bajas. Llegó un sábado en que Rafael, único soltero



superviviente, tuvo que declarar de forma solemne, aunque completamente a solas porque todos los demás habían ido excusando su asistencia a la cena programada, el fin de una época. A partir de ahí tiró de la agenda para buscarse otros planes con otra gente sin hijos, o con hijos ya criados. Sus contactos con los miembros del grupo se hicieron mucho más esporádicos. Como solía decir Pilar, la socia de Rafael, Pamplona es una ciudad lo suficientemente grande como para que pases años sin encontrarte con gente que conoces y a la que te gustaría ver, aunque lo suficientemente pequeña como para que te encuentres a cada paso con gente a la que desearías no ver. Muchos meses más tarde de la última cita frustrada Rafael se encontró un día por la calle con Koldo que le preguntó:

—Qué, qué tal, ¿seguís quedando los sábados?

Rafael pensó que era muy posible que cada uno de sus amigos estuviera pensando que era el único que había desconectado, por fuerza mayor y provisionalmente, de los demás, pero que creyera que la vida seguía exactamente igual para el resto. Intentó hacerle aterrizar en la realidad de que el grupo estaba más extinguido que los dinosaurios y Koldo se revolvió.

—¡Eso no puede ser! ¡Tenemos que quedar alguna vez!

Del encuentro surgió, por empeño sobre todo de Koldo y de Carlos, la nueva tradición de la cena mensual. Una vez al mes —salvo en las inevitables vacaciones estivales o navideñas— uno de los ocho debía encargarse de convocar a los demás y de reservar mesa en un restaurante. El breve debate, por correo electrónico, sobre si procedía cenar en la peña se resolvió con la conclusión de que por parte de nadie había muchas ganas de tomarse el trabajo de otros tiempos de hacer la compra y de cocinar.

El primer año la cosa fue bien y se cumplió el programa todos los meses. Solo hubo un pequeño incidente en el primero. Aparecieron tres mujeres en el sobreentendido de que las cenas eran con pareja. Las que acudieron se molestaron por ser tan pocas y más porque la mayoría hubiera dado por hecho que la cena iba a ser solo para hombres, así que decidieron no volver nunca. Las que no habían sido invitadas se molestaron todavía más. Después de muchas disculpas mutuas y de alguna bronca matrimonial quedó establecido que las cenas eran sin mujeres. El segundo año Eneko se excusó el tercer mes, precisamente el mes en que le tocaba organizar a él, cosas del trabajo, dijo, pero luego desapareció de todas las cenas e Iñaki de algunas. El tercer año solo se celebraron la mitad de las previstas con discreta asistencia. No hubo cuarto año. La tradición fue clausurada y sustituida, a iniciativa de Iñaki, por la de una cena prenavideña anual —con pareja— que solo se celebró una vez con algunas ausencias. La siguiente Navidad simplemente nadie se molestó en organizar nada.

Rafael sospechaba que la principal causa de que llevaran tanto tiempo sin reunirse no eran ni el trabajo, ni los hijos, ni que varios de ellos ya no vivieran en Pamplona sino que se hubieran mudado a las urbanizaciones de unifamiliares y adosados que

habían ido creciendo como setas por la Cuenca, a Gorráiz, a Artica, a Mutilva o a Cizur Menor, ni la falta de tiempo que todos alegaban como excusa. La razón última era la falta de ganas. Cada vez tenían menos cosas en común de las que hablar porque sus vidas también tenían cada vez menos cosas en común. Y de algunas cosas ya no tenían ganas de hablar. De política, sobre todo. Algunas cenas habían acabado a gritos porque había posiciones políticas difíciles de conciliar con unas copas de más.

La mañana era cálida, el sol brillaba, el cielo lucía despejado y la parada de la villavesa estaba llena de gente perfectamente uniformada de blanco y rojo. A Rafael le gustaba ese súbito cambio de apariencia que se producía en la gente de Pamplona todos los meses de julio entre la noche del día cinco y la mañana del día seis. El color blanco inmaculado proclamaba que algo grande estaba a punto de empezar. El autobús llegó ya bastante lleno y quedó abarrotado antes de reemprender la marcha. Aunque todavía quedaban varias paradas antes de llegar al final de la línea, y aunque en todas las paradas había gente esperando, el conductor ya no se detuvo en ninguna. Simplemente, no cabía una sola persona más. Rafael se bajó con toda la multitud en la plaza de las Merindades, lugar donde acababa la línea durante los sanfermines ya que el tráfico quedaba cortado en el centro. Se encaminó hacia el Club Taurino, al inicio de la calle Arrieta, entre la Plaza de Toros y el parque de la Media Luna, dando un rodeo para intentar evitar la avalancha de gente que ya empezaba a formarse por la avenida de Carlos III y sus alrededores. Llegaba justo a la hora, lo que le hizo suponer que no sería de los últimos. La puntualidad británica, en Pamplona, ha sido siempre cosa de británicos.

Buscó la mesa que habían reservado en la terraza, una optimista apuesta de Mikel notoriamente arriesgada, los sanfermines pueden salir lo mismo asfixiantemente calurosos que fríos y lluviosos, pero que a la postre había resultado afortunada. Ya sentados estaban Jon y Leire, Carlos y Edurne y Koldo, que había anunciado que acudía sin su mujer, Lucía, que era enfermera y a la que le había tocado trabajar. En las demás mesas todo el mundo estaba ya almorzando los obligados huevos fritos con jamón o chistorra, en algunas incluso estaban acabando y tomando el café. Eneko había propuesto no quedar demasiado pronto y ver el chupinazo por la televisión sin moverse del Taurino. Hacía muchos años solían ir a verlo juntos a la plaza del Ayuntamiento. Con la edad dejó de apetecerles aguantar los empujones, las apreturas y ser remojados con cava o sangría y rebozados en harina y se trasladaron a la plaza del Castillo. Pero, como alegó Eneko, últimamente también se juntaba demasiada gente en la plaza del Castillo viendo el chupinazo por la pantalla gigante de televisión. Para él, que siempre había sido muy tranquilo, en realidad había habido siempre demasiada gente en todas partes y no era extraño que propusiera la alternativa menos tumultuosa posible. Los demás aprobaron la propuesta sin discusión ya que ofrecía mucha comodidad.

—Así que, por fin, te has animado —le saludó Edurne.

Rafael había estado dudando si acudir hasta el último momento. Aparte de no estar convencido de la necesidad de reanimar el grupo, y menos en sanfermines, la fecha le resultaba especialmente inconveniente. Al día siguiente tenía guardia en el servicio de asistencia al detenido del colegio de abogados. Había tenido la mala suerte de que le tocara justamente el día de San Fermín, para el que no se habían presentado voluntarios, y eso quería decir que necesitaba dormir bien y levantarse pronto, y en buen estado, para estar disponible durante, al menos, veinticuatro horas seguidas. Era el primer año en el que estaba incorporado a ese servicio para el que exigían llevar los tres años de colegiado que había cumplido hacía pocos meses. Se había apuntado con la esperanza de adquirir más experiencia y de hacer contactos, algo menos por ingresar algún dinero extra ya que le habían advertido de que el erario pagaba poco y tarde. Le resultaba muy incómodo pero, a su edad, era todavía un principiante a consecuencia de haber decidido un súbito cambio de profesión. Después de casi quince años en la universidad como profesor de historia del derecho la había dejado para ejercer como abogado. Pronto descubrió que no le bastaba con saber derecho. Había que conocerse muchos trucos sobre cómo manejarse en los tribunales, con los jueces, con los fiscales, con los secretarios y demás funcionarios y, sobre todo, con otros abogados. Además de lo que dicen las leyes, había que saber en qué casos a nadie le iba a interesar que se aplicaran, había que conocer la multitud de costumbres procesales impuestas a espaldas de la ley, había que aprender cantidad de cosas que no estaban escritas en ninguna parte. Aunque después de tantos años de dar clase no tenía dificultad para hablar en público, advirtió que no era lo mismo hablar a unos alumnos que a unos magistrados con toga, gesto adusto y prisa por ir concluyendo cada una de las muchas vistas que tenían señaladas cada día. Aprendió que no siempre se ganaba solo por tener la ley de su parte.

—Te hubiéramos puesto en la lista negra si no vienes —le dijo Leire mientras le daba los dos besos de rigor.

Rafael estrechó las manos de sus amigos, una costumbre que no tenían antiguamente pero que desde que apenas se veían habían formalizado.

—Me he animado, pero no aguantaré hasta la hora del encierro como antiguamente. Me tengo que retirar pronto y en estado presentable —dijo Rafael que, anteriormente, cuando se cruzaron entre todos algunos correos electrónicos para concretar la cita, ya había comunicado a todos sus obligaciones.

—Para aguantar toda la noche hasta el encierro me parece que ya no estamos ninguno —rio Koldo.

—Habla por ti, que estás hecho un muermo, yo no excluyo correr el encierro —saltó Carlos, con una seriedad que el resto sabía completamente falsa.

Muy pocas veces habían corrido el encierro y de eso hacía ya demasiados años, cuando estaban en la veintena. La primera vez que Rafael corrió el encierro fue con Jon y Jorge, igual de primerizos que él. Se apostaron en la segunda mitad de la calle

Estafeta y esperaron a que sonara el cohete. Nada más estallar el primer cohete, el que ordena la apertura de las puertas del corralillo de Santo Domingo, la gente empezó a correr. Se dejaron arrastrar por la masa y oyeron el segundo cohete, el que indica que todos los toros están en la calle, cuando ya tenían recorrido un trecho. Llegaron empujados por la muchedumbre hasta la Plaza de Toros aunque no había todavía la menor señal de que los animales estuvieran próximos, pero era imposible resistir la avalancha. Tuvieron que esperar a que llegaran los toros apoyados en la barrera y los vieron entrar y dirigirse a los corrales a una considerable distancia. Conscientes de haber hecho el ridículo y de haber entrado en la Plaza entre los «valientes» que ni huelen a los toros, a los dos días lo intentaron de nuevo. Esta vez les acompañó Carlos y se pusieron cerca de la mitad de la Estafeta, junto a la pared para no dejarse empujar, y no se movieron cuando sonó el primer cohete. Esperaron un tiempo prudencial, después del segundo cohete, antes de empezar a correr, primero despacio y luego cada vez más deprisa, acompasando el paso a la masa de gente que tenían alrededor y a los gritos que les anunciaban que cada vez debían de estar más cerca los toros. Hacia el final de la calle Rafael se sintió empujado de forma irresistible hacia la izquierda y oyó ruidos que interpretó como los producidos por la manada al pasar velozmente por algún lugar a su derecha. Se detuvo sin haber visto nada parecido a un toro. Vaya, no es tan fácil ponerse delante, pensó. Jon, Carlos y Jorge se reunieron con él y contaron parecidas experiencias de sentirse llevados por la multitud y de no ver a los astados. Si habían estado en situación de peligro, ni se habían enterado, por lo cual no se sentían como unos héroes sino de nuevo como unos novatos con una actuación poco gloriosa.

No lo intentaron de nuevo hasta el año siguiente. Empezaron a correr más tarde, intentando deshacerse de la masa humana que les había impedido el año anterior ver a los toros, pero fue inútil y el resultado se pareció demasiado, salvo que los toros les sobrepasaron un poco más arriba de la calle. Tras larga deliberación durante varios días, decidieron jugárselo el todo por el todo e ir a correr a la cuesta de Santo Domingo. Lo más arriesgado, pensaron, donde arranca el recorrido y donde los toros salen a mayor velocidad, pero también donde hay menos densidad de corredores. Les emocionó corear la música compuesta por el maestro Turrillas para el himno de la peña La Única, los tres cánticos de rigor ante la hornacina con la imagen del Santo, «a San Fermín venimos, por ser nuestro patrón...». Las voces igual de roncas, la boca seca y el mismo miedo a flor de piel que todos los que les rodeaban. Comenzaron a correr con el segundo cohete, igual que los demás, y fue visto y no visto, los toros les adelantaron en pocos segundos. Pero aunque fuera durante una décima de segundo y de reojo, sí habían visto pasar a los toros a su lado, habían oído sus pezuñas sobre los adoquines y los cencerros de los cabestros, los habían olido y habían sufrido y disfrutado el subidón de adrenalina. Así que decidieron convertirse en corredores de Santo Domingo. La única dificultad era que, a aquella edad, les gustaba demasiado beber y trasnochar así que rara vez llegaban en condiciones a las ocho de la mañana

para correr el encierro, y también les costaba ser capaces de retirarse pronto a dormir y madrugar para ir a hacerlo en buen estado. Durante los siguientes años corrieron solo unas pocas veces más, una o ninguna cada año, algún año dos, sin llegar nunca a considerarse corredores expertos de los que se arriesgan a correr entre las astas. Prudentemente, siempre tendieron a ocupar los laterales de la calle. Nunca tuvieron ningún percance, pero a partir de los treinta años les había entrado la desgana, o quizás una mayor sensatez, y dejaron de correr. Si es que alguna vez hubo algo que demostrar, si hubo algo que experimentar, si hubo algo que aprender, a esas alturas ya debía de estar logrado, decidieron. O ya era inútil seguir intentándolo.

—¿Qué tal va todo? —preguntó Edurne a Rafael una vez que este se hubo sentado.

—El mundo va fatal, ¿o es qué no lees los periódicos?

—Bueno, pero lo tuyo. ¿Te has echado ya novia? Si no, tengo una amiga recién divorciada que necesito colocar.

—Ni hablar, no me interesan mujeres resabiadas —bromeó Rafael con intención de cambiar de tema rápidamente. La insistencia de sus amigas en que tenía que buscarse novia le incomodaba. Solo han pasado... dudó y contó mentalmente. Cuatro años. Cuatro ya, se sorprendió a sí mismo. Da igual, resolvió, y pasó al contraataque—. ¿Y aquí nadie se divorcia? Esto desafía a la estadística. La mitad de los matrimonios se divorcian y vosotros no os dais por enterados. No sé qué influencia benéfica tiene mi presencia, pero de todas las bodas a las que he asistido, ninguna ha acabado en divorcio.

—Por ahora, querrás decir, por ahora, que yo me lo estoy pensando —contestó Carlos fingiendo seriedad y mirando a Edurne—, aguantar a esta pesada es más duro de lo que pensáis.

—La que va a pedir el divorcio soy yo, que no sé cómo te soporto —replicó Edurne, aunque dejó de prestar atención a su marido al fijarse en otra pareja que se acercaba—. ¡Hola! ¡Mikel! ¡Cuánto tiempo! ¡Evita! ¡Ya era hora de que nos viésemos!

Mikel y Eva iniciaron una ronda alrededor de la mesa para repartir besos y apretones de manos antes de sentarse.

—Y que lo digas, hace cantidad de tiempo —dijo Mikel.

—¿Cómo estás vos? —saludó Eva.

Pese a que llevaba años en Pamplona, Eva se resistía a perder su acento porteño y a la menor ocasión reivindicaba su origen argentino. Aunque no le entusiasmaba, tenía que tolerar resignadamente la consecuencia de que todo el mundo le llamara Evita. Había llegado a Pamplona a ampliar estudios en la tierra de sus abuelos, emigrantes del valle de Baztán a Buenos Aires, pero después de encontrar a Mikel ya solo volvió a su país natal de vacaciones. Se habían conocido en la gaueskola a la que acudían ambos para aprender euskera o, en el caso de ella, para mejorar sus rudimentarios conocimientos de la lengua. Sus padres estaban muy orgullosos de sus

apellidos vascos y la habían enviado a estudiar al colegio de la Euskal Echea de Buenos Aires, una venerable y centenaria institución anterior incluso a la ortografía vasca oficial. Aunque no hablaban euskera en casa, Eva se había esforzado en aprenderlo atendiendo a la ilusión, sobre todo, de su madre de conservar las raíces de la familia. El mismo apego sentimental por la tierra de sus antepasados llevó a la madre de Eva a insistirle en que en lugar de estudiar un postgrado en Estados Unidos o en Inglaterra, como hacían muchas de sus condiscípulas, lo hiciera en Pamplona y que, en lugar de practicar el inglés, una lengua de la que ya tenía un buen dominio, aprovechara para estudiar euskera. Eva halló en Pamplona una ciudad agradable para vivir y el postgrado sobre seguros en el que se había matriculado resultó un buen complemento a sus estudios de gestión empresarial y le permitió encontrar un empleo, pero se llevó cierta decepción en cuanto a la lengua. Había imaginado que oiría hablar el euskera con normalidad en muchos lugares y le sorprendió saber que era una lengua muy minoritaria con una presencia limitada en la vida social. Mucho más le sorprendió saber que muchos navarros no se consideraban a sí mismos como vascos y veían en el País Vasco una comunidad ajena. Cuando se lo contó a su madre por teléfono esta no se lo podía creer. Pero ¿por qué quieren estar separados?, preguntaba la buena mujer, que siempre había tenido en el cuarto de estar de su casa el escudo labrado en madera del *Laurak bat*, las cuatro provincias unidas, que había heredado de sus padres. ¿Que los navarros no son vascos? ¡Pero si el Vasco de la Carretilla era de Pamplona!, argumentó, refiriéndose a un personaje popular que recorrió toda Argentina a pie empujando ciento treinta kilos sobre dos ruedas. Tampoco entendió nada cuando su hija le explicó que también había encontrado vascos que no querían ser españoles. Sus padres, los abuelos de Eva, que se sentían vascos pero que no eran nacionalistas vascos sino carlistas, veneraban la bandera española, junto con la albiceleste argentina, mucho más que la ikurriña, la bandera vasca que, cuando salieron de su pueblo en Baztán en los años veinte, ni siquiera sabían que existiera. ¿Pero no entienden que si no están todos unidos la nación no progresa?, decía. Los padres de Eva habían visitado Navarra solo una vez, siendo jóvenes, en una época en la que no se podía hablar con libertad, y desconocían por completo los entresijos de su política y de los complejos sentimientos de identidad de sus habitantes. No hay quien os entienda, decía Eva a Mikel a menudo, cuando este trataba de explicarle lo que planteaban las diferentes opciones políticas. Pues mira que a los argentinos, con el peronismo, sí que no hay quien os entienda, le replicaba Mikel, y ambos se echaban a reír. En el fondo, sus ideas eran bastante similares. Mikel simpatizaba vagamente con el PNV, aunque su interés por la política era bastante difuso, y su trabajo como ingeniero en una empresa con delegaciones por toda España le hacía desconfiar del independentismo. Eva también tendía a simpatizar con el nacionalismo vasco moderado por razones más sentimentales que políticas.

—Hala, sentaos antes de que os quiten el sitio —dijo Carlos mirando hacia el otro

lado de la calle—, que ya estamos todos y no sé si hay sillas suficientes.

Cruzando desde la otra acera hacia ellos venían el resto de los convocados, Iñaki, Carmen, Eneko y Arantxa. Mientras todos se saludaban, Mikel buscó a un camarero para que trajera una silla más, iban a estar catorce y solo había trece asientos. Malo, malo, trece, como en la última cena, bromeó Rafael. El camarero trajo la silla y se dispuso a tomar nota del pedido.

—Venga, rapidico, id decidiendo cada uno si queréis los huevos con jamón, chorizo o chistorra, es plato único —apremió Jon—, que ya son las once y no queda nada para el chupinazo.

—¿Los huevos pueden ser solo con tomate? —preguntó Leire.

—¿A mí me los puedes poner con patatas? —preguntó Edurne.

—¿Tienen que ser huevos necesariamente? —preguntó Eneko.

El camarero fue negociando pacientemente con cada uno mientras se iniciaba una discusión general sobre si solamente querían vino tinto, si querían también gaseosa o si pedían también sangría. Al final pidieron de todo, más agua y una coca-cola para Carmen, que no probaba el alcohol. Como era costumbre entre ellos, en torno a la mesa se organizaron dos conversaciones. Automáticamente los hombres se habían sentado en un extremo de la mesa y las mujeres en el otro. Rafael hizo una observación al respecto, sugiriendo que quizás debieran sentarse de otro modo, pero los demás no le hicieron caso. En el lado de los hombres enseguida la conversación derivó al tema deportivo.

—¿Qué tal va tu campeón? —preguntó Jorge dirigiéndose a Iñaki. El hijo mayor de Iñaki y Carmen, que ya tenía trece años, había empezado a destacar como delantero en el equipo de fútbol de su colegio y la prensa había anunciado que Osasuna lo iba a fichar para su equipo infantil.

—Pues ahí está la cosa, estamos negociando a ver si le hacen un contrato como el de Messi, pero me parece que el sueldo va a ser un poco inferior —bromeó Iñaki.

—¿Pero lo vamos a ver jugar en el Sadar o no? —terció Mikel.

Mikel era el más forofo de todos. No se perdía un partido de Osasuna y era miembro activo de la asamblea de compromisarios del club. Tenía la suerte de que Eva, como buena argentina, también era aficionada al fútbol y acudían al estadio del Sadar en familia con sus dos hijos a los que estaban inculcando su pasión y que jugaban en el equipo de la ikastola. Aunque el fútbol seguía siendo un tema de conversación muy socorrido cuando no se sabía de qué hablar, o no se quería hablar de determinados temas, también tenía sus aristas porque constituía indirectamente una de las causas de distanciamiento de los amigos. Mikel y Jon enviaban a sus hijos a la misma ikastola y estaban muy involucrados en sus actividades, entre ellas las deportivas en las que participaban sus hijos. Todos los fines de semana de la temporada les acompañaban a donde hubiera que acompañarles para verles jugar a fútbol, a veces incluso entre semana acudían a ver los entrenamientos. Progresivamente habían ido estrechando lazos con otros padres que hacían lo mismo

que ellos y con los que les unían también las mismas ideas vasquistas. Los demás también habían hecho amistades en torno a los colegios de sus hijos a base de participar en sus asociaciones de padres y madres y en sus actividades extraescolares. Iñaki y Jorge enviaban a los suyos a colegios religiosos, el primero del Opus Dei y el segundo de los jesuitas. Carlos, Eneko y Koldo, por su parte, habían optado por los colegios públicos más próximos a su casa, aunque Carlos se había asegurado de que se pudiera elegir el modelo D, con la enseñanza principalmente en euskera. Iñaki, furibundamente españolista, alguna vez, años atrás, había recriminado a Mikel y Jon que enviaran a sus hijos a unos centros donde les iban a adoctrinar en el nacionalismo vasco más extremista en lugar de proporcionarles una educación de buena calidad. Ellos, muy molestos, habían contraatacado señalando que eran los hijos de Iñaki quienes iban a recibir un adoctrinamiento sectario que no tenía nada que ver con la calidad de la educación sino con la ideología de sus padres. Como la discusión acabó con malas caras, el tema de la educación de los hijos se incorporó a la lista de temas que era mejor no tocar, salvo para preguntar en qué curso estaban los hijos de cada uno o cómo iba la liga escolar de fútbol.

—Tal como están las cosas, más te conviene que haga carrera con el fútbol en lugar de ser un parado con muchos títulos, o de emigrar a Alemania, que es lo que les espera a nuestros hijos —intervino con tono pesimista Koldo, abogado laboralista y siempre muy preocupado por el futuro laboral de las generaciones siguientes.

—Lo malo es que a nada que brille en el fútbol acaba en el Athletic, que tiene la mano muy larga —dijo Jorge—, y no sé qué es peor, si emigrar a Alemania o emigrar a Bilbao.

—Mira que tenéis obsesión con Bilbao —se burló Jon, que mantenía una amistosa y prudente rivalidad con Jorge dado que ambos eran periodistas pero militaban en campos opuestos. Jorge trabajaba en el *Diario de Navarra*, Jon trabajaba en Radio Euskadi y publicaba también una columna semanal en el *Diario de Noticias*. Evitaban polemizar en política o en cuestiones de trabajo, los bomberos no se pisan la manguera, solían decir, pero de vez en cuando se lanzaban alguna puya suave. Nunca tan sangrientas como las de Carlos, que saludaba a Jorge con un ¿qué tal va el periódico de la oligarquía?, o como las de Arantxa, que solía preguntar muy seria a Jon sobre qué mentiras publicaban ese día en el periódico de los «abertzales», marcando bien la che para que quedara en evidencia su animadversión hacia los abertzales.

—Obsesión con los bilbainos ninguna, en todo caso la suya de querer fichar solamente vasquitos de Rh puro y mangonear por todos los equipos de Navarra —respondió Jorge.

—Antes muerto que jugador del Athletic —resopló Iñaki—, hasta ahí podíamos llegar. O triunfa en Osasuna o lo pongo a trabajar en cualquier oficio por miserable que sea, incluso de periodista.

Todos rieron para disipar la amenaza de entrar en aguas más turbulentas. Mikel



insistió a Iñaki:

—Pero bueno, en serio, ¿cómo está el tema de Osasuna? ¿Es verdad que le fichan?

—Sí, sí, está confirmado que el año que viene juega en Osasuna. Hemos firmado ya, incluso a los trece años hay que firmar un documento con muchas cláusulas, alguna en especial contra el Athletic. No le llaman contrato, sino precontrato, ni hablan de salario, sino de una beca, pero al final es lo mismo. Así de desmadrado está el tema.

—No creo que sea bueno que tan pronto les agobiemos tanto —intervino Carmen, que había decidido desengancharse de la charla de las mujeres al oír que estaban hablando de su hijo—. Hay que ver cómo se toman algunos padres los partidos, gritándoles desde la grada como si estuvieran en el campeonato del mundo. Y he oído que hay hasta una asociación de padres de jugadores de fútbol infantil para asesorarles en la defensa de sus derechos y en la promoción de sus hijos.

Mientras la emprendían con los huevos fritos que les fueron sirviendo consiguieron mantener la conversación en temas inocuos. La experiencia de los años les había dejado claro cuáles eran los que convenía no tocar. Además de la política, desde que dejaron atrás la adolescencia y sus debates trascendentales sobre el sentido de la vida también la religión. Pese a que todos habían estudiado en el mismo colegio religioso en el que ingresaron y del que salieron oficialmente católicos, había demasiada disparidad como para mantener la más mínima comunicación. Jorge, Mikel e Iñaki seguían declarándose como católicos practicantes —aunque, como maliciosamente les dijo una vez Koldo, nunca llegaba el día en que se decidieran a practicar lo de repartir la mitad de sus bienes con los pobres—, pero con muchos matices. Jorge en sus tiempos universitarios había sido abiertamente anticlerical y había asegurado que nunca se casaría por la Iglesia, pero se reconvirtió aceleradamente cuando entró a trabajar en el Diario y empezó a salir con Ainhoa, sucesos ambos que coincidieron en el tiempo. Se casaron, como Dios manda, en la capilla de San Fermín de la iglesia de San Lorenzo. De todos modos, el catolicismo de Jorge se limitaba a ir a misa algunos domingos y festivos, cuando Ainhoa le insistía mucho, y a enviar a sus hijos a un colegio religioso. Mikel e Iñaki, igual que sus cónyuges, habían sido siempre más cumplidores aunque en sitios distintos. Iñaki y Carmen frecuentaban las misas en latín por el rito tridentino que se celebraban los domingos en la catedral y asistían en ocasiones a ejercicios espirituales. Mikel y Eva preferían las misas en euskera aunque tuvieran que atravesar toda la ciudad para encontrar una iglesia que las celebrara. Carlos y Koldo eran confesadamente ateos y ardientemente anticlericales. Carlos incluso había apostatado formalmente, algo que, según le dijo con sorna Rafael, exigía tener una fe muy sólida en la Iglesia católica. Edurne le había acompañado en la apostasía. En cambio, Lucía, la mujer de Koldo, no compartía su fe, o su ausencia de ella, sino que seguía siendo cristiana en las filas de una comunidad de base, pero solía tranquilizar a su marido sobre sus diferencias.

No te preocupes, le decía, en el dios en el que tú no crees yo tampoco creo, puede que algún día superes lo que te infundieron los curas del colegio y entiendas de verdad quién o qué es Dios. Koldo trabajaba para la UGT y votaba al PSOE y, en cambio, Lucía simpatizaba con Izquierda Unida y cuando discutían le decía con ironía: ¡Parece mentira que seas un ateo tan de derechas! Carlos y Edurne eran los únicos que se habían casado por lo consistorial, los demás lo habían hecho por la Iglesia, incluidos Koldo y Lucía después de darle muchas vueltas y de anular la fecha que tenían concertada en el juzgado. Lucía insistía en el matrimonio civil para ser coherentes con la falta de fe religiosa de Koldo, pero Koldo acabó cediendo a la presión de sus padres para pasar por la vicaría. Eneko, Jon y Rafael no solían manifestar ninguna opción religiosa. Eneko, en su juventud, había decidido hacerse budista influido por el ambiente que reinaba en su grupo de yoga y por el entusiasmo de un viaje a la India. Cuando le dijo al gurú del grupo, que era no solo maestro de yoga sino también de budismo, que quería convertirse, este le preguntó que por qué. Eneko respondió que quería encontrar la verdad. El maestro le preguntó si pensaba que hasta entonces había profesado una religión falsa y ahora creía que se iba a incorporar a la verdadera. Eneko no supo qué decirle y el maestro le insistió con una frase evangélica, ¿y qué es la verdad?, que aumentó la confusión de Koldo, tras de lo cual le aconsejó que aplazara cualquier decisión a un momento en que hubiera madurado más la respuesta. Con el tiempo Eneko dejó el yoga y la idea de hacerse budista, y más cuando comenzó a salir con Arantxa, católica tradicional que toleraba su agnosticismo pero que no hubiera tolerado un novio budista. Jon no tenía ningún problema con Leire, igualmente despreocupada por la religión. Rafael se había alejado de cualquier fe después del colegio aunque, sin confesarlo a nadie, ni a sí mismo, se sentía cada vez más próximo a las ideas de Pilar, su socia y compañera de despacho, que militaba con pasión en movimientos cristianos progresistas de los que no suelen tener la bendición de la jerarquía episcopal. Varias veces habían hablado sobre sus inquietudes espirituales. No te preocupes si tienes o no fe, le había dicho Pilar en una ocasión que se había quedado grabada en la memoria de Rafael. Es muy difícil en estos tiempos saber en qué cree uno realmente, tú ten esperanza, le aconsejó. En el colegio te habrían hablado de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, pues yo creo que la más importante es la esperanza, aunque a veces te parezca que la vida solo da motivos para la desesperación, le dijo. Y añadió que no hace falta tener motivos para tener esperanza, que la esperanza genera sus propios motivos.

El tema del trabajo lo pasaron los amigos muy por encima, dando cuenta de las novedades imprescindibles.

—Arantxa, ¿no te sale nada? —preguntó Leire. Ambas estaban en el paro. Arantxa era profesora de lengua y literatura y, al no conseguir una plaza fija en las oposiciones, había ido anudando contratos temporales lo mismo en colegios públicos que privados hasta que con la crisis económica dejaron de llamarle. Leire había

dejado su trabajo como comercial para cuidar de sus dos hijos pequeños con la mala suerte de que, cuando estos ya habían crecido lo suficiente como para plantearse volver a buscar empleo, se encontró con la crisis y tuvo que seguir como ama de casa forzosa.

—Nada de nada —respondió Arantxa, con amargura—. Y hace meses que dejé de cobrar el subsidio de desempleo. No sé qué voy a hacer. ¿A ti tampoco?

—Nada, y eso que he mirado hasta en el puticlub del barrio —Leire prefirió tomárselo con humor—. Ya le digo a Jon que se vaya buscando otro pluriempleo más, que me va a tener que mantener de por vida.

—A lo mejor dentro de poco coincido con vosotras en la cola del paro —intervino Edurne. Era propietaria, con otros dos socios, de una librería—. No vendemos ni un lápiz. Si ya antes, entre internet y los libros electrónicos, nos estaban dejando sin sitio, con la crisis estamos ya en la ruina. No sé cuánto vamos a aguantar.

—Haremos un club de paradas, porque yo también veo un futuro negro —dijo Ainhoa, que dirigía una pequeña empresa de conservas—. Este año estamos vendiendo casi la mitad que el año pasado, que ya fue malo.

—Bueno, chicas, no os quejéis, que estamos de fiesta y si empezamos a llorar no acabamos —trató de zanjar Iñaki. El tema era muy incómodo para todos. En otras épocas solo los trabajadores no cualificados, los proletarios, la clase obrera, los inmigrantes, padecían el desempleo prolongado. Los titulados universitarios, la clase media, habían empezado a temerse que ya no estaban inmunes de quedarse sin trabajo de forma indefinida y, sobre todo, producía pánico la perspectiva de caer en el desempleo pasados los cuarenta años.

—Hombre, claro, a ti te da igual porque estás forrado —atacó Leire.

—Ya me gustaría, ya me gustaría, que la actividad en la notaría también se me ha reducido a menos de la mitad que antes —respondió Iñaki. Aunque andaba lejos de sufrir agobios económicos, estaba preocupado porque el pinchazo de la burbuja inmobiliaria le había privado de sus mejores clientes y había tenido que reducir plantilla—. Nadie se escapa de esta crisis.

—No seas trucho, no te creo nada —le replicó Eva.

—Aquí los únicos que no sufren son los funcionarios —dijo Carmen, saliendo en defensa de su marido y mirando a Eneko.

—Te parecerá —saltó Eneko, molesto—, como si no nos hubieran bajado el sueldo y birlado una paga extra.

—Cambiá de tema, por favor —dijo Eva—, no se vayan a deprimir.

Le hicieron caso de inmediato y no solamente por lo lúgubre de la situación económica. Había precedentes, en alguna cena de años antes, de que la cuestión laboral desembocara en bronca. Carlos, con varias copas de más, había asegurado que sobraban casi todos los funcionarios que, al fin y al cabo, cobraban por no hacer nada. Eneko le replicó que, al menos, los funcionarios habían demostrado ser capaces de aprobar una oposición, algo en lo que Carlos había fracasado. Carlos dijo que

aprobar una oposición solo demostraba ser un enchufado o un idiota con mucha memoria con lo que también Iñaki, a quien sacar las oposiciones de notarías le había supuesto pasar cuatro años encerrado, una depresión y una anemia ferropénica, se enfadó, mientras que Lucía, también funcionaria, gritó que allí el único idiota era Carlos y que si no era más idiota era porque era demasiado vago como para entrenar. Koldo trató de mediar pero Carlos le dijo que, como todos los de su sindicato, tampoco sabía lo que era trabajar y que vivía del cuento. Ainhoa empeoró las cosas cuando salió en defensa de los trabajadores diciendo que no todos eran tan impresentables como los sindicalistas. La cena acabó como el rosario de la aurora y algunos de los asistentes estuvieron varios meses sin hablarse hasta que Edurne convenció a Carlos de que pidiera disculpas a todos.

La política sobrevoló el almuerzo solo cuando Jon sacó el tema del Riau-Riau.

—¿Qué, iremos luego al Riau-Riau? —preguntó con sorna.

En realidad, todos sabían que ese año, como casi todos desde hacía veinte, no había Riau-Riau, al menos el oficial. El año anterior se había tratado de recuperar la que había sido tradicional Marcha a Vísperas de la corporación municipal desde la Casa Consistorial hasta la iglesia de San Lorenzo, pero había fracasado como en ocasiones anteriores al degenerar en tumulto y desórdenes públicos. Únicamente se celebraría lo que venía siendo una tradición sustitutoria, una marcha de nostálgicos a los acordes del Vals de Astráin y coreando «riau, riau» a lo largo de la calle Mayor para pasar la tarde.

—Ese falso Riau-Riau de los jubilados es una patochada —respondió Carlos—. Si no se puede dar un poco de caña al Ayuntamiento no tiene gracia.

—Los que pensáis que el Riau-Riau solo servía para zarandear a los concejales sois los que os lo habéis cargado —dijo Iñaki—. Así no hay manera de recuperarlo.

—Oye, que yo nunca he ido a zarandear a nadie —respondió Carlos—. La única vez que fui estuve bailando delante del alcalde y no pasó nada. Pero el Riau-Riau solo tiene sentido como era antes, con la Corporación.

—Pues no habrás sido tú, pero el Riau-Riau se lo han cargado los salvajes que iban a ver si podían empujar o dar un guantazo a los concejales —medió Jorge.

—Aparte de eso, el problema es que el Riau-Riau ya no cabe en la calle Mayor —opinó Rafael—. Ha muerto de éxito, un acto tan masificado es imposible. Tuvo sentido cuando iba poca gente, pero ahora es inmanejable.

—Si no fueran los abertzales violentos se podría recuperar —dijo Carmen.

—Aunque no fueran, da igual —se mantuvo firme Rafael—, no cabe en la misma calle toda la marabunta que se formaba. Entre los que iban a salvarlo y los que iban a molestar es imposible que funcione. Con dos que se empeñen en empujar a la contra se cargan la Marcha.

—Pues es una pena que se pierda —opinó Arantxa.

—Tampoco es para tanto. En realidad, desde el principio dijeron que corear el Vals de Astráin y bailar delante de la Corporación era una gamberrada, ya en los años

veinte el alcalde lo prohibía diciendo que era una falta de respeto al Ayuntamiento — explicó Mikel.

—Lo que pasó, pasó, no hay forma de recuperarlo y ya está. Fue un error intentarlo el año pasado y no creo que vuelvan a hacerlo —dijo Eneko deseoso de zanjar la cuestión. A él nunca le había gustado el Riau-Riau aunque se cuidaba mucho de decirlo para evitar que le acusaran de ser antipamplonés, algo muy posible dada la sacralización de que había sido objeto el acto, sobre todo desde que había desaparecido.

Habían terminado de comer y les estaban sirviendo café.

—Falta menos de un cuarto de hora —avisó Mikel mirando el reloj—. Si os parece, pedimos champán para brindar en el momento del chupinazo.

—Sí, pero mejor que nos lo pongan en la barra para verlo en la televisión — sugirió Jon.

Así que cuando todos acabaron sus cafés, todos menos Eva que seguía sin comprender la costumbre de tomarlo al final de las comidas, se levantaron de la mesa. Desde la terraza se dirigieron al interior del bar donde tenían la televisión encendida y se veía ya la plaza del Ayuntamiento llena de gente blandiendo sus pañuelos rojos en alto. En el bar no había demasiados parroquianos ya que la mayoría de los que habían estado almorzando se habían ido hacia la plaza del Castillo y sus alrededores. Les sirvieron el champán —que no es champán, que es cava, puntualizó como siempre Eneko al pedirlo, sin que los demás le hicieran ningún caso— en unas copas alineadas sobre la barra. De pronto, Arantxa dio un grito mirando a la pantalla del televisor.

—¿Pero qué es eso?

Todos miraron. En la imagen que se transmitía se veía una enorme ikurriña colgada delante de la fachada de la Casa Consistorial con un cable que atravesaba de lado a lado la plaza a la altura de los tejados. El reloj sobreimpreso marcaba ya casi las doce del mediodía pero no se veía que fuera a ser disparado el chupinazo.

—¡Ya están, los de siempre! —clamó indignado Iñaki.

—¿Pero cómo pueden permitir esto? —exclamó Ainhoa.

—¡Ya la tenemos montada! —dijo Jorge, lamentando interiormente haber cogido un día de vacaciones en lugar de estar en el lugar de los hechos para informar.

—¡Que la quiten! —exigió Carmen.

Por el contrario, Jon estaba sonriente.

—¡Cojonudo! —gritó—. Si no quieren ikurriña, toma taza y media.

—¡Qué bueno! —asintió Edurne.

—¡Toma ya! —se rio Carlos.

A la mayoría del grupo, sin embargo, no les hizo gracia la situación.

—Deberían disparar el chupinazo a pesar de todo —dijo serio Rafael—, y no dejar que cuatro payasos alteren el programa.

—¿Disparar? No creo que puedan hacerlo con esa tela delante —replicó Eneko.

—No deberían utilizar la ikurriña para esto, es tirar piedras contra su propio tejado —se lamentaba Mikel, dolido de que se utilizara la bandera vasca que él tanto veneraba para generar crispación.

Se montó una discusión sobre si se podía o no se podía tirar el chupinazo con la ikurriña colocada ante la fachada. El reloj daba ya las doce y diez y en la pantalla aparecía un periodista explicando algo, pero con el ruido reinante en el bar no había manera de entender nada. A continuación apareció la toma de unos agentes de la Policía Municipal que, al parecer, estaban intentando retirar la ikurriña, lo que fue acogido también con división de opiniones.

—¿Qué daño hace la ikurriña? ¡Si es legal! —se quejaba Jon.

—¡Esa no es nuestra bandera! —clamaba Carmen.

—¡Vaya chandrío han organizado esos pelmas! —decía Rafael.

Eran casi las doce y veinte cuando por fin, retirada la ikurriña, se disparó el chupinazo. Mikel trató de animar el ambiente y de dejar atrás la discusión levantando la copa y brindando después de gritar el correspondiente viva a San Fermín. Todos le respondieron con mayor o menor entusiasmo y se anudaron al cuello los pañuelos rojos para iniciar oficialmente las fiestas.

Se dirigieron desde el Club Taurino hacia el Casco Viejo rodeando la Plaza de Toros. Las calles estaban repletas de una marea blanca y roja, aunque de vez en cuando se cruzaban con grupos de jóvenes que sobre la ropa blanca mostraban el color del azafrán o de la sangría que les habían derramado por encima. La calle Estafeta estaba tomada por una ruidosa riada de gente que procedía del Ayuntamiento, así que prefirieron torcer por la calle Duque de Ahumada y estacionarse en la calle Espoz y Mina, junto al que todos seguían llamando bar Monasterio pese a que sus propietarios un año antes se habían arrogado la facultad de cambiarle el nombre de toda la vida por el de bar Mô. Rafael y Mikel se ofrecieron a entrar a por las bebidas, generoso ofrecimiento del que enseguida se arrepintieron porque les llevó casi veinte minutos superar a la muchedumbre, llegar a la barra, que les sirvieran y hacer varios viajes sorteando obstáculos para ir distribuyendo los vasos entre todos. Por entonces las oleadas de gente que había presenciado el chupinazo en la plaza del Ayuntamiento o en la del Castillo y que se expandían hacia el resto de la ciudad ya se habían calmado y la masa humana se iba estabilizando. Los alrededores del bar estaban tomados por una legión de peteuves, Pamploneses de Toda la Vida, de mediana edad. La fiesta tiene esa propiedad de segmentar perfectamente los espacios según procedencia, edad o estrato social. A esa hora la calle San Nicolás estaría llena de jóvenes bebiendo en recipientes de un litro, la plaza de Navarrería llena de extranjeros deseosos de saltar desde lo alto de su fuente confiando en que les recogieran antes de estrellarse contra los adoquines del suelo, y la plaza de los Fueros repleta de familias con niños y de jubilados dispuestos a disfrutar de un apacible festival de danzas folclóricas.

El grupo se deshizo en varios corrillos y todos se dedicaron a saludar a los conocidos que iban pasando por allí. El seis de julio es un día propicio para encuentros ya que todo el mundo anda por la calle. Rafael, una vez repartidas las bebidas, se encontró formando corro con Jorge, Ainhoa y Koldo. Los dos primeros todavía estaban disgustados por el incidente de la ikurriña en el chupinazo, mientras que Rafael y Koldo preferían quitarle importancia.

—Es que ya está bien, no nos dejan disfrutar de la fiesta en paz —decía Ainhoa—, siempre los mismos.

—Tampoco es para tanto —respondía Koldo—, ya se sabe que siempre va a haber unos cuantos pesados con el tema, no hay que hacerles mucho caso.

—Lo mejor que podíamos hacer es suprimir todas las banderas —dijo Rafael, deseando huir de un debate que le incomodaba—. En su infancia, como toda su generación nacida en los últimos años del franquismo, había recibido lo que quedaba de la educación nacional-católica que le debía de haber convertido en un buen patriota español. Había quedado ya atrás la Formación del Espíritu Nacional que su hermano mayor, Mario, presumía de haber sufrido todavía, pero el sistema y, sobre todo, el profesorado arrastraba, entre otros sedimentos del pasado, un adoctrinamiento en plena decadencia, casi nadie se creía lo que decían unos libros de texto que muy pronto serían sustituidos por otros. Rafael había rechazado la visión patriótica oficial al llegar a la adolescencia, apenas comenzó a entenderla. Junto con la mayoría de sus amigos había sido tentado para convertirse, de todos modos, en un buen patriota pero vasco, algo mucho más de moda en la época en que llegó a la juventud. A diferencia de Mikel, Carlos o Jon, que pasaron a profesar con entusiasmo el nacionalismo vasco, o de Jorge, Iñaki y el difunto Tomás, que se revolvieron contra esa doctrina para afirmarse en un actualizado patriotismo navarro y español —no les gustaba lo de navarrista—, Rafael acabó sintiéndose muy distante de ambas posiciones. Concluyó que todos los patriotismos se parecían demasiado entre ellos, que unos ponían a Aitor donde otros ponían a don Pelayo, al euskera en lugar del castellano pero, en el fondo, sus formas de ver el mundo coincidían mucho más de lo que serían capaces de reconocer. Se sentía igualmente irritado cuando le trataban de convencer de que como navarro debía sentirse también español pero no vasco, o de que debía proclamarse vasco pero no español. No le veía sentido a tener que sentirse orgulloso de ser lo que era o de haber nacido donde había nacido, como hacían unos y otros. Había optado, cuando le preguntaban de dónde era, estuviera donde estuviera, por decir únicamente que de Pamplona.

—Tú, que eres abogado, deberías defender que se cumpla la ley —replicó Ainhoa—, la ikurriña es la bandera de otra comunidad, en Navarra tenemos nuestra bandera.

—Eso, eso, que se cumpla la ley —dijo Rafael irónicamente—, así todo solucionado.

—Lo que pasa es que en el fondo te va la ikurriña, tú te pones siempre del lado de los nacionalistas —dijo Ainhoa—. A ver cuándo reconoces que eres abertzale y dejas

de aparentar que no. Que te tengo calado.

—Sí, sí, lo que tú digas —respondió Rafael distraídamente para poner fin a una conversación que no era la primera vez que tenían y que no le interesaba nada. Ainhoa, firme en el principio de que si no estás conmigo estás contra mí, solía ver muchos nacionalistas vascos. Además, Rafael decidió apartarse de la discusión porque veía acercarse a un grupo de gente al que se dispuso a saludar—. Perdón, ahora vuelvo.

Pilar Goñi, socia de Rafael, en realidad la fundadora y alma de su despacho de abogados, llegaba acompañada de un nutrido cortejo.

—¡Rafael! ¿Qué tal? ¡Te has decidido a salir! —saludó Pilar dándole palmaditas en el hombro. Rafael se fijó en su pelo, cuyo color original era un misterio ya que solía cambiar con mucha frecuencia y a menudo a tonos imposibles, desde el violeta hasta el verde. En esta ocasión, probablemente para honrar las fiestas, se había teñido su corta melena de rojo cobrizo.

—Pues sí, aunque me retiraré pronto, qué remedio —contestó Rafael.

—¿Conoces a Nekane? ¿Y a Goyo? ¿Y a Pablo? ¿A Cruz Mari? —Pilar le fue presentando a sus acompañantes, a los que Rafael fue saludando aunque sintiéndose incapaz de recordar tantos nombres y caras.

A Rafael le sorprendía la capacidad que tenía Pilar de ir siempre rodeada de todo tipo de gente con cuya compañía parecía disfrutar enormemente. Le envidiaba su carácter alegre, optimista y locuaz, al contrario de él que era más bien introvertido y pesimista, su facilidad de trato y su popularidad entre todos los que le conocían. Que eran muchos, porque Pilar hacía tiempo había perdido la noción del límite entre su actividad profesional y su actividad privada y se iba implicando con naturalidad con todo tipo de personas y causas según se le iban poniendo delante. Además de formar parte de una multitud de asociaciones en las que desplegaba una actividad incesante, lo mismo echaba una mano a un vecino suyo que tenía algún litigio con el Ayuntamiento que alojaba en su casa a unos visitantes latinoamericanos que habían llegado para pedir solidaridad con alguna población en dificultades. Igual proporcionaba asesoramiento a un grupo de inmigrantes sin papeles que luchaba contra una compañía eléctrica y, todo ello, en general, sin cobrar un euro. Cuando andaba por la calle, que parecía su estado natural, vivía en la calle Chapitela y se le podía ver a todas horas por el Casco Viejo o el Ensanche, se detenía a cada pocos pasos porque había encontrado a alguien conocido. Se quedaba hablando, o escuchando, sin mostrar prisa, era difícil que fuera a cualquier lado sin que alguien acabara pidiéndole opinión, información, ayuda, cita, o lo que fuera. Sus intereses eran de lo más variados, aunque ella sobre todo estaba implicada en la causa feminista y en la de libertad de opción sexual. Ejercía como lesbiana sin complejos, sobre todo sin ningún complejo de afirmarse también como cristiana militante, y buena parte de su actividad como abogada iba dirigida a la defensa de los casos que le llegaban de sendos colectivos de mujeres y de homosexuales. Para atender otro



tipo de asuntos a los que no llegaba se había buscado otros dos socios más jóvenes que ella a los que trataba con maternal actitud. Rafael llevaba asuntos penales y civiles e Iranzu, una chica todavía más joven, seria e introvertida que Rafael, con unas excelentes facultades de memoria, análisis y razonamiento jurídico, llevaba los asuntos administrativos y fiscales. El despacho lo completaba Olga, asistente, administrativa, recepcionista, telefonista y secretaria para todo a la que medio en serio, medio en broma, los demás decían que era la pieza más insustituible del despacho. Para cuadrar gastos, dado que las finanzas del despacho estaban sufriendo también los efectos de la crisis y, aunque tenían muchos clientes, cada vez costaba más cobrar los servicios prestados, habían alojado también en el piso que tenían alquilado en el Ensanche a un economista que trabajaba totalmente por su cuenta y con el que apenas se relacionaban ya que incluso utilizaba una salida independiente. Para los sanfermines, como tantas otras empresas de Pamplona, habían cerrado por vacaciones y dejado en el contestador del teléfono un mensaje invitando, salvo urgencias, a llamar a partir del quince de julio. Otros abogados trabajaban durante las fiestas pero Pilar en eso era inflexible, quería dedicarse en exclusiva a disfrutar de los sanfermines. Rafael, aquel año, era el único del despacho que no tenía más remedio que trabajar por la coincidencia de su turno de asistencia al detenido.

—¿Has visto el circo? —preguntó Pilar—. Ya tenemos tema para rato.

—No me hables, que hemos tenido polémica en mi grupo, ya sabes que hay gente que cojea de todas las patas —respondió Rafael, sin necesidad de que Pilar le explicara que se refería al incidente de la ikurriña.

—Pues yo he hecho unas risas, es mejor tomarlo por el lado ridículo. Bueno, en realidad el único lado que tiene. Te dejo, que nos están esperando. Ya nos veremos.

Rafael se acercó de nuevo a sus amigos pero prefirió unirse a otro corrillo para evitar el mismo tema. Tuvo la mala suerte de incorporarse al que formaban Jon, Edurne y Eneko y descubrir que también estaban hablando de la ikurriña. Jon y Edurne formaban frente común contra Eneko, del que nadie conocía sus ideas políticas porque nunca las manifestaba, pero al que por comodidad le solían adjudicar las de su mujer, Arantxa, votante confesa de UPN.

—Si es que esto es lo que provocáis con esa manía antivasca —afirmaba airado Jon—, si no se persiguiera la ikurriña no pasarían estas cosas.

—Oye, que ni soy de UPN ni tengo ninguna manía antivasca —se defendía Eneko—. Que mis padres son de Tolosa.

—O se aceptan las banderas de todos o la democracia es una puñetera farsa —seguía Jon sin hacerle el menor caso—. Además, la ikurriña no es una bandera ajena, se diseñó en el café Iruña y la primera vez que se usó fue en Navarra, durante la Gamazada.

—En realidad eso es un mito, está comprobado que cuando la Gamazada todavía no existía la ikurriña, se creó después y se izó por primera vez en Bilbao —le rebatió Rafael. Aunque no le apetecía discutir ni pasar por pedante, no podía resistirse a

puntualizar un dato histórico cuando estaba seguro de él, algo que le sucedía demasiado a menudo a causa de sus muchas lecturas sobre historia durante muchos años.

—Pues lo he leído en un montón de sitios —se revolvió Jon, molesto pero, sabiendo que Rafael solía estar bien documentado, ante la duda prefirió no insistir en el tema.

—Que a mí tampoco me parece que sean formas —concedió Edurne, evitando también entrar al debate sobre el origen de la ikurriña—, pero este clima de enfrentamiento lo viene provocando UPN desde hace años con todo, con la ikurriña, con el euskera, con las peñas, que ya está bien.

Rafael decidió cortar por lo sano aprovechando que todos tenían un vaso vacío en la mano.

—Bueno, qué, ¿nos movemos? Vamos a tomar otra.

—¿A dónde vamos? —preguntó Eneko, aliviado también por tener una escapatoria.

—¿Vamos a la peña? —propuso Jon.

—¡Ni hablar! —respondió Eneko—, nos costaría mucho llegar hasta Jarauta, con este gentío, demasiado lejos. Mejor otro sitio por aquí cerca. Además —dijo bajando la voz para que Jon no le oyera y dirigiéndose a Rafael—, no sé si siguen allí, pero mejor no tener la bronca de las fotos de los presos.

La bronca había tenido lugar uno de los últimos años en que todavía se habían reunido todos el seis de julio. En la sede de la peña de la que eran socios Carlos y Koldo, pero que con ellos frecuentaban también los demás, igual que en la sede de otras peñas, había colocadas en lugar destacado las fotografías de tres socios que habían sido encarcelados acusados de pertenecer a ETA. El hecho molestaba a bastantes socios pero se toleraba por no provocar mayores enfrentamientos. Pero aquel día Iñaki y Carmen se plantaron. Ni hablar, nosotros no entramos en un sitio con fotos de terroristas, dijeron a los demás en la puerta. Jorge y Ainhoa les apoyaron. Mikel y Eneko, conciliadores, propusieron ir a otro lugar en el que nadie se sintiera incómodo, Koldo y Rafael no dijeron nada pero asintieron a la idea de ir a otro lugar, tampoco se habían sentido nunca cómodos con la fotos. Pero Carlos, Jon y Edurne insistieron en entrar en la peña alegando que era tradición inmemorial y que habían estado muchas veces sin que nadie planteara el problema de las fotos. Pues ya era hora de sacarlo, replicó Arantxa, ya hemos aguantado demasiado. La cosa acabó con el grupo dividido en dos, los que entraron en la peña y la mayoría que entró en el bar de al lado.

—Es verdad, demasiado lejos, mejor vamos al Guria —dijo Rafael.

## Domingo, 7 de julio

Rafael se despertó con la atronadora música del teléfono móvil que había dejado sobre la mesilla izquierda al acostarse. Desde que en una ocasión un corte del suministro eléctrico dejó fuera de combate su radio despertador y le hizo llegar tarde a una cita, en las ocasiones en las que era especialmente importante no quedarse dormido adoptaba la precaución adicional de programar también el móvil. Se levantó de un salto, apagó el móvil y el despertador y se dirigió a la cocina. Pese a las precauciones que había adoptado la víspera —no beber demasiado, acostarse pronto, tomarse una aspirina— tenía un leve dolor de cabeza.

El día anterior, después de hacer una ronda por varios bares, pasadas las cuatro de la tarde por fin se habían sentado en la terraza del bar Jesús Mari para comer unos bocadillos. Después del vino con el que acompañó el suyo, Rafael dejó de beber alcohol y se pasó a las coca-colas. Tras encendido debate finalmente no se acercaron al Riau-Riau simulado sino que se quedaron por la plaza del Castillo, excepto Iñaki y Carmen que se fueron hacia la Plaza de Toros a ver la corrida de rejoneo. Recorrieron varios bares, aunque instalándose junto a la puerta, bajo los porches, que estaban muy concurridos, igual que las terrazas. La tarde la acabaron en la noria gigante instalada en el parque de Antoniutti que desde lo más alto ofrecía una buena vista de toda la Cuenca de Pamplona bañada con la rojiza luz del atardecer y donde se hartaron de hacerse fotografías unos a otros con los móviles. Una vez que bajaron de la noria empezaron las despedidas aunque Carlos, Edurne y Koldo proponían seguir la juerga. El resto estaba ya cansado o explicó que era hora de recoger a sus hijos encomendados a la custodia de abuelos o canguros. Rafael, por su parte, alegó su guardia del día siguiente. Así que se despidieron con un ¡a ver si quedamos otro día de sanfermines! Realmente, el ambiente en el grupo había sido bueno durante todo el día y habían sorteado los peligros de entrar en discusiones agrias. Salvo los conatos de debate provocados por el incidente de la ikurriña en el chupinazo, habían evitado cualquier polémica que pudiera haber estropeado la cita. Habían recordado los viejos tiempos, habían repetido las bromas de costumbre y habían hecho improbables planes de recuperar las cenas. Rafael llegó a su casa pasadas las nueve de la noche. Prescindió de cenar, no tenía apetito, y después de un rato de tratar de interesarse por una película en la televisión optó por acostarse pronto dado que estaba cansado después de andar callejeando todo el día.

Como cada mañana, se preparó el desayuno mientras encendía el ordenador para echar un vistazo a las noticias. Empezó, como de costumbre, abriendo la web del *Diario de Noticias* y recibió un sobresalto. El incidente de la ikurriña, que suponía que iba a ser el titular, había sido desplazado por otro: «Asesinado un miembro de la Comparsa». Increíblemente, leyó el breve resumen de la noticia que finalizaba remitiéndole a la edición impresa. Patxi Redondo, empleado de Caja Navarra y miembro de la Comparsa de Gigantes y Cabezudos, mientras actuaba como portador

de Caravinagre había recibido dos disparos, que le causaron la muerte inmediata, poco después de las ocho de la tarde en la plaza de la O. Se desconocía al autor o autores de los disparos, que no habían podido ser identificados, y que debían de haber aprovechado la muchedumbre que rodeaba a la Comparsa para pasar inadvertidos y huir. Tampoco se conocían sus posibles motivos. La noticia se completaba con la fotografía del asesinado, un hombre de treinta y tantos años sonriente junto a la cabeza de cartón de Caravinagre.

Rafael quedó aturdido. Como a cualquier pamplonés, la figura de Caravinagre, el kiliki más popular de la Comparsa, le era enormemente familiar. De niño había corrido asustado delante de él y de los demás kilikis, seis cabezudos equipados con tricornos y levitas decimonónicas y unas amenazadoras pero inocuas vergas de goma espuma, tratando de que no le golpearan. Conocía perfectamente a todas y cada una de las figuras de cartón piedra que componían la Comparsa de Gigantes y Cabezudos, los ocho gigantes representando a los cuatro continentes del mundo (el constructor se olvidó de Oceanía), los seis kilikis, los seis zaldikos, caballitos bípedos que también corrían tras los niños con sus vergas, y los cinco cabezudos, serios y solemnes, que se limitaban a desfilar abriendo paso a los gigantes. Sabía de su venerable antigüedad, hacía pocos años se había celebrado su 150 aniversario. Sabía que Caravinagre era su protagonista indiscutible, había aparecido varias veces en el cartel oficial de las fiestas de San Fermín y había acompañado al presidente de la Comparsa en el balcón de la Casa Consistorial para tirar el chupinazo el año del aniversario. Que alguien disparara contra Caravinagre y matara a su portador era inimaginable. Analizó la fotografía del muerto para asegurarse de que no era nadie que conociera personalmente.

Abrió también la web del *Diario de Navarra*. «Miembro de la Comparsa asesinado», titulaba también a toda plana. En el breve resumen, que remitía igualmente a la edición impresa, añadía algún dato más. El alcalde manifestaba su consternación pero aseguraba que las fiestas no se verían afectadas y que el Ayuntamiento haría todo lo posible para que se esclareciera el hecho. Los miembros de la Comparsa, destrozados, anunciaban que suspendían su salida del día de San Fermín. *El País* y el *ABC* también recogían la noticia con titulares como «Misterioso asesinato en San Fermín» y «Atentado mortal en plenos sanfermines», pero no ofrecían más datos.

Pasaban unos minutos de las siete y media. Tenía tiempo porque su guardia no empezaba hasta las nueve y media. Encendió la televisión pensando en la retransmisión del encierro, a las ocho, y que con ese motivo podrían estar dado más noticias desde Pamplona. Efectivamente, en la pantalla aparecieron los periodistas encargados de comentar el encierro pero que estaban hablando del suceso del día. La ciudad estaba conmocionada, aseguraban. El mortal suceso resultaba inexplicable y se ignoraba por completo quién había podido ser el autor del asesinato y sus razones. Las autoridades no excluían ninguna posibilidad por el momento y estaban

investigando el hecho. Aparecieron imágenes del lugar del crimen donde, entre una nube de policías cuyos uniformes azules destacaban del blanco predominante en la muchedumbre de curiosos que les rodeaban, se podía entrever en el suelo un bulto cubierto por un tela oscura. Se acompañaban de imágenes de archivo de los kilikis, los zaldikos, los cabezudos y los gigantes de la Comparsa y de declaraciones improvisadas donde algunos anonadados compañeros del muerto mostraban su estupor y su desconsuelo, algunos políticos expresaban una estupefacta condena, el alcalde aseguraba que se haría todo lo posible por averiguar quién era responsable de aquello y ponerlo a disposición de la justicia y la delegada del Gobierno aseguraba que todas las fuerzas de seguridad estaban trabajando en absoluta coordinación para que el autor fuera detenido cuanto antes y que era muy prematuro poder decir si aquello era un atentado terrorista. La información dio paso a la retransmisión del encierro, una carrera larga y peligrosa donde un toro suelto de Alcurrucén se quedó parado en la entrada al callejón de la Plaza y luego, ya en el ruedo, se resistió a entrar a los corrales, pero en el que no hubo cornadas. En cuanto acabó, Rafael apagó el televisor y se fue a darse una ducha y a vestirse para salir hacia el Palacio de Justicia. Como concesión a las fiestas se puso una camisa blanca pero, para dar más formalidad a su apariencia, la completó con un pantalón azul marino y unos zapatos negros.

Llegó al Palacio de Justicia cuando todavía no habían dado las nueve y cuarto. Los pasillos estaban desiertos ya que era día de fiesta. Subió al segundo piso, donde el colegio de abogados tenía reservadas unas dependencias llamadas pomposamente Sala de Togas y que, además de un armario que guardaba las togas que debían ponerse para asistir a las vistas, constaba de una oficina y una sala de reuniones. En ese momento se encontraban allí dos abogados que concluían su turno y que estaban a la espera de que llegaran los otros cuatro que debían tomar el relevo.

—Buenos días —saludó Rafael—, ¿cómo va la cosa?

—Hola, movidita, como procede en sanfermines —le respondió Juan Palacios, un abogado algo más joven que Rafael con el que había coincidido pocos años antes en el mismo curso de práctica jurídica que les preparó para el ejercicio de la abogacía y a partir del cual habían hecho amistad.

—Y más movida que va a estar hoy —añadió Nacho Armendáriz, un abogado con muchos años de ejercicio y uno de los penalistas más reputados de Pamplona—. Estarás enterado de lo de ayer.

—El asesinato, sí, lo acabo de leer en la prensa ahora, por la mañana. Increíble.

—Pues ni de eso ni del asunto de la ikurriña hemos tenido nada todavía. Un pajarito me ha dicho que puede haber algún detenido relacionado con el asesinato y que van a pedir un abogado de un momento a otro. Así que prepárate.

—Y por lo demás, ¿qué tal?

—Pues hemos tenido que hacer unas veinticinco asistencias, un poco de todo, hurtos, robos, agresiones, lo normal. Ahora mismo están todavía los otros dos compañeros acabando de atender declaraciones, uno en la Policía Municipal y el otro en la Policía Foral.

Fueron llegando los otros tres abogados que debían iniciar el turno. De ordinario solo eran dos cada día, pero en sanfermines se doblaba el servicio. Armendáriz y Palacios se ocupaban de cumplimentar el papeleo correspondiente. No pasaban ni cinco minutos de las nueve y media cuando sonó uno de los dos buscas que estaban sobre la mesa, todavía pendientes de asignar a los recién llegados. Lo atendió Víctor Pagola, que era el más antiguo e iba a ejercer de responsable del turno, llamando por teléfono y tomando nota de lo que le decían.

—Vamos a ver, hay un detenido en la Policía Nacional, en la comisaría de General Chinchilla. Rafael, tú que has llegado antes, te toca, toma este busca y vete para allá. Yo me quedo a esperar a que traigan los otros buscas y a hacer todo el relevo.

Rafael se puso en camino. Fue a pie ya que tenía que recorrer menos de un kilómetro que completó en poco más de diez minutos. Hacía una espléndida mañana de verano, el sol brillaba aunque todavía no había empezado a calentar. El policía que controlaba la entrada de la comisaría le indicó que esperara un momento. La sala de espera estaba atestada de gente con cara de resignación, la mayoría de ellos con aspecto de ser forasteros y probables víctimas de carteristas y descuideros. Enseguida llegó otro policía de uniforme que le acompañó al piso superior.

—Por favor, espere aquí —dijo señalando un despacho vacío.

Se quedó solo en el despacho pero al minuto entró un policía de paisano con unas carpetas en la mano.

—¿Es usted el abogado? —preguntó.

—Sí.

—Enseguida nos traen al detenido. Déjeme su documento profesional, por favor, que voy tomando sus datos. Y vaya mirando de qué se trata, si quiere —le dijo alargándole un folio. Rafael se lo agradeció, no solo de palabra, era un detalle no muy habitual que le dieran algún dato. A menudo la declaración se iniciaba sin que al abogado le hubieran dado ninguna explicación.

Los dos se sentaron y cada uno se enfrascó en sus papeles. A Rafael el corazón le dio un salto al leer el resumen del caso. Acusación, asesinato, desórdenes públicos y resistencia a agentes de la autoridad. Fecha, seis de julio. Acusado, Felipe Ochoa Martínez, natural de Pamplona, empleado, 48 años de edad. Detenido el siete de julio a las 7:05 h. Me ha tocado el premio gordo, pensó.

Al poco entraron en el despacho un agente de uniforme y el detenido al que acompañaba que iba esposado y al que hizo sentar. Rafael lo miró con curiosidad. Tenía mal aspecto. Era corpulento, tenía los ojos hinchados, el pelo largo y despeinado, llevaba una tirita en la mejilla y algún que otro moratón y arañazos en la

cara. Vestía una camiseta de color indefinible, un pantalón de chándal y unas zapatillas sin cordones. La mirada la tenía perdida y parecía que le costaba trabajo mantenerse erguido. O lleva una monumental resaca o le han calentado bien los policías al detenerle, o ambas cosas, pensó Rafael. No era raro que el abogado sospechase que un detenido no había sido tratado de forma muy amable, pero solía ser muy difícil tener evidencia de malos tratos como para poder dar parte de ellos. Como si le estuviera leyendo el pensamiento el policía de paisano le preguntó al uniformado:

—¿Le ha visto ya el médico?

El otro asintió y le alargó un papel que llevaba en la mano. Tras leerlo por encima se lo dejó a Rafael delante, sobre la mesa. Era un informe médico.

—Parece que se resistió un poco y forcejeó con los agentes que le han detenido, pero está bien, ninguna lesión importante.

Entraron otras dos personas de paisano en el despacho y el de uniforme salió cerrando la puerta.

—Hola, soy el inspector jefe Antonio Herrera. ¿Usted es el abogado, verdad? —le tendió la mano a Rafael.

—Y a mí ya me conoce —dijo el que venía detrás estrechando también la mano de Rafael. Este le miró con sorpresa, dado que no esperaba encontrárselo allí. Javier Echeverría era comisario de la Policía Municipal y compañero suyo de promoción en la facultad de derecho. Al acabar la carrera habían emprendido actividades profesionales muy distintas y solo se habían visto de muy tarde en tarde, pero a partir de que Rafael decidió dejar la enseñanza universitaria y ejercer la abogacía recurrió varias veces a Echeverría para pedirle información o consejo. En varias ocasiones llegaron a coincidir en el mismo asunto ejerciendo sus respectivas tareas profesionales, uno como abogado y otro como policía ya que Javier estaba al mando de la unidad de investigación. Pero no era normal verle en la comisaría de la Policía Nacional.

—Hola, vaya coincidencia —saludó Rafael.

Herrera explicó con tono oficial que estaban allí para tomar declaración al detenido, en presencia de abogado, y le leyó sus derechos. El otro policía, sentado ante un ordenador, iba tecleando con bastante parsimonia. Echeverría se colocó junto a Rafael, al parecer como espectador.

—¿Se llama usted Felipe Ochoa Martínez? —comenzó su interrogatorio el inspector jefe Herrera. El detenido movió la cabeza afirmativamente y de su boca salió un sonido que podía interpretarse como un sí.

—¿Dónde estaba usted ayer sobre las ocho de la tarde?

—Ya les he dicho que no me acuerdo.

Rafael daba por supuesto que, aunque la única declaración válida es la que se realiza ante abogado, los policías previamente habrían sondeado al detenido. Se hizo un incómodo silencio mientras Herrera examinaba los papeles que tenía delante.

—¿Estuvo usted sobre las ocho de la tarde en la plaza de la O?

—No me acuerdo.

—¿Cómo es que no se acuerda de qué hizo ayer mismo?

—No sé. Estuve bebiendo.

—¿Dónde estuvo bebiendo?

—Por lo viejo.

—¿Estuvo solo?

—No. Al principio estaba con unos amigos.

—¿Cómo se llaman esos amigos?

—Joseba, Txabi, Imanol...

—¿Ese al que llama Joseba es José Ramón Arrarás Díaz? —Herrera consultaba las notas que tenía delante.

—Sí. Supongo, no me sé su segundo apellido.

—¿Vive en la calle Navarrería?

—Sí.

—¿Y el tal Txabi se llama Francisco Javier Elso Huarte?

—Sí, eso creo.

—Y vive en la calle Goroabe.

—Creo que sí.

—Y ese Imanol se apellida Pérez Gómez y vive en la calle Ochagavía.

—Vive en la Rochapea.

—Sí, en la calle Ochagavía de la Rochapea.

—Eso será.

—Y después de andar con esos amigos, ¿qué hizo?

—No sé, no me acuerdo.

—¿A qué hora empezó a beber?

—Antes del chupinazo. Almorzando. A las diez. Desde la diez —la voz sonaba muy estropajosa y vacilante. Herrera mantenía un rostro impassible y aguardaba pacientemente después de cada pregunta a que el secretario dejara de teclear para formular la siguiente.

—¿Y se acuerda dónde?

—En la peña. En mi peña. En la calle Jarauta.

—¿Y luego qué hizo?

—Anduvimos por la calle, de farra.

—¿En qué lugares recuerda que estuvo?

—Por toda la calle Jarauta. Por los bares, y en la calle. Luego bajamos a la Rocha, a las txoznas de las peñas, a comer un bocata.

—¿Y después?

—Creo que volvimos a subir al Casco Viejo, en el ascensor de la muralla que sube a la calle Descalzos. Me suena el ascensor lleno de gente. Pero ya había bebido mucho y no me acuerdo bien.



—¿No recuerda nada más de lo que hizo en la tarde de ayer?

—No.

—¿Ni cuándo llegó a casa?

—No.

—¿Pero recuerda que volvió a su casa?

—Sí. No. Bueno, me desperté en casa. Me despertó la policía.

Con toda calma Herrera sacó una fotografía y la puso delante del detenido.

—¿Recuerda haber estado en el lugar de la fotografía?

Rafael estiró el cuello para ver la fotografía. Era una estampa típicamente sanferminera, un montón de gente abrazada o con los brazos en alto, probablemente bailando el Vals de Astráin, probablemente en el Riau-Riau oficioso porque se veía al fondo a los músicos de La Pamplonesa tocando. Pero quien más destacaba era en primer plano Felipe Ochoa con la mano izquierda alzada y empuñando una pistola en la mano derecha, la mirada extraviada y su camiseta blanca llena de lamparones de vino o sangría.

—El Riau-Riau —dijo Ochoa y se quedó silencioso—. Me parece que estuvimos.

—¿Recuerda haber estado en el Riau-Riau?

—Creo que sí, me suena.

—¿Y recuerda que llevaba una pistola?

Ochoa quedó pensativo unos segundos.

—Sí, la pistola. Sí, sí. La pistola. La compré.

—¿Dónde?

—A un chino. En la calle... No sé. A un chino, en su tienda.

—¿Qué tienda?

—No sé, un chino, por lo viejo. La calle Jarauta. O Mayor. No sé.

—¿Una tienda que vende armas?

—Sí, de juguete. Era una pistola de mentira.

—¿Y para qué quería una pistola de juguete?

—Por cachondeo. Es San Fermín.

—¿Y dónde está esa pistola?

—No sé.

—¿Ya no la tiene?

—No. La perdí.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—¿Recuerda haber amenazado a alguien con la pistola?

—No. Era de broma.

—¿No recuerda haberse acercado a la Comparsa de Gigantes con la pistola?

—No.

—¿No vio a los gigantes, o a los cabezudos?

—No sé, no.

—¿No disparó a uno de los cabezudos?

—No. A nadie. La pistola era de juguete. Solo hacía ruido.

—Pero usted no se acuerda de lo que hizo toda la tarde, ¿no es cierto?

—No. Estaba pedo.

Herrera hizo otro silencio. Retiró la fotografía de la mesa y puso otra delante de Ochoa.

—¿Y esta otra? ¿Recuerda esto?

El detenido y su abogado volvieron a inclinarse sobre la fotografía para contemplarla. De nuevo una estampa sanferminera, esta vez se veía el lateral de la Casa Consistorial, probablemente junto a las escaleras de San Saturnino, entre el gentío una barrera de la Policía Municipal conteniendo como podía a varias personas, de nuevo el protagonista era Ochoa que en el centro de la escena aparecía forcejeando con un agente con gesto de estar vociferando.

—¿Estuvo usted en el chupinazo ayer?

—No. No nos dejaron pasar.

—Ha dicho usted que solo estuvo por la calle Jarauta.

—Sí, por Jarauta. Bajamos hacia el Ayuntamiento pero los munipas no nos dejaron pasar de San Saturnino y nos volvimos para atrás.

—Pero no lo ha dicho antes.

—Lo había olvidado.

—Así que se reconoce usted en la foto.

—Sí, soy yo y mis colegas, antes del chupinazo.

—¿Discutió con los agentes de la Policía Municipal?

—Un poco. Estaban muy bordes.

—¿Golpeó usted a alguno de ellos?

—No.

—¿Se resistió a la orden que le dieron de no seguir avanzando?

—Solo les pregunté que por qué, y al final nos fuimos.

—¿Colaboró usted para colocar una ikurriña delante del Ayuntamiento?

—No.

—¿Sabe usted quiénes colocaron la ikurriña?

—No sé nada.

—¿Ayudó a desplegar una pancarta en apoyo de los presos de ETA?

—No.

—¿Le han detenido alguna vez?

—Una.

—¿Cuándo?

—Ya lo saben. El año pasado. En el Riau-Riau.

—¿Solo esa vez?

—Sí.

—¿Conoce usted a Francisco Javier Redondo Gómez?

—No.

—A lo mejor lo conoce como Patxi, o como Patxi Redondo.

—No sé. No.

Herrera, de nuevo, colocó una fotografía delante de Ochoa. Rafael reconoció el rostro del difunto Patxi Redondo que había visto en la prensa.

—¿Conoce usted a esta persona?

Ochoa miró el retrato durante unos segundos.

—No.

—¿Está seguro?

—Seguro.

Herrera recogió la fotografía y volvió a examinar pausadamente sus papeles.

—¿Por qué se resistió usted a ser detenido cuando los agentes fueron a su casa esta mañana?

—Porque yo no he hecho nada.

—¿Reconoce que se resistió a la detención?

—Estaba en mi casa.

Finalmente Herrera miró fijamente a Ochoa y le preguntó:

—¿Quiere usted añadir algo más?

—No. Yo no he hecho nada.

Dieron por finalizada la declaración. El policía que hacía de secretario mandó imprimir lo que había ido escribiendo y le pasaron los folios a Rafael. Este los leyó calmadamente y los pasó a su vez a Ochoa. Este lo miró como si por primera vez se percatase de su presencia.

—¿Eres el abogado? —preguntó.

—Sí. ¿Quiere leer la declaración antes de firmarla?

—No. No pienso firmar nada.

Así que firmaron los demás y el secretario puso una nota señalando que el declarante se negaba a firmar. Rafael sabía que ello carecía de trascendencia y que probablemente la declaración había quedado grabada por la cámara que estaba instalada en una esquina de la habitación.

—Quiero hablar con mi abogado —dijo de pronto Ochoa.

—Todavía no ha designado usted abogado —le respondió Herrera.

—Aquí hay un abogado. Quiero hablar con el abogado.

—¿Quiere designar abogado? —interrogó Herrera.

—Me vale este abogado, quiero hablar con él.

Los policías salieron, llevándose la documentación, y dejaron a solas a Rafael con su cliente, al que quiso advertir de la situación.

—Mire, yo soy solamente el abogado del servicio de atención al detenido y mi papel es solo asistir a esta declaración y asegurarme de que se respetan sus derechos. Pero usted puede nombrar a cualquier abogado y, si no tiene, pedir que se le asigne uno de oficio.

—¿Y tú no puedes ser mi abogado? —Ochoa parecía confuso pero obstinado.

—Si usted quiere contratarme como su abogado sí, puede hacerlo, puede designarme a mí —dijo Rafael sin pensarlo mucho y llevado por la costumbre de no renunciar a ningún posible cliente de antemano—, pero puede buscar otro si quiere.

—No quiero buscar otro, tú ya estás aquí.

—De acuerdo, pues, le prepararé los papeles que tiene que firmar.

—Soy inocente.

—¿De qué?

—Del asesinato. Me quieren colocar un asesinato. Yo no sé nada. Yo no he sido.

—Bien, ya tendremos tiempo de hablar. De momento, probablemente le enviarán a la cárcel, habrá que ver si es posible pedir la libertad provisional.

—¿A la cárcel? Yo no he hecho nada. Tienes que sacarme.

—Vamos a intentarlo. Pero primero le tienen que enviar al juzgado, y allí es donde decidirán si le envían a la cárcel.

—Esto es una putada, yo soy inocente.

Una vez que se llevaron a Ochoa y Rafael se dispuso a irse, fue abordado por Javier Echeverría en el pasillo.

—¿Tienes tiempo para echar un café?

—Claro, mientras no me llamen...

Salieron juntos de la comisaría. Rafael se alegraba de ver a su antiguo compañero de estudios por el que sentía mucho respeto. En sus años universitarios era uno de los estudiantes más brillantes de la clase. Su opción por ingresar en la Policía Municipal fue una sorpresa para sus compañeros. La mayoría de los estudiantes de derecho, y sobre todo los más capacitados, hacían otros planes. Querían ser abogados, jueces, fiscales, notarios, registradores, diplomáticos, catedráticos, abogados del Estado, inspectores de Hacienda... Ninguno decía que quería ser policía. En cambio Echeverría, apenas acabó la carrera, decidió especializarse en criminología y opositar para el ingreso en algún cuerpo policial. Las primeras oposiciones que se convocaron fueron las de la Policía Municipal y las sacó sin ningún problema. Luego había ido ascendiendo con mucha rapidez. Rafael sabía que dentro del ámbito policial Echeverría era un profesional muy bien considerado y, en particular, dentro de la Policía Municipal todo el mundo hablaba bien de él, lo que no era cosa fácil en un cuerpo con un pésimo ambiente de trabajo y muy dividido por enfrentamientos internos.

Por la calle Navas de Tolosa, perpendicular a la de General Chinchilla, se notaba mucho movimiento. Era la hora de la procesión de San Fermín y desde las calles del Casco Viejo provenía un tenue rumor de gente y el sonido de campanas volteadas. Rafael había acudido muchas veces a la procesión siendo niño con sus padres, uno de los actos más tradicionales de las fiestas que se repite desde 1591, pero en la juventud

había perdido la costumbre por la pereza de tener que levantarse pronto después de un día seis que solía hacerse largo. A diferencia de algunos de sus amigos que habían retomado la tradición al tener hijos, o de algún otro que acudía para abuchear o pitar al alcalde, él hacía años que no veía la procesión.

Decidieron alejarse un poco del Casco Viejo y se acercaron hacia el café del Baluarte. A esas horas «la pecera», como llamaban muchos al pequeño edificio acristalado de la plaza delimitada por el palacio de congresos, estaba tranquila. Pidieron unos cafés en la barra y se sentaron a una mesa del fondo.

—Así que vas a ser el abogado de este sujeto.

—Claro. No están los tiempos como para desperdiciar ningún cliente —respondió Rafael, pensando en lo justos que a veces llegaban a final de mes en el despacho y en la duda que frecuentemente le asaltaba sobre si había hecho bien en cambiar de trabajo y renunciar a un sueldo magro pero seguro precisamente en un momento económico tan azaroso.

—Es un asunto feo.

—Como tantos de los que llevamos, pero ya sabes que todo el mundo tiene derecho a su defensa. Y no te creas que nos vendrá mal la publicidad —no lo había pensado antes, pero un caso que iba a ser abundantemente aireado en los medios de comunicación podría servirle como promoción—. Bueno, ¿qué me puedes contar?

Ambos tenían una relación de suficiente confianza como para asumir sin disimulos ni excusas que sus respectivas profesiones les impedían contar todo lo que sabían.

—Pues, en realidad, sabemos tan poco que ni siquiera hay nada que no te pueda contar. Y como abogado de parte interesada tienes derecho a saber lo que hasta ahora hemos averiguado.

—Pues tanto mejor. ¿Qué sabes de todo esto?

—Ayer a la tarde nos avisaron de que por la calle Mayor, por el Riau-Riau oficioso, se había visto a un sujeto con una pistola que parecía de verdad y que había amenazado a varias personas. Por si acaso, se desplazó una pareja a comprobarlo. Dieron unas vueltas y hablaron con los testigos. Incluso obtuvieron varias fotografías del sujeto en cuestión. A veces nos viene muy bien eso de que todo el mundo se dedique a hacer fotos con sus móviles de todo lo que pasa. Pero no dieron con él. Como de momento no había disparos ni heridos, y ni siquiera estaba claro si la pistola era de verdad, de momento no le dimos mayor trascendencia.

—Pero luego sí se la habéis dado.

—Por supuesto, a partir del asesinato de Caravinagre. Del portador, quiero decir. A eso de las ocho de la tarde la Comparsa hacía su recorrido y andaba por la plaza de Recoletas, cerca de la iglesia de San Lorenzo. De pronto a Caravinagre, que andaba corriendo detrás de los niños en la entrada a la plaza de la O, alguien le disparó dos tiros y lo mató. Solo hay testigos de que, de repente, el hombre se derrumbó, y al acudir a ayudarlo observan que tiene dos agujeros en el pecho por los que está

sangrando. El pobre murió casi en el acto, en un charco de sangre. Enseguida llegan un coche de la Policía Nacional, que andaba por allí cerca, y también una pareja de municipales. Pero no encuentran a nadie que haya visto quién ha efectuado los disparos. Tampoco es muy raro, con el jaleo y el ruido que habría por allí. La zona estaba repleta de gente a esas horas. La Corporación municipal acababa de entrar en la iglesia para las Vísperas, el simulacro de Riau-Riau había llegado al final de la calle Mayor, justo entonces la Comparsa se estaciona en la plaza de Recoletas...

—Así que no tenéis ninguna prueba de quién lo mató —observó Rafael, esperanzado respecto de la acusación contra su recién adquirido cliente.

—De momento poca cosa. Muchas personas vieron a Caravinagre caer, hasta algunos le sacan fotos, pero nadie recuerda haber visto a alguien disparándole. Todo el mundo dice que por allí andaba mucha gente y que no se fijó en nadie en particular, aparte de en Caravinagre y en el charco de sangre. Por eso, en cuanto tenemos noticia del asesinato, redoblamos la búsqueda del sujeto de la pistola, por si hay relación entre ambos hechos. Le hemos conseguido identificar a lo largo de la noche, sobre todo gracias a las fotos, porque a algunos de nuestros agentes les sonaba la cara. El año pasado lo detuvimos en el Riau-Riau, en el intento de hacer el Riau-Riau de verdad, con la Corporación, y que no hubo manera porque hubo algunos reventadores que no permitieron ni que salieran los concejales de la Casa Consistorial. Pues este sujeto, tu cliente, estuvo empujando y dando guantazos a diestro y siniestro, parece que completamente borracho, igual que dice que iba ayer. Fue a juicio por desórdenes públicos pero salió bien librado, solo le cayó una multa.

—Y lo habéis detenido solamente por eso.

—Lo hemos detenido porque es el único sospechoso que tenemos. Fue visto por los alrededores del lugar poco tiempo antes del asesinato y con una pistola que parece de verdad, aunque él diga que es de juguete.

—Pero no tenéis pruebas de que fuera una pistola de verdad.

—De momento no tenemos nada seguro, estamos investigando. En las fotos parece una pistola de verdad, aunque no son fotos muy buenas. Hemos de verificar la historia, comprobar qué dicen los amigos esos con los que estuvo, si le dan una coartada para la hora del asesinato... En fin, estamos en ello, todavía han pasado pocas horas.

—¿Y cómo es que la detención la hace la Policía Nacional y no vosotros? —Rafael recordó lo extraño de encontrar a Echeverría en la comisaría de General Chinchilla.

—Estamos trabajando juntos. Como te he dicho, al lugar del asesinato llegaron casi a la vez agentes de los dos cuerpos. Hubo que llamar a la juez de instrucción para levantar el cadáver y nos ordenó que colaboráramos en la investigación. Cuando se supone que se lleva un caso en colaboración, en realidad lo lleva uno y el otro ayuda. Es la Policía Nacional la que lleva el atestado y nosotros auxiliamos, así lo ha dispuesto la juez.

Rafael sabía que la presencia de hasta cuatro cuerpos policiales en Pamplona, Policía Nacional, Guardia Civil, Policía Foral y Policía Municipal, hacía muy complejo el asunto de distribuir competencias y que los problemas de coordinación eran más frecuentes de lo que los responsables políticos admitían. También era conocedor de que, muchas veces, que una investigación se encomendara a unos u otros dependía del particular criterio del juez competente.

—¿Por qué le han preguntado por lo de la ikurriña y por una pancarta?

—Por si acaso. Probablemente no haya ninguna relación entre una cosa y otra, pero Herrera se cura en salud preguntando. Lo de la ikurriña y las pancartas lo lleva otro equipo.

—En fin, que tenéis muy poco con lo que acusar de asesinato a mi cliente.

—De momento sí, pero suficiente para una detención, y hay órdenes de arriba. Quieren un sospechoso detenido y acusado. Hay mucha urgencia política en que esto se aclare cuanto antes.

—¿Sabes cuándo pondrán a mi cliente a disposición judicial?

—Pronto. También tienen prisa en la Policía Nacional por deshacerse de él, estos días son muy movidos y quieren que deje la celda libre. Es posible que en muy pocas horas, al mediodía, o a primera hora de la tarde.

Sonó el busca que llevaba Rafael.

—Perdona, me voy a tener que ir. ¿Te puedo llamar para ver cómo va la investigación? Lo que me puedas contar...

—Claro, te tendré al tanto.

A las cuatro y media, en lugar de sonarle el busca como había hecho ya tres veces a lo largo del día, a Rafael le sonó el teléfono móvil. Le preguntaban desde el juzgado de guardia si podía presentarse en media hora puesto que la juez quería tomar declaración a Felipe Ochoa, al que acababan de conducir al Palacio de Justicia, ya que constaba como abogado designado por el detenido. Confirmó que se presentaría allí. En esos momentos estaba acabando de comer un bocadillo en el bar Boni, muy cerca tanto del Palacio de Justicia como de la sede de la Policía Municipal. Desde que dejó a Javier Echeverría había estado ininterrumpidamente asistiendo a una declaración tras otra de tres detenidos, uno por hurto, otro por agresión y el tercero por resistencia a agentes de la autoridad. Hasta pasadas las cuatro ni tiempo había tenido para comer. En otra época hubiera tenido que faltar a la comida familiar que preparaba siempre su madre el día de San Fermín, pero hacía ya tres años que la tradición se había interrumpido. Su padre había muerto hacía cinco años y su madre, ya octogenaria, estaba delicada de salud. La hermana mayor de Rafael, Asun, que era profesora, se la llevaba durante todo el verano al pueblo, en realidad al pueblo de su marido, alegando que era más saludable para ella y que estaba más entretenida recordando la vida rural de su lejana infancia. Los otros dos hermanos de Rafael,

Mario y Pablo, eran poco sanfermineros, algunos años se quedaban en Pamplona y otros no, así que las reuniones familiares durante las fiestas se habían eclipsado.

En una pausa que tuvo entre una y otra declaración llamó al móvil de Pilar. Calculaba que era ya una hora prudente aun siendo sanfermines y estando su socia de vacaciones sin obligación de madrugar. En realidad, Pilar llevaba ya rato por la calle. Le gustaba callejear, ver la procesión y tomar el aperitivo a la espera del «momentico», el último episodio de una mañana de idas y venidas del cortejo municipal en el que el Cabildo y el Ayuntamiento entraban en la catedral con el sonido de fondo de las campanas, los txistus y las gaitas de la Comparsa y con los gigantes bailando en el atrio en su honor. Rafael recordó que, según los periódicos, esa mañana la Comparsa no iba a salir, así que el «momentico» quedaría descafeinado.

—¿En serio? —preguntó muy sorprendida Pilar cuando Rafael le dijo que tenía por cliente al sospechoso del asesinato que motivaba la inusual ausencia de la Comparsa en las calles aquella mañana de San Fermín.

—Como lo oyes. Le he asistido en la declaración y me ha contratado como abogado.

—Bueno, bueno, me lo tienes que contar todo. ¿Quedamos luego? —se oía mucho ruido de fondo y Pilar prefería no hablar por teléfono.

—Lo siento, no, acuérdate de que estoy de guardia. Tengo mucha faena y no sé cuándo estaré libre. Mejor mañana, cuando salga, quedamos y te cuento.

—De acuerdo, tomamos el aperitivo mañana y me pones al corriente. Oye, y si necesitas algo dímelo.

—De momento no.

Cuando Rafael entró en el juzgado se encontró a Felipe Ochoa esperando, sentado y custodiado por dos policías. Seguía teniendo el mismo mal aspecto de por la mañana y cara de mucho más disgusto. Tras saludarle, Rafael comunicó al oficial judicial que estaba dispuesto para la declaración. Mientras esperaba a que la juez les llamara echó una ojeada a la copia de las diligencias que le proporcionaron. Además de la declaración de esa mañana, que ya conocía, figuraban los informes policiales sobre los hechos que habían llevado a la detención y las declaraciones de tres testigos que habían sido tomadas a lo largo de la mañana. Los tres eran identificados como amigos de Ochoa y afirmaban que habían estado almorzando con él en la peña y, luego, a lo largo del día, bebiendo juntos y callejeando. No les constaba que hubiese agredido a ningún municipal cuando no les dejaron acceder a la plaza del Ayuntamiento para ver el chupinazo. Ratificaban su versión sobre la pistola, era de juguete y la había comprado en la tienda de unos chinos. No sabían qué había sido de ella. Habían perdido de vista a Ochoa hacia las siete de la tarde, aunque no recordaban exactamente dónde ni podían decir en qué circunstancias ni a dónde había ido. No



sabían qué había hecho después, no podían decir dónde estaba a las ocho de la tarde. No habían sabido nada más de él desde el día anterior. No sabían nada de la ikurriña en el chupinazo, no sabían nada del asesinato, salvo lo que habían visto en la prensa y lo que todo el mundo comentaba, no conocían al muerto, no sabían nada más.

La juez que estaba de guardia aquella semana les llamó a su despacho enseguida. Rafael conocía a la juez Raquel Abad de ocasiones anteriores en que había asistido a otros detenidos. Compensaba su juventud y pequeña estatura con un aspecto severo, con proferir muy pocas palabras y con un tono seco que esperaba que incrementara su autoridad. Repitió al detenido prácticamente las mismas preguntas que ya le habían hecho en la comisaría. Ochoa las respondió con monosílabos o con un «no me acuerdo». La juez no insistió mucho en alargar el trámite. Una vez firmada la declaración indicó a los policías que se llevaran al detenido y a Rafael que esperara un momento a que llegara el fiscal. Tenía que oírles a ambos antes de decidir sobre la libertad o el envío a prisión del detenido.

El fiscal llegó enseguida y solicitó la prisión provisional sin fianza. Rafael se opuso alegando que no había suficientes pruebas para acusarle de ningún delito y menos de asesinato.

—Voy a dictar prisión provisional sin fianza —anunció la juez. A Rafael no le sorprendió, conociendo a la juez, pero intentó replicar.

—Pero si apenas hay ninguna prueba contra él...

—Mientras no se acredite si la pistola que llevaba era o no de juguete no me voy a arriesgar.

Rafael salió a la sala de espera mientras redactaban el auto de prisión y le preparaban una copia. Optó por no hablar de momento con su cliente. Poco más había que decir mientras no avanzara más la investigación. Pensó que ya le visitaría en la cárcel pasado un tiempo prudencial. Le sonó de nuevo el busca. Había tenido la suerte de contar con un par de horas libres pero su guardia seguía. Llamó con su móvil y le indicaron que, de nuevo, tenía que volver a la sede de la Policía Municipal.

Eran más de las diez de la noche cuando finalizaba la última de las declaraciones que había tenido que atender. Un carterista que había sido detenido poco antes con las manos en la masa, en este caso con una mano dentro de un bolso que no era suyo en las terrazas de la avenida Roncesvalles aprovechando el tumulto de la salida del público de la Plaza de Toros después de la corrida. Antes de irse se le ocurrió preguntar por Javier Echeverría.

—Sí, todavía está en su despacho —le dijo el agente que custodiaba la entrada—. ¿Quiere que le avise?

—Sí, por favor, a ver si puedo estar con él un momento.

Echeverría le recibió en su despacho, de uniforme y detrás de una mesa atestada de papeles, con cara de cansancio.

—Hola, siéntate. Lo siento, te puedo atender solo cinco minutos, pero tengo alguna noticia para ti.

—Gracias, no te molesto más de lo indispensable, yo también me quiero ir cuanto antes a casa que ya es hora.

—El asunto de la pistola. Parece ya claro que era de juguete. Hemos encontrado al chino que se la vendió en una de esas tiendas que venden de todo. Le hemos incautado las que tenía para vender, fabricadas, cómo no, en China. Era una imitación de una Colt modelo 1911, calibre 45, muy popular, fue utilizada antiguamente por el ejército norteamericano. Bastante bien hecha, puede pasar perfectamente por una pistola de verdad. Rozando la ilegalidad, por no decir que claramente ilegal. Hemos mandado las pistolas a la Intervención de la Guardia Civil. Está prohibido fabricar y vender armas de imitación que produzcan confusión con las reales, más de un atraco a un banco se ha hecho con una de esas pistolas.

—¿Y le han identificado como la persona que compró la pistola?

—Sí. Al principio, el chino que lleva la tienda decía que no recordaba bien a la gente a la que había vendido pistolas, tiene gracia, decía que lleva poco tiempo en España y que todos los occidentales le parecemos iguales. Vamos, como a nosotros nos pasa con los chinos. Afortunadamente, su mujer es mejor fisonomista y ha identificado en fotografía a Ochoa sin ninguna duda como la persona a la que vendieron la pistola. Se acordaba perfectamente de él porque estaba como una cuba, le estuvo vacilando y le regateó el precio bastante rato.

—Entonces, no hay pruebas contra él.

—Pues poca cosa, por no decir nada. Suponiendo que la pistola hubiese sido de verdad, tampoco correspondería al calibre de las balas que han obtenido en la autopsia que se ha realizado esta mañana. Mira, la verdad, no creo que fuera él. Ni tampoco lo cree Herrera. Estamos analizando otras posibilidades, pero no hay otros sospechosos claros de momento. No sabemos si el asesino, o los asesinos, querían matar a la víctima por motivos personales o si, simplemente, era un chalado que quería matar a Caravinagre o a cualquiera que se pusiera por delante.

—Espero entonces que lo dejéis libre.

—Ya sabes que eso no depende de nosotros sino de la juez. Tendrás que pedirle la libertad. De todos modos, hasta mañana no se completará el atestado con el tema de la pistola. Y ojo, que tiene más cargos, desórdenes públicos y demás.

—Bueno, mañana veremos. Gracias por todo.

## Lunes, 8 de julio

Por segundo día consecutivo, Rafael tenía que madrugar para estar en el Palacio de Justicia a las nueve y media, en este caso para finalizar la guardia, entregar el busca y rellenar los correspondientes partes. Afortunadamente, le habían respetado la noche y el busca no había vuelto a sonar. Se levantó siendo las ocho menos cuarto y cruzó los dedos mentalmente para que no le llamaran con una última asistencia antes de que llegara la hora de salir de la guardia. Mientras se ponía el desayuno encendió la televisión. Como la mañana anterior, los periodistas encargados del encierro comentaban la última hora del suceso que centraba la actualidad. Y la última hora, en realidad, se limitaba a confirmar que no había nada nuevo sobre el asesinato. Había un detenido del que solo se habían proporcionado las iniciales, F.O.M., al parecer como sospechoso de estar implicado en el crimen, pero no se tenían más datos. Las fuerzas de seguridad afirmaban que seguían las investigaciones. La delegada del Gobierno declaraba que esperaba poder dar más información pronto. Empezó el encierro, los toros de Dolores Aguirre corrieron rápidos y agrupados sin molestarse en dar cornadas a los corredores. Al acabar apagó la televisión y echó un vistazo a la prensa en el ordenador. Ofrecían algún detalle más. El *Diario de Navarra* recogía declaraciones del concejal de seguridad ciudadana que no descartaba que el asesino estuviera vinculado de algún modo al incidente de la ikurriña y a la izquierda abertzale, aunque tampoco descartaba cualquier otra cosa. La delegada del Gobierno y el alcalde eran más prudentes y reconocían no tener la menor idea sobre la autoría y los móviles del crimen. «Fuentes de la investigación» habían indicado al periódico que el detenido, del que además de las iniciales solo daban el dato de que era natural de Pamplona, tenía antecedentes y estaba vinculado con la izquierda abertzale. El *Diario de Noticias* se limitaba a señalar que había un detenido y que todas las hipótesis estaban abiertas, añadiendo que las declaraciones del concejal eran improcedentes e irresponsables ya que nadie sabía nada. Ambos periódicos informaban de que la cremación de los restos mortales de la víctima tendría lugar al mediodía en el cementerio municipal, además de la de sus familiares y amigos se preveía la asistencia de autoridades y de sus compañeros de la Comparsa. Por segundo día guardarían luto, aunque al día siguiente reanudarían su programa de salidas, es lo que el muerto hubiese deseado. El funeral tendría lugar a las siete y media de la tarde en la parroquia de Santiago Apóstol de la Chantrea, barrio donde residía el finado. También ambos periódicos recogían amplios reportajes sobre el impacto del asesinato en la ciudad y en sus vecinos, que seguían perplejos y conmocionados.

No había acabado todavía de mirar las noticias cuando sonó el teléfono. Era Jorge. No era usual que le llamara a casa y menos a aquellas horas.

—Tenemos que quedar, esta misma mañana. Hay alguien que quiere hablar contigo urgentemente.

—¿Quién? —preguntó Rafael intrigado.

—Creo que ya le conoces, es abogado como tú. Santiago Mateo.

—Sí, le conozco. Pero ¿qué tripa se le ha roto?

Rafael conocía superficialmente a Santiago Mateo, que era más o menos de su edad aunque llevaba solo unos pocos más años de ejercicio de la abogacía que él. Habían coincidido algunas veces en compañía de otros abogados y se solían saludar de tarde en tarde por los pasillos del Palacio de Justicia o en alguno de los bares cercanos. Conocía la pésima reputación profesional que tenía, que contrastaba con la simpatía personal que le reconocía todo el mundo. Extremadamente cordial y afectuoso, gozaba de una memoria fotográfica y saludaba a cualquiera con quien se cruzara por su nombre. Daba palmaditas en el hombro mientras estrechaba la mano a los hombres y besaba la mano de las mujeres. Hablaba con suavidad, se mostraba siempre comprensivo con el prójimo y dejaba caer continuos y disimulados elogios —tú, que estás tan preparado, tú, que de esto sabes tanto, tú, que has tenido tanta paciencia, tú, que eres tan amable— y no perdía la ocasión de preguntar a cualquier interlocutor por la salud de su anciana madre o por los progresos académicos o deportivos de su niño. Ponía cara de no haber roto jamás un plato y a la menor oportunidad ofrecía su ayuda desinteresada a cualquiera. Ayuda que solía ser educadamente rechazada por todo el que le conocía ya que su extrema informalidad y falta de responsabilidad era legendaria en los ambientes jurídicos de Pamplona. Por lo general, acudía a cualquier cita al menos con media hora de retraso y deshaciéndose en excusas, cuando no la cancelaba en el último minuto alegando cualquier imprevisto, pero no había manera de hacerle los reproches que se merecía porque al menor intento ponía un semblante tan apesadumbrado al formular sus disculpas que hacía sentirse culpables a los demás. Retrasaba siempre hasta el último minuto abordar cualquier asunto y con frecuencia dejaba pasar los plazos para presentar una demanda, un recurso o una reclamación. Olvidaba siempre devolver las llamadas perdidas o contestar el correo electrónico. Su hábito de nunca tener prisa y de dejarlo todo para mañana le había llevado a completar la carrera de derecho, que emprendió por seguir la tradición familiar, en doce cursos y en cuatro universidades distintas. Las malas lenguas decían que la principal preocupación de su hermana mayor, a la que habían rebautizado como «la santa Job» y con la que compartía el despacho heredado de su padre, era mantenerle lo más alejado posible de los asuntos y de los clientes. En sus primeros años de ejercicio se hizo habitual la figura del pasante de su despacho que, a última hora y de forma apresurada, tenía que hacerse cargo de la intervención en un juicio, pidiendo disculpas al juez al solicitar un aplazamiento o al improvisar como podía una defensa, porque Mateo no se había presentado. En auxilio de su hermana operó la oportuna circunstancia de que Santiago Mateo encontrara una tardía vocación que le tenía ocupado la mayor parte del tiempo y lejos del día al día del despacho. Por

casualidad, o más probablemente por su apellido, había sido contratado para asesorar a una asociación de víctimas del terrorismo. Su labor como letrado de la asociación duró poco más de un año, el tiempo que tardaron en conocer su carácter y sus hábitos laborales y en decidir que les interesaba contratar otro abogado. Pero mientras tanto había tenido la oportunidad de conocer el mundillo de la victimología y del antiterrorismo y de convertirse —al menos así lo creía él— en especialista en la materia. Aunque solamente había dirigido un proceso penal como acusación particular por un delito de enaltecimiento del terrorismo —que acabó con la absolución de los encausados—, se hizo un habitual en los congresos y foros que abordaban el fenómeno de la violencia terrorista. Se inscribió en un master a distancia sobre terrorismo en una universidad privada *online* que, en tres cuatrimestres y sin excesivo esfuerzo, le proporcionó un título universitario que añadir a su exiguo curriculum. Junto a la mención de ser exabogado de víctimas del terrorismo, el diploma le permitía hacerse pasar por experto. Los medios de comunicación, para los que siempre tenía todo el tiempo del mundo, le reclamaban habitualmente para opinar lo mismo respecto del terrorismo etarra que del islamista. Había logrado contar con una columna propia en un periódico digital además de publicar, de vez en cuando, sus opiniones en el *Diario de Navarra*. Su último triunfo profesional había sido ser reclutado como profesor por una joven pero prestigiosa universidad privada de las afueras de Madrid para impartir una asignatura optativa sobre delitos violentos. Aunque la retribución era modesta, sus idas y venidas semanales a Madrid durante el cuatrimestre que duraba el curso le habían permitido ampliar su red de contactos y acariciaba la idea de que, quizás, su futuro estuviera en la capital del reino más que en la capital del viejo reino que, empezaba a pensar, se le estaba quedando pequeña.

Mateo se reclamaba como un profesional alejado de la política partidista y totalmente independiente. Procuraba que no se recordara la anécdota de que, en sus años jóvenes, todavía sin finalizar su prologada y accidentada carrera universitaria, en un gesto de rebeldía frente a un entorno familiar tradicionalmente conservador, se ofreció al entonces gobernante PSOE como candidato en unas elecciones municipales. Para reforzar sus opciones, incluso cumplimentó el formulario de afiliación. Resultó que lo mejor que le ofrecieron fue ir en la lista del Ayuntamiento de Barañáin que él, que jamás frecuentaba los barrios periféricos de la capital y que consideraba que todo lo que estuviera al norte del río Arga era ya la Cuenca de Pamplona, sintió como un menosprecio. Pese a todo, aceptó a regañadientes un discreto lugar de la candidatura y se sintió muy defraudado cuando no salió elegido. Tardó poco en percatarse de que tenía diferencias ideológicas insalvables con el partido y en darse de baja. En las siguientes elecciones sondeó las posibilidades de ser aceptado como candidato en UPN pero, pese a utilizar todos los contactos que le pudo proporcionar el prestigioso apellido de su padre, únicamente le ofrecieron un puesto de suplente en la lista del Ayuntamiento del Valle de Egüés, un lugar que tuvo

que buscar en el mapa. Decidió renunciar momentáneamente a su carrera política, peor para ellos, ya me llamarán, pensó, y centrarse en su profesión que le acababa de ofrecer un nuevo horizonte como ariete contra el terrorismo.

—Quiere hablar contigo de la investigación del asesinato de Caravinagre. Perdón, de Patxi Redondo.

—¿Y qué tiene qué ver Mateo con el asunto? —preguntó escamado Rafael.

—Pues no sé, me llamó anoche, con muchas urgencias, solo sé que quiere hablar contigo y dice que es muy importante, que tiene información que te interesa —respondió Jorge.

Acordaron que se verían a la una junto al Monumento al Encierro ya que, antes, Rafael tenía que atender sus obligaciones en el servicio de atención al detenido. Mejor un lugar público, según Jorge, había dicho Mateo. ¿Público? Aquello le sonó a Rafael a película de espías y desagradablemente melodramático, pero no quiso discutir ya que se le hacía tarde.

A la una en punto Rafael llegó a las inmediaciones del Monumento al Encierro, en el cruce de las avenidas de Carlos III y de Roncesvalles. Había tenido suerte y finalizado la guardia sin mayores incidencias. Antes de salir del Palacio de Justicia hizo una visita al juzgado de guardia para descubrir con desagrado que las diligencias sobre Felipe Ochoa seguían igual, sin que pese a lo que le había dicho Echeverría se hubiese aportado todavía nada sobre la falsa pistola. Llamó a Domingo Sanz, uno de los procuradores con los cuales solía trabajar y al que había elegido para representar a Ochoa por su promesa de estar de guardia todos los sanfermines, labor facilitada porque vivía y tenía el despacho justo enfrente del Palacio de Justicia, y le pidió que estuviese atento a todo lo que se moviese en el juzgado y le llamara en cuanto hubiese novedades. Luego había tenido tiempo de tomarse un café leyendo tranquilamente toda la prensa y de hacer algunas llamadas más, una de ellas a Pilar para aplazar su cita y quedar para comer en lugar de para el aperitivo. El Monumento estaba, como siempre, abarrotado de niños y de adultos que trepaban entre las figuras de bronce de los toros y de los corredores y rodeado de gente que sacaba fotografías. Rafael pensó que no había sido una elección afortunada para reunirse un lugar con tanta gente, y más debido a que a escasos metros, en la misma avenida de Roncesvalles, había reunida otra pequeña multitud en torno a la estela funeraria allí colocada y que estaba celebrando el acostumbrado acto en memoria de Germán Rodríguez, muerto por disparos de la policía un ocho de julio como aquel en los desgraciados sanfermines de 1978. Dio un par de vueltas buscando a Jorge y a Mateo, aunque sin mucha confianza en su puntualidad.

Era más de la una y cuarto cuando, al fin, divisó a Jorge, cuya elevada estatura le hacía sobresalir de la multitud, que se acercaba proveniente de la plaza de Merindades. Un poco después pudo ver también a Santiago Mateo, bastante más bajo

que su amigo y vestido también de blanco, caminando a su lado. Se saludaron estrechándose las manos mientras Jorge pedía disculpas por el retraso.

—¿Dónde podemos ir para hablar? —preguntó Mateo, y sin dar tiempo a recibir contestación hizo una propuesta—, ¿os parece que tomemos algo en la terraza del Iruña?

Como los otros dos asintieron se dirigieron hacia allí. La plaza del Castillo estaba relativamente tranquila a aquella hora, pasado el fin de semana las aglomeraciones habían disminuido y aunque había bastantes paseantes se podía andar sin agobios. Encontraron sin muchos problemas una mesa en la terraza del café Iruña, protegida del sol por el toldo. Pidieron unas cañas, Mateo un martini, y luego se empeñó en pagar.

—Mira, quería hablar contigo —dijo dirigiéndose a Rafael con cierta solemnidad para anunciar que por fin entraba al asunto que les reunía—, me he enterado de que defiendes al presunto asesino de Caravinagre.

—Defiendo a un detenido presuntamente inocente —matizó Rafael, ligeramente molesto por aquella descripción de los hechos.

—Sí, sí, tienes toda la razón. Perdona. Defiendes a un detenido —concedió Mateo.

—Espero que esté detenido por poco tiempo —añadió Rafael—. No hay la menor prueba de que esté implicado en el asesinato.

—Por supuesto, por supuesto, es pronto —sonrió Mateo—. Pero, en todo caso, me gustaría que reflexionases sobre si te interesa defender a ese tal Felipe Ochoa.

Rafael estaba bastante escamado. ¿Por qué se había enterado tan pronto Mateo de a quién tenía como cliente? Y, sobre todo, ¿cómo sabía el nombre del detenido, si la prensa solo había publicado sus iniciales? Supuso que tendría sus contactos en las altas esferas. Su padre, ya fallecido, había sido un influyente miembro de UPN desde la fundación del partido y su principal habilidad parecía ser el cultivo intensivo de las relaciones públicas.

—¿Por qué?

—Mira, ya sabes que yo te tengo mucho aprecio...

—Pues muchas gracias —respondió Rafael, más escamado todavía, ya que no podía decirse que tuvieran una amistad íntima. Por su parte, más que aprecio por Mateo, sentía bastante desconfianza.

—... al fin y al cabo, nuestros padres fueron compañeros de colegio, por eso llamé a Jorge, como común amigo, no tengo tu número de móvil, para que nos encontráramos cuanto antes. He recibido alguna información sobre este asunto, información confidencial y sobre la que no puedo citar la fuente, pero que creo que debes saber.

—Tú dirás.

—Felipe Ochoa es un sujeto muy poco recomendable. Poco recomendable como cliente, quiero decir. Ya sé que como abogados tenemos que defender a todo tipo de

gente, y en materia penal a gente nada recomendable, por lo general. Pero creo que no te interesa nada tenerlo como cliente.

—¿Y eso por qué? —interrogó Rafael. Jorge, cumplida su misión de concertar la entrevista, de momento había optado por asistir a la conversación como testigo mudo.

—Ochoa es un sujeto muy conocido por las fuerzas de seguridad. Está estrechamente vinculado con la izquierda abertzale.

—¿Y?

—Me refiero a la izquierda abertzale más radical y violenta, la que forma parte de ETA, o de la que forma parte ETA, tanto monta. No necesito decirte lo peligroso que es ese mundo.

—Pero sean cuales sean sus ideas políticas tendrá derecho a defenderse y a tener un abogado.

—Por supuesto, no lo pongo en duda. A ver, no me estoy explicando bien. Quiero decir que si defiendes a un destacado miembro de la izquierda abertzale, que bien podría ser un colaborador de ETA, tu imagen puede quedar muy dañada. Se te vinculará con ese entorno.

—He tenido ya algunos clientes de ese entorno, como todo el mundo en Pamplona. Nos guste o no nos guste, tenemos muchos vecinos abertzales y hay que convivir con ellos.

—Pero esto es distinto. No se trata de que le lleves la declaración de la renta, o una multa de tráfico, o unos insultos a la autoridad. Se trata de un atentado criminal.

—Del que mi cliente es inocente.

—Aunque lo fuera. La gente de la izquierda abertzale suele nombrar a abogados de la izquierda abertzale. Defender a un acusado de terrorismo, aunque sea absuelto, ya marca a su abogado. Lo marca ante los jueces, ante los fiscales, ante los demás abogados, ante la prensa.

—Aquí no hay ninguna acusación de terrorismo.

—Todavía. Todavía, no me extrañaría que pueda haberla más adelante.

—¿Quieres decir que lo de Caravinagre es un atentado terrorista? —preguntó incrédulo Rafael.

—Yo no lo excluyo en absoluto. Es más, creo muy posible que detrás de este crimen pudiera estar ETA.

—ETA ya no atenta, afortunadamente.

—Oficialmente, solo oficialmente. Ni se ha rendido, ni ha entregado las armas, ni mucho menos se ha disuelto. ETA sigue funcionando. Y, todavía peor, sigue funcionando en la legalidad.

—¿Cómo?

—ETA no son solo los comandos armados. En absoluto. ETA tiene un brazo político que ahora mismo no solo funciona legalmente sino que cada vez va adquiriendo más poder. Está en los ayuntamientos, en las diputaciones, en los parlamentos.



—La verdad, no comparto esa idea de que todo es ETA.

—Todo no es ETA, claro, pero es mucho más de lo que parece. Ya lo dijeron los tribunales cuando ilegalizaron a Batasuna y a otras organizaciones de ese mundo. No son sino parte de un conglomerado con unas mismas finalidades y sometida a una misma dirección. Es verdad que ahora han logrado la legalización, pero siguen siendo los mismos.

—Han renunciado a la lucha armada, como dicen ellos, que era el problema.

—Eso dicen, eso dicen. Pero todas las anteriores treguas no han sido más que trampas antes de seguir adelante. La de ahora no es sino más de lo mismo. Un cambio de estrategia. Ya no ponen bombas, cierto, pero no han renunciado a nada.

—A la violencia, si te parece poco...

—De momento. Sin garantías de que no vuelvan en cualquier momento. Cuando les interese. Lo han hecho antes. Se reorganizan en las treguas, consiguen avanzar en sus objetivos políticos, y luego vuelven a las andadas sabiendo que muchas fuerzas políticas van a seguir cediendo.

—¿En qué? ¿En qué han cedido los demás? No veo que hayan conseguido nunca nada.

—Perdona, Rafa, pero con todo cariño te tengo que decir que eres un poco ingenuo. ETA está consiguiendo sus objetivos. Poco a poco, pero no tienen prisa. Lo del terrorismo ha sido una fase, que ahora que no les conviene, lo aparcan. Pero siguen empeñados en lo mismo, y en eso les apoya todo el nacionalismo vasco. Porque el movimiento de liberación nacional no ha sido nunca solamente ETA, o Batasuna, es todo el nacionalismo vasco.

—O sea, que son todos terroristas.

—No, no, que yo no digo eso, aunque haya algunos extremistas que lo digan. Claro que no. Muchos nacionalistas son perfectamente pacíficos y demócratas, faltaría más. Pero, en el fondo, todos persiguen lo mismo, un Estado vasco independiente y euskaldún. Y si Euskadi, o Euskal Herria como dicen ahora, tiene derecho a constituir una nación independiente y ese derecho es reprimido por España, en el fondo se legitima el derecho a la rebelión.

—Bueno, si la rebelión es pacífica y democrática...

—No, no es ese el problema. El problema, el problema principal, es que todo el nacionalismo vasco tiene la misma finalidad de independizarse de España y, como primer paso y requisito inexcusable, quieren anexionarse Navarra.

—Pues digo lo mismo, esa anexión a la Comunidad Autónoma del País Vasco incluso está prevista en la Constitución, y si lo hacen democráticamente...

—Sí, en apariencia, pero en realidad lo que vienen haciendo es una invasión ideológica, totalitaria, disfrazada de acción política o cultural. Han convertido el vascuence, el euskera como dicen ellos, en el núcleo de la actividad nacionalista, pero no como instrumento de comunicación o patrimonio cultural, sino como un proyecto de lengua nacional a imponer. Y lo machacan sobre todo con la ETB, que es la

televisión del nacionalismo vasco, no nos engañemos, transmitiendo ilegalmente para casi toda Navarra y con un continuo machacar que Navarra forma parte de Euskal Herria, con los mapas meteorológicos, y la idea de que solo somos un herrialde de Euskadi, y no una Comunidad Foral diferenciada y con un régimen foral propio con mucha más raíz histórica y más fundamento que sus pretensiones. Por no hablar de la infiltración entre los estudiantes, entre los profesores, sobre todo del modelo D, que la mayoría son de la izquierda abertzale. Y eso desde que se introdujo el vascuence en la educación navarra que, como aquí no tenía nadie titulación, se nos llenaron las ikastolas de profesores vascos venidos de Guipúzcoa y Vizcaya. Tienen una estrategia perfecta de control de la educación y la utilizan para el reclutamiento de nuevos militantes.

—O sea, que el modelo D no lo maneja el Departamento de Educación sino ETA.

—Bueno, entiendo tu ironía, porque a veces se hacen manifestaciones poco matizadas en ese sentido. No, claro que no, que ETA no puede manejar la enseñanza en Navarra. Pero la influencia del nacionalismo vasco es evidente. Conozco a padres que se han visto obligados a sacar a sus hijos del modelo D para evitar su adoctrinamiento político. Hay muchos documentos públicos fácilmente accesibles en internet, no hacen falta informes de la Guardia Civil, que también los hay, en los que el entorno de ETA afirma el carácter estratégico, básico y prioritario de la educación. Y, bueno, no hay más que ver los materiales que se usan en las ikastolas y en los centros públicos de modelo D, la mayoría con manipulación de la realidad institucional de Navarra, poniéndola siempre en el contexto de Euskal Herria.

—El material lo autoriza el Departamento de Educación.

—Sí, pero no llega a todo. El año pasado, creo que fue, tuvieron que retirar libros en veintitantos centros, libros no ajustados a la normativa. Por no hablar también de la infiltración de los nacionalistas en la propia Administración foral. Durante años se ha privilegiado a los que conocen el vascuence para ingresar como funcionarios, y así tenemos lo que tenemos. Es más importante saber vascuence para ser funcionario que tener una buena preparación.

—En realidad, las plazas de funcionarios para las que se exige conocimiento de euskera son solo un diez por ciento del total de la plantilla, menos peso que el que tiene la población vascoparlante en Navarra... —le interrumpió Rafael, que recientemente había leído una estadística al respecto.

—No es cuestión de cifras o datos concretos, no nos vamos a meter en eso, la cuestión es el concepto. Lo obvio es que existe esa infiltración. No tienes más que ver qué sindicato gana las elecciones entre los funcionarios. LAB, el sindicato de la izquierda abertzale. Con eso está todo dicho.

—Bueno, perdona, en realidad gana LAB porque hay mucha fragmentación sindical, y también mucha abstención, no porque constituyan la mayoría de los funcionarios —quiso puntualizar Jorge, saliendo de su papel de espectador mudo, movido por su ánimo de rigor periodístico y por echar un cable a Rafael ante el temor

de que se sintiera demasiado molesto con el discurso de Mateo. Conocía a ambos y sabía que su forma de pensar sobre aquellos temas era poco coincidente—. Les vota solamente en torno al diez por ciento de los funcionarios, menos de lo que supone la izquierda abertzale en las elecciones políticas, o sea que no están más presentes en la Administración que en la sociedad navarra en general, al contrario, están infrarrepresentados.

—Bueno, los de LAB no son los únicos abertzales —se mantuvo firme Mateo—. Lo ponía solo como ejemplo. Lo que está claro es que el objetivo fundamental de la batalla política y cultural que libra en Navarra el separatismo vasco es debilitar la identidad histórica de Navarra para que se instale en el navarro la duda sobre su propia cultura, sobre su propia personalidad.

—Perdona, pero igual nos estamos yendo demasiado lejos del tema —sugirió Jorge.

—Eso, hablábamos de la defensa de Felipe Ochoa, mi cliente —le apoyó con alivio Rafael.

—Sí, sí, perdona, tienes razón, nos alejamos del tema, aunque no tanto, pero es que a mí me preocupa mucho todo esto, ver cómo los nacionalistas se van apoderando poco a poco de Navarra, que siempre ha sido parte esencial de España. Las Cortes de Navarra fueron las primeras, ya en el siglo xv, en proclamar su fidelidad a la Hispanidad.

—En realidad, las Cortes de Navarra nunca dijeron eso, antes del siglo xx ni siquiera se utilizaba la palabra hispanidad. Eso que dices, no dudo de que lo hayas leído porque está publicado, es un error de transcripción de las actas, las Cortes hablaban de la cristiandad, está documentado, hay un artículo reciente sobre eso —respondió Rafael, que pese a su nueva actividad profesional seguía leyendo todo lo que se publicaba sobre historia de Navarra. Mateo dejó traslucir un brevísimo gesto de fastidio pero no supo qué contestar.

—Bueno, sí, Felipe Ochoa, que es a lo que íbamos —dijo—. Es un elemento destacado de la izquierda abertzale. Hace pocos años gestionaba una herriko taberna, aquí mismo, en el Casco Viejo de Pamplona. No me sorprendería que estuviera mucho más involucrado en actividades ilegales.

—¿Que fuera un etarra?

—Bueno, no puedo decir tanto. Los grados de vinculación con ETA son tantos... No hace falta ser miembro de un comando e ir poniendo bombas o dando tiros en la nuca. Hay comandos de apoyo, de información... Hay grupos que recogen dinero para los presos, dicen, hay otros que apoyan a los familiares de los presos. Pero de lo que no me cabe duda es que Ochoa forma parte de ese mundo, y no sé hasta dónde llegará su implicación.

—Hasta matar a Caravinagre... —dijo Rafael, arrepintiéndose al momento de la sorna que estaba empleando, pero estaba cada vez más molesto con Mateo.

—No digo tanto, no digo tanto, pero no excluyo que el asesinato haya sido

ejecutado, si no por ETA, por algún grupo de su entorno, por algún grupo de la izquierda abertzale que practica la violencia de baja intensidad. No lo reivindicarán, porque no quieren romper la tregua, les va muy bien con ella. Pero quizás quieran enviar un aviso.

—¿A quién?

—No sé, en general. A quien se les oponga.

—A Caravinagre...

—No a Caravinagre, claro. A Patxi Redondo, que es a quien han matado en realidad.

—Bien, Patxi Redondo, pues. ¿Era un peligro para ETA? Un simple empleado de banca...

—Bueno, hay un trasfondo que seguramente ignoras.

—¿Cuál?

—Patxi Redondo tuvo un enfrentamiento con la izquierda abertzale en su peña. Se atrevió a presentarse como candidato en las elecciones para la junta directiva. Ya sabes que casi todas las peñas están controladas por la izquierda abertzale. No hay más que ver las sedes, llenas de fotos de presos, o sus pancartas, con ikurriñas y lemas proetarras. Hay muchos socios que no comparten esas ideas, pero no se atreven a oponerse, hay un clima de terror que impide que nadie se presente a la junta directiva si no está aprobado por la izquierda abertzale. Y el caso es que Patxi Redondo sí se atrevió, promovió una candidatura alternativa con otros socios. Y perdió, claro, por pocos votos, pero perdió, porque los abertzales se encargaron de atemorizar a los suficientes socios para que no fueran a votar. Pero no se lo perdonaron, le hicieron la vida imposible y dejó de frecuentar su peña.

—¿Y solo por eso lo han matado?

—No es cuestión menor. No toleran que nadie se les oponga, y sobre todo en lo que consideran territorio propio.

—¿Tienes pruebas? —preguntó Rafael, escéptico.

—Pruebas, no, no tengo. Si las tuviera se las entregaría a la policía, claro. Pero creo que son sospechas fundadas.

—Y crees que Ochoa actuaba como instrumento de ETA, o de la izquierda abertzale.

—Puede ser, puede ser.

—Bueno, pues ya lo veremos, según avance la investigación.

—Veo que piensas seguir con la defensa.

—Sí, claro, igual que con la de cualquier otro cliente.

—En fin, por supuesto, es tu decisión. Yo solo quería que supieras qué puede haber detrás de todo este asunto.

—Y te lo agradezco, pero no creo, de momento, que haya motivos para sospechar de una conspiración etarra.

—Las conspiraciones no suelen ser fáciles de ver... —sugirió Mateo.

—No suelo creer en las conspiraciones —replicó Rafael.

—No se trata de creer o de no creer en ellas, a veces existen y a veces no, y no siempre es fácil distinguir. Hay ejemplos de todo, el asesinato de Kennedy, el 23-F, el atentado del 11-M en los trenes de Atocha...

—¿Piensas que el 11-M fue una conspiración? —preguntó Rafael.

—No serás de los que se creen que el atentado del 11-M fue solo obra de los islamistas —dijo con sorna Mateo.

—Eso dijo la sentencia de la Audiencia Nacional —replicó Rafael.

—Bueno, bueno, una sentencia incongruente que dejó demasiados interrogantes sin respuesta. Como por qué todos los implicados en el atentado, según la versión oficial, eran confidentes de los cuerpos de seguridad o estaban estrechamente vigilados y, sin embargo, pudieron poner las bombas. O por qué no se hizo nada cuando se sabía que había un tráfico de explosivos desde Asturias, ni se quiso investigar la conexión de ETA, o las relaciones en las cárceles entre islamistas y etarras, que las hay, ni por qué se eligió la fecha del 11 de marzo, en vísperas de elecciones... —se explayó Mateo.

—Me quieres decir que el atentado, en realidad, fue de ETA —interrogó Rafael.

—No lo excluyo, no lo excluyo, no se puede decir que ETA no tuviera nada que ver y ni siquiera la sentencia lo dijo. Lo que tengo claro es que quienes organizaron el atentado querían cambiar el rumbo de nuestro país tanto en la política internacional como en la interna, y dudo que eso lo hicieran unos pocos inmigrantes islamistas en solitario —respondió Mateo—. Pero, bueno, eso sí que es otra historia y no quiero aburrirte más. Espero que no te haya molestado mi advertencia, pero te aseguro que te la hago con toda sinceridad y con el mejor de los propósitos.

—Gracias, aprecio tu buena intención.

—Pues si me disculpáis, me voy que tengo un compromiso para comer —dijo Mateo. Se despidieron con un apretón de manos y se alejó cruzando la plaza.

—Ya siento que te haya soltado este mitin —se disculpó Jorge—, pero creo que es importante lo que te ha dicho de tu cliente.

—Hombre sí, la información nunca está de más. Pero es un poco obsesivo este hombre con la amenaza vasca —dijo Rafael.

—A lo mejor exagera un poco, pero te aseguro que tiene buenos contactos y si dice lo que dice, por algo será, no eches en saco roto lo que te ha contado.

—Bueno, lo tendré en cuenta, pero dudo que mi cliente forme parte de una conspiración abertzale. De momento, vamos a mantener la presunción de inocencia y, en todo caso, aunque fuera culpable y aunque fuera un peligroso terrorista, tendría derecho a una defensa.

—¿Y te interesaría defender a un terrorista?

—Bueno, ya lo decidiré cuando sepa que tengo un cliente terrorista —zanjó el asunto Rafael. Se despidió también de Jorge, que se volvía a comer a su casa.

Rafael había quedado con Pilar para comer en Casa Otano, un local de los de toda la vida que había celebrado hacía poco sus cien años y que a ella le gustaba frecuentar. Bajó hacia la calle San Nicolás, que estaba muy animada con la gente que tomaba el aperitivo a la puerta de los bares, y entró en el bar, donde habían quedado antes de subir al restaurante del primer piso. Pilar, como de costumbre, estaba rodeada de gente. Le hizo un saludo con la mano y según se acercaba lo presentó al grupo de gigantes rubios con los que estaba hablando y entre los que destacaba por contraste su figura bajita y regordeta.

—*This is my associate!* —les dijo—, Rafa, estos son unos amigos australianos, Guy, Colin, George, Mary y Helen.

—*How do you do?* —el más alto de todos le alargó la mano. Rafael fue estrechando manos y saludando temiéndose tener que recuperar su cada vez más oxidado inglés oral para sostener una trabajosa conversación con acento australiano y música sanferminera de fondo. Afortunadamente para él Pilar miró su reloj y anunció:

—*We have to go!* —Pilar tocó el brazo de otra de las componentes de su séquito —, Lidia, me voy, encárgate luego de llevar a los australianos hacia los toros. *See you later!*

Se despidieron y subieron las escaleras hacia el primer piso mientras Pilar le explicaba:

—Hoy les llevo a los toros. No son de esos australianos que traen en manada en autobús a un camping y los sueltan por ahí para que beban como esponjas hasta ponerse como cubas. Estos tienen pedigrí, vienen de Sydney, ya conocen los sanfermines y tienen interés en ver una corrida de toros. No son como los yanquis con los que estuve hablando ayer, no tenían ni idea de nada, me preguntaron cuántos muertos había habido en el encierro de ayer. Les tuve que explicar que no hay muertos todos los días, ni todos los años, que son muy pocos y cada mucho tiempo.

El comedor estaba lleno pero Pilar había conseguido que les reservaran una mesa en una esquina relativamente discreta donde podrían hablar. Pidieron el menú de sanfermines y, mientras esperaban a que les sirvieran, Rafael le fue contando cómo había conseguido a Felipe Ochoa como cliente y su encuentro con Santiago Mateo.

—Ese tío es un conspiranoico —dijo Pilar—. Mejor no hacerle mucho caso. Es de esa gente que ha hecho de la amenaza terrorista su modo de ganarse la vida y que teme quedarse sin negocio.

—Tampoco crees que todo esto sea un atentado terrorista...

—Lo dudo mucho. Afortunadamente, ETA ya no mata. Y menos creo en una conspiración abertzale. Vale que, para mi gusto, hay demasiados nacionalistas en Navarra —vascos y no vascos, por cierto— y son de lo más canso, permanentemente incordiando con sus temas de identidad, pero de ahí a ese síndrome macarthista de que los abertzales están infiltrados en todo, de que tienen un plan oculto y de que tienen la culpa de todo lo que pasa hay un trecho. ¿Qué impresión te dio el presunto?

—No muy buena. Desde luego, no parecía lo suficientemente espabilado como para ser un peligroso terrorista. Más bien un tipo bastante bruto y con una resaca considerable.

—Tal como me lo pones, no da el tipo de asesino a sangre fría, todo el día borracho y enseñando una pistola por ahí.

—No, no tiene ninguna lógica.

—Y, además, un etarra, o un kale borrokalari, no te hubiera contratado a ti de abogado solo porque pasabas por allí. Hubiera llamado a uno de los suyos.

—Sí, este hombre parecía demasiado confuso al respecto.

Mientras comían, Rafael le fue dando más detalles sobre el asunto.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Pilar una vez que tuvo toda la información.

—Estoy esperando a que Domingo me comunique que consta ya el informe sobre la pistola de juguete para solicitar la libertad provisional.

—Me parece bien. Sin una pistola de verdad no tienen ninguna prueba contra él por asesinato.

—Eso creo. Las otras acusaciones, desórdenes y demás, no justifican la prisión.

—¿Has hablado con él después de la declaración?

—No, no he tenido tiempo material, y tampoco estaba muy comunicativo. Pienso acercarme a la cárcel mañana por la mañana, a ver si está ya más tranquilo y me da algún detalle más.

Acabaron de comer haciendo elucubraciones sobre quién, descartado su cliente, podría haber matado a Caravinagre. Les costaba decir el verdadero nombre del muerto, el personaje que representaba se había apoderado de su personalidad. Pilar era partidaria de la teoría de que había sido un chiflado que quería acabar con el kiliki.

—Hay gente muy enferma por ahí —alegaba—, no me extrañaría que haya sido un lector de la biografía secreta o de las memorias de Caravinagre con la mente trastornada.

—¿Las memorias de Caravinagre? —preguntó Rafael sorprendido.

—Sí, ¿no las has leído? Que yo sepa hay publicadas al menos dos versiones de la vida de Caravinagre.

Pilar se conocía todo lo que se puede conocer sobre los sanfermines, lo había leído todo al respecto y tenía en su casa una considerable biblioteca sobre la materia que incluía libros en varios idiomas imposibles de encontrar en cualquier otro lugar de Pamplona. Decía que a su muerte no le importaba qué hicieran con sus restos mortales, tierra, fuego o formol, reía, pero que sí le preocupaba qué pasaría con sus libros. Había hecho testamento exclusivamente para asegurarse de que su colección acabara en el Archivo General de Navarra. Rafael le decía que debería escribir la historia de los sanfermines a partir de allí donde la dejó el difunto doctor Arazuri, pero ella le replicaba que era más de hablar que de escribir.

—Aparte de una historia de los gigantes que hizo Ignacio Baleztana en los años treinta, hay unas memorias de Caravinagre —continuó Pilar— que escribió un antiguo portador, Koldo Larrea, que cuenta desde el punto de vista del kiliki su vida desde que fue fabricado en 1941 en Valencia, su llegada a Pamplona, su papel en la Comparsa, en fin, una descripción de los sanfermines y de otras actividades como los viajes de los gigantes a Nueva York, a Sevilla o a Santiago de Compostela. Pero hay también una historia secreta de los kilikis que publicó un periodista, Jesús Carlos Gómez, muy imaginativa, donde los presenta como unos desalmados malhechores, y tiene también una biografía de Caravinagre en la que cuenta que antes de kiliki fue gángster en Chicago, que tiene un montón de asesinatos a sus espaldas y que se refugió en Pamplona, tras una intervención quirúrgica para desfigurar su rostro, huyendo del sindicato del crimen que había puesto precio a su cabeza...

—Nunca mejor dicho lo de cabeza —dijo con sorna Rafael—, así que quizás por fin le han encontrado en su escondrijo y han acabado con él.

—Eso es —rio Pilar—, algún lunático al que esas lecturas se le han indigestado podría haber hecho justicia. O quizás el asesino sea alguien que, desde pequeño, está traumatizado por haber sido golpeado por Caravinagre y ha ido alimentando su rencor con los años. Uno de esos chiquillos mil con miedo atroz de la letra original del maestro Astráin.

Rafael sonrió, era una broma entre los dos. Pilar le había explicado muchas veces que no existía tal letra del maestro Astráin por mucho que hubiera gente que lo creyera. La letra del Vals de Astráin se escribió muchos años después de que muriera el compositor, cuando ya era la música oficial de la Marcha a Vísperas o Riau-Riau. La escribió María Isabel Hualde, que también murió joven, a ninguno de los dos le dio buena suerte la pieza, comentaba Pilar, Astráin murió a los cuarenta y cinco y ella a los treinta y dos años. Aunque, añadía doctamente, en muchos sitios está escrito erróneamente que la autora se llamaba María Luisa Ugalde, probablemente porque así apareció en algunos discos de Los Iruña'ko y Fernando Pérez Ollo, en el primer trabajo serio que se publicó sobre el tema, también confundió el nombre. Y, por cierto, añadía Pilar, lo de «a las cuatro el seis de julio» con que empieza esa letra es mentira, la Marcha a Vísperas empezaba siempre a las cuatro y media.

—Bueno, en serio, lo del psicópata traumatizado desde niño es una teoría tan ingeniosa como la del amigo Mateo, pero poco probable.

—No te imaginas la de gente trastornada que anda suelta por la calle —insistió Pilar, medio en serio, medio en broma—, cosas más raras he visto. De todas maneras, lo importante para nosotros no es qué teoría es más creíble o probable. Ya no estás haciendo una investigación académica como hacías antes en la universidad, no se trata de conocer la verdad, como abogados nuestra preocupación debe ser, como siempre, defender los intereses de nuestro cliente. Cualquier teoría alternativa nos vale para generar una duda y reclamar la presunción de inocencia. Averiguar la verdad, si es que se puede, les toca a los jueces.



Decidieron tomar el café en una terraza de la plaza del Castillo esperando ver pasar el desfile de las mulillas hacia la Plaza de Toros, un espectáculo al que a Pilar le gustaba acudir antes de ir a la corrida, a la que asistía todas las tardes. Pilar solía definirse como de «la izquierda taurina». Se quejaba de pertenecer a una minoría incomprendida, ya que el antitaurinismo se extendía cada vez más, algo que hubiera podido ser cierto en otras ciudades pero no, ciertamente, en Pamplona, donde la minoría es la que se manifiesta contraria a la fiesta de los toros. Abundan los antitaurinos de boquilla, de izquierdas, de derechas y de centro, que acuden al tendido de sol y se limitan a ejercer como tales no haciendo ni caso del espectáculo que se desarrolla en el ruedo o pasando la mayor parte de la tarde merendando por los pasillos. Pero pocas manifestaciones antitaurinas se ven en Pamplona, salvo las que protagonizan extranjeros llegados con ese propósito. Pilar solía reírse de los antitaurinos, sobre todo de los de izquierdas. Si supieran que quien inició la lucha contra las corridas de toros fue el papa san Pío V, decía, con la bula *De Salute gregis Dominici* de 1567 en la que amenazaba con excomunión y anatema a todos los príncipes cristianos que permitieran los espectáculos taurinos, que Felipe II se limitó a ignorar, y prohibía la sepultura eclesiástica de quien muriera en ellos.

—No, ni hablar, no vamos hacia el Iruña, mejor a la terraza del Bearin que a esta hora tiene mejor sombra —advirtió Pilar a Rafael cuando este, mecánicamente, después de subir las escaleras de San Nicolás, iba a girar hacia el lado norte de la plaza.

Aunque dado el calor reinante a aquella hora de la tarde buscar la sombra era un motivo razonable, Rafael sabía que Pilar, entre otras muchas manías, tenía la de no ir nunca al café Iruña. Déjasele a los yanquis que se tragan lo de que Hemingway bebía apoyado en su barra tal como le han puesto en efigie de bronce, solía decir. Era abiertamente hostil, no tanto a Hemingway, era de la minoría en Pamplona que había leído sus libros, como a la explotación turística de su memoria. Lamentaba que tuviera dedicadas dos estatuas, un paseo, un hostel, cuatro bares y, sobre todo, una ruta señalizada por los lugares que supuestamente frecuentó en Pamplona de la que abominaba especialmente. No te dirán, acusaba, que en sus últimas visitas, en 1953 y 1959, Hemingway no quería ir al Iruña porque había sido uno de los lugares donde se reunían los golpistas de 1936, lo cuenta Castillo-Puche, prefería la terraza del bar Txoko. No corren ni pocas falsas historias sobre Hemingway, aseguraba Pilar, como esa de que en 1953, en una violenta discusión en la terraza del Iruña en la que también estaban, entre otros, Ignacio Baleztena y Antonio Ordóñez, rompieron una mesa de un golpe, acabaron todos detenidos y dos horas antes de la corrida de toros en la que toreaba Ordóñez todavía estaban declarando en comisaría. Y vaya trola la de la habitación de Hemingway, decía, hay que ser tonto para pagar casi dos mil euros la noche creyendo que duermes en la misma habitación que él y que está igual que entonces. Hemingway no se alojaba en ese hotel, afirmaba Pilar, como mucho

estaría de visita, con algún torero, o comiendo, ni siquiera lo menciona en ninguno de sus libros. Además de una pensión en la calle Eslava en la que estuvo en 1923 porque no tenía dinero para más, el único hotel donde se alojó Hemingway en los sanfermines entre 1923 y 1931 fue el hotel Quintana, contaba Pilar, se cerró en 1936 a causa de que las ideas republicanas de su dueño le aconsejaron exilarse al inicio de la guerra civil. Estaba en la plaza del Castillo, entre el Txoko y el Casino Eslava. En 1953 los hoteles de Pamplona estaban abarrotados y se hospedó en el hotel Ayestarán de Lekunberri, iba y venía todos los días, lo cuenta él mismo en *El verano peligroso*, y su mujer, Mary Welsh en sus memorias, y también Iribarren y su biógrafo Carlos Baker. En 1959, en su última visita, no se alojó en ningún hotel, tampoco había habitaciones disponibles, sino en un chalet adosado junto a la Media Luna que le buscó Juanito Quintana, está en la autobiografía de su mujer y lo cuentan también Iribarren, Castillo-Puche, Hotchner, amigos suyos y testigos de la visita, decía con indignación Pilar, está escrito para quien quiera leerlo, pero parece que nadie lo ha leído. En fin, la gente se lo traga todo, como lo de que también estuvieron comiendo en ese mismo hotel Ava Gardner, Errol Flynn y Tyrone Power cuando vinieron a Pamplona a rodar *Fiesta*. Pilar se enfurecía, en realidad jamás pisaron Pamplona, la película la rodaron en México y Hemingway hablaba pestes de ella. A Rafael, ni admirador ni enemigo del escritor norteamericano, y bastante indiferente a su recuerdo, le hacía gracia que Pilar pusiera el mismo ardor en causas tan poco trascendentes como en otras más importantes.

Buscaron un lugar a la sombra en la terraza del Bearin, que estaba bastante concurrida. Rafael pidió solamente un café —hoy estoy trabajando, se disculpó—, pero Pilar pidió también un *gin- tonic*. Se habían tomado ya sus cafés cuando a Rafael le sonó el móvil. La pantalla le indicaba que le llamaba Laura Oroz. El corazón le dio un salto. Como siempre le sucedía, quedó confuso un instante sobre si quería o no quería hablar con ella. Le conocía desde hacía bastantes años, se la habían presentado en un bar Jorge y Jon que andaban con una cena de periodistas. Desde el primer momento le habían gustado su pelo color azabache, la mirada traviesa en sus ojos negros, su figura esbelta y su voz burlona, ligeramente nasal y aterciopelada, propia de la locutora de radio que había sido antes de pasar a trabajar en una agencia de noticias. Pero cualquier tentación de tirarle los tejos había quedado de inmediato anulada porque él estaba en aquel momento iniciando lo que creía que iba a ser una feliz y eterna relación con Marta, a la que siempre mantuvo una fidelidad sin grietas, y por si fuera poco ella en aquella época iba escoltada por un novio que automáticamente cayó muy mal a Rafael. Habían coincidido de tiempo en tiempo, normalmente en bares, y a él siempre le sorprendía encontrarla más atractiva de lo que la recordaba. Cuando acabó su relación con Marta pensó alguna vez que, en un futuro muy muy lejano, cuando saliera del profundo estado de melancolía en que había caído, quizás pudiera rehacer su vida sentimental con una mujer como Laura, incluso con la propia Laura. Pero ese momento no había llegado nunca. La depresión

pasó pero, como gato escaldado que del agua fría huye, Rafael entró en una etapa de desconfianza hacia las mujeres, en realidad de desconfianza hacia las relaciones humanas en general. Se sentía incapaz de iniciar otra relación con nadie y cada vez más necesitado de la soledad. Así que cada vez que se encontraba con Laura caía en estado de confusión, preguntándose si ya había llegado el momento de plantearse en avanzar algo más en una relación que era amistosa y que no tenía ni idea de si habría la menor posibilidad de que fuera otra cosa. Ni siquiera se atrevía a preguntar si Laura mantenía al mismo novio, aunque sospechaba que no porque hacía tiempo que no lo había vuelto a ver ni con ni sin ella, o si tenía otro, o incluso si se había casado a sus espaldas. El único avance en su relación había sido que se habían intercambiado sus números de móvil con motivo de que él se ofreció a proporcionarle algunos datos históricos que ella estaba buscando.

Rafael respiró hondo y pulsó la pantalla del móvil para contestar la llamada.

—¿Sí? —preguntó inseguro.

—¡Hola, Rafa! —Laura era la única persona que no le resultaba molesta utilizando el diminutivo de su nombre—, ¿qué tal estas?

—Bien, bien, ¿qué me cuentas?

—Me he enterado de que te has vuelto un hombre famoso, te he visto en todos los periódicos —Rafael supuso que se refería a que en los dos periódicos locales le nombraban de pasada como abogado defensor de F.O.M., presunto asesino de Caravinagre, y afirmaban que no había hecho declaraciones. Y no las había hecho porque tampoco se las habían pedido.

—No sé si es bueno ser famoso...

—Lo importante es que hablen de ti, aunque sea bien.

—Eso dicen.

—Oye, estoy cubriendo la información para mi agencia, necesito hablar contigo. Serán solo cinco minutos, te lo prometo.

—¿En persona? —a Rafael le inquietó todavía más la posibilidad.

—Si no te importa, prefiero que nos veamos. ¿Estás por el centro?

—En la plaza del Castillo, en la terraza del Bearin tomando un café.

—Yo estoy a dos minutos, voy para allí.

En menos de dos minutos, efectivamente, Laura se había plantado allí. Estampó dos besos a Rafael y otros dos a Pilar, a la que también conocía de haber coincidido en otras ocasiones. Aunque estuviera trabajando iba perfectamente uniformada de blanco, con pañuelo rojo al cuello, sin faja pero con un bolso rojo en bandolera del que sacó una libreta y un bolígrafo.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Rafael.

—Sí, por favor, un café con leche.

Rafael aprovechó que un camarero pasaba cerca para hacerle un gesto y pedirle el café, al que decidió añadir un cubata para él que le ayudara a sobrellevar dignamente la situación.

—O sea que lleváis la defensa del tal Felipe Ochoa —dijo Laura. Por lo visto, el nombre ya era de dominio público. Mientras Rafael le explicaba el modo en que había sido designado como abogado defensor, empezaron a oír a lo lejos los sonos de un pasodoble. Por la calle Chapitela entraba en la plaza el cortejo formado por los dos alguacilillos a caballo con sus trajes del siglo XVII, las mulillas que arrastrarían a los toros una vez estoqueados, la Pamplonesa que iba tocando el pasodoble y el nutrido público que marchaba detrás de la música. Pilar se puso en pie.

—Perdonad, me tengo que ir. Ya veo allí a mis australianos.

Se despidió y les dejó solos. Rafael supuso que Pilar lo hacía premeditadamente porque en una ocasión, confundido o ayudado por unas copas y a altas horas de la noche, a esas horas en que tan fácil es hablar de más, le había confesado sus torturados sentimientos en relación a Laura y a las mujeres en general.

—¿Y qué dice tu cliente? —preguntó Laura, ajena a los pensamientos de Rafael.

—Que es inocente, que no sabe nada de nada.

—¿Y le crees?

—Tengo la obligación de creerle. Pero, además, es que en este caso no hay ninguna prueba contra él.

—¿Te parece poco ser un peligroso abertzale? —preguntó con ironía Laura.

—No es delito, de momento.

—Luego desmientes que forme parte de una conjura de la izquierda abertzale — Laura retomó un tono más serio y siguió tomando notas.

—Simplemente, niego que tenga nada que ver con el crimen, y punto —Rafael también se puso serio—. ¿De dónde sacas esa conjura?

—Llevo todo el día tomando declaraciones y tres personas me han indicado que se está investigando...

—Ya, y ¿se puede saber quiénes son esas tres personas?

—Te puedo decir lo que leerás. El concejal de seguridad ciudadana dice que no debe descartarse que la izquierda abertzale esté implicada y que Ochoa es conocido por haber gestionado una herriko taberna. «Fuentes de la investigación», y no te puedo decir más, dicen que esa es una de las líneas de investigación, y un experto en materia de terrorismo, que tampoco puedo identificar, dice que ETA no está ni mucho menos tan fuera de juego como se cree.

—¿Ese experto es el mismo experto que suele opinar siempre de estos temas en el Diario? —preguntó Rafael, temiéndose que estuvieran hablando de Santiago Mateo.

—Ya te digo que no te puedo decir más.

En ese momento sonó el móvil de Rafael, tenía un mensaje. Comprobó que era de Domingo Sanz, el procurador. Laura aprovechó el momento para ponerse en pie.

—Bueno, muchas gracias, me tengo que ir. Tengo que ir corriendo a escribir, que estoy desbordada estos sanfermines. Ya estaba la cosa mal, con los recortes estamos la mitad de plantilla para el doble de trabajo, y solo me faltaba este asesinato.

—Ha sido un placer, a tu disposición.

—Pues ya que te ofreces... Si no te importa, te llamaré mañana para saber cómo van las cosas.

—Por supuesto.

Rafael se quedó en la terraza y, una vez que perdió de vista a Laura a la que siguió con la mirada hasta la esquina del paseo Sarasate, leyó el mensaje que acababa de recibir. Domingo le comunicaba que se habían incorporado nuevos documentos a las diligencias judiciales y que se los enviaba escaneados. Aunque tenía la posibilidad de leerlos en el móvil, decidió que en una pantalla tan pequeña resultaría incómodo y prefirió encaminarse hacia el despacho para abrirlos en el ordenador. Subió por la avenida Carlos III, que a aquella hora estaba muy transitada por la gente que se dirigía a la Plaza de Toros, y se encaminó a la calle Leyre donde en un tercer piso tenían el despacho. Las oficinas estaban agradablemente frescas, oscuras y silenciosas. Se sentó en su mesa y encendió el ordenador. En cuanto entró el mensaje de Domingo abrió el archivo que le acompañaba y que tenía varias páginas. El primer documento, como esperaba, era el informe de la Policía Municipal donde daba cuenta de las diligencias realizadas en torno a la pistola de juguete que había comprado Felipe Ochoa y que Javier Echeverría ya le había adelantado. Bien, aquello le daba pie a solicitar la libertad de su cliente. Pero luego leyó otro documento. Era otro informe, en este caso de la Policía Nacional, dirigido a la juez, en el que se señalaba que procedía investigar los vínculos de Felipe Ochoa con grupos ilegalizados de la izquierda abertzale y su posible relación con el crimen. Se añadía que Felipe Ochoa tenía antecedentes, una falta contra el orden público por la que había sido multado el año anterior, y que también había sido investigado años antes como responsable de una herriko taberna que, a la postre, había sido objeto de registro y cierre por orden judicial. Insinuaciones y sospechas, iguales que las que le había manifestado Santiago Mateo, sin pruebas detrás, pero que preocuparon a Rafael. En cualquier caso, decidió llamar a Domingo.

—¿Estás todavía en el juzgado? —le preguntó calculando que, si se ponía ya a redactar el escrito impugnando la prisión provisional en razón de la ausencia de pruebas contra su cliente, podría presentarlo esa misma tarde antes de la hora en que cerraban al público.

—Todavía voy a estar un rato por aquí, si quieres te espero.

Así que todo lo rápido que pudo redactó el escrito dirigido a la juez argumentando sobre la ausencia de pruebas sólidas que vincularan a su cliente con el delito por el que había sido encarcelado, lo imprimió y salió corriendo. Pudo parar un taxi en la plaza de Merindades que lo llevó al Palacio de Justicia. Entró al juzgado de guardia donde le esperaba Domingo, al que había vuelto a llamar desde el taxi. Una vez firmados los papeles se los presentaron al funcionario que estaba de guardia y que lo selló advirtiéndoles que la juez no estaba, que había tenido que salir a atender

algún asunto urgente, y que probablemente hasta el día siguiente no tendría ocasión de examinar su petición. Salieron del juzgado cuando eran ya las ocho de la tarde y se despidieron en la puerta. Rafael dudó sobre a dónde ir. Dos días antes, haciendo la previsión de que pasada su guardia en la asistencia al detenido ya no tendría más obligaciones profesionales el resto de los sanfermines, había quedado para ir a cenar. La cuadrilla con la que se había citado, los habituales con los que salía muchos fines de semana, se reuniría después de la corrida de toros en la terraza del bar El Burladero, frente a la Plaza de Toros, pero decidió enviar un mensaje disculpándose. Estaba cansado y al día siguiente tendría que seguir trabajando. Se quedó mirando hacia el inicio de la calle Monasterio de Irache, donde veía la sede de la Policía Municipal, y tuvo una idea. Marcó el número de Javier Echeverría. No quería abusar de su confianza, pero la charla con Santiago Mateo seguida del informe policial que había leído le tenían muy escamado y pensó en recabar su opinión. Al fin y al cabo, el día anterior le había dicho que le podía llamar a su móvil particular para lo que quisiera.

Echeverría respondió de inmediato.

—¿Dónde estás? —le preguntó después de confirmarle que estaba trabajando en su despacho.

—Aquí mismo, acabo de salir del juzgado.

—Espérame, en cinco minutos estoy contigo.

A los cinco minutos se estaban estrechando la mano.

—¿Vamos a comer algo? —preguntó el policía—. Llevo todo el día sin parar, ni tiempo he tenido para acordarme de salir a comer. Me has dado la excusa con tu llamada...

—Por supuesto. No tengo mucha hambre, pero te acompaño a tomar algo.

Entraron al restaurante asiático de la calle San Roque, más que nada porque estaba cerca y con poca gente. Se sentaron al fondo y pidieron el menú japonés que les aconsejó el camarero.

—¿Alguna novedad que me puedas contar? —preguntó Rafael.

—Poca cosa. Sigue la investigación, aunque hoy yo he tenido que estar en otras cosas. Por lo que me han dicho, no hay pistas nuevas, así que siguen abiertas todas las posibilidades.

Rafael hizo un resumen de su entrevista con Santiago Mateo y de las sospechas de este sobre un atentado terrorista. Echeverría puso cara de escepticismo.

—Por lo que yo sé, los expertos en terrorismo de la Policía Nacional descartan esa teoría. El alto el fuego de ETA es firme. No tienen comandos operativos. La kale borroka también está desactivada. Y, en todo caso, no parece que Patxi Redondo pudiera ser un objetivo político. No tenía ninguna relevancia a esos efectos, no tengo noticia de ese supuesto enfrentamiento con la izquierda abertzale en su peña.

—Pero la Policía Nacional le dice a la juez que están investigando los lazos de Ochoa con la izquierda abertzale.

—¿Sí? ¿Seguro? —se sorprendió Echeverría. Rafael sacó una copia del informe que llevaba con otros papeles en una carpeta y se lo pasó. Echeverría lo leyó atentamente.

—No lo firma Herrera. He hablado con él, que es el responsable de la investigación, y no cree que haya que seguir esa línea. Este informe probablemente viene de más arriba, para mantener la imagen de que hay un sospechoso detenido, de que está todo solucionado. No sería la primera vez que se puentea al responsable de la investigación por intereses políticos. En fin, en todo caso hablaré de esto con Herrera y veré qué hay. Él está sondeando las relaciones personales del muerto. Familia, amigos, compañeros de trabajo, compañeros de la Comparsa...

—¿Algo de interés?

—De momento nada. El tal Patxi Redondo era un ciudadano de lo más normal. Trabajador intachable, no se le conocen conflictos con sus compañeros o superiores. Aparte de la Caja, dedicaba su tiempo al montañismo con su peña, a seguir a Osasuna y a la Comparsa. Todos sus compañeros lo describen como una excelente persona, bueno, como se hace siempre con los muertos. Pero nada relevante, no tenía enemigos, no participaba activamente en política, no se le conocen vicios, no tenía antecedentes penales... Tenía una anciana madre, dos hermanos y dos cuñadas que no se explican quién ha podido querer matarle. Estaba soltero, tuvo una novia largo tiempo pero rompieron hace dos o tres años. Más o menos amigablemente, parece, ella ahora está casada y con un hijo recién nacido, vive en Zaragoza, por ahí tampoco nada destacable.

—Todo muy normal, sí.

—El único cabo suelto es que sus amigos creen que había iniciado otra relación hace poco, pero la mantenía de forma muy reservada, tampoco la familia la conocía, ni siquiera sabían el nombre de la implicada. Pero, bueno, tampoco es nada anormal que después de un desengaño amoroso anduviera con pies de plomo. Estamos a la espera de ver si se puede identificar a esa presunta novia. Tampoco tenía deudas, ni siquiera una hipoteca, ni había invertido en preferentes, sin problemas económicos que sepamos. En fin, la última persona de la que puedes suponer que alguien tenga motivos para asesinarle.

—Bueno, quizás no era él el objetivo, quizás era Caravinagre. Mi socia, Pilar, cree que ha sido un perturbado que quería vengar los crímenes de Caravinagre en su vida anterior, o vengarse por los vergazos que le dio de niño...

Echeverría rio la idea y luego negó dubitativo con la cabeza.

—Puede ser, puede ser. Pero los resultados de la autopsia, Herrera tenía sobre la mesa el informe recién recibido hace un rato y me lo ha leído por teléfono, sugieren otra cosa. Un asesino profesional y a sangre fría, nada de un loco imprevisible. Le dispararon a unos cuatro o cinco metros de distancia, dos blancos en el pecho, uno le atravesó el corazón y lo mató en el acto. Calibre nueve milímetros, las balas no han permitido identificar el arma. Nadie vio al asesino, debió de ejecutar los disparos de

forma limpia y rápida, quizás con el arma camuflada, no se han encontrado casquillos... Un profesional es la opción más probable, pero también la peor para nosotros. Muy complicado seguirle la pista, no habrá dejado huellas y cualquiera ha podido contratarle. Incluidas personas con coartadas impecables.

—Pues vaya panorama me pintas...

—Sí, pero en la realidad no pasa como en las películas, que siempre se atrapa al criminal. Muchos de estos crímenes quedan sin esclarecer.

Después de la rápida cena se despidieron. Echeverría volvió a su despacho y Rafael decidió retirarse a casa. Había sido otro día largo y estaba cansado, deseando acostarse temprano.



## Martes, 9 de julio

Rafael estaba sentado en una terraza de la plaza del Castillo frente a Pilar y Laura. De pronto, ellas, alarmadas, le instaron a gritos que huyera si no quería ser arrestado por conspiración con la izquierda abertzale para asesinar a Caravínagre. Salió corriendo perseguido por los alguacillos a caballo que iban a prenderle y tropezó con los músicos de la Pamplonesa que venían detrás y cayó al suelo. Trató de levantarse pero se encontraba inmovilizado. Oyó un disparo y miró su ropa blanca temiéndose encontrar un boquete manando sangre. Despertó de golpe con la doble y confusa sensación de la angustia producida por la pesadilla y del alivio de comprobar que aquello no era real. De nuevo oyó, y esta vez sí era real, una explosión. El encierro, pensó. Debía de ser el segundo cohete y el primero era el que le había despertado. El calor le había hecho dejar la ventana entreabierta toda la noche y el lejano sonido de los cohetes, con viento a favor, le llegaba con inusual nitidez. Aunque había puesto el despertador para levantarse a las siete y media, en medio de sus agobiantes sueños no lo había oído. Saltó de la cama y se dirigió al cuarto de estar para encender el televisor. Al menos vería la repetición del encierro. La imagen le mostró a la manada ya entrando en la Plaza. Habían corrido muy rápidos. En la repetición vio que los toros de Valdefresno habían dado muchos sustos aunque sin cornadas.

Se puso el desayuno y arrancó el ordenador. Tercer día de sanfermines que madrugaba y que veía el encierro por la televisión. Otros años, como norma general, solo veía alguno que otro porque a las ocho de la mañana solía estar durmiendo después de haber trasnochado. Pero este año no tenía más remedio que aplazar la fiesta. A las diez quería estar en la cárcel para hablar con Felipe Ochoa. Miró los titulares de la prensa, que no ofrecían novedades. Como quería leer también la letra pequeña de las ediciones impresas, se duchó y vistió a toda prisa y bajó a la cafetería que había cerca de su casa donde sabía que tenían la prensa a disposición de la clientela. Pidió un café y, como el público a esa hora era escaso, pudo hacerse con los dos diarios locales. Ambos dedicaban al asesinato menos espacio que los días anteriores pero todavía le concedían tres páginas cada uno. Dos para relatar las exequias fúnebres y las impresiones de los asistentes, todavía perplejos por el hecho. Otra para recoger la marcha de las investigaciones que describía lo que Rafael ya sabía, que se seguía investigando con todas las posibilidades abiertas. También aparecían las declaraciones que Laura ya le había adelantado y las suyas propias. «El abogado del detenido niega las acusaciones», decía el *Diario de Navarra*. «No hay pruebas contra el único detenido, según su abogado», titulaba el *Diario de Noticias*. Lo único nuevo es que el sospechoso ya no era F.O.M., como el día anterior, sino Felipe Ochoa Martínez, con todas las letras. El *Diario de Navarra* incluía una fotografía suya de bastante mala calidad obtenida en el Riau-Riau del año anterior, según dedujo Rafael. Los dos periódicos señalaban sus antecedentes, el *Diario de Navarra* daba por hecho su vinculación a la izquierda abertzale y que había sido

gerente de una herriko taberna, el *Diario de Noticias* ponía ambos hechos en boca del concejal de seguridad ciudadana y se abstenía de darlos por confirmados.

Acabada la lectura de la prensa volvió a su portal y bajó al garaje para coger su coche. Normalmente no lo utilizaba en la ciudad, prefería andar, pero una de las pocas ocasiones en que se desplazaba en coche era precisamente para ir a la cárcel. Los dos primeros años en que ejerció de abogado no necesitó el coche ya que todavía funcionaba la antigua prisión provincial, un edificio con más de un siglo de antigüedad, vetusto, siniestro, que guardaba entre sus altos muros de piedra el recuerdo de las penas de muerte y de la guerra civil, que estaba apuntalado en algunas de sus dependencias para evitar el riesgo de que se vinieran abajo, pero que resultaba cómodo para los abogados porque estaba situado junto al Palacio de Justicia, en el barrio de San Juan. La nueva cárcel de Santa Lucía, moderna pero fría e impersonal, a diferencia de otras prisiones que suelen colocarse lejos de los núcleos urbanos estaba también en la ciudad pero en un lugar periférico y aislado, sin ninguna línea de autobuses urbanos con parada cercana, lo que exigía ir en automóvil.

Condujo sin prisa hasta la cárcel por unas calles escasamente concurridas a aquella hora. Presentó en la entrada su carnet de abogado y el pase que el día anterior había obtenido en el colegio de abogados y esperó a que le condujeran a ver a su cliente. Tras unos pocos minutos apareció un funcionario que le advirtió:

—Este interno está en la enfermería.

—¿Qué le pasa? —preguntó Rafael.

—Ayer tuvo una pelea con otros internos. Creo que no es grave, pero el médico le informará.

Fue conducido a la enfermería de la prisión donde le recibió en su despacho el médico, un hombre joven vestido con bata blanca.

—Tiene solamente lesiones leves —le informó después de saludar—. Recibí algunos puñetazos, uno en la cara que le rompió el tabique nasal. De todos modos, hemos decidido que quede de momento ingresado en la enfermería, en lugar de volver a su celda, porque su estado de salud general no es bueno. Ofrece toda la apariencia de sufrir síndrome de abstinencia. Creo que tiene un problema de alcoholismo, y no sé si de consumo de alguna otra sustancia. Él no reconoce ninguna de las dos cosas, está poco comunicativo. Ahora le podrá ver usted mismo.

El médico le acompañó a la habitación donde se hallaba Felipe Ochoa y les dejó solos, aunque al otro lado de una ventana acristalada una funcionaria estaba vigilando. Ochoa estaba acostado en una de las cuatro camas existentes, las otras estaban vacías, vestido con un camisón hospitalario. Entreabrió los ojos cuando entró Rafael acompañado del médico, pero no respondió al saludo de este.

—Hola, ¿qué tal está? —saludó Rafael sentándose en la silla que había junto a la cama—. ¿Se acuerda de mí?

—Eres el abogado —gruñó Ochoa.

—Eso es. ¿Cómo se encuentra?

—Jodido. ¿Cuánto voy a estar aquí?

—Espero que no muchos días. He pedido a la juez que le conceda la libertad.

—Yo no he hecho nada —Ochoa no parecía tener muchas ganas de hablar.

—¿Puedo hacerle unas preguntas? —preguntó Rafael, considerando que aunque el otro le tuteara era más profesional mantener el usted.

—¿De qué?

—¿Me cuenta la pelea que tuvo?

—Yo no la empecé. Me atacaron, eran dos. Me defendí. Yo no les conocía —las frases le salían trabajosamente.

—¿Por qué cree que le atacaron?

—No sé, no sé. No sé por qué, aquí están locos. Yo no había estado nunca en la cárcel, no entiendo nada.

—¿Podemos hablar sobre lo que hizo el día seis? ¿Recuerda dónde estuvo aquella tarde? —Rafael decidió cambiar de tema.

—Ya lo dije a la policía y a la juez. Estuve bebiendo.

—¿Recuerda dónde estaba hacia las ocho de la tarde?

—No lo sé. Estaba ya muy borracho.

—¿Recuerda haber estado en la plaza de la O?

—No, no, no creo, no suelo ir por ahí, está fuera de la zona de bares. Estuve por Jarauta y Mayor.

—¿Vio a los gigantes y cabezudos?

—No, no me acuerdo.

—¿Conocía al muerto?

—No.

—Dicen que usted gestionaba una herriko taberna.

—¿Eh? No, no, era un bar.

—¿No tenía nada que ver con la izquierda abertzale?

—Era mío, era un bar mío. Venía mucha gente, abertzales también.

—¿Pertenece usted a alguna organización?

—No. Yo siempre he ido por mi cuenta... Fui del sindicato, de LAB, pero me dí de baja hace años. ¿Qué tiene eso que ver?

—Mire, le vinculan a usted con la izquierda abertzale...

—Sí, soy abertzale. ¿Y qué? —Ochoa contestaba con voz ronca y desganada.

—Bueno, que la policía y la prensa lo destacan.

—Yo no he hecho nada —repitió Ochoa—. Me quieren cargar un muerto solo por ser abertzale.

—¿Conocía usted al muerto?

—No, no tengo ni idea de quién es. Yo no le he matado.

—¿Recuerda con qué personas estuvo el día seis?

—Ya lo dije. Almorcé en la peña con Joseba, con Imanol y con Txabi. Anduve con ellos todo el día hasta que los perdí y luego me fui a casa.

Rafael asintió. Las declaraciones de los tres que nombraba Ochoa no le ofrecían coartada para la hora del crimen. Se hizo un incómodo silencio. Ochoa había cerrado los ojos. Rafael pensó que poco más iba a conseguir de él.

—¿Necesita algo? —elevó la voz con el temor de que se hubiese quedado dormido. Ochoa abrió los ojos.

—Salir de aquí.

—Vamos a intentarlo. ¿Puedo hacer algo más?

—Dile a la jueza que yo no he sido.

Rafael salió de la prisión con el ánimo bajo. Aparte de lo desagradable que le resultaba el lugar, con sus muros y barrotes, sus largos pasillos desiertos, su aspecto glacialmente aséptico, poco había avanzado. Había esperado que Ochoa recordase algo más, pero a la vista de su estado y del comentario del médico era poco probable que fuera a dar más información. El hecho de que Ochoa se viera envuelto en una pelea, lo que daría lugar al correspondiente expediente y a que la juez antes o después tuviera noticia de él, tampoco ayudaba nada. No tenía un cliente al que poder presentar como un ciudadano ejemplar, un inocente injustamente acusado con el que se estuviera cometiendo un error que debía ser inmediatamente reparado.

Condujo de vuelta a su casa y dejó el coche aparcado. Sin salir del garaje comprobó las llamadas perdidas de su teléfono móvil. Mientras regresaba había sonado dos veces y, estando al volante, no había querido contestar. La primera era de su amigo Jon, la segunda de su hermano mayor, Mario. Decidió devolver las llamadas en condiciones de mayor comodidad y subió a su casa. Instalado en el sofá, marcó en primer lugar el número de Mario con cierta aprensión, ya que no era muy frecuente que le llamara y se temió algún problema familiar. Por lo que sabía, Mario debía de estar de vacaciones en Biarritz con su mujer y quizás alguno de sus hijos, que ya estaban en edad universitaria. Mario también había estudiado derecho, pero había seguido una carrera muy distinta a la de su hermano menor. Había obtenido una beca —el sueldo de su padre, un humilde funcionario municipal, no lo habría permitido— para hacer un master en gestión pública en París en la prestigiosa École Nationale d'Administration. Si en sus años juveniles había profesado ideas revolucionarias, a la vuelta de Francia se había convertido en un perfecto tecnócrata dispuesto a trabajar lo mismo para la izquierda que para la derecha, distinción que afirmaba ya sin sentido, lo único relevante era la eficacia y la eficiencia. Entró a trabajar en una empresa pública de las muchas que se iban creando en aquella época por el Gobierno de Navarra de la que pasó a otra en Aragón, y luego a otra estatal en Madrid, y así sucesivamente, completando una exitosa y lucrativa carrera de gestor. Su penúltimo fichaje había sido en una empresa de La Rioja y había fijado su residencia en Ayegui,

a mitad de camino entre Pamplona y Logroño. Luego le reclutó otra empresa de Madrid con la que llegó al acuerdo de que trabajaría la mayor parte del tiempo desde su casa. El teletrabajo es el futuro, afirmaba, lo que no impedía que pasara buena parte de la semana yendo y viniendo de Madrid. Pilar, que había sido compañera en la misma promoción de derecho que Mario, solía decirle que los que negaban que hubiera izquierda y derecha era porque se habían pasado de una a otra tentados por el vil metal. Precisamente, Rafael había conocido a Pilar a través de Mario, ya que seguían siendo amigos pese a que siempre que se veían discutían y se echaban en cara sus respectivos modos de vida.

—Hola, ¿qué me cuentas? —saludó Rafael a su hermano cuando este respondió a su llamada.

—¿Qué tal todo? —le devolvió la pregunta Mario—, ¿estás bien?, ¿está bien mamá?

—Sin novedad. Mamá con Asun en el pueblo, que yo sepa bien, al menos la última vez que hablé con ellas.

—Bien, bien, oye, te llamo por lo que he leído en la prensa. ¿Es verdad que defiendes al asesino de Caravinagre?

Rafael suspiró. Mario tenía la mala costumbre de sermonearle sobre su opción profesional, como le llevaba bastantes años de diferencia tendía a seguir tratándole como a un crío. Durante años le había estado diciendo que su trabajo universitario era un desperdicio, que la historia de las instituciones visigodas no interesaba para nada a nadie —hacía caso omiso a las protestas de Rafael de que él no se ocupaba para nada de los visigodos—, que en la universidad no se ganaba dinero, que más le hubiera valido hacer como él y dedicarse al mundo de la empresa, pública o privada. Cuando Rafael dejó la universidad para ejercer de abogado Mario también le hizo un discurso admonitorio; que más valía tarde que nunca, pero que tuviera cuidado de cómo enfocaba el asunto; que Pilar era amiga suya y le agradecía la oportunidad que le había ofrecido para iniciarse en la abogacía, pero su despacho de abogados era un desastre, dedicado a causas perdidas, a ejercer de progres desfasados sin ver un duro o, peor todavía, a defender cuestiones donde lo político se mezclaba demasiado con lo jurídico, a llevar casos de gente con escasa capacidad de pago, en suma, a desperdiciar su formación y su capacidad. Como inicio le podía ser útil, pero no podía quedarse mucho tiempo allí. Él trataría de recomendarle a algún otro despacho con mucho más porvenir, aunque seguramente tendría que ser en Madrid donde tenía contactos. Pamplona no dejaba de ser una ciudad provinciana que ofrecía posibilidades de futuro muy limitadas. Rafael aguantaba el chaparrón y daba las gracias a Mario por sus desvelos por ejercer de buen hermano mayor, intentando poner suficiente ironía en la expresión como para desanimarle a seguir en su labor redentora pero con escaso éxito.

—Defiendo a un cliente detenido con esa acusación que, como sabes, es inocente hasta que no se demuestre que es culpable —respondió.

—Oye, y ¿cómo se te ocurre? Un sujeto de la izquierda abertzale, el peor cliente que te puedes echar.

—La izquierda abertzale no tiene nada que ver con esto...

—Es lo que le faltaba a vuestro despacho, dedicaros a presos de ETA o de la kale borroka, tanto monta que monta tanto. Ya me lo ha comentado el vecino, el del chalet de al lado, ya sabes, el de Vitoria. Me dice ¿pero tu hermano es abertzale? Vaya imagen.

—No te creas nada de lo que dice la prensa. Mi cliente ni es etarra ni un borroka, ni ha matado a Caravinagre.

—Bueno, espero que tengas razón. Pero el mal ya está hecho. Es que no es solo la prensa de Pamplona, que ya es malo, que te nombran en la prensa de Madrid. No veas cómo os pone *La Razón*.

—Pues no leas *La Razón* —respondió Rafael, y decidió intentar un cambio de tema—. Oye, ¿no vas a venir ningún día a sanfermines?

—No, no, no pienso aparecer por ahí. Este año no me apetece nada. ¿Sabes lo a gusto que se está aquí, en Biarritz? Y no solo por el clima, que ya veo que ahí estáis pasando calor. Cada vez que vengo me vuelvo a preguntar por qué no me quedé a trabajar en Francia y se me ocurrió volver a España, a Pamplona. Que no os acabáis de quitar la boina, digo la boina mental.

Mario se despachó un rato contra el desastre cultural, político y económico de España, uno de sus temas favoritos, todo por haber ganado la guerra contra los franceses y haberse negado a aprovechar la oportunidad de modernización que le ofreció Napoleón, la única oportunidad seria de su historia. Español afrancesado, solía decir de sí mismo cuando le preguntaban por su nacionalidad, o *citoyen du monde* cuando le apetecía contestar en francés. De todos modos, antes de despedirse volvió a la carga.

—Bueno, y piénsate eso de llevar la defensa de ese individuo. Seguro que los abogados de la izquierda abertzale se la quedarían encantados.

—Cuídate, dales recuerdos a Ángeles y a tus niños —respondió Rafael para zafarse del tema.

—A lo mejor le llamo a Pilar para comentárselo —amenazó Mario.

Antes de devolver la llamada de Jon fue a la cocina y se tomó un vaso de agua fría. Al menos, Jon no le amonestaría por tener un cliente abertzale ya que él mismo era un ferviente patriota vasco. Por lo que Rafael sabía, años atrás era votante de Eusko Alkartasuna aunque, dados los sucesivos cambios en las coaliciones nacionalistas, actualmente no estaba muy seguro de dónde ubicarle. En todo caso, no solo por sus ideas sino también por su trabajo de periodista, Jon estaba bien relacionado con todas las facciones del nacionalismo vasco.

—*Kaixo!* —respondió Jon a su llamada—, *zer moduz?*

—Bien, perdona que no te haya contestado antes, estaba conduciendo. ¿Qué se te ofrece?

—Oye, que ya me he enterado de que eres abogado del preso al que acusan de matar a Caravinagre. Cojonudo, ¿no?

—Bueno, un asunto complicado, según se mire.

—Sí, por lo que leo está todo muy oscuro. Pero para ti una oportunidad...

—Sí, profesionalmente es interesante.

—Oye, pues, precisamente, me han pedido que hable contigo. Un colega tuyo, además, que supongo que conocerás, Josetxo Goikoetxeandia.

Rafael conocía a Goikoetxeandia principalmente de nombre, apenas habían coincidido en persona. Por lo que sabía, trabajaba sobre todo con asuntos en la Audiencia Nacional o en el Tribunal Supremo. Había defendido a presos de ETA en el pasado, muchos años atrás, aunque luego se había alejado de esa actividad. En los últimos tiempos se dedicaba a representar a diversos colectivos más o menos relacionados con la izquierda abertzale pero no con la violencia terrorista.

—¿Y qué quiere?

—Como sabe que eres amigo mío me ha preguntado si es posible concertar una reunión. Dice que tiene información sobre el asunto de Caravinagre que te puede interesar.

—Bueno, qué remedio, cuando quieras.

—¿Te va bien hoy?

—Sí, ningún problema.

—Pues hablo con él, por ejemplo, ¿te parece para tomar un café a eso de las cinco?

—Perfecto.

—Pues luego te confirmo.

Rafael había quedado muy intrigado. Después de que le pusieran en guardia contra la izquierda abertzale, ahora le llamaba un conocido abogado de la izquierda abertzale. No tuvo oportunidad de darle muchas vueltas al asunto porque enseguida volvió a sonar su teléfono. Era Domingo Sanz y le comunicaba que le habían notificado el auto que respondía a la solicitud de libertad para Felipe Ochoa.

—¿Y qué dice?

—Malo, desestima la solicitud. Te lo acabo de enviar por correo, ya verás la motivación. Si quieres apelar, ya me dirás.

Rafael fue hacia el ordenador para abrir el mensaje y leer el auto. En un folio la juez despachaba la solicitud de libertad alegando que estaban pendientes de realización diligencias de investigación que podían ser relevantes para aclarar la posible implicación del detenido con banda armada u organización ilegal, y que en la misma fecha se encomendaba al Cuerpo Nacional de Policía su realización. Añadía que el delito era grave, que había riesgo de fuga, de ocultación, alteración o destrucción de pruebas, de comisión de otros hechos delictivos ya que el detenido tenía antecedentes, que se había producido una enorme alarma social y que procedía mantener la prisión provisional mientras la juez no tuviera en su poder más elementos

de convicción.

—Vamos, que no le da la gana de soltarlo por si acaso —se dijo a sí mismo Rafael en voz alta. Se sentía frustrado e indeciso. No sabía si merecía la pena recurrir o no. Bueno, tengo veinte días, se consoló. Quizás lo más práctico fuera ir preparando el recurso pero no presentarlo de inmediato, esperar al resultado de las investigaciones que tendrían lugar en los días siguientes. Un recurso, en pleno verano, que tenía que someterse a la Audiencia Provincial, probablemente demoraría su resolución bastantes días, o incluso semanas. Puede que antes de que venza el plazo haya datos suficientes para que la jueza cambie de criterio, pensó.

No tenía más obligaciones que atender de momento. Eran poco más de las doce. Decidió dar una vuelta por el centro, probablemente encontraría con quien tomar el aperitivo, le dio pereza hacer más llamadas. Se puso la ropa y las zapatillas blancas en lugar del pantalón azul y los zapatos negros que había llevado mientras estaba de servicio. Se acercó paseando hacia la plaza del Castillo, pero al aproximarse al final de la calle Estafeta cambió de plan. Oyó la música que acompañaba a la Comparsa de Gigantes y Cabezudos, el séquito se acercaba para tomar la calle Duque de Ahumada. Después de dos días de duelo había retomado su programa festivo. Decidió seguirla un rato. Había visto su desfile muchas veces a lo largo de muchos años, pero ahora lo miró todo con ojos nuevos. Siguió las evoluciones de Caravinagre, que lucía recompuesto como si nunca hubiese sido objeto de mortal atentado. Supuso que en lugar del fallecido Patxi Redondo actuaba como portador otro de los muchos miembros de la Comparsa. Había leído que había una lista de espera de candidatos para incorporarse a las labores de bailar los gigantes o de colocarse una cabeza de cartón. La Comparsa atraía a una buena cantidad de aspirantes deseosos de perpetuar las tradiciones festivas de Pamplona. Llevado de esos pensamientos, Rafael supuso que no habría una norma expresa que vetara el acceso a las mujeres pero, salvo entre los gaiteros y txistularis, solamente había visto hombres formando parte de la Comparsa. Levantar los 60 kilos de un gigante o correr llevando sobre los hombros los 13 kilos de la cabeza de un kiliki exige una cierta envergadura física. Caravinagre corría de aquí para allá dando vergazos, no solo a los niños sino también a algunos mayores, pero con mucha frecuencia se detenía reclamado por el público para fotografiarse con él. Viéndole moverse entre la multitud Rafael pensó que, efectivamente, no habría sido tan difícil acercarse, disparar contra él y pasar inadvertido. En todo momento el kiliki era el centro de atención. Cualquiera se podía haber aproximado sin llamar la atención, y más si iba vestido de blanco como casi todo el mundo. No hay mejor camuflaje que el blanco en sanfermines. Cualquiera podía haber disparado, quizás con un silenciador, o incluso sin silenciador, quizás con el bullicio de la fiesta incluso el sonido de un disparo pudiera pasar inadvertido. Cualquiera podía haberse retirado discretamente del lugar sin ser observado, porque



todas las miradas estarían clavadas en la figura de Caravinagre derrumbándose en un charco de sangre, igual que en los trucos de magia la mirada de los espectadores se dirige hacia la mano que mueve el ilusionista para distraerles y no hacia la mano que con disimulo está dando el cambiazo. Matar es fácil, se dijo, recordando el título de una novela de Agatha Christie que había leído mucho tiempo atrás. Y más en sanfermines. Una idea muy inquietante, reflexionó.

Estaba pensando en retirarse a casa para comer y hacer una breve siesta cuando le sonó el móvil, un número desconocido.

—Sí, ¿diga?

—Hola. ¿Rafael Echarte? —era una voz masculina que no le sonaba.

—Sí, sí, dígame.

—Mire, soy Fernando Ochoa, hermano de Felipe Ochoa, que es cliente suyo.

—¡Ah, sí! Sí, soy su abogado. Usted dirá.

—Mire, he hablado con él hace un momento. Por teléfono, de momento no me puedo acercar a Pamplona, yo vivo en Córdoba. Me ha dado su número. Espero que no le moleste mi llamada.

—No, no, en absoluto.

—Ante todo, quiero que sepa que me hago cargo de todos los gastos que origine la defensa de mi hermano. Él no tiene una situación económica desahogada, en realidad creo que ahora apenas tiene dinero para subsistir. Hacía tiempo que no hablaba con él, y me ha dicho que está en el paro. Él es camarero, ha trabajado en diversos bares de Pamplona, pero ahora mismo está sin trabajo. Pero usted tranquilo, lo que haya que pagar lo pagaré yo. Soy prácticamente la única familia que tiene.

—Muy bien, aunque de momento el dinero no es problema.

—Mejor, mejor, pero sepa que yo respondo, ya me dirá cuando haga falta pagar algo. Pero, bueno, lo otro que le quería decir. ¿Cómo ve el asunto? No me puedo creer que Felipe tenga nada que ver con un asesinato. Con una pelea, con una bronca en un bar, desgraciadamente sí, tiene ese carácter, y siempre ha tenido muchos problemas con el alcohol, pero en el fondo no es mala persona, yo lo creo incapaz de matar.

—Yo tampoco creo que sea culpable, y no hay pruebas que le acusen.

—Entonces, ¿por qué está en la cárcel?

—Pues es difícil de explicar, una serie de casualidades ha hecho que no tengan otro sospechoso de momento. Pero espero que sea una situación que no dure mucho —dijo Rafael, transmitiendo un optimismo que, en realidad, no tenía después del último auto judicial.

—Espero que así sea. En cualquier caso, voy a intentar ir para Pamplona, aunque me va a resultar difícil en los próximos tres o cuatro días. Tengo un pequeño negocio, aquí, en Córdoba, y no puedo dejarlo sin más.

Se despidieron con el compromiso de mantenerse en contacto. Mucho más agradable que su hermano, pensó Rafael. Y se sintió aliviado al saber que este no

sería uno de los muchos clientes difíciles de cobrar, demasiado abundantes en los últimos años, que tenía el despacho.

A las cinco en punto Rafael estaba en la plaza del Castillo junto a la estatua de Carlos III —un Evreux, rey de Navarra, no el Borbón que tiene estatua en la Puerta del Sol de Madrid, había tenido que explicar muchas veces a visitantes foráneos—. Un mensaje de Jon le había confirmado la hora y el lugar de la cita. El sol caía a plomo y se temió una calurosa espera, pero afortunadamente Jon apareció antes de que hubiera transcurrido un minuto. Rafael dedujo que estaba de fiesta porque vestía la blusa de su peña, el Muthiko Alaiak, mientras que cuando trabajaba en sanfermines vestía de blanco pero sin la blusa.

—Vamos —le dijo— he quedado cerca de aquí.

—¿A dónde vamos exactamente? —preguntó Rafael.

—Es una sociedad gastronómica en la calle Calderería.

Se dirigieron hacia allí por la bajada de Javier, que es como llama todo el mundo en Pamplona a la calle de San Francisco Javier. Después de la pausa de la hora de comer las calles empezaban de nuevo a estar concurridas. Jon llamó al timbre de una puerta donde no había ningún letrero que anunciara que allí hubiera una sociedad gastronómica ni cualquier otra cosa. La puerta se abrió de inmediato.

—*Kaixo, Josetxo!* —saludó Jon al hombre de cincuenta y tantos años que se hallaba al otro lado. Era alto y llevaba una barba cana bien recortada. Vestía de blanco, pero sin faja ni pañuelo—. Este es mi amigo Rafael Echarte.

—¿Qué tal? —saludó Rafael estrechando la mano que le ofrecía Josetxo Goikoetxeandia. Entraron al local. En un amplio comedor se veían varias mesas y otros tantos animados grupos de comensales, pero Goikoetxeandia les introdujo por una puerta hacia un comedor más pequeño donde se veía un solo ocupante que estaba saboreando un café. Un hombre de algo más de setenta años, cabello blanco, delgado, vestido con una camisa azul claro y un pantalón azul marino.

—No sé si conocéis a Juan Garde —presentó Goikoetxeandia.

Se saludaron todos. A Rafael le sonaba el nombre, aunque no le había tratado personalmente. Garde era también abogado aunque nunca le había visto por los tribunales ni por el colegio de abogados. En realidad, se dedicaba escasamente al trabajo de abogado, que dejaba en manos de sus socios, y consagraba todas sus energías al cultivo de la historia. Prefería presentarse a sí mismo como un historiador. En su época universitaria Rafael había manejado algunos de sus libros, que no le habían suscitado mucho entusiasmo. Obras de divulgación histórica, sin trabajo de investigación en sentido estricto, crítica de fuentes secundarias y resúmenes de la historia de Navarra siempre desde un punto de vista, como gustaba de decir el autor, «patriota nabarro», recopilación de argumentos para sostener sus tesis políticas. Tesis que Rafael no compartía: que el «Reyno de Nabarra», como escribía siempre, había

constituido la más perfecta obra histórica de los vascos para constituirse en sujeto colectivo de derecho internacional; que ya antes de la Batalla de Roncesvalles-Astobizkar, la primera muestra de unidad vasca o nabarra ante una agresión militar extranjera, los vascones se habían tenido que defender de las invasiones de diferentes pueblos y, por ello, finalmente decidieron constituirse en un Estado pirenaico que los agrupara a todos. Con el paso de los siglos, el Estado vasco fue perdiendo territorios por la presión militar de los estados vecinos. Garde aseguraba que la pérdida de autonomía o independencia de los vascos no se había iniciado, como han dicho otros, ni en 1876 con la abolición foral, ni en 1839 con el Convenio de Vergara, ni en 1512 con la conquista castellana de Navarra, sino antes, ya hacia 1200 con el desmembramiento del Reyno vasco al conquistar Castilla las provincias nabarras de Guipúzcoa y Álava y usurpar el Señorío de Vizcaya. Garde contemplaba la historia como una lucha constante de los vascos por la recuperación del antiguo y único Estado propio que han tenido, el Reyno de Nabarra, sacudiéndose el colonialismo francés y español. Sus tesis históricas tenían una multitud de seguidores agrupados en la Asociación Histórica Nabarra que presidía. Sin embargo, tenía mucho menos predicamento en las facultades universitarias y contaba también con detractores dentro del nacionalismo vasco más ortodoxo. Se solía lamentar de ser un proscrito por la historia oficial.

Se sentaron todos en torno a la mesa y Goikoetxeandia les preguntó qué querían tomar. Se ausentó para dirigirse al fondo del local, donde se adivinaba una cocina, y tras pedir los cafés a alguien no visible volvió a la mesa, cerrando cuidadosamente la puerta a sus espaldas.

—Hemos pensado que aquí estaremos tranquilos para poder hablar.

—Es una materia delicada —confirmó Garde.

—Llevas la defensa de Felipe Ochoa, ¿verdad? —preguntó Goikoetxeandia dirigiéndose a Rafael y, sin darle tiempo a responder, continuó—. En primer lugar, te quiero decir que cualquier cosa que podamos hacer, cuenta con ella. Si necesitas ayuda, aquí estamos. Nuestro despacho no es muy grande, pero no dudes en pedir lo que necesites. Como compañeros, lo que quieras, y desinteresadamente, no te vamos a pedir participación ni a discutir la minuta, el cliente es tuyo, solo queremos ayudar.

—Gracias —contestó Rafael escamado—. De momento no necesito nada.

—Sí, no hay problema, si más adelante necesitas algo, que sepas que puedes contar con nosotros. Pero, bueno, de momento, lo que queríamos sobre todo es comentarte cómo enfocamos nosotros esto.

—Como acusación popular, Josetxo, explícale cuál es nuestro papel —terció Garde.

Entró a la habitación un joven de veintitantos que llevaba en una bandeja los cafés solicitados. Los repartió entre los presentes y volvió a dejarles solos.

—Sí, sí, es verdad. Te preguntarás qué pintamos nosotros en este asunto. Nosotros estamos planteándonos ejercitar la acusación popular por el asesinato de

Patxi Redondo. Mejor dicho, nuestro despacho va a dirigir la acusación que ejercitará el colectivo Iruñaren Alde.

—¿Contra quién? —preguntó sorprendido Rafael.

—Sí, evidentemente, no contra tu cliente. Estamos convencidos de que es inocente. De que es un chivo expiatorio. Por eso no hay conflicto ninguno, al contrario, tus intereses, los de tu cliente, y los nuestros, son coincidentes —respondió Goikoetxeandia.

—Bueno, en que mi cliente es inocente coincidimos plenamente. Pero ¿a quién os proponéis acusar?

—A los verdaderos culpables. Todavía no tienen nombre y apellidos, pero sabemos perfectamente dónde encontrarlos y esperamos encontrarlos pronto. Están en los aparatos del Estado.

—Este ha sido otro crimen de Estado —añadió con determinación Garde.

—¿Otro? —preguntó Rafael.

—Sí, otro, otro de los muchos crímenes de Estado que se han cometido en los últimos años. Bueno, mejor será que pongamos este hecho en su contexto —respondió Goikoetxeandia—. Juan, mejor si lo explicas tú.

Garde asintió, apartó parsimoniosamente la taza vacía de café que tenía delante y en su lugar colocó unos folios manuscritos. Rafael se temió que iban a tener que escuchar una larga disertación.

—No hace falta que os explique la situación de conflicto político que vivimos permanentemente en Euskal Herria, o en Navarra, que es lo mismo, en los últimos años. O en los últimos siglos. Una permanente violación de su integridad territorial global y de su independencia. Una constante represión de su libertad, de su lengua, de su cultura, de su existencia como nación, una perenne labor de apisonadora imperial y colonizadora por parte del Reino de España y de la República Francesa.

—Sí, sí, eso ya lo sabemos —intervino Jon, preocupado porque sabía que Rafael no compartía ese punto de vista y temiendo que un exceso de explicaciones le llevara a indisponerse con sus interlocutores.

—Algunos seguimos resistiendo. Porque la resistencia es consustancial con el alma vasca, o vascona, que es lo mismo. Los vascones resistieron a los romanos, resistieron a los visigodos y demás invasiones germánicas, de ahí la frase *Domuit vascones* que se incluye en las crónicas de todos los reyes godos y que demuestra que, en realidad, nunca lograron dominar a los vascos.

—En realidad, parece ser que esa frase de *Domuit vascones* es un invento de Navarro Villoslada —se atrevió a decir Rafael, que recientemente había leído algo al respecto—, en las crónicas visigóticas no aparece.

Garde le lanzó una mirada poco amigable y decidió ignorarle.

—Los vascones comprendieron que si querían pervivir como pueblo habrían de forjar una entidad política y crearon un reino, el de Pamplona, luego de Navarra. El Códice de Roda del siglo décimo refleja, con Sancho el Mayor, llamado por los

Omeyas el Señor de los Vascos, su soberanía sobre toda Euskal Herria. Luego vino la fragmentación y el aplastamiento por Francia y España de los restos del Reyno de Navarra. 1200, 1512, 1620, 1839, 1936. Siempre mediante guerras. El Reyno de Navarra duró hasta 1841, dos milenios de pervivencia política frente a menos de dos siglos de negación de la realidad estatal de Navarra.

—Y ahí seguimos, hoy mismo —añadió Goikoetxeandia, mirando de reojo a Rafael.

—Eso es, seguimos en la misma realidad. Contra Euskal Herria vale todo. El Estado, con la excusa de luchar contra ETA... Por cierto, yo no soy sospechoso de apoyar a ETA, desde 1977, desde la reunión de Txiberta, ya dije públicamente que se equivocaban, que la lucha armada era contraproducente. Lo tengo escrito, me enfrenté a ellos, a los milis, los polimilis fueron más listos y lo dejaron, más de una vez he recibido amenazas veladas. Pero ahora ellos han llegado a la misma conclusión que yo, bueno, les ha costado solo cuarenta años.

—Más vale tarde... —dijo tímidamente Jon. Garde no le escuchó.

—La lucha armada solo ha servido para justificar la represión contra Euskal Herria, la represión por todos los medios, el Estado además de la represión armada, legal e ilegal, utiliza a los jueces en los tribunales de excepción, a los carceleros en su política de dispersión, a los políticos con leyes represivas, y hasta a un frente supuestamente ciudadano contra la violencia pero que, en realidad, es un frente político contra Euskal Herria. Pero aquí vamos a centrarnos en la represión armada ilegal.

—Hablamos de la guerra sucia —apuntó Goikoetxeandia.

—Guerra sucia, muy sucia —confirmó Garde—. Ahí está el GAL, el Batallón Vasco Español. Pero también la tortura y el asesinato en comisarías, en controles policiales y parapoliciales, los desaparecidos. Casi quinientas víctimas del Estado, que no lo digo yo, contabilizadas en el informe de vulneraciones de derechos humanos que, a solicitud del Gobierno de Lakua, presentó hace poco el obispo Uriarte. Aparte de más de cinco mil denuncias de torturas. De esto se habla menos que de la violencia de ETA. No se habla de Germán Rodríguez, de Mikel Zabalza, de Segundo Marey, de Santi Brouard, de Ángel Berrueta, de tantos otros.

—¿Y lo de Caravinagre tiene que ver con la guerra sucia? —preguntó Rafael, impaciente por saber a dónde llevaba todo aquel discurso.

—Exactamente —Garde asintió enérgicamente con la cabeza—. Es otro episodio de guerra sucia, en este caso para silenciar a Patxi Redondo.

—¿Y qué tenían que silenciar? —insistió Rafael.

—El caso de Caja Navarra —esta vez respondió Goikoetxeandia—. Patxi Redondo era empleado de la Caja. Creemos que tenía información confidencial que estaba dispuesto a entregar y a hacer pública.

—¿Sobre las dietas de Caja Navarra? —la curiosidad le pudo a Jon, aunque había hecho propósito de estar callado. Tanto Jon como Rafael, igual que muchos navarros,

desde que en la infancia sus padres les abrieran una cuenta habían sido clientes de Caja Navarra y ambos habían asistido con indignación a su proceso de crisis y desaparición, absorbida por Caixabank. También los dos habían decidido cancelar sus cuentas y se habían llevado sus ahorros y domiciliaciones a otra parte, asqueados por todo lo que leían en la prensa, en general, sobre el hundimiento de las otrora robustas cajas de ahorros.

—Las dietas de los políticos son solamente la guinda del pastel. En realidad, un tema menor, aunque sea lo que más cancha ha recibido en la prensa —respondió Goikoetxeandia.

—Una minucia, el chocolate del loro comparado con todo lo que han robado los que nos gobiernan —dijo Garde con enfado—. Que ha acabado en el archivo de la causa judicial por la poca vista de la acusación. Yo no lo hubiera enfocado así. Sabiendo que los jueces, sobre todo los del Tribunal Supremo, están deseando dar carpetazo a un asunto como este, debieron haber sido más inteligentes. La teoría de que cobrar dietas por las sesiones de la Permanente de la Caja era cohecho impropio por parte de sus miembros era muy endeble. Debieron enfocarlo como delito societario, como imponer acuerdos abusivos con ánimo de lucro propio en perjuicio de la Caja.

—El verdadero escándalo no es lo que se ha investigado aquí, en Iruña, es lo que está en la Audiencia Nacional, en la Audiencia Colonial sería mejor decir —añadió Goikoetxeandia—. Ahí está lo grueso del asunto, cómo se ha dilapidado el patrimonio de la Caja, cómo se ha entregado a la Caixa, cómo se desvió el dinero a negocios más que dudosos del que se han beneficiado unos pocos, cómo se han falseado sus cuentas, cómo se ha engañado a clientes e inversores. Ahí es dónde se debería descubrir el gran fraude de la Caja a toda la ciudadanía de Nafarroa.

—¿Y Patxi Redondo tenía que ver con esa investigación? —preguntó Rafael.

—Patxi Redondo era un empleado de nivel medio y no estaba en las decisiones importantes. Pero estamos convencidos de que tenía información muy valiosa, las verdaderas actas de las reuniones de la Permanente. No las que se confeccionaron apresuradamente para enviar a la juez que investigaba las dietas.

—O sea que, ¿las reuniones eran auténticas? —preguntó sorprendido Jon—. Yo creía que las fingieron para cobrar las dietas, que la Comisión Permanente de Caja Navarra era solo un órgano ficticio montado para llevarse dinero.

—No, qué va, las reuniones existieron, aunque debían de haber sido secretas. Lo que pasa es que la codicia les perdió. Cobraron dietas por las reuniones y eso dejó un rastro. Cuando la juez pidió las actas, tuvieron que improvisar unas creadas meses después de las reuniones, como quedó claro en un informe de la Guardia Civil. Y tuvieron que inventar más mentiras para tapar las anteriores —Goikoetxeandia reforzaba sus afirmaciones golpeando con los nudillos la mesa.

—La Permanente, en contra de lo que se cree, no era un órgano decorativo para que unos políticos cobraran dietas por asistencia y por no hacer nada. Es donde

realmente se tomaban las decisiones —intervino Garde—. Era un órgano político para seguir controlando la Caja después de que los políticos, aparentemente y conforme a la ley, habían desaparecido de los órganos de gestión.

—¿Y qué dicen las verdaderas actas? —preguntó Rafael.

—No lo sabemos con seguridad. No las hemos visto todavía —suspiró Goikoetxeandia—. Pero habíamos recibido una comunicación confidencial de un empleado de la Caja que había podido acceder a ellas y que estaba dispuesto a hacérselas llegar.

—¿Un empleado de la Caja? Es decir, ¿no Patxi Redondo? —se extrañó Rafael.

—Creemos que era Patxi Redondo.

—Pero, entonces, no lo sabéis seguro...

—Estamos convencidos de que era él. Pero no llegamos a hablar directamente con Patxi Redondo, cara a cara. Nos llegó un correo electrónico con una dirección creada evidentemente para la ocasión, casocaja arroba algo, de alguien que se identificaba como un trabajador de la Caja que, como muchos trabajadores de la Caja, estaba indignado con lo que había pasado, con la aventura de Banca Cívica, incívica decía él, con su absorción por la Caixa, con la serie de chanchullos que decía conocer. Nos decía que si nos interesaba obtener las auténticas actas de la Permanente estaba dispuesto a hacernos llegar una copia de forma discreta.

—Pero no le dejaron que nos las llegara a entregar —se quejó Garde.

—Nos comunicó que el día siete de julio, de madrugada, nos dejaría una copia de las actas dentro de un sobre colocado en un lugar que ya nos comunicaría. Aceptamos y, luego, el día seis de julio al mediodía, nos indicó que el lugar era una rendija en la muralla, en el baluarte de San Bartolomé.

—¿Una rendija en la muralla? ¿Como el sobre que iba a recoger el diputado del PP que acabó detenido por la Guardia Civil? —dijo Jon, recordando la trama que había aireado la prensa, también relacionada con información confidencial de Caja Navarra y con un chantaje que había acabado meses antes con una brillante carrera política. Un misterio todavía no resuelto.

—Sí, el mismo sistema, aunque era otra rendija. La muralla de Pamplona tiene muchas. También nos sorprendió la coincidencia, no sabemos si fue una copia del *modus operandi* o es que las dos cosas estaban relacionadas —respondió Goikoetxeandia—. El caso es que cuando fuimos a recoger el sobre, el día siete, allí no había nada de nada.

—¿Por qué creéis que era Patxi Redondo el que os ofrecía la información? —interrogó Rafael.

—Bueno, tenemos nuestras fuentes e hicimos averiguaciones después de recibir el correo. Dejémoslo ahí. Estamos bastante seguros de que era él quien nos ofreció la información.

—Y de que le costó la vida —añadió Garde.

—Así que creéis que esas actas eran tan importantes... —dijo Rafael.

—Sí, no las hemos llegado a ver pero suponemos qué hay en ellas. Una operación diseñada para evitar a toda costa que Caja Navarra se uniera a las demás cajas vascas —ahora era Garde el que había tomado el mando—. Esa es la madre del cordero. Y para saquear el patrimonio de la Caja en beneficio de los amiguetes. Y pactos, en todo caso, para colocar a los dirigentes de la Caja, y sobre todo a los dirigentes de UPN, en buenos cargos en empresas dependientes de la Caixa. Nada de lo que se ha hecho, la creación de Banca Cívica, y luego la absorción por la Caixa, ha sido casual. Estaba todo medido. La crisis económica fue la excusa. Hasta la falsificación de cuentas y balances que se investiga en la Audiencia Nacional, todo premeditado.

—¿Pero tenéis alguna prueba tangible de quién le ha matado? —preguntó Rafael.

—Estamos investigando. Estamos en ello —Goikoetxeandia subrayaba con la cabeza sus afirmaciones—. Pero hay indicios. El crimen claramente es un trabajo de profesionales. Dos disparos, los dos en el blanco, mortales de necesidad, en un sitio público, y nadie vio al asesino, ni dejó casquillos en el lugar.

Rafael pensó que aquello se parecía mucho a lo que le había contado Echeverría. Probablemente Garde y Goikoetxeandia también disponían de contactos, quizás dentro de la propia Policía Municipal, que les tenían al tanto de la investigación.

—Patxi Redondo no era una persona significativa a nivel político, no tenía enemigos, no estaba mezclado en asuntos turbios, era un ciudadano de lo más normal. No era alguien por cuyo asesinato, a priori, nadie se molestó en contratar a un sicario. Lo único que le podía poner en peligro es la información que tenía de Caja Navarra —aseguró Goikoetxeandia.

—¿Pero quién ha podido ordenar su muerte? —preguntó Jon.

—Esto es un crimen de Estado. Seguramente inducido desde aquí, desde Nafarroa, desde los despachos del Palacio foral, pero ejecutado por los aparatos del Estado. Todo está muy trabado. Sabrás que en el consejo de administración de Banca Cívica estaba un antiguo secretario de Estado de Seguridad en el gobierno de Aznar. Nada es casualidad.

—¿Pero qué pruebas tenéis?

—Todavía no las tenemos todas, pero sí muchos indicios. A los cinco minutos del asesinato apareció por allí una patrulla de la Policía Nacional. ¿Quién les llamó? Los testigos dicen que llamaron al 112, el número de emergencias. Desde la centralita de SOS Navarra, si se trata de un hecho sucedido en Iruña, dan prioridad a que acuda la Policía Municipal, y luego la Policía Foral. Pues no, llegaron los nacionales primero. Y la juez, en plenos sanfermines, a la media hora ya estaba allí. Le llevó otro coche, camuflado, de la Policía Nacional. Lo sabemos de buena fuente. Y claro, ordenó que la investigación la llevara la Policía Nacional, auxiliada por los municipales.

Goikoetxeandia hizo una pausa que Garde aprovechó para meter baza.

—Todo muy bien previsto. Como lo de tener un sospechoso detenido a las pocas horas.

—Todo previsto para desviar la atención. Como lo de no disparar a Patxi



Redondo en otro momento, en su casa, al salir del trabajo, sino esperar precisamente a que estuviera actuando como Caravinagre. Así se dispersan las sospechas. Y luego se detiene a un chivo expiatorio lejanamente asociado a la izquierda abertzale para dirigir la atención en esa dirección.

—No me extrañaría que lo de la ikurriña también estuviera previsto —añadió Garde.

—Cómo, ¿que la ikurriña también la pusieron los asesinos? —se sorprendió Jon.

—No necesariamente, no, pero bien pudieron permitirlo porque les convenía. Desde hace años la Policía Municipal tiene controlada la plaza del Ayuntamiento desde mucho antes del chupinazo para evitar ikurriñas y pancartas. Es raro que no detectaran el movimiento por los tejados. Salvo que tuvieran órdenes de que era mejor no detectar nada... —explicó Goikoetxeandia—. Y esas órdenes tienen que venir de muy arriba.

—Me parece una conspiración demasiado sofisticada —dijo Rafael—. Y artificiosa. En la realidad, cuando se quiere hacer callar a alguien, ¿no es más normal que tenga un accidente?

Goikoetxeandia y Garde pusieron un gesto de disgusto.

—Mira, te sorprendería saber de qué son capaces las cloacas del Estado. De esto y de más —afirmó rotundamente Goikoetxeandia.

—El contexto, el contexto lo explica todo. El conflicto político está alcanzando su punto álgido. Gracias al alto el fuego de ETA el Estado está perdiendo la iniciativa en la guerra ideológica. Ya no vale confiar todo en la condena del terrorismo. Tiene que actuar a la desesperada y es lo que está haciendo porque sabe que hay una mayoría social por la soberanía —era Garde el que hablaba.

—Y Nafarroa es la clave. Para los unionistas españoles Nafarroa es cuestión de Estado. Tienen que mantenerla separada del resto de Euskal Herria como puedan. Saben que el día que consigamos la unidad la recuperación de la soberanía es inevitable —afirmó Goikoetxeandia.

—Pese a todo, cada vez somos más los nabarros independentistas, estatistas, soberanistas, patriotas, que no nos dejamos destruir por la maquinaria colonial de españoles y franceses. Nos temen, temen la reconquista de nuestra libertad y la plena recuperación de la soberanía de aquel Estado que crearon nuestros antepasados, los vascos libres e independientes —proclamó Garde.

—Matar a Caravinagre, matar a Patxi Redondo cuando hacía de Caravinagre, en la calle, en unas fiestas populares, está muy bien meditado. No les hubiera bastado una muerte que pasara inadvertida —argumentó Goikoetxeandia.

—Es terrorismo de Estado en estado puro, valga la redundancia. Se trata de sembrar el terror, de atemorizar, de golpear donde más duele —añadió Garde.

—Así que creéis que le quieren cargar el muerto a mi cliente —dijo Rafael, tratando de volver a cuestiones más prácticas.

—Sí, el perfecto chivo expiatorio —dijo Goikoetxeandia—. Le ha tocado a él

como le pudo tocar a cualquiera, a cualquier abertzale. Y a saber si permitirán que salga vivo de esta. Ya nos hemos enterado de que nada más entrar en la cárcel ha sido objeto de una agresión por otros presos. Las cárceles son muy peligrosas.

—¿Creéis que quieren acabar con él? —preguntó alarmado Rafael.

—Ya siento decirlo, pero tienes enfrente al Estado con todo su aparato represor. Por eso, de nuevo te lo digo, nos tienes a tu disposición para lo que necesites. Esto va a ser una lucha dura.

Después de despedirse de sus anfitriones, Jon y Rafael subieron de nuevo hacia la plaza del Castillo. Eran cerca de las siete, esa hora en que, recludas veinte mil personas en la Plaza de Toros, las calles estaban relativamente tranquilas con familias paseando, cuadrillas de adolescentes bebiendo en la calle y grupos de extranjeros confusos sobre los horarios festivos preguntando si podían cenar ya. Rafael estaba desorientado y preocupado porque no sabía qué parte de la exposición que habían oído debía creer, si es que debía creer algo. En cualquier caso, tenía la impresión de que todo era demasiado complicado.

—Vaya historia, la de tus colegas —comentó.

—Bueno, el tal Garde está un poco para allá, a mí todas esas batallitas, la verdad, me sobran. Ya sabes que nunca he creído demasiado en la historia como fundamento ideológico de nada. Que algún rey Sancho mandara un poco más allá, o un poco más acá, o cortara más o menos cabezas de moros, nunca me ha interesado. Yo creo en el derecho a decidir aquí y ahora, que nos dejen ser como queramos y ya está. Independencia, si la queremos, porque la queremos, no porque nuestros antepasados hicieron no se qué. La de discusiones que he tenido con los míos por esto —dijo Jon, y Rafael entendió que «los míos» eran los nacionalistas vascos, mientras que él solía ser de «los otros».

—Los tuyos son muy pesados.

—Pues mira que los tuyos...

—¿Quiénes son los míos?

—Los nacionalistas españoles, claro, que no lo quieres reconocer pero tú también eres nacionalista.

—Sí, ya —gruñó Rafael.

—Todo el mundo es nacionalista, de alguna nación. Tu nación es España. Que he visto a tu jefa, Pilar, emocionarse un catorce de abril con la bandera republicana, que al fin y al cabo es una bandera española, que le va ese rollo y sé que tú cojeas del mismo pie. Ojo, que me parece legítimo, pero deberías aceptarlo y ya está.

—Ni voy a perder el tiempo en discutirlo —dijo Rafael.

Aquel debate sobre su identidad nacional ya lo habían tenido antes, le aburría y Jon lo sabía. Le había contado que, en una ocasión, le hicieron una encuesta telefónica en la que, entre otras muchas cuestiones, le preguntaron si se sentía sobre

todo navarro, o español, o vasco, o más navarro que español, o más español que navarro, o más vasco que español, y optó por la casilla del no sabe/no contesta. El único problema de identidad que yo he tenido, decía alguna vez, es aquella vez que me robaron el DNI. Cuando sus amigos le apremiaban a definirse y le decían que no bastaba con decir que era de Pamplona, solía precisar que, sobre todo, se sentía del sur de Pamplona.

—Tú mismo —se limitó a responder Jon viendo que no le iba a entrar al trapo.

—Bueno, aparte —Rafael retomó el tema que le interesaba más—, no sé hasta qué punto tiene alguna base lo de que detrás del asesinato de Caravinagre estén nada menos que los aparatos del Estado. A mí las historias de conspiraciones no me suelen convencer. ¿Has oído hablar del principio de Honlan? Cualquier acontecimiento humano tiene muchas más posibilidades de ser explicado como una chapuza que como resultado de una conspiración.

—Pues chico, yo tampoco sé. Aunque, eso sí, me fío más de Goikoetxeandia que de Garde. Hace años que me aburríeron sus conferencias y sus libros. Pero Goikoetxeandia controla, está más puesto en la realidad, es el que lleva el bufete mientras que Garde está siempre a sus librotos. Y ha tenido bastantes victorias en los tribunales, acuérdate de que a base de recursos logró paralizar una autovía. No creo que hable sin tener algún dato.

—¿Asesinato por unos papeles secretos? Muy novelesco, la verdad.

—Ya, pero asesinatos políticos por los más diversos motivos, en esta tierra, ya sabes que ha habido unos cuantos. Y tramas conspirativas en torno a Caja Navarra también.

—Eso es verdad... —dijo Rafael. Intentó razonar con ecuanimidad sin dejarse influir por las primeras impresiones. Podía haber algo de verdad en lo que había oído. Al fin y al cabo, él tenía un cliente en la cárcel sin pruebas de que hubiera cometido el asesinato y que había sido agredido sin motivo nada más ingresar. Lo que más desconfianza le había suscitado eran los discursos históricos de Garde, el uso de la historia como arma arrojadiza, los argumentos políticos fundamentados en la historia o la historia como fundamento de argumentos políticos.

Desde muy pequeño a Rafael le había apasionado la historia y no le gustaba que se la manipulara con fines espurios, aunque a lo largo de los años había comprobado que eso era tan frecuente como el desprecio que, en el fondo, la gente tenía por el rigor histórico. No tenía una idea exacta de por qué, en lugar de estudiar historia, había estudiado derecho, después de dudar entre ambas carreras. Quizás por deseo de imitar a Mario, su hermano mayor, deslumbrado con las proclamas que le escuchaba en su época universitaria para luchar por la justicia, la libertad, la igualdad y la revolución, antes de que se reconvirtiera a ideales más prosaicos. Luego Rafael había elegido doctorarse en historia del derecho, una forma de conciliar dos pasiones. Estuvo largos años escribiendo una tesis doctoral con la que esperaba ofrecer nueva luz sobre algunos aspectos de la conquista de Navarra en 1512, en particular sobre las

famosas bulas del papa Julio II que habían servido de justificación al excomulgar a quienes ayudaran al rey de Francia en su guerra contra la Santa Sede y decretar que sus bienes quedaban vacantes para quien se apoderara de ellos. Durante el largo año que pasó en Roma, gracias a una beca, examinó documentos originales de la época en el Archivo Secreto Vaticano. A su vuelta, trabajó también en el Archivo General de Navarra e hizo algunas incursiones en el Archivo General de Simancas. Revisó críticamente las diversas posturas que se habían mantenido en Navarra sobre las bulas, desde la inicial negativa a que hubieran existido, pasando por su consideración como simples falsificaciones, hasta la aceptación de que fueron efectivamente dictadas y utilizadas para legitimar la conquista. Analizó la convicción de Arturo Campión de que las bulas habían sido una pura falsificación posterior a la conquista instada por el felón Fernando el Católico, especialmente la bula *Exigit contumacium* datada en una fecha imposible para legitimar un acto de piratería. Repasó los argumentos de Víctor Pradera en cuanto a que las bulas eran verdaderas y que había un error en la interpretación de sus fechas al no tener en cuenta la diferencia entre el calendario florentino, que empleaba Julio II, y el juliano, y sobre que el buen rey que era Fernando de Aragón tenía todo el derecho para anexionarse Navarra. Estudió las consideraciones de diversos autores sobre si realmente se había producido o no la válida excomunión de los reyes navarros Juan de Albret y Catalina de Foix, o si solo se había aparentado para desposeerles de su reino. Analizó el contenido de las bulas a la luz de la celebración del Concilio cismático de Pisa en 1511 y del V Concilio de Letrán de 1512 a 1517 en el cual el papa León X logró la reconciliación con los eclesiásticos cismáticos y otorgó el perdón a Luis XII de Francia, pero no a los reyes navarros que quedaron olvidados. Estudió otras bulas dictadas en la época para comprender su significado y el contexto institucional en que se habían producido, y las teorías sobre la legitimidad del poder que se manejaban en aquel tiempo que amalgamaban de forma confusa la herencia dinástica, la sanción pontificia y el pacto feudal. Concluyó que las bulas se dictaron por puros intereses políticos y que los reyes navarros jugaron con torpeza sus cartas y sus estrategias de alianzas, al contrario que otros monarcas como Fernando de Aragón o Luis de Francia que supieron manejar mejor al papado según las normas de aquella época, todavía vigente el orden medieval del Imperio y el Papado, solo anunciado el orden de las monarquías absolutas de la Edad Moderna que pronto le sucedería.

La publicación de su tesis constituyó la primera de una serie de decepciones que, a la postre, le habían alejado de la universidad. El libro pasó completamente desapercibido. No esperaba una gran atención en un tema reservado a especialistas, pero tampoco la total indiferencia que obtuvo. Años más tarde, según se acercaba el quinto centenario de la conquista, el tema suscitó mucho más interés. Otros autores repitieron lo mismo que él había escrito pero nadie le concedió más atención que una breve cita de su libro a pie de página. Sus conclusiones habían sido totalmente inútiles, no eran utilizables por nadie y no interesaron.

Su segunda decepción había sido constatar el desinterés general por la asignatura que le tocaba impartir. No solo por los alumnos, los estudiantes de derecho que a la tierna edad de dieciocho o diecinueve años era comprensible que vieran la asignatura de Historia del Derecho solamente como una molestia pasajera en su carrera y acudieran, si acudían, a clase con una actitud desganada y pasiva. Recordando sus propios años de estudiante, Rafael comprendía que los alumnos solo pusieran atención cuando se hablaba de qué entraba en el examen y qué no. Pero las autoridades académicas y los demás profesores, convencidos de la importancia de sus respectivas materias, tampoco le prestaban mucha atención. Rafael hubiera sido capaz de consolarse con el intercambio intelectual con otros colegas de la misma o de otras universidades que sufrían parecidos problemas, pero la tercera y penúltima decepción fue un pésimo clima de convivencia en el departamento de derecho que, a la postre, se convirtió en un obstáculo para el progreso de su carrera. El departamento estaba dividido en dos bandos irreconciliables capitaneados, cada uno, por un catedrático de derecho administrativo. Se contaba que en el pasado habían sido amigos pero que les había enfrentado para siempre una cuestión dogmática. El profesor Amatriain defendía que los actos nulos de pleno derecho no eran jamás convalidables. El profesor López Urroz aseguraba que los actos que podían convalidarse no eran nulos de pleno derecho. Un matiz que había ocasionado la ruptura de relaciones cuando ambos informaron en sentido contrario en un sonado pleito sobre un contrato de obras públicas donde se ventilaba mucho dinero y muchos intereses políticos. Luego, la discrepancia devino en guerra sin cuartel. Ambos luchaban por el control del departamento y lo igualado de sus fuerzas había llevado a una situación de parálisis total. Apenas se creaban plazas nuevas porque ambos las vetaban, temerosos de que se incorporasen nuevos miembros al bando enemigo. Por el mismo motivo tampoco se cubrían las vacantes existentes. No se ponían en marcha nuevos proyectos de investigación porque funcionaba el veto mutuo. Lo que proponía un bando lo paralizaba el otro. Después de varios años en tal situación, Rafael vio muy complicado que su sucesión de contratos temporales culminara algún día, como era normal y ambicionado por cualquier contratado, en la oportunidad de conseguir una plaza fija. En aquella universidad, al menos, era improbable que en muchos años se convocara un concurso de su especialidad. Ni López Urroz ni Amatriain estaban cerca de la edad de jubilación ni parecían tener la menor intención de retirarse de la contienda. Miró las posibilidades en otras universidades. Pocas plazas, mucha competencia, y muchos aspirantes apadrinados por los catedráticos de su respectiva universidad. Rafael no tenía padrinos; había tenido la dudosa habilidad de no apuntarse a ninguno de los bandos en liza en su departamento y lograr la desconfianza de ambos, incluido el catedrático de su especialidad. Su director de tesis había fallecido prematuramente y él, salvo alguna visita puntual, no había trabajado en otras universidades donde hacer en número apreciable los indispensables contactos para progresar. El desánimo le fue invadiendo y empezó a considerar seriamente

abandonar la universidad y buscar otro destino profesional. Aunque la gota que colmó el vaso, la última decepción, fue su ruptura con Marta. O mejor, que le abandonara Marta.

—¿Qué plan tienes? —le preguntó Jon.

Habían cruzado la plaza del Castillo y caminaban perezosamente hacia el paseo de Sarasate.

—No sé, ninguno. ¿Y tú?

—He quedado dentro de un rato para dar una vuelta y cenar. La cuadrilla de periodistas, ya sabes, conoces a la mayoría. Vente si quieres...

—Pues no te digo que no —Rafael pensó que era ya tiempo de empezar sus vacaciones sanfermineras, aplazadas por el asesinato de Caravinagre. De momento no tenía ni más compromisos ni más gestiones que hacer.

## Miércoles, 10 de julio

Sonó el teléfono. Rafael se preguntó dónde estaba. Se dio cuenta de que estaba en su cama y de que tenía que contestar el teléfono móvil. Estiró el brazo y tiró el aparato de la mesilla al suelo. Palpó torpemente y consiguió recuperarlo y contestar.

—¿Sí?

—¡Hola, buenos días! —reconoció la voz de Javier Echeverría, aunque le taladró el cerebro como no solía hacer en otras ocasiones. Tenía un agudo dolor de cabeza.

—Hola —respondió, tratando de aparentar normalidad, pero sin poder evitar una voz pastosa.

—Oye, conviene que nos veamos. Tengo novedades.

—¿Cuándo?

—¿Te parece a la una en el Boni?

—Sí... espera, ¿qué hora es ahora?

—Ya veo que tienes el cuerpo sanferminero. Son casi las once.

—Vale, vale, a la una.

Se quedó un momento en la cama sujetándose la cabeza. ¿A qué hora se había acostado? Más de las cuatro, diría. O de las cinco. Había dormido solo seis horas. Así de mal se sentía. Hizo un esfuerzo y se levantó. Tenía la boca seca. Fue a la cocina y se tomó dos analgésicos y medio litro de leche de un trago. Hizo memoria. La noche había sido divertida, hasta donde la recordaba, aunque a partir de cierto momento los recuerdos eran confusos. ¿A qué edad se aprende a calcular exactamente cuándo conviene dejar de beber? A este paso a ninguna, se respondió a sí mismo. Decidió meterse directamente en la ducha y abrir el agua fría. No estaba tan fría como hubiera necesitado para acabar de despertar.

Había tomado unos vinos con Jon por los alrededores de la Plaza de Toros antes de encontrar a su cuadrilla en la terraza del bar El Ruedo, a la vuelta de la esquina de El Burladero y, como su nombre indica, también junto a la Plaza de Toros. Como le había dicho, gente que ya conocía de otras veces, la mayor parte periodistas. También apareció Laura, que se disculpó con él porque le había dicho que le llamaría pero no le había llamado, había estado muy liada todo el día. Esta vez el desasosiego que sentía cada vez que coincidía con ella fue menor y mayor el placer de verla, probable efecto del alcohol. Comentaron de nuevo los avances de la investigación sobre el asesinato, que eran inexistentes. Cenaron de picoteo en el restaurante Argileku de la calle Olite, a dos manzanas de El Ruedo. A Rafael le sonrió la fortuna, o la desgracia, de que le tocó sentarse junto a Laura y tuvieron la más larga charla que habían tenido desde que se conocían, seguida de la mala, o buena, suerte de que ella se excusó después de tomar los cafés porque al día siguiente trabajaba y tenía que retirarse pronto a dormir. Rafael quedó felizmente perplejo sobre si le había gustado o no

coincidir con Laura y haberle contado más cosas sobre su vida —su frustrada carrera universitaria, su azaroso inicio en la abogacía— de las que quizás fuera conveniente. También confuso sobre si quería volver a verla o no, y sobre si sería motivo suficiente de suicidio el hecho de no volver a verla nunca más. Tres copas de pacharán más tarde decidió que quizás sí quería volver a verla pronto y comprobar si Jon tenía razón. Durante el tercer pacharán Jon, acodados ambos sobre la barra de un bar en la calle Calderería y haciéndose oír por encima del ruido de la música que bailaban frenéticamente los demás supervivientes de la cena, le ordenó:

—Déjate ya de chorradas, hombre. Llevas muchos años en el dique seco. Éntrale de una vez a Laura, que está deseando.

—¿Tú crees?

—¡Pues claro! Está a punto de caramelo. Hace tiempo que rompió con su novio. Un italiano impresentable. Desapareció dejando dinero a deber a media Pamplona, un negocio de importación o exportación, o algo así, una mafia en realidad. Hasta a ella le levantó dinero, y eso que habían estado viviendo juntos varios años. Bueno, esta tía lo que necesita ya mismo es un tipo decente, aunque sea un soso como tú, así que tírate a la piscina.

—Bueno, ya veremos...

—Y ya basta de lloriquear porque que te dejara tu novia. Llevas años llorando. Espabila.

La ducha fría le alivió un poco de la resaca y fue capaz de prepararse el desayuno, que tomó sin ninguna prisa. Dos cafeteras después pudo ducharse de nuevo, vestirse y salir de casa, las gafas de sol bien caladas para protegerse de la luz del mediodía. Fue andando hasta el Boni confiando en que el paseo contribuyera a su recuperación. Javier Echeverría ya le estaba esperando cuando llegó.

—¡Vaya cara traes! Ya veo que anoche estuviste de marcha —le saludó.

—Tenía que recuperar el tiempo perdido, fue mi primera noche sanferminera —alegó en su defensa Rafael.

—Bueno, suerte que tenéis los solteros, que nunca salís de la adolescencia y os lo podéis permitir. Qué envidia me das —Rafael sabía que era una mentira piadosa, Echeverría nunca había sido nada juerguista y estaba felizmente casado—. Tengo novedades. Muchas.

—Pues tú dirás.

—A ver, lo primero. Por muchas fabulaciones que haga Santiago Mateo, o por mucho interés que tengan algunos de mis jefes, el asesinato no tiene nada que ver con ETA ni con los abertzales. La teoría de que tu cliente es instrumento de la izquierda abertzale parece más que descartada.

—Me alegra que me lo digas.

—En realidad, por lo que sé, en la izquierda abertzale no quieren ni oír hablar de



él. Aunque siempre se ha movido cerca de esos ambientes, lo consideran un tipo problemático y poco de fiar, un broncas y un alcohólico. Nunca ha tenido un papel relevante, se ha limitado a participar en manifestaciones y cosas así, pero nada más. Lo de que regentó una herriko taberna tampoco es verdad. A cualquier cosa le llaman una herriko taberna. Lo único que hizo fue coger el traspaso de un bar en el Casco Viejo, uno de esos frecuentados por abertzales con toda la parafernalia, carteles en euskera, ikurriñas, lauburus, el *Zazpiak bat*, fotos de presos, huchas para recoger dinero para sus familias y tal, pero nada más. Y con el tiempo consiguió que toda la clientela, abertzale y menos abertzale, desertara. Parece ser que el que más bebía allí era él mismo y que también era el que más conflictos producía con los clientes. Acabó teniendo que dejar el bar debiendo un montón de dinero. Luego ha seguido dando tumbos, trabajando a temporadas en otros bares, pero ya nadie le quiere contratar. Ha ingresado más de una vez en centros de rehabilitación pero acaba volviendo al alcohol.

—Así que no es sospechoso...

—No, en absoluto. Estamos convencidos de que dice la verdad. Supongo que en un par de días los informes que ha pedido la juez sobre sus posibles vinculaciones con grupos violentos estarán presentados y podrás pedir su libertad.

—Un par de días... —repitió Rafael, pensando en que tendría que ir trabajando en el escrito.

—Sí, el papeleo lleva su ritmo. Lento.

—Y tan lento. Si ya sabéis que mi cliente no es el culpable debería estar en la calle.

—Tienes razón. Pero sabes de sobra que lo que a mí me han contado de palabra a la juez solo le vale por escrito y con sus firmas y sellos. Así que un par de días no se los quita nadie.

—Sí, sí, te agradezco la información, pero me da rabia.

—Lo entiendo. Ha tenido mala suerte. De todos modos, tampoco le irán mal unos días de descanso en la enfermería de la cárcel. En cuanto esté en la calle le volverá a dar al frasco.

—Eso es verdad.

—Por otro lado, aunque Ochoa fuera un agente ejecutor de la izquierda abertzale, tampoco vemos motivo alguno para que fuera a por Patxi Redondo. Eso de que se les enfrentó en las elecciones de su peña es fantasía de tu amigo Mateo. Es cierto que se presentó a las elecciones de la directiva de la peña, hubo dos candidaturas, pero por lo que parece el enfrentamiento no era ideológico, había abertzales y no abertzales en las dos listas. El conflicto era si comprar o no comprar unos nuevos locales para la peña. Perdieron los de Patxi Redondo, la peña sigue en sus antiguos locales, y ya está. No parece que Redondo se significara nunca políticamente en ningún sentido.

—Entonces parece claro.

—Sí, la trama etarra o abertzale parece descartada.

—Ya me parecía a mí.

—Bueno, tengo alguna cosa más que contarte. De momento confidencial, pero lo dejará de ser pronto porque ya sé que la prensa está sobre el tema y que va a ser de conocimiento público dentro de un rato, si no lo es ya.

—Cuéntame.

—Ha desaparecido el otro Caravinagre.

—¿El otro Caravinagre? —preguntó confundido Rafael.

—Sí, el otro portador.

—¿Había dos?

—A ver, cada uno de los kilikis tiene siempre dos portadores que se turnan. Se reparten la tarea de llevar la cabeza porque pesa demasiado como para que una sola persona lo haga durante todo el día. Cuando sale la Comparsa se organizan dos turnos con un descanso en medio donde se cambia de portador. Eso para kilikis, cabezudos y zaldikos, los gigantes llevan tres portadores que se turnan cada pocos minutos. Pues bien, Caravinagre tenía habitualmente dos portadores, Patxi Redondo y un tal Juancho Garaicoechea, cocinero, 38 años, vecino de la Rochapea, casado, sin hijos — Echeverría leía de una chuleta que sacó del bolsillo—. Sin antecedentes penales. El primero asesinado y el segundo desaparecido.

—¿Y qué quiere decir eso? —preguntó Rafael, sintiendo sus neuronas muy espesas.

—Buena pregunta. No tenemos ni idea. El caso es que ha desaparecido, desde hace cuatro días nadie ha sabido nada de él. El día seis por la tarde salió con la Comparsa e hizo el primer turno. Luego le pasó la cabeza de Caravinagre, y el resto del disfraz, a Patxi Redondo, y siguió el recorrido con otros compañeros. Y a partir de entonces nadie es capaz de asegurar que le haya vuelto a ver. Con la conmoción que siguió al asesinato de Patxi Redondo resulta que nadie puede decir exactamente cuándo le vio por última vez, cuándo desaparece. Nadie recuerda con seguridad haberle visto después del asesinato.

—¿No salió al día siguiente con la Comparsa?

—Los días siete y ocho la Comparsa no salió, estuvo de duelo, así que no echaron de menos a Juancho Garaicoechea. Le enviaron, como a todos los demás, algún mensaje comunicando los cambios de programa, alguno de sus compañeros dice que le contestó pero tampoco recuerda exactamente cuándo. En los funerales y demás hubo mucha gente, los miembros de la Comparsa son muchos, un centenar, así que nadie puede decir con seguridad ni que lo vieron ni que no lo vieron. Ayer, día nueve, volvieron a salir a la calle y es cuando al pasar lista se dan cuenta de que no ha acudido y de que no le han visto en dos días. A veces sucede que un miembro de la Comparsa falla y le tienen que sustituir, pero lo normal es que avise antes. En este caso ni avisa ni responde al teléfono ni a los mensajes que le envían. Así que visto que no dio señales de vida en toda la mañana, después de buscarle a toda prisa otro suplente para hacer de Caravinagre, un segundo suplente porque ya habían tenido que

buscar otro para el difunto Patxi Redondo, ayer al mediodía nos comunican la desaparición de Juancho Garaicoechea. Desde entonces le estamos buscando.

—¿Y su familia tampoco sabe nada? ¿No le echaron en falta?

—Tiene poca familia y, casualmente, ninguna en Pamplona estos días. Su mujer no sabía nada, por no saber ni siquiera sabía que está desaparecido, se había ido a la playa y le había dejado solo en su casa, parece que, al contrario que a él, no le gustan nada los sanfermines. Le localizamos ayer en un hotel de Salou. Había hablado con su marido por última vez el día seis por la noche. Le contó que su compañero Patxi Redondo había sido asesinado. Ella daba por hecho que él estaba conmocionado y que estaría muy ocupado con los demás compañeros de la Comparsa, asistiendo a las honras fúnebres y demás, así que tampoco le sorprendió que tardara en llamar de nuevo estos días. Tiene además un hermano que está de vacaciones en Cádiz, que tampoco sabe nada, hacía bastantes días que no había hablado con él, parece que no lo hacían muy a menudo. Y en el trabajo tampoco le echaron de menos porque estaba de vacaciones.

—¿Qué pensáis que ha pasado?

—Hay varias posibilidades. Demasiadas, en realidad, que tenemos que investigar. Primera. Juancho Garaicoechea es el asesino de Patxi Redondo y ha huido. ¿Por qué iba a matar a su compañero? Ni idea. No parece haber motivo alguno. Por lo que parece, ambos eran buenos amigos, aunque se relacionaban básicamente en el ámbito de la Comparsa, no consta que tuvieran otro contacto. Llevaban muchos años compartiendo la tarea de portar la cabeza de Caravinagre y no se sabe que hubiera ningún problema entre ellos. Por otro lado, los que conocen a Juancho Garaicoechea lo retratan como un tipo de lo más normal. Más bien callado y reservado, pero normal. Trabaja como cocinero en un restaurante junto al polígono de Landaben. No tiene militancia política o sindical conocida. Aficiones normales, andar en bicicleta, leer libros de historia, hacer el Camino de Santiago, además de hacer de kiliki en sanfermines.

—¿Crees en serio que puede ser el asesino? —preguntó Rafael.

—No sé. El único motivo por el que es sospechoso es que haya desaparecido. Pero puede haber otras razones para su desaparición.

—¿Cuáles?

—Segunda posibilidad. Ha huido porque teme ser asesinado.

—¿Asesinado?

—Quizás no quisieron matar a Patxi Redondo, quizás fue un error, quizás le confundieron porque iba ataviado como Caravinagre pero a quien querían matar era a Juancho Garaicoechea.

—¿Cómo es eso?

—Ahí hay un detalle importante. Aquel día cambiaron el turno. A las ocho de la tarde, cuando fue asesinado Patxi Redondo, en realidad quien debería haber estado dentro de la cabeza de Caravinagre era Juancho Garaicoechea. Habían cambiado el

turno a última hora. Por lo visto, siempre se repartían igual los turnos, el primero lo hacía Patxi Redondo y el segundo Juancho Garaicoechea. Por lo que cuentan sus compañeros, lo hacían así siempre, desde hace muchos años, era una manía, todo el mundo lo sabía en la Comparsa. Pero justo ese día cambiaron el turno, lo que no sucedía prácticamente nunca, porque a Patxi Redondo le sentó mal la comida. Poco antes de las cuatro de la tarde tenía molestias en el estómago y ganas de vomitar. Por eso fue Juancho Garaicoechea el que se embutió el atuendo de Caravinagre para salir. Luego a Patxi Redondo se le fue pasando la indisposición, se sintió bien y se hizo cargo del segundo turno. Bueno, pues es posible que quien disparara contra Caravinagre a las ocho de la tarde pensara que, como siempre, el segundo turno lo estaba haciendo Juancho Garaicoechea. A cierta distancia es imposible saber quién va dentro de un kiliki.

—¿Y quién querría matarle?

—Pues, nuevamente, ni idea. Si no da el perfil de asesino, por lo que sabemos de él, tampoco nos da el perfil de víctima de asesinato. Que sepamos no tenía enemigos.

—Pues vaya...

—Claro que, si realmente alguien le quería matar, hay una tercera posibilidad, que no haya huido por miedo a ser asesinado sino que, efectivamente, lo hayan asesinado. Y hay otra cuarta posibilidad, teóricamente, y es que la desaparición no tenga nada que ver con el asesinato y que haya desaparecido por otro motivo, que se trate de una pura casualidad.

—¿Por qué iba a desaparecer?

—Casi todos los años recibimos en la Policía Municipal falsos avisos de desapariciones durante los sanfermines que se resuelven por sí solas en un par de días. A lo mejor está en un bar del Casco Viejo con una cogorza que le dura varios días y sin acordarse ni de cómo se llama, o durmiendo la mona en casa de algún amigo, sin enterarse de nada, no es algo tan raro en fiestas, o está en un camping de las afueras con una sueca a la que se está trajinando sin salir del catre en toda la semana... Vete a saber.

—Pero ¿tú qué crees más probable?

—No sé, no sé. Por lo que sabemos de él, Garaicoechea parece un tipo demasiado formal y responsable como para desaparecer sin más. No es un viva la vida. Supongo que la casualidad sería demasiada casualidad y que las dos cosas están relacionadas. Pero sobre si Juancho Garaicoechea es sospechoso de asesinato o sospechoso de ser víctima no sé qué decirte. Habrá que esperar. Estamos interrogando a todo el que conocía a alguno de los dos portadores de Caravinagre a ver si aparece algún dato, algún indicio que seguir. Pero hay mucha tarea por hacer. Hemos tenido que reforzar el equipo de investigación, lo mismo nosotros que la Policía Nacional. Y se ha lanzado una alerta de búsqueda del desaparecido Juancho Garaicoechea, así que también la Guardia Civil y la Policía Foral estarán trabajando en ello.

—Un caso complicado, sí.

—Mucho. Bueno, en lo que a ti te interesa, que haya otros posibles sospechosos te beneficia. Tu cliente es menos sospechoso. Por cierto, probablemente tengas que volver a trabajar hoy. La juez ha ordenado que comparezca tu cliente para interrogarle de nuevo. Supongo que le va a preguntar si conocía a Juancho Garaicoechea.

—No me han dicho nada...

—Sí, todo esto es de última hora, supongo que en cualquier momento te llamarán.

Rafael recordó que no había dicho nada a su amigo sobre la entrevista que había mantenido con Juan Garde y Josetxo Goikoetxeandia. Dudó si hacerlo; al fin y al cabo, entre los aparatos del Estado a los que acusaban del asesinato seguramente considerarían comprendidos a la Policía Municipal y a Javier Echeverría. No obstante, decidió seguir su intuición. Aparte de no confiar mucho en la teoría conspiratoria que le habían expuesto, consideraba a Echeverría como una persona cabal y honrada que no formaría parte de ninguna trama criminal. Así que le hizo un resumen de la reunión y de las sospechas que le habían expuesto.

—Vaya historieta —comentó Echeverría—. ¿Tú les crees?

—Más bien poco...

—La parte en que algunos trabajadores de la Caja les pasan información es verosímil. Eso es de público conocimiento, ha habido mucho malestar al respecto, y ahí están las causas judiciales. Que Patxi Redondo fuera el informante anónimo, vete a saber. Puede que sí, puede que no. Pero que le hayan asesinado por eso... me parece poco probable. Sobre todo después de la desaparición de Juancho Garaicoechea, que no sé que tuviera nada que ver con la Caja. En fin, te agradezco la información, la tendré en cuenta. Es una posibilidad más... como si tuviésemos pocas.

—A mí me pareció una conspiración demasiado traída por los pelos.

—Sí, una conspiración con todos los ingredientes que gustan a los amantes de las conspiraciones. Pero yo suelo desconfiar de las conspiraciones demasiado complejas.

—Yo también.

—¿Sabes lo que dice John Le Carré? El novelista, le conoces, ¿no? Fue agente secreto, espía, antes que escritor. Le preguntaron si creía en las teorías conspiratorias y dijo que no. Dijo algo así como que si tú y yo conspiramos, uno de los dos se lo contará a su novia, el otro se dejará una maleta olvidada en un tren, y ambos olvidaremos sincronizar nuestros relojes. Pues eso. A Kennedy yo creo que le mató Oswald solo y que no había ninguna conspiración, si la hubiera habido seguramente alguien se hubiera ido de la lengua y Kennedy hubiera muerto anciano en su cama, o joven de un infarto en la cama montándoselo con Marilyn.

Rafael rio y dijo:

—Sí, es así, aunque alguna vez también hay alguna conspiración que sale adelante. Mira la del 11-S.

—Sí, claro, también las hay. En fin, tengo que dejarte, me espera mucho trabajo.

Salieron a la calle y se despidieron. Rafael se sentía un poco mejor después del litro de agua mineral que se había ido bebiendo mientras hablaban. Apenas Echeverría se había alejado unos pasos en dirección a la sede de la Policía Municipal, a Rafael le sonó el teléfono. Era Domingo para confirmarle la noticia que acababa de recibir. La juez citaba a Felipe Ochoa para tomarle declaración a las diez de la mañana del día siguiente. Miró el reloj. Eran cerca de las dos. Dudó sobre qué hacer. Sus recién iniciadas vacaciones sanfermineras se interrumpían de nuevo. Aunque la declaración probablemente sería breve, tendría que volver a madrugar al día siguiente. A portarse bien, pensó. Había previsto ir a la corrida de toros esa tarde. En eso había quedado con Paco, que era el que le proveía de entradas cuando quería ir a los toros, un par de tardes cada año. Paco Belascoáin había estudiado en su mismo colegio, aunque entonces no llegaron a conocerse dado que les separaban tres años de edad, Rafael era más joven. Se conocieron después a través de amigos comunes y habían coincidido muchas veces por la universidad ya que Paco era profesor de producción animal en la escuela de ingenieros agrónomos. Era un gran aficionado a los toros aunque, a diferencia de la mayoría de quienes pasan por expertos y acuden al tendido de sombra, Paco acudía a la andanada de sol. No al espacio reservado a las peñas sino a una sección lateral un poco más tranquila acompañado de lo que sus miembros llamaban jocosamente «la peña de Paco». Además de dos abonos propios que utilizaban él y su mujer, Paco controlaba unos cuantos más de familiares, amigos y conocidos suyos que con la edad habían ido desertando, bien porque habían encontrado acomodo en la zona de sombra, bien porque ya no iban a los toros, o porque lisa y llanamente se ausentaban de los sanfermines. De la cuadrilla que veinte años atrás acudía puntualmente cada tarde solo había quedado Paco. Viejos, que están hechos unos viejos, decía de ellos Paco, aunque le complacía que le pasaran sus abonos cada año. Abonos a los que no renuncia nadie porque, en Pamplona, tener un abono para los toros es un privilegio, a menudo fruto de la herencia familiar, un patrimonio del que nadie se plantea abdicar. Si no se utiliza para acudir a ver las corridas, puede utilizarse para obsequiar a amigos, parientes, clientes, para intercambiar favores, para venderlo o para tenerlo en reserva para las futuras necesidades de las nuevas generaciones de la familia. Con todos los abonos de que disponía, Paco confeccionaba, en la semana previa a los sanfermines, un cuadro de asistentes a cada corrida repartiendo los días según las solicitudes que tenía entre los habituales, todos ellos familiares, amigos y conocidos suyos. Luego, a lo largo de las fiestas, tenía que ir anotando los cambios de última hora, siempre había alguien que finalmente renunciaba a su turno por circunstancias imprevistas o alguien que preguntaba si quedaba alguna entrada disponible. Rafael marcó el número de Paco en su móvil suponiendo que, a aquellas horas, andaría por el apartado de los toros o tomando el aperitivo.

—Cuartel General de la Armada, dígame —sonó la voz de Paco, incorregible bromista que siempre trataba de confundir a quien le llamara. Rafael le siguió la

broma.

—Mire, es por el submarino que nos han enviado esta mañana. De color bien, pero no flota.

—¡Rafa! No imites a Gila, que ya te he dicho que lo haces sin ninguna gracia. ¿Qué se te ofrece?

—Oye, no sé si te causa mucho perjuicio, pero ¿me podrías cambiar a la corrida de mañana, en vez de la de hoy? Es que me ha surgido un tema de trabajo...

—Sin problemas, te vienes mañana.

—Gracias, ya siento decírtelo a estas horas...

—Nada, nada, no te preocupes. En realidad, me haces un favor, porque para hoy tengo lista de espera. Tú te lo pierdes, pero hoy el cartel es de lujo, Morante, el Juli y Talavante. En cambio, para mañana tengo sitio de sobra, como si quieres traerte a alguna rubia.

—Pues me alegro. Iré sin rubia.

—Chico, hay que ver como están las cosas, menos para hoy, y para el sábado que viene Padilla, en realidad tengo entradas de sobra todos los días. Este año me han ofrecido más abonos que otras veces, incluso abonos de sombra, o entradas sueltas. He tenido que rechazarlos. Hace años para conseguir una entrada tenías que ir por ahí arrastrándote y mendigando a todos tus conocidos, ahora la gente te pide por favor que se las compres. La crisis, la puñetera crisis. La gente no tiene dinero para gastar en toros tan alegremente como antes.

—Es que ir todos los días a los toros sale por un pico.

—Bueno, en andanada no tanto, es barato, por cien euros yo hago toda la feria, me gasto más en la bebida y en la merienda que en la entrada. Pero en tendido, y más en tendido de sombra, sí, poca gente tiene ganas o posibilidades de dejarse quinientos euros o más en un abono. Bueno, que no suele ser uno, las familias tienen dos, o tres, o cuatro, y así andan, deseando colocarlos.

—Bueno, pues si te parece, nos vemos mañana. Como siempre, ¿no? A las seis en la esquina del Tomás.

—Eso es, hasta mañana, pórtate bien.

Después de hablar con Paco decidió llamar a Pilar. Quería comentar con su socia las novedades que se habían producido en el caso del asesinato de Caravinagre.

—¿Ya despierto? —preguntó con sorna Pilar al responder a la llamada—. Me han dicho que ayer tuviste salida hasta tarde.

Rafael maldijo para sus adentros lo pronto que corren las noticias en una ciudad como Pamplona.

—Hace rato...

—¿Dónde estás? Yo estoy en la esquina del Fitero tomando el aperitivo. ¿Te vienes por aquí?

—Vale, tardaré un cuarto de hora más o menos.

—Aquí te espero.

Se dirigió andando hacia el Casco Viejo atravesando el parque de Larraina y el Portal Nuevo, procurando caminar por la sombra porque el sol del mediodía calentaba con fuerza. Al pasar por la plaza de la O no pudo evitar echar un vistazo al suelo buscando la marca de un charco de sangre, el producido por el asesinato de Patxi Redondo, pero no se apreciaba ninguna señal de dónde pudo estar. Tomó por la calle de San Francisco y luego por la calle Zapatería hacia el pasadizo de la Jacoba. Las calles estaban muy animadas a aquella hora. Atravesando la plaza del Castillo se encontró de nuevo con la Comparsa de Gigantes y Cabezudos. No se detuvo pero, al pasar, se fijó, inevitablemente, en Caravinagre. Con el suplente del suplente, pensó.

Encontró a Pilar exactamente donde le había dicho, en la esquina del bar Fitero, entre la calle Estafeta y la travesía de Espoz y Mina, el lugar habitual donde tomaban el aperitivo ella y varios cientos de peteuves más. En contra de lo acostumbrado en ella, estaba sola, aunque enseguida le dio una explicación a la anomalía.

—¡Ya era hora! Estaba a punto de irme, solo te iba a esperar un minuto más. Se me acaba de ir toda la gente al Adoquín.

—Vale, vale, que te he dicho un cuarto de hora y ha sido solo algún minuto más. Oye, ¿no puedes dejar esperando a tu peña un poco? Te quiero contar como va el caso...

—Bueno, no pasa nada porque me esperen. Mira, vamos a Chez Evaristo, que parece que tiene poca gente.

Se instalaron al fondo del bar, que estaba tranquilo y, mientras tomaban sendas cervezas con unas aceitunas, Rafael le hizo el relato abreviado de su reunión del día anterior con Garde y Goikoetxeandia —vaya empanada mental que llevan, dijo ella— y de la entrevista de esa mañana con Javier Echeverría.

—Mejor para ti, para nosotros —resumió las noticias sobre la desaparición de Juancho Garaicoechea—. Se amplía la lista de sospechosos al infinito y no tienen nada contra nuestro cliente.

—Salvo que quieran relacionarlo ahora con Juancho Garaicoechea.

—¿Sabes si tiene alguna relación con él?

—No, no sé nada.

—Mala respuesta. Mañana vas a asistir a su declaración ante la juez y no sabes lo que va a decir. Eso no puede ser. Tienes que hablar antes con él.

—¿Antes? —preguntó Rafael, compungido al darse cuenta de que Pilar tenía razón y de que no había estado lo suficientemente espabilado para darse cuenta.

—Ya, ya mismo. Vete a la cárcel a ver a Ochoa. Pregúntale a ver si sabe algo.

Maldiciéndose por el tiempo perdido, Rafael salió corriendo y en la calle Amaya paró un taxi para que lo llevara a la cárcel. Nada más arrancar, rectificó e hizo que el taxista le llevara a la puerta de su despacho y le esperara. Necesitaba un pase para ver a su cliente, afortunadamente lo podía tramitar desde su ordenador. Hecha la gestión, a toda prisa volvió a subir al taxi y se dirigieron a la prisión.



Ochoa seguía internado en la misma enfermería. En esta ocasión a Rafael no lo recibió el médico de la vez anterior sino una joven con bata blanca —no se identificó como médico ni como enfermera— que se limitó a conducirlo a la sala y a dejarle a solas con su cliente, aunque vigilado desde la sala contigua a través del cristal. Ochoa tenía mejor aspecto, aunque seguía acostado y vestido con el camisón hospitalario. Le habían cortado el pelo, estaba afeitado y le dirigió una mirada mucho más lúcida.

—Buenas tardes. ¿Qué tal está? —saludó Rafael.

—Aburrido —dijo Ochoa—. ¿Cuándo me sacan de aquí?

—Espero que pronto. De momento, mañana le llevarán de nuevo al juzgado para tomarle otra declaración.

—¿Para qué? Ya dije todo lo que sabía. Yo no he hecho nada.

—¿Recuerda algo más sobre la tarde del día seis?

—Recuerdo lo que recuerdo. Que estuve bebiendo y que no maté a nadie, aunque en los periódicos digan que fui yo.

—¿Recuerda qué hizo con la pistola de juguete?

—Nada, no sé, la perdería.

—¿Y dónde estaba sobre las ocho de la tarde?

—Ni idea, por el Casco Viejo, ya lo dije.

—Bueno, la declaración seguramente tiene que ver sobre un hecho nuevo. ¿Conoce a un tal Juancho Garaicoechea?

Ochoa se quedó pensativo.

—Creo que no. Bueno, Juanchos conozco a más de uno, y Garaicoecheas también algunos, pero no me acaba de sonar el nombre. ¿Debería conocerle?

—No sé. Era compañero del muerto, en la Comparsa, hacía también de portador de Caravinagre. ¿No le suena?

—Para nada. De la Comparsa, yo creo que no conozco a nadie. ¿Y qué pasa con ese tipo?

—Que ha desaparecido.

—Pues no sé nada.

Aliviado por el tono de Ochoa, mucho más seguro que en las ocasiones anteriores, Rafael decidió cambiar de tema para ir cerrando la entrevista.

—Pues no creo que le pregunten nada más que eso. Bueno, ¿qué tal le tratan aquí? ¿Necesita algo?

—Aparte de salir de aquí, nada. Si quiero algo, ya se lo pediré a mi hermano, que me llama todos los días y me insiste también en a ver si necesito algo. Salir, cojones, salir, le digo.

Rafael se despidió hasta la mañana siguiente y salió de la prisión. Pensó en ir andando hacia la ciudad, no había ni tres kilómetros de la cárcel al centro, pero el calor sofocante que sintió nada más cruzar la puerta le hizo cambiar de opinión y sacó

el móvil del bolsillo para pedir otro taxi.

Le despertó de la siesta el sonido del teléfono. Rafael miró la hora en el reloj que tenía sobre la mesilla, las cinco y cinco de la tarde. Luego miró la pantalla del móvil que estaba junto al reloj y sufrió un sobresalto. La llamada era de Laura. Respiró hondo varias veces antes de responder.

—¡Hola! ¿Qué tal? —sonó la voz de ella.

—¡Hola! Bien.

—¿Cómo acabaste ayer?

—¿Ayer? —Rafael pensó con toda la velocidad que pudo dentro de la confusión que seguía al momento del despertar.

—Sí, ayer a la noche, después de la cena.

—Bien, bien, dimos una vuelta, de la calle Olite al Casco Viejo, anduvimos por Tejería y por Calderería, pero muy formales, a casa pronto, ni siquiera había amanecido todavía.

—Vaya, pues Jon me ha dicho que hasta las tantas, que ni se acuerda de qué horas os dieron.

—Ya conoces a Jon —respondió cautelosamente Rafael. Afortunadamente, Laura desistió de más preámbulos y fue al tema de su llamada.

—Oye, a ver qué me cuentas del caso Caravinagre. Que ya te habrás enterado de que ha habido novedades.

—Algo me han contado.

—No te hagas el misterioso, seguro que ya sabes que ha desaparecido el otro portador de Caravinagre.

—Sí, me lo han dicho. Pero poco más que eso. Que ha desaparecido y que no se sabe nada de nada.

—Eso dice la policía, que no tienen pistas. Pero, como abogado del único detenido, ¿tienes algo que decir? Venga, necesito una declaración oficial.

Menos mal que he ido a la cárcel, pensó Rafael.

—Pues lo mismo que ya te dije. Mi cliente es inocente, no tiene nada que ver con el asunto, no conocía al difunto Patxi Redondo y tampoco conoce al desaparecido Juancho Garaicoechea.

—¿No sabe nada de su desaparición?

—Nada de nada. Es totalmente ajeno. Eso es lo que va a decir a la juez.

—O sea, ¿le han llamado del juzgado?

—Sí, mañana a las diez de la mañana está citado para prestar declaración. Y suponemos que es para preguntarle por esa desaparición. Pero eso es lo que va a decir, que no sabe nada.

—Ah, mira, eso no lo sabía, que le han citado en el juzgado. Pues muchas gracias por la información, me viene muy bien para completar mi crónica.

—Pues encantado de servirte de ayuda.

—Oye, extraoficialmente, ¿cómo ves tú esto? ¿Qué crees que ha pasado?

—Ni idea, es que no tengo más datos que tú. Supongo que hay relación entre el asesinato y la desaparición, pero no sé cuál es, no sé si Juancho Garaicoechea ha desaparecido porque es el asesino, o si ha desaparecido porque teme que también lo asesinen, o lo han asesinado.

—La verdad es que es muy fuerte eso del cambio de turno y de que quizás hayan disparado al que no era.

—Lo complica mucho todo, no sé si se llegará a saber la verdad.

—No les lleves la contraria a los que mandan, que he estado toda la mañana recibiendo declaraciones oficiales sobre cuánto están trabajando en la investigación y sobre que no cabe la menor duda de que la verdad triunfará.

—Qué van a decir, ¿que están más perdidos que un pulpo como animal de compañía en un garaje? Si fuesen más humildes reconocerían que no saben nada.

—Sí, en privado te lo dejan claro, pero en público... En fin, que gracias de nuevo, estaremos en contacto.

—Claro, llámame cuando quieras —se despidió Rafael.

La conversación con Laura le había ido despejando. Después de la siesta la resaca que había sufrido por la mañana se había atenuado mucho. Se echó un largo trago de agua fría y contestó un par de mensajes que descubrió en el móvil. Se excusó de un par de invitaciones para quedar, no, tampoco iba a salir ese día a cenar. Decidió quedarse en casa, trabajar en el escrito de petición de libertad de Felipe Ochoa que, esperaba, podría presentar pronto, y también hacer algunas labores de limpieza postergadas desde el inicio de los sanfermines. Puso orden en la cocina y en el cuarto de baño, cargó de ropa sucia la lavadora y la puso en marcha para que hiciera la colada mientras él se sentaba al ordenador para escribir. Solía presumir de ser ama de casa ya que se ocupaba él mismo de las tareas domésticas. Pilar le corregía y le decía que querría decir amo de casa, pero él replicaba que amo de casa es quien manda y ama de casa quien pasa la fregona, y que él no mandaba a nadie en su casa porque no había a quien mandar pero, entre otras labores, pasaba la fregona por el suelo. No se hacía a la idea de que hubiera alguien extraño en casa haciendo esas tareas ni se veía como un patrón con personas a su servicio que fueran limpiando lo que él ensuciara.

Eran algo más de las ocho de la tarde y estaba a punto de concluir su tarea cuando de nuevo sonó el móvil y de nuevo se sobresaltó al ver que le llamaba otra vez Laura.

—¿Te has enterado de lo último? —preguntó ella tras saludar.

—¿Lo último? Pues no sé...

—Juancho Garaicoechea ha aparecido muerto.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. Muerto de un disparo, en el Arga. Lo acaban de sacar los bomberos del agua y lo han llevado al depósito. Te llamo desde la Rochapea, estoy todavía aquí junto al río. Está toda la zona acordonada por la policía aún. Tu amigo

Echeverría anda por aquí, me ha confirmado que el cadáver que ha aparecido esta tarde es el de Garaicoechea y que tiene al menos un impacto de bala, pero no me ha querido, o podido, decir más. Aquí estoy esperando a ver si me entero de algo más, y he pensado que te gustaría saberlo.

—Sí, claro que sí, gracias.

—Bueno, te dejo, ya nos veremos.

—Sí, hasta luego...

Caía la tarde y empezaba a hacer un poco menos de calor. Aturdido por la noticia que había recibido, Rafael estaba asomado a la ventana mirando la calle. Trató de pensar. ¿Tengo que hacer algo? ¿En qué cambia esto la situación? Volvió hacia la mesa y cogió el móvil. Buscó el número de Javier Echeverría, pero decidió no llamarle. No quería molestarle, estaría en pleno fregado como le acababa de decir Laura. Buscó el número de Pilar. No contestaba. Claro, pensó, estará en la corrida de toros, no se pierde una, con el jaleo ni oirá el teléfono. Le puso un mensaje: llámame en cuanto puedas. Seguía necesitando hablar con alguien. Jorge. En el Diario siempre se enteran de todo, tienen línea directa con los que mandan. Una idea le llevó a otra y, en lugar de llamar, se sentó frente al ordenador y abrió la web del *Diario de Navarra*. «Encontrado un cadáver en el río Arga», decía el primer titular. La crónica de urgencia que le seguía era muy breve. Sobre las seis de la tarde unas personas que cruzaban el puente de Santa Engracia, dirigiéndose desde el paseo de los Enamorados hacia el convento de las Oblatas, habían observado junto a la pequeña presa que tiene el río en ese lugar lo que parecía un cuerpo humano flotando. Llamaron al teléfono 112 y pronto aparecieron un equipo de bomberos del parque de Trinitarios, que está a menos de quinientos metros, y una patrulla de la Policía Municipal. Comprobaron que era un cadáver e iniciaron las tareas para rescatarlo del agua. En el momento de escribirse la crónica no había más datos sobre la persona fallecida y los motivos por los cuales había aparecido en el río. Rafael pasó a la web del *Diario de Noticias*. Leyó exactamente la misma crónica de agencia. Ahora sí que llamó al número de Jorge. No sabía si estaba trabajando o estaba de fiesta, pero en cualquier caso quizás pudiera saber algo. No contestó. Rafael dejó, desalentado, el teléfono sobre la mesa. Fue al cuarto de baño y se echó agua fría sobre la cara. Entonces oyó sonar el móvil y corrió a contestarlo. Era Jorge, disculpándose por no haber oído antes la llamada.

—Oye, ¿sabes algo del muerto que ha aparecido en el río?

—Pues sí, precisamente estoy aquí en la redacción y es el bombazo del día.

—¿Es verdad que es Juancho Garaicoechea?

—Vaya, veo que estás bien informado. Sí, sí, Juancho Garaicoechea, el otro portador de Caravinagre, hoy iba a ser protagonista por su misteriosa desaparición pero estamos cambiando una noticia por la otra. Parece que ha sido asesinado a tiros, como su compañero de Comparsa.

—¿Y qué más?

—Pues poco más. La Policía Municipal había dado este mediodía la noticia de que había desaparecido, pero absolutamente nada más. Y no soltaban prenda sobre la relación de la desaparición con el asesinato del día seis. Y ahora, salvo confirmar la identidad del muerto y la causa de la muerte, tampoco dicen nada concreto.

—¿Se sabe desde cuándo estaba muerto?

—Eso mismo hemos preguntado, pero nada, no dicen nada todavía, que hay que esperar a la autopsia.

—Bueno, gracias, no quiero molestarte más, que ya veo que estás trabajando.

—Nada, no es molestia.

Más calmado, Rafael tomó un bolígrafo y un papel y comenzó a ordenar sus ideas haciendo un esquema. Juancho Garaicoechea dejaba de ser sospechoso del asesinato de Patxi Redondo. ¿O no? ¿Pudo asesinar a Patxi Redondo y luego, a su vez, ser asesinado? Improbable. Más razonable considerarlo un sospechoso menos. Malo para Felipe Ochoa, le conviene que haya más sospechosos para que la juez decida de una vez dejarle en libertad. ¿Es Felipe Ochoa sospechoso de asesinar también a Juancho Garaicoechea? Depende de cuándo haya sido asesinado. Desde la madrugada del día siete ha estado detenido, si el asesinato se produjo después no puede ser sospechoso, y en ese caso también la sospecha de que pueda tener algo que ver con el primer asesinato se debilita. Bueno para Felipe Ochoa. Pero falta la autopsia que determine el momento de la muerte. Nos interesa que el asesinato haya sido posterior a la detención. ¿Por qué dos asesinatos? Posibilidades. El asesino se equivoca de víctima al matar a Patxi Redondo a causa del cambio de turno para llevar a Caravinagre. Se da cuenta y a continuación mata a Juancho Garaicoechea, que era su objetivo inicial. ¿Cuándo? ¿Dónde? Obviamente, no fue en el mismo lugar. Pero pudo ser en un lugar cercano, de la plaza de la O, donde se comete el primer asesinato, al río Arga donde aparece el segundo cadáver no hay demasiada distancia. Incluso se puede arrojar un cadáver desde la muralla cercana a la plaza de la O hacia el río. No, tacha eso, es descabellado. El cadáver no caería en el río sino en la cuesta del Portal Nuevo. Y no pudo ser el segundo asesinato inmediatamente a continuación del primero, a esa hora había mucha gente que lo hubiera visto, hubiera visto cómo se arrojaba un cadáver por la muralla. Pero, bueno, ¿y qué sé yo sobre cuál fue el primer asesinato? Quizás para cuando disparan a Patxi Redondo el otro estaba ya en el río. Pero entonces no vale la tesis del error. No, no tengo datos para decidir una cosa u otra. Hay que esperar a la autopsia y a la hora de la muerte. En las series de forenses la clavan, pero eso es la televisión, en la realidad a saber si pueden determinarla con tanta precisión.

Seguía haciendo cábalas y emborronando el folio cuando sonó el móvil. Era Pilar.

—Acabo de salir de los toros y he visto tu mensaje. ¿Qué ocurre?

—¿Sabes la noticia?

—¿Qué noticia?

—Ha habido otro asesinato.

—¿Cómo?

Rafael le puso en antecedentes. Pilar quedó atónita pero decidió reaccionar con humor.

—Vaya novela. Solo nos faltaba un psicópata que vaya matando kilikis. Estará temblando toda la Comparsa. ¿Qué te dice tu amigo Echeverría?

—De momento nada, no he hablado con él.

—A ver si puedes sacarle algo. Desde luego, esto cambia bastante el panorama. Y, como dices, nos interesa mucho saber el momento del segundo asesinato.

—Intentaré contactar con él.

—Tienes la declaración en el juzgado mañana a las diez, ¿verdad? ¿No ha habido ningún cambio?

—Que yo sepa, no.

—Bueno, si no te importa, te acompaño. A ver si consigo que la juez Abad me cuente algo —Rafael sabía que Pilar tenía cierta amistad con la juez—. Ya me avisarás si cancelan o aplazan la citación. Si no, nos vemos a las nueve y media tomando un café en el Itur. Hoy me voy a portar bien y me voy a recoger temprano. Y tú duerme bien, no me aparezcas con la cara que tenías esta mañana.

Rafael dudó si llamar a Javier Echeverría pero volvió a decidir que podía ser inoportuno. Prefirió enviarle un mensaje al móvil: cuando te venga bien, por favor, me llamas. Se tumbó en el sofá y encendió la televisión. Era la hora de las noticias. Fue pasando de cadena en cadena hasta que encontró imágenes de Pamplona. Una periodista destacada en el lugar de los hechos, junto al río Arga, daba cuenta del hallazgo del cadáver pero todavía no ponía nombre a la víctima. Los cuerpos policiales están investigando todavía sobre la identidad del muerto, afirmaba. A sus espaldas y a la luz del atardecer se veían unos policías embutidos en buzos de plástico blanco que examinaban palmo a palmo la orilla del río y el paseo fluvial. Pasaron a otra noticia y Rafael pasó a otra cadena. Volvió a escuchar la misma noticia, esta vez contada desde un estudio e ilustrada con imágenes de archivo de los sanfermines. Conectó con la emisora de televisión local en la que unos periodistas perfectamente ataviados de blanco y rojo habían tenido que abandonar momentáneamente la crónica festiva para ponerse serios y pasar a la más lúgubre de sucesos. Informaban de la aparición de un cadáver pero añadían, como noticia de última hora, la identidad del fallecido, y a continuación dieron paso a una entrevista en directo con la delegada del Gobierno que desde la orilla del río y rodeada de una nube de reporteros, con tono solemne, daba cuenta de los hechos. Juan José Garaicoechea Itoiz, dio el nombre completo del muerto, 38 años, vecino de Pamplona, miembro de la Comparsa de Gigantes y Cabezudos, muerto aparentemente por un disparo en circunstancias todavía no aclaradas pero que las cuerpos y las fuerzas, trastabilló al decirlo, de seguridad del Estado estaban investigando. Una periodista preguntó si aquella muerte guardaba relación con la anterior de otro miembro de la Comparsa. Es pronto para decirlo, respondió la delegada, todas las líneas de investigación están abiertas y no

descartamos ninguna posibilidad. Reaparecieron los periodistas en el plató para presentar a un invitado, un miembro de la Comparsa que declaró sentirse destrozado, como todos sus compañeros, dos muertos en cuatro días, no había explicación ninguna para aquellos crímenes, eran dos excelentes personas. La Comparsa, otra vez, en señal de duelo suspendía su salida del día siguiente.

Concluido el repaso de las noticias, Rafael intentó concentrarse en alguna película, pero después de pasar revista a varios canales sin encontrar nada que le llamara la atención apagó el televisor. No eran ni las diez de la noche pero estaba cansado. No se decidía a acostarse por si Javier Echeverría respondía a su mensaje y le llamaba. Dudando sobre qué hacer se quedó dormido.

Le despertó el sonido del teléfono. Confuso, Rafael se dio cuenta de que estaba en el sofá y miró la hora antes de responder. Eran más de las diez y media.

—Espero que no sea demasiado tarde —se disculpaba Echeverría al otro lado de la línea.

—No, no, por supuesto, gracias por llamar. ¿Qué me puedes contar?

—Me perdonarás que sea breve. Vaya día llevo, otra vez. Estoy deseando irme a casa. Bueno, resumiendo. El desaparecido Juancho Garaicoechea ha aparecido esta tarde muerto en el río Arga. Supongo que ya habrás visto las noticias. Parece que le han matado de uno o dos disparos, probablemente a quemarropa. De momento no tenemos sospechosos.

—¿Sabéis algo de cuándo se produjo el asesinato?

—Es pronto para saberlo. El cuerpo está en la morgue del Instituto de Medicina Legal y mañana a primera hora le harán la autopsia y tendremos más datos. Pero, a ojímetro, los forenses dicen que podía llevar dos o tres días en el agua.

—O sea, que le habrían matado después que a su compañero.

—Probablemente, sí. Y quizás la misma, o las mismas personas. Pero todavía no tenemos datos. Con la autopsia quizás sepamos con qué arma le dispararon, a lo mejor hay suerte y las pruebas balísticas nos dicen si fue la misma, pero ya te digo que hasta mañana no puedo contarte más.

—Vale, no te molesto más. Gracias por la información.

—No te preocupes que mañana, cuando sepa algo, te doy un toque.

—Pues gracias de nuevo.

Rafael se quedó solo un poco más tranquilo pensando que, si se confirmaba que la muerte de Juancho Garaicoechea había sido posterior a la de Patxi Redondo, la posibilidad de que su cliente quedara fuera de sospechas era alta y pronto podría descansar después de unos días tan agitados. Pensó en irse a la cama pero la conversación le había despertado y estaba demasiado agitado para volverse a dormir de inmediato. Salió al pequeño balcón de su piso, la temperatura de la noche era agradable. Aunque su calle era tranquila, se oía a lo lejos el sordo rumor del centro de

la ciudad en fiestas. Asomado al balcón, apoyado en la barandilla, vio los fuegos artificiales que se disparan cada noche de sanfermines desde la Ciudadela. Solo podía ver los que llegaban más alto porque estaba demasiado lejos y tenía demasiadas casas delante, pero aun así el espectáculo era agradable y contribuyó a que relajara sus pensamientos antes de irse a dormir.



## Jueves, 11 de julio

Javier Echeverría le miraba acusadoramente desde detrás de la mesa de su despacho, reglamentariamente uniformado de azul marino y con una enorme gorra de plato en la cabeza, mientras daba una orden:

—Agente, deténgalo.

—¿A mí? ¿Por qué? —gemía Rafael mientras le ponían las esposas.

—La muerta es Marta. Apareció ayer en el río Arga. Alguien le ha disparado y eres el principal sospechoso.

Despertó empapado en sudor. Otra pesadilla. No se sintió mejor porque aquella escena no fuese real. Se sintió transportado al pasado, a lo mal que se sentía cuatro años antes. Cuando Marta volvió de aquel viaje de tres meses a China, un trabajo de investigación con una universidad de Pekín, o de Nankín, o de Tientsin, o de vete a saber dónde, lo ponía en los mensajes de correo electrónico, pocos, que mandaba, pero ya no escriben los nombres chinos como antes y no hay manera de acordarse de si era Beijing, o Nanjing, o Tianjing, o qué leches. El avión que le traía de vuelta de China pasando por Franckfurt había llegado tarde, por la noche, una noche también calurosa. Había llamado por teléfono para decirle que ya estaba en casa, que estaba cansada, que se iba a dormir y que ya se verían al día siguiente. Y acabó diciendo: tenemos que hablar. Rafael de momento no fue consciente de la proximidad del desastre. Tenemos que hablar. Bien. De su viaje. Mañana. Se fue a dormir tan tranquilo. Pero al día siguiente no era del viaje de lo que tenían que hablar. Lo dejó claro ella desde el principio. Tras un beso helado se lo soltó sin ningún preámbulo y mirando al vacío. Lo nuestro ha acabado. ¿Cómo? Lo siento, pero que ha acabado. Me he dado cuenta con la distancia, estos meses. Aunque ya lo estaba pensando. No tiene sentido seguir. ¿Por qué no? No tenemos ningún futuro. ¿Por qué no? El mismo futuro que antes... Rafael quedó tan confuso que fue incapaz de hacer más preguntas y escuchó en silencio el discurso que Marta traía preparado de China. O que se había llevado ya a China preparado y que había estado puliendo durante tres meses. Era lo mejor para los dos. Seguro que él también se daría cuenta de que su relación ya había dado de sí todo lo que podía. Ella necesitaba otra cosa. Se estaba replanteando su vida. Mejor dejarlo como amigos. Había sido bonito mientras duró pero los dos necesitaban otra cosa. Pronto él le agradecería que ella hubiese decidido dar el primer paso para poner fin a algo que, en realidad, ya estaba acabado. Él no fue capaz de articular una respuesta coherente antes de la apresurada despedida porque estaba muy ocupado en no dejarse absorber por un enorme agujero negro que se acababa de abrir a sus pies. Un pozo muy negro que le acompañó muchos meses y que más tarde fue capaz de describir como un hoyo de bordes resbaladizos por el que se caía en la depresión.

El primer mes después de la ruptura, del abandono, Rafael se sintió, además de muy abatido, muy culpable. Estaba convencido de que la relación con Marta había

fracasado por su causa; nunca supo cómo tratarla, todo lo que hizo lo hizo mal, nunca se enteró de nada de lo que ella quería en realidad. Repasó mentalmente todas y cada una de las escenas de aquellos años para descubrir en cada una algún error por su parte. Hasta los momentos que le habían parecido perfectos y felices habían tenido su lado oculto que anunciaba el desastre pero que él no había sabido ver. El segundo mes la culpa dejó paso a la ira por haber sido traicionado. Varias almas caritativas se sintieron en la obligación de hacerle saber confidencialmente que Marta tenía una nueva relación en la propia universidad. Un panameño que estaba haciendo el doctorado en su mismo departamento. Ató cabos. El panameño, en realidad, llevaba un par de años merodeando por allí. Lo conocía de vista, en una ocasión hasta se lo había presentado Marta. No le había caído bien. Moreno, con bigote. Un bigote de esos que producen desconfianza. El panameño también había ido a China. A saber cuánto tiempo le habían estado poniendo los cuernos. Entendió por qué Marta siempre eludía que hicieran planes de futuro, al menos sobre un futuro compartido entre los dos. Ya hablaremos, decía siempre, de momento estamos bien así, cada uno en su casa, ya haremos planes, ya habrá tiempo de tomar decisiones, primero tengo que acabar la tesis, primero tengo que publicar la tesis, primero tengo que conseguir la plaza, primero tengo que acabar la investigación, primero tengo que conseguir una plaza fija, primero tengo que enrollarme con el panameño. De esto no habló pero debió pensarlo, se dijo Rafael. El tercer mes se sintió completamente hundido y sin energías para sentirse ni culpable ni indignado. Nada había merecido la pena. Toda su relación con Marta había sido mentira, un engaño, una ilusión, una miserable pérdida de tiempo. Lo que parecía amor era un malentendido. Sus planes de futuro, los que ella aplazaba pero que él seguía haciendo, habían sido meros espejismos. La decepción le fue calando los huesos. No quería saber nunca nada más de Marta. No quería volver a verla jamás. Se descubrió a sí mismo, un día, leyendo las esquelas del periódico, algo que antes nunca hacía, con la secreta esperanza de leer la esquila de Marta. Se asustó al saber que la quería ver muerta. Bueno, quizás no tanto, solo muerta para él, le bastaría con saber que, aunque siguiera viva, no se volvería a encontrar con ella nunca más, que había desaparecido de su vida. El problema es que, además de estar viva, ella seguía trabajando en la misma universidad, en el mismo edificio, en el departamento de sociología situado justamente en el piso inferior al suyo. Mientras fueron novios, o lo que fuera que habían sido en realidad, aquella proximidad resultó muy práctica. Después se volvió una maldición. Durante un largo curso Rafael memorizó, además de su propio horario, el de Marta, el del panameño y el de todo su departamento colocado en el tablón de anuncios para evitar cruzarse con ella. Alteró sus costumbres para conjurar al máximo las posibilidades de un encuentro. Dejó de tomar café y de comer en la universidad, la cafetería o el comedor eran lugares muy peligrosos. Limitó a lo imprescindible cualquier incursión en la biblioteca. Cambió la ruta por la que se aproximaba al campus y la puerta por la que entraba en el edificio de su departamento. Todo lo cual no impidió tropezarse con ella

en tres ocasiones en la universidad y otra más por la calle. Cuatro tensos momentos en que se limitaron a poco más de un forzado y breve saludo, un «¿qué tal te va?» y un «ya hablaremos». Afortunadamente, si «tenemos que hablar» significa «te voy a apuñalar por la espalda», «ya hablaremos» significa «no hace ninguna falta que hablemos».

La ruptura con Marta, la depresión consecuente y la necesidad de mantenerse alejado de ella fue la gota que colmó el vaso de la frustración que ya sentía por su incierta carrera universitaria. Al acercarse el final del curso decidió comunicar que no iba a renovar. En realidad, ni siquiera estaba muy seguro de si iban a renovar su contrato porque la situación del departamento era especialmente tensa y agravada por el anuncio de recortes presupuestarios. Pero se adelantó a desertar ya que había decidido introducir un giro en su vida. Su hermano Mario, que siempre le había insinuado que la docencia universitaria en una asignatura tan poco útil como Historia del Derecho era una forma absurda de desperdiciar su vida, no muy convencido pero le había puesto en contacto con su amiga Pilar que estaba buscando a alguien para su despacho de abogados. Dada la inexperiencia de Rafael en el ejercicio de la abogacía era muy improbable que le hubiesen hecho ninguna oferta de cualquier otro despacho, pero Pilar era muy poco convencional. Después de una charla y por pura intuición, como le confesó meses más tarde, le ofreció incorporarse como socio aunque, le advirtió, tenía que estar dispuesto a trabajar como un animal y a obedecer sin rechistar a la jefa, que era ella. Luego descubrió que la realidad resultaba más soportable. Pilar era una buena jefa, en realidad mucho más una amiga o una madre que una jefa, y el ritmo de trabajo le resultó perfectamente asumible. Quizás porque necesitaba mucho trabajo para llenar una vida que se le había quedado muy vacía. Disfrutó, en realidad, volviendo a tener que estudiar y a aprender cosas nuevas, alejándose de los quehaceres y de la rutina en que había vivido en los últimos años.

Inocente, señorita, dijo en voz alta mientras se desperezaba en la cama y decidía dejar atrás su pesadilla. La de esa noche y la de cuatro años atrás. No tenía intención de matar a Marta. Ni siquiera quería ya verla muerta. Le daba igual. Se había encontrado con ella, por última vez, seis meses antes. Se sorprendió a sí mismo con el desinterés con que se tomó el encuentro, tanto como el que sintió cuando alguien pensó que debía hacerle saber que se había divorciado del panameño y que este había vuelto a su país. Únicamente sintió el habitual fastidio que se produce al tener que perder unos minutos de charla insustancial con alguien que no te importa nada, igual que cuando te tropiezas después de muchos años con un antiguo compañero de estudios o de trabajo con el que ya nada tienes en común pero la cortesía te obliga a saludar y a fingir que te interesas por su vida. ¿O no era así? ¿Quería decir el sueño que seguía albergando ocultos e inconscientes propósitos de venganza? Me da lo mismo, se dijo, levantándose por fin de la cama.

Eran solamente las siete y veinte de la mañana. No había necesitado que sonara el despertador que había puesto a la media. La pesadilla, o el calor, o la impaciencia, le habían despertado antes. Remató la faena de despertar con una ducha de diez minutos bajo el agua fría después de la cual se sintió con fuerzas y ánimo para prepararse el desayuno mientras escuchaba, más que veía, la televisión que encendió en el cuarto de estar. Como introducción a la retransmisión del encierro los locutores comentaban la noticia que había sacudido a la ciudad el día anterior. Nada nuevo añadieron a lo que Rafael ya conocía, pero insistieron mucho en la conmoción que había supuesto, en plenos sanfermines, un segundo asesinato de otro miembro de la Comparsa. Pasaron un par de entrevistas grabadas donde el alcalde y la delegada del Gobierno prometían que el crimen no quedaría impune. Rafael desayunó viendo el encierro, un encierro no demasiado largo pero con los toros sueltos y con muchos sustos.

Faltaban dos minutos para las nueve y media cuando llegó a la cafetería Itur, a cien metros del Palacio de Justicia. Se fue pidiendo un café mientras llegaba Pilar y empezó a mirar los periódicos, aunque en casa ya había repasado los titulares. La noticia de la aparición del cadáver de un segundo portador de Caravinagre también asesinado recibía muchas páginas, y ambos diarios locales manejaban la hipótesis de que el primer asesinato fuera un error del asesino o de los asesinos, destacando la fatal coincidencia de que hubieran cambiado el turno ese preciso día. Apenas tuvo tiempo de leer nada ya que Pilar tardó solamente tres minutos en aparecer. Los dos compartían la manía de la puntualidad. Para comparecer en el juzgado Rafael se había vestido con una camisa y un pantalón azules, el calor reinante disculpaba el llevar americana y corbata, pero Pilar, mucho más informal, iba vestida de blanco y con pañuelo rojo.

—¿Alguna novedad? —preguntó ella. Rafael le contó la conversación con Echeverría de la noche anterior.

—O sea, que a esperar los resultados de la autopsia. Nos hubiera ido mejor que la declaración se hiciera una vez que tengamos el informe. Pero bueno, aun así, probablemente a lo largo de hoy tengamos argumentos suficientes para pedir la libertad provisional.

—En realidad los tenemos desde hace días, el problema es que la juez no quiere enterarse.

—No tendrá más remedio que enterarse si el segundo asesinato se produjo cuando Ochoa estaba ya detenido y hay indicios de que los autores pudieron ser los mismos.

Después de tomar sus cafés se encaminaron al Palacio de Justicia. A esas horas de la mañana había todavía poca gente por la calle. Algún noctámbulo que regresaba a casa con la ropa blanca llena de las manchas y de los lamparones que deja una jornada sanferminera, algún madrugador que volvía del encierro con la ropa blanca impecable y una bolsa de churros en la mano, alguna ama de casa que iba a hacer la

compra en ropa de faena, algunos repartidores estacionando sus furgonetas y empujando carros llenos de cajas. A las diez menos cinco estaban en el juzgado. El oficial les indicó que su cliente ya había llegado y que, si querían, podían hablar con él. Pasaron a la sala donde se hallaba Felipe Ochoa custodiado por dos agentes uniformados. Rafael les presentó:

—Esta es Pilar, también abogada, mi socia, viene a echarme una mano.

Ochoa saludó con una inclinación de cabeza y, sin más formalidades, preguntó:

—¿Cuándo voy a salir?

—Esperamos que pronto —contestó Pilar—. ¿Te has enterado de que ha aparecido otro muerto?

—Sí, lo han dicho en la televisión, lo comentaba todo el mundo en la cárcel. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Esa es la cuestión —Pilar había tomado el mando—. ¿Le conocías de algo?

—Ya se lo dije ayer a tu socio, no le conocía de nada ni sé nada de él.

—Bueno, pues díselo a la juez así. Contesta a lo que te pregunten diciendo la verdad, sin enrollarte, sí o no, y no habrá problemas.

El oficial les llamó para iniciar la declaración. Pasaron a la sala donde ya estaban la juez, que saludó con unos neutros buenos días aunque dejando traslucir en su mirada su sorpresa por ver a Pilar, y la secretaria judicial. Pilar creyó oportuno explicarse.

—Hola, Raquel, vengo solo como ayudante del abogado. Si no te importa, me quedo aquí calladica.

—Bien, vamos a empezar —se limitó a responder la juez, y una vez que la secretaria judicial sentada a su lado tecleó el encabezamiento y los datos de los comparecientes comenzó a hacer las preguntas que traía anotadas.

—¿Conoce usted a Juan José Garaicoechea Itoiz?

—No.

—¿Y cómo Juancho? ¿Juancho Garaicoechea? ¿Le suena ese nombre?

—No, no le conozco.

—¿Reconoce a esta persona? —la juez le mostraba una foto de carnet ampliada del difunto.

—No.

—¿Está seguro de no haber tenido ninguna relación con él?

—Ya se lo he dicho. Nunca he tenido nada que ver.

—¿Se ha enterado usted de que esta persona ha aparecido muerta?

—Sí, ayer, por las noticias.

—¿Sabe usted algo sobre esa muerte?

—Nada, solo lo que han dicho en la televisión.

La juez dio la vuelta al folio que tenía delante y cambió de tema.

—¿Ha recordado usted algo más sobre lo que hizo la tarde del día seis de julio?

—No.

—¿Recuerda usted haber visto en la tarde del día seis a Francisco Javier Redondo Gómez, más conocido como Patxi?

—No, yo no le conocía de nada.

—¿Recuerda haber visto a la Comparsa de Gigantes y Cabezudos? ¿O haber estado en sus proximidades?

—No.

—¿Recuerda haber disparado una pistola contra alguien?

—No, yo solo llevaba una pistola de juguete. Nunca he disparado una pistola de verdad.

—Bien, eso es todo —la juez decidió poner fin a la declaración. La secretaria leyó la declaración y la firmaron. Se llevaron a Ochoa esposado, Rafael se dispuso a salir pero Pilar se hizo la remolona y se acercó a la juez.

—Oye, Raquel, ¿me permites una pregunta?

—Claro —la juez se mantenía seria pero muy atenta a Pilar.

—Mira, ya sabes que no me gusta perder el tiempo ni hacerlo perder a los demás. Así que, ¿merece la pena que te molestemos con una petición de libertad para nuestro cliente?

La juez esbozó una sonrisa ante el ataque directo de Pilar, aunque recobró el tono grave para responderle.

—Si presentáis una solicitud la estudiaré y resolveré conforme a la ley.

—Sí, eso ya lo sé. Pero ¿hoy es buen momento para pedírtelo?

—Mejor si esperáis a mañana. Hoy espero novedades en la investigación.

—Gracias. Te lo pediremos mañana.

Salieron a la calle. Pilar estaba muy satisfecha.

—Bueno, ya lo tenemos en el bote.

—¿Estás segura? —preguntó Rafael.

—Sí, sí, que conozco a esta chica desde que estaba preparando las oposiciones a judicatura. Me debe más de un favor en aquella época. No es tan borde como aparenta, cuando no lleva toga hasta es simpática y buena persona. Si me ha dicho que lo pidamos mañana es por algo. Ya supone qué es lo que le van a decir los informes que le van a llegar, van a avalar que no hay pruebas contra nuestro cliente.

—A ver si es verdad.

—Confía en mí.

Cruzaban la calle San Roque cuando a Rafael le sonó el móvil. Miró la pantalla antes de responder y vio que le llamaba Iñaki. Dudó si responder o dejarlo para más adelante pero Pilar le hizo un gesto afirmativo animándole a contestar.

—Hola, Iñaki, ¿cómo te va?

—Bien. ¿Qué tal llevas las fiestas?

—Pues poca fiesta, me está tocando trabajar.

—Sí, ya te he visto en la prensa, te has convertido en abogado estrella.

—A mi pesar.

—No te quejes, no te quejes. Pues mira, te has vuelto tan conocido que hay gente que quiere hablar contigo. No sé si conoces a Íñigo Pérez de Obanos, un colega mío, es también notario.

—Me suena el nombre, pero no, no lo conozco personalmente.

—Bueno, tengo algo de amistad con él, solemos jugar a golf en Gorráiz, es un sujeto bastante particular pero agradable. Pues resulta que me ha llamado porque sabe que somos amigos, tú y yo, y me dice que tiene mucho interés en hablar contigo, algo relacionado con el caso que llevas, y que tiene mucha urgencia y que a ver si yo os podía poner en contacto.

—¿Y de qué quiere hablar conmigo? —preguntó Rafael, escamado de que su súbita popularidad como abogado le hiciera ser objeto de tantas llamadas de gente que quería contarle algo.

—No lo sé con certeza. Solo me ha dicho que tiene información que puede ser de tu interés, relacionada con el caso del asesinato. De los asesinatos, quiero decir.

—Bueno, qué remedio, hablaré con él. Exactamente, ¿qué te ha pedido? ¿Quiere hablar por teléfono o en persona?

—En persona. Me ha insistido que en persona y que, a ser posible, hoy mismo, a la hora que a ti te vaya bien. Mañana, tarde o noche. Está esperando mi llamada.

—Vale, vale. Pues mira, tengo la mañana libre, a la tarde no, que voy a los toros. Así que si quiere quedar de aquí a la hora de comer... Yo estoy en San Juan, saliendo del juzgado, y me puedo acercar a donde él diga.

—Le llamo y en cinco minutos te digo.

Pilar había seguido con atención la conversación.

—¿Con quién vas a quedar?

—Un tal Íñigo Pérez de Obanos, notario. ¿Le conoces?

—Un poco. Está como una chota. Tiene una página web que alguna vez he visto. Un rollo de legitimistas navarros, quieren reinstaurar el Reino de Navarra.

—¿En serio?

—Hay gente pa tó, que dijo El Gallo. Aunque otros dicen que lo dijo Guerrita, vete a saber —contestó Pilar, aficionada a las citas taurinas.

El teléfono móvil de Rafael no tardó nada en sonar de nuevo. Iñaki ya había hablado con su colega.

—¿Te va bien a las doce en el Casino Principal?

—Perfectamente.

—Pues allí nos vemos, yo os presento pero luego os dejo hablando de vuestras cosas, que tengo otros compromisos.

—Vale. Oye, este Pérez de Obanos, ¿de qué va?

—Ya lo verás... es una persona seria, culta, muy competente como notario, pero la verdad es que tiene unas ideas bastante particulares. En el gremio tiene fama de ser

un poco excéntrico.

—En fin, como sea una embarcada te la cobraré. Mínimo una cena. Y no de menú del día.

—Ya veremos... en todo caso no creo que te aburras con él.

No eran todavía las once, así que acordaron ir paseando sin prisa hacia la plaza del Castillo. Pilar había dicho, en cuanto Rafael cerró el móvil, en tono que no aceptaba réplica:

—Te acompaño. Quiero saber qué se cuenta ese notario.

Atravesaron el parque de Antoniutti y entraron al Casco Viejo por la calle Mayor. Las calles estaban tranquilas todavía, el suelo adoquinado húmedo tras la limpieza matinal. Eran solamente las once y media cuando llegaron a la plaza del Castillo. Decidieron sentarse en la terraza del bar Gure Etxea —Rafael ni se planteó proponer el Iruña, pese a estar justo debajo del Casino, sabiendo el veto que le tenía puesto Pilar—, hasta la hora de la cita. La plaza se iba animando poco a poco con familias que paseaban niños, turistas que hacían fotos, curiosos que se paraban ante las estatuas humanas que, inmóviles, esperaban recibir unas monedas, una charanga tocaba canciones sanfermineras a ritmo de jazz y la gente iba llenando las terrazas situadas a la sombra. Aunque la temperatura de la soleada mañana era todavía agradable se presentía otro día de calor. Pidieron unas cañas y Rafael estuvo mirando con impaciencia en su teléfono móvil si tenía mensajes o llamadas perdidas. Esperaba alguna llamada de Echeverría o de Domingo dando cuenta de novedades en la causa, los anunciados informes de la Policía Nacional, los resultados de la autopsia.

—Tú tranquilo —le dijo Pilar—. Ya llegarán los papeles. Hoy poco más vamos a hacer.

—Ya, pero me gustaría quitarme de encima este asunto. Tengo casi acabado el escrito, a la espera de añadir lo que resulte de los informes que se incorporen. No pensaba tener que pasarme todos los sanfermines trabajando.

—No te quejes, estás mal acostumbrado. A mí me ha pasado muchas veces. Me acuerdo de aquel año que se me ocurrió tener como clientes a unos carteristas que hacían todas las ferias, desde las Fallas en Valencia hasta el Pilar de Zaragoza, dos sujetos de aspecto impecable y muy hábiles desvalijando bolsillos. Uno fue detenido ya el día cinco por la tarde por primera vez y puesto en libertad porque los cargos eran menores. Al otro lo pillaron el día siete, y luego el día diez a los dos, y por última vez el día trece. Estuvimos todos, ellos y yo, saliendo y entrando del juzgado todos los sanfermines. Aprendí a seleccionar mejor los casos.

—Y a pasar los marrones a tus socios —añadió sarcásticamente Rafael.

—Por supuesto, a ver por qué te crees que te admití a trabajar conmigo —rio Pilar.



A las doce menos cinco se levantaron y subieron al Nuevo Casino Principal —el nombre indica que fue nuevo cuando se fundó, allá por 1856—, en un primer piso sobre el café Iruña, en el edificio más señorial de la plaza. Ni Rafael ni Pilar eran socios pero, como muchos pamploneses, habían entrado cantidad de veces en sus salones de artesonados decimonónicos, lámparas de bronce, cuadros y espejos con marcos recargados y muebles de un elegante e incómodo clasicismo, una vetusta y agradable decoración evocadora de otros tiempos. Sus socios, con buen criterio, años atrás habían decidido evitar la decadencia que suele acechar a estas sociedades propias de la añeja burguesía de provincias abriendo las puertas. Además de promover la admisión de nuevos y más jóvenes socios, añadieron un comedor con cocina a modo de sociedad gastronómica y resolvieron no exigir el carnet para entrar a beber en el bar o a comer en el restaurante y, en fechas señaladas como los sanfermines, repartían con extrema generosidad invitaciones para sus bailes, los que se celebran cada noche y el popular «de la alpargata» que tiene lugar cada mañana después del encierro y que une a madrugadores con trasnochadores, los que empiezan la jornada y los que la acaban...

Entraron en el salón principal, tranquilo a aquella hora con unas pocas personas leyendo la prensa o tomando un temprano aperitivo, y cerca de las puertas del balcón abierto sobre la plaza vieron sentado en un sillón a Iñaki. Estaba acompañado por un individuo de sesenta y tantos años de edad y apariencia cuidadosamente aristocrática, cabello plateado impecablemente peinado hacia atrás, trajeado en color crema con una corbata a rayas blancas y rosas, gafas doradas y clásicas. Una apariencia muy en consonancia con la decoración del Casino aunque llamativa entre el resto de los presentes, mayoritariamente vestidos de blanco y rojo. Ambos se levantaron al acercarse Pilar y Rafael. Iñaki no manifestó sorpresa al ver a Pilar y se limitó a presentarles:

—Este es mi amigo Rafael Echarte y ella su socia, Pilar Goñi, abogada también.

—Íñigo Pérez de Obanos y López de Sepúlveda, para servirles —dijo ceremoniosamente el acompañante de Iñaki, sin esperar a que este le presentase—. Encantado de conocerles. Aquí tienen mi tarjeta —añadió entregándoles sendas tarjetas en las cuales a su nombre seguían los enunciados de «notario» y «presidente de la Asociación de Legitimistas de Navarra». Rafael lamentó no llevar encima ninguna tarjeta, pero Pilar buscó en el bolso que llevaba colgado en bandolera y sacó una de las suyas.

—Lo mismo digo, encantados, también a su disposición —respondió Pilar tomando la voz cantante.

—¿Queréis tomar algo? —preguntó Iñaki mientras se sentaban, viendo pasar cerca a un camarero. Pidieron unas cervezas y Pérez de Obanos abordó directamente la cuestión que les congregaba.

—Verán, me he enterado, por otro lado como todo el mundo ya que ha salido en la prensa, de que llevan ustedes la defensa del único acusado, por ahora, o mejor,

sospechoso, del asesinato cometido el día seis de julio.

—Así es —dijo Rafael para llenar la pausa que había hecho el otro.

—Lo primero que tengo que decirles es que me consta que es inocente.

—Nos alegra que lo diga, porque nosotros también estamos convencidos de ello —dijo Pilar, dado que Pérez de Obanos hacía otra pausa después de su solemne afirmación.

—Sí, por supuesto. El caso es que tengo alguna información que creo que puede serles de utilidad para el ejercicio de la defensa de su cliente.

—Pues usted dirá.

—Es evidente que el caso ha dado un giro en las últimas veinticuatro horas. Ya no se trata de un solo asesinato, sino de dos, de dos asesinatos que tienen en común que las dos víctimas eran miembros de la Comparsa de Gigantes y Cabezudos y portadores de Caravinagre.

—Así es —ratificó Pilar para alentar al notario a proseguir, visto que le gustaba hacer un silencio después de cada frase para apreciar su efecto en sus interlocutores.

—Pues bien, tengo razones fundadas para sospechar, para creer, que el primer asesinato fue casual, probablemente un error, que la víctima elegida era en realidad Juancho Garaicoechea.

—¿Sí? —le animó a continuar Pilar.

—Sí, aparentemente no hay motivo para ninguno de los dos asesinatos, no eran personas relevantes políticamente, no formaban parte de ninguna organización delictiva, no tenían enemigos, en fin, eran ciudadanos muy normales, y parece que las fuerzas de seguridad por el momento no encuentran explicación a las dos muertes. Pero, bueno, esto ustedes ya lo saben.

—Sí, así es —apoyó en esta ocasión Rafael.

—Pues bien, yo creo conocer un motivo por el cual podría haber sido asesinado Juancho Garaicoechea.

En ese momento los demás decidieron acompañar la pausa del notario con un expectante silencio. Iñaki miró su reloj, no decidiéndose a marchar como había anunciado, deseoso de oír lo que tenía que decir su colega.

—Sí, Juancho era miembro de la asociación que me honro en presidir, la Asociación de Legitimistas de Navarra. No sé si la conocen ustedes.

—Me temo que no mucho —dijo cortésmente Pilar.

—Sí, es normal, somos una asociación pequeña, poco conocida e ignorada por el *establishment* de esta provincia. Pues permítanme informarles brevemente de los fines de nuestra asociación.

—Sí, si es tan amable —Pilar le seguía la corriente sumándose a su ceremoniosa forma de expresarse.

—Nuestra asociación persigue sacar a Navarra de la postración en que se halla desde hace siglos. Después de haber sido un reino importante en la Edad Media nos hemos convertido en un apéndice de otras naciones, apenas una provincia más, por

mucho que ahora le llamen Comunidad Foral, en España. Y en Francia ni siquiera eso, la antigua Tierra de Ultrapuertos que se mantuvo bajo el dominio de los reyes legítimos, la que permitió a los reyes franceses titularse reyes de Francia y de Navarra durante siglos, apenas es un fragmento de un departamento.

Pérez de Obanos se había animado y sus pausas se habían reducido de modo que ya no requerían la intervención de sus interlocutores.

—La única manera de que la ciudadanía navarra, concienciada y unida, recupere la soberanía, recupere el lugar que le corresponde en el concierto europeo, es recuperar su corona, su monarquía y su dinastía legítima, volver a reinstaurar el Reino de Navarra conforme al Fuero General, la codificación de nuestro derecho pirenaico consuetudinario, nuestra constitución foral promulgada ya en tiempos de Teobaldo I de Champaña.

—O sea que apoyan la independencia de Navarra... —se atrevió a decir Rafael. Pérez de Obanos le miró severamente.

—Independencia, eso es un concepto muy limitado. No, reinstauración del Reino y entronización de un rey legítimo, poniendo fin a siglos de usurpación por parte de la corona de Castilla. Restablecimiento de la legalidad internacional en Navarra, en suma.

—Así que tienen un pretendiente a rey de Navarra —apuntó Pilar.

—En efecto, sí.

—¿En serio apoyas a uno de esos pretendientes de opereta? —preguntó Iñaki a su amigo, sorprendido y poco dispuesto a tolerar que se pusieran en cuestión la unidad nacional de España y su monarquía.

—Entiendo que tengas una imagen muy negativa de algunos supuestos pretendientes a la corona navarra. En efecto, se han aireado en los medios de comunicación algunas pretensiones ridículas. No, nosotros no vamos en esa línea, la de farsantes como Luis de Gramont, dudo que sea su verdadero apellido, autoproclamado conde de Gramont, duque de Laval y regente de Navarra. Bueno, él escribe Nabarra, con be de burro, normal, es un indocumentado, de profesión chatarrero, que no sabe ni de historia ni de ortografía, y que tampoco sabe euskera más allá de poner bes y kas. También se ha permitido restaurar la Orden de Caballería del Lebrél Blanco, que fue fundada por Carlos III el Noble en 1391, y va nombrando caballeros por su cuenta.

—Me suena, sí... algo he leído de él —dijo Iñaki.

—Patrocinaba hace pocos años a un supuesto rey Enrique IV de Navarra, también supuesto descendiente de Catalina de Foix y de Juan de Albret, autoproclamado heredero legítimo, autoproclamado con todo tipo de falsos títulos nobiliarios como... esperen, esperen, que tengo aquí su esquila, que tuvieron la desfachatez de publicar en varios periódicos cuando murió hace dos o tres años.

Pérez de Obanos rebuscaba en el bolsillo interior de su inmaculada americana y sacó algunos papeles de entre los que eligió un recorte de periódico. Definitivamente,

había monopolizado la conversación y no dio la menor opción a comentarios de los demás.

—Aquí, aquí está, su alteza real, nada menos, Henri-Dessiré de Monfort-L'Amaury, bla, bla, bla, conde de Monfort-L'Amaury, conde de Le Poulcre, marqués de Senonnes, duque de Loundun, conde de Comminges, conde de Bigorre, vizconde del Bearne, conde de Foix, copríncipe de Andorra, legítimo príncipe de Biana, con otra be de burro, gran maestro de la Orden del Lebril Blanco, caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén, caballero de la Orden de San Michel, caballero de la Orden del Croissant, como si lo quiere ser de la ensaimada de crema, caballero de la Orden del Espíritu Santo, balletero de Hermandad de la Noble Compañía de Ballesteros Hijosdalgo de San Felipe y Santiago, y *comandeur* de la Orden de San Hubert.

Terminó de leer y levantó la vista del recorte.

—No está mal para un vinatero de Burdeos. Solo le faltaba aparecer como caballero de algunas de esas cofradías gastronómicas que fingen apariencia de órdenes de caballería, como la Orden del Cuto Divino de Tafalla o la Orden del Volatín de Tudela. En fin, aparte de que se ha perdido el respeto a todo, el problema es que ahora, con internet, cualquier chalado te monta un tinglado, una página web con mucha palabrería y la gente pica, hubo muchos los que se creyeron este cuento, hasta le dedicaron algún artículo en la prensa.

—Sí, ya me suena haberlo leído —dijo Rafael, recordando que abroncó a Jon por haber dado algún pábulo a aquella historia en uno de sus artículos simplemente porque sus promotores habían hecho algunos guiños de aproximación a los nacionalistas vascos.

—Aparte de usurpar títulos que no les corresponden, tienen la ridícula desfachatez de proclamar que han interpuesto una demanda, en nombre de una supuesta Casa Real de Navarra, ante el Comité de Descolonización de la ONU, y de afirmar que están a la espera de la venida de los observadores de Naciones Unidas. Sueños de grandeza, cualquiera puede registrar una instancia y que le pongan un sello de entrada, pero sus papeles probablemente habrán sido ya archivados en el apartado de curiosidades y majaderías.

—Es que todo era ridículo —opinó Iñaki, poco convencido de que la asociación de su colega resultase mucho más respetable, pero absteniéndose de decirlo.

—Ridículo al máximo. Aunque no son hechos aislados. Estos payasos, Gramont y compañía, han contactado con ciertos norteamericanos que, debido a su orfandad histórica, fantasean con supuestas ascendencias aristocráticas en la vieja Europa, sobre todo en Francia. Es patético, pero hasta existe un Partido Realista de América, no sé si todavía dirigido por un sujeto que se hacía llamar Joseph Crisp II, vamos, José Crujiente, ridículo a más no poder.

—¿Monárquicos en Estados Unidos? —se sorprendió Rafael.

Pérez de Obanos continuó sin responderle.

—Antes de fichar a ese Henri Monfort, el supuesto Enrique IV, Gramont y los

suyos estuvieron en tratos con un constructor de Miami, hijo de cubanos, que tenía alguna lejana ascendencia navarra, y le tentaron para presentarse como descendiente de los Albret, o de los Foix, lo mismo da, y el sujeto hasta se vino a Pamplona y anduvo merodeando por los registros de la propiedad y por algún despacho de urbanistas. Pero no debió ver el negocio claro, él venía a lo que venía, a lo mejor se intuyó el pinchazo de la burbuja inmobiliaria, y no dio el paso. Luego encontraron de carambola a ese Monfort, que afirmaba haber visto reconocidos sus derechos dinásticos por un tal Michel de Foix, otro farsante que se autotitula conde y jefe de la Casa de Foix, vizconde de Picardía, pícaro sí que es, y entre no sé cuántos títulos más también caballero de la Orden Imperial del Dragón de Annam por la gracia del emperador del Vietnam.

El notario, ya embalado, tuvo que hacer una pausa obligada para beber un sorbo del chardonnay que tenía delante y aclararse la garganta.

—Es bastante tronchante, perdonen la expresión vulgar, pero resulta que ese supuesto Michel de Foix también patrocina la vuelta al trono vietnamita de la dinastía Nguyen, que fue destronada en 1945. Hay un hijo del último emperador, un tal Bao Thang, heredero de los derechos, pero que vive cómodamente en París y no tiene mucho interés en ser aspirante al trono, así que le ha salido un competidor, un primo suyo llamado Buu Chanh que desde Estados Unidos dirige un partido monárquico y que reclama la corona de toda Indochina.

—Perdón, pero ¿tiene algo que ver Vietnam con Navarra? —Pilar no pudo contenerse.

—No, no mucho, solo que al tal Michel de Foix el tiempo le da para intervenir en las dos cosas, y no me extrañaría que en alguna más. En realidad, el sujeto se llama Michael Andolini, es un administrativo de la Universidad de Berkeley y genealogista aficionado que adereza sus fantasías con historias de templarios, prioratos de Sión y cosas así. Afortunadamente, los herederos del tal Henri-Dessiré, que en gloria esté, han rechazado seguir con la pantomima y el supuesto conde-duque de Gramont se encuentra por ahora sin pretendiente que patrocinar después de que Henri Monfort junior, con mejor criterio que su padre, que chocheaba notablemente, rechazara ser Enrique V.

—Lo que digo, una farsa —ratificó Iñaki.

—Bien, lo que mantenemos en la Asociación, lo que yo defiendo, es que no hay ninguna necesidad de andar buscando supuestos herederos de la dinastía de Foix-Albret, que lleva a caer en esas historias ridículas. Se sabe perfectamente quiénes son los sucesores legítimos de la corona navarra, no hay más que leer los manuales de historia. Ahí está la dinastía que les sucedió como reyes de Francia y de Navarra a partir de Enrique de Borbón, III de Navarra y IV de Francia, hijo de Juana III de Albret. Esos legitimistas de pacotilla de Gramont rechazan esa dinastía porque el hijo de Enrique III, Luis XIII de Francia y II de Navarra, no juró los fueros ni fue investido por las Cortes de Navarra sino que en su lugar creó el Parlamento de

Navarra y Bearne unificado, anexionando esos dominios a la corona francesa en 1620. Pero si aceptas el principio monárquico hay que hacerlo con seriedad, con todas sus consecuencias. Un rey puede perder sus derechos por renuncia o por no hacer honor a su juramento, pero no hay que hacer trampas y elegir a capricho el heredero que a uno le guste. Luis XIII no fue jurado por unas legítimas Cortes de Navarra, pero tampoco fue nunca desposeído de sus derechos por unas legítimas Cortes de Navarra, ni fueron desposeídos sus descendientes, así que aunque su comportamiento no haya sido ejemplar, como no lo ha sido el de muchos monarcas, qué decir de Fernando VII, sin ir más lejos, han transmitido válidamente sus derechos. No hay más remedio que seguir la línea de sangre de los Borbones franceses hasta el último que reinó, Carlos X de Francia y IV de Navarra, que fue depuesto en 1830.

—Pero esa dinastía ya quedó extinguida —opuso Iñaki.

—Siempre hay alguien que hereda los derechos. El heredero legítimo de Carlos X, o Carlos IV, era su hijo Luis Antonio, duque de Angulema, que abdicó en su sobrino Enrique de Artois, duque de Chambord, que murió sin hijos y que, por cierto, estuvo a punto de ser reconocido como rey de Francia después de la guerra franco-prusiana, pero el necio de él puso como condición la abolición de la bandera tricolor y se quedó sin trono, más listo fue el advenedizo Luis Felipe de Orleans que reinó con esa bandera, por no hablar de los dos Bonaparte. En fin, heredó los derechos del duque de Chambord su primo Juan Carlos María Isidro de Borbón y Braganza, conde de Montizón, bisnieto de Luis XV de Francia y IV de Navarra, hijo del pretendiente carlista Carlos María Isidro o Carlos V, para sus partidarios. A este Juan III de Francia y IV de Navarra sucede su hijo Carlos María de Borbón y Austria-Este, el Carlos VII de los carlistas, que sería legítimamente Carlos V de Navarra, y a este su hijo Jaime de Borbón y Borbón-Parma, Jaime I de Navarra, y a este, que no tuvo hijos, su hermana Blanca de Borbón y Borbón-Parma, que sería Blanca III de Navarra, y a la muerte de esta su hijo don Carlos Pío de Habsburgo-Lorena y Borbón, al que los carlistas bautizaron como Carlos VIII y que sería Carlos VI de Navarra. No todos los carlistas, hubo división de opiniones, pero a lo que nos interesa, resulta que murió en 1953 también sin hijos, tuvo dos hijas pero de un matrimonio morganático con una austriaca, así que los derechos pasaron a la rama Borbón-Parma...

—Perdón, a ver si lo entiendo —interrumpió Pilar—; ¿esas hijas no heredan porque son mujeres, o porque su madre no tiene sangre azul?

—Ser mujer no ha sido nunca obstáculo para heredar la corona de Navarra, aquí nunca hubo Ley Sálica, no. Solo hubo preferencia de varón sobre hembra, pero a falta de hermanos las mujeres han heredado los derechos sucesorios. El problema es el otro, que el matrimonio morganático excluye de la sucesión.

—No me parece justo —opuso Pilar.

—La monarquía es así. O se acepta el principio, o no se acepta... —replicó Pérez de Obanos.

—En mi caso, no lo acepto, por supuesto, yo soy republicana, pero, en fin, no creo que proceda un debate sobre la monarquía, siga, siga —dijo Pilar.

—Ya sé que hoy las normas tradicionales de la monarquía están haciéndose pedazos. En España, sin ir más lejos, se ha arrumbado la tradición que excluía las bodas desiguales, sancionada expresamente en la Pragmática de 1776, y eso que todavía el tío del rey Juan Carlos I, Alfonso, el primogénito de Alfonso XIII, abdicó de sus derechos para casarse morganáticamente, pero bueno, esa es una monarquía decadente, allá ellos si aceptan los matrimonios morganáticos. Yo soy legitimista hasta las últimas consecuencias. El Fuero General de Navarra castigaba los matrimonios desiguales, el noble que casaba con villana perdía su condición de infanzón. Y nunca, nunca, nunca, ningún legítimo rey, o reina, de Navarra contrajo matrimonio con alguien que no tuviera también sangre real.

Pérez de Obanos hizo otra solemne pausa y prosiguió.

—Pues bien, como decía, los derechos dinásticos sobre la corona de Navarra pasaron a la rama Borbón-Parma. Algunos indocumentados defienden que la herencia se mantiene en la rama Habsburgo-Lorena, en algún sobrino de don Carlos Pío o Carlos VI de Navarra, pero es que sus tres hermanos mayores, Leopoldo, Francisco José y Antonio María, renunciaron a todos sus derechos sucesorios, por eso los pudo reclamar él. Luego parece que en la familia hay arrepentimiento al ver que los derechos se van a otra rama, pero es que así son las cosas. Si se renuncia, se renuncia. En fin, que los derechos pasan a los Borbón-Parma, en particular a don Javier de Borbón-Parma y Braganza, hijo del último duque de Parma, Roberto I, hermano de Margarita, esposa del Carlos VII de los carlistas o Carlos V de Navarra, y madre de Jaime I y de Blanca III. De Javier I de Navarra pasan los derechos sobre la corona a su hijo don Carlos Hugo de Borbón-Parma y Borbón-Busset, que sería Carlos VII de Navarra y, actualmente, tras su fallecimiento en 2010, corresponden a su hijo don Carlos Javier de Borbón-Parma y Orange-Nassau, duque de Parma, caballero de Honor y Devoción de la Soberana Orden de Malta, así como gran maestro de la Sagrada Orden Militar Constantiniana de San Jorge, y que sería Carlos VIII de Navarra. Casado con Annemarie van Weezel, una periodista holandesa a la que algunos califican de plebeya, pero que es descendiente del rey Eduardo I de Inglaterra, es decir, cumple el requisito de tener sangre real y por tanto no es un matrimonio desigual.

Sus pacientes oyentes habían empezado a perderse en el árbol genealógico que, de memoria y de carrerilla, acababa de exponer Pérez de Obanos. Iñaki preguntó:

—A ver, ¿quieres decir que corresponde la corona de Navarra a los pretendientes carlistas?

—Eso es. Eso es lo que dictan las normas de sucesión.

—O sea, ese Carlos Javier es el hijo de Carlos Hugo, el que fue candidato a diputado por Navarra hace años, el líder del Partido Carlista —interrogó a su vez Pilar.

—El mismo. El problema para que los Borbón-Parma acepten el legítimo título de reyes de Navarra es que están empeñados en que se les reconozca también como reyes de España, a través de la dinastía carlista, o incluso como reyes de Francia.

—Perdón, yo me he perdido. ¿Qué tiene que ver todo eso con el tema de Juancho Garaicoechea? —se impacientó Rafael, que se había mantenido en silencio.

—Bueno, a eso voy. Los legitimistas navarros hemos insistido repetidas veces a los Borbón-Parma para que hagan valer sus derechos sobre la corona del Reino de Navarra, pero no han dicho ni que sí ni que no. Yo creo que don Carlos Javier se lo está pensando ahora seriamente y que acabará por aceptar. Sabe que Francia no va a reinstaurar la monarquía después de dos siglos de república y que España va por el mismo camino de volverse republicana gracias al nefasto reinado de Juan Carlos I.

Pérez de Obanos reiteró la técnica de crear expectación con otra pausa y otro sorbo de su copa.

—En fin, que Juancho era nuestro enlace con la familia Borbón-Parma. Era de familia carlista y de joven militó en el Partido Carlista, antes de optar por la opción legitimista y patriótica navarra. Tiene un primo que vive en Holanda y que tiene línea directa con don Carlos Javier.

—¿Y eso tiene algo que ver con su muerte? —insistió Rafael.

—Estoy convencido de ello. Juancho era un importante miembro de la Asociación. Y tenemos muchos enemigos, enemigos capaces de llegar al asesinato para evitar que la causa legitimista prospere.

—¿Como por ejemplo? —preguntó, incrédula, Pilar.

—Para empezar, Gramont y su gente. Juancho tuvo hace unos meses una trifulca con él. Se lo encontró en un bar, el supuesto conde-duque iba bebido, y después de insultarle a él y a toda la auténtica causa legitimista, pasó a las amenazas y hubiera llegado a la agresión física si no le paran los pies otros parroquianos. El caso es que hubo amenazas de muerte. Por cierto, sé que Gramont tiene licencia de armas. Además de ser cazador, ha practicado el tiro olímpico.

—¿Y piensa que Gramont ha podido matar a Juancho? —dijo Pilar.

—No lo excluyo en absoluto. Lo considero muy capaz.

—Hablabas de más enemigos... —instó Iñaki, que definitivamente había renunciado a irse, intrigado por el relato de su compañero de golf.

—Claro. Están los usurpadores. La monarquía española y el aparato del Estado. Quieren ahogar cualquier brote de reivindicación legitimista. Saben que España está en plena desintegración. La independencia de Cataluña es inevitable. Una vez desaparecida la violencia de ETA, también hay una mayoría soberanista en lo que ahora llaman el País Vasco, las provincias vascongadas, arrebatadas por los castellanos al Reino de Navarra. Lo último que quieren es que en Navarra se reivindique la reinstauración del Reino con la dinastía legítima.

—Y crees que Juancho era un peligro para ellos —dijo Iñaki, escéptico.

—La Asociación es un peligro. Nuestro contacto con los Borbón-Parma les pone



muy nerviosos. Sé que entraron en estado de alarma cuando, en marzo de 2012, don Carlos Javier juró los Fueros de Navarra, en castellano y en euskera, en el Monasterio de Irache, con la fórmula tradicional. Cierto que lo hizo como legítimo rey de las Españas, en un acto promovido principalmente por el Partido Carlista, aunque asistimos también personas de otras organizaciones, incluso un expresidente del Gobierno de Navarra. Juancho también estuvo allí. Pero, como decía, creo que está cerca el momento en que don Carlos Javier va a replantearse sus aspiraciones y las va a centrar exclusivamente en la corona de Navarra. Hace un mes recibí una carta muy amable de él y, leyendo entre líneas, iba en esa dirección.

—¿Y va a renunciar a ser líder de los carlistas?

—No tengo nada contra los carlistas, aunque su legitimismo está completamente equivocado, en el fondo aceptan la conquista de Navarra por Fernando el Católico. Los derechos de los reyes carlistas sobre Navarra derivarían de ese hecho violento. Pero es hora de que reconozcan la inviabilidad de sus pretensiones, que ya casi nadie se toma en serio, y desaparezcan. Lo único sólido que queda de su causa es el Museo del Carlismo de Estella. Y creo que don Carlos Javier, que es inteligente, se da cuenta de ello.

—¿Y piensa en algún enemigo más? —preguntó Rafael.

—Sí, tenemos muchos más. Los nacionalistas vizcaitarras. Los que se hacen llamar izquierda abertzale, no sé si serán de izquierdas pero son malos patriotas. La mayoría reivindica la soberanía para una nación unificada y centralizada, Euskal Herria. Nunca existió esa nación, lo que existió fue el Reino de Navarra, existió el Señorío de Vizcaya, y existieron las provincias forales de Álava y de Guipúzcoa. Territorios que deberían unirse de nuevo bajo la legítima dinastía navarra, pero conservando cada uno sus fueros e instituciones. Los supuestos patriotas vascos suelen ser, en el fondo, tan jacobinos como los nacionalistas españoles y franceses, quieren hacer tabla rasa de la historia. Y también nos ven como un peligro.

—En fin, aparte de sospechas, ¿tiene alguna prueba sólida que indique quién ha podido asesinar a Juancho Garaicoechea? —preguntó Pilar.

—Todavía no. Si las tuviera iría al juzgado con ellas. Pero me ha parecido importante que supieran qué hay detrás de todo este asunto para que puedan enfocar debidamente la defensa de su cliente.

—Pues le agradecemos mucho la información —dijo Pilar, deseando dar por finalizada una conversación de la que ya no esperaba obtener nada útil.

—Sí, gracias, lo tendremos en cuenta —añadió Rafael con las mismas intenciones. Miró a Iñaki con la esperanza de que este ayudara a poner fin a la reunión.

—Ha sido muy interesante lo que nos has contado —dijo Iñaki—. Si me perdonáis, yo me tengo que ir, tengo otra cita a la que ya llego tarde.

—Por supuesto, si me lo permiten, yo también tengo otros compromisos —dijo Pérez de Obanos para alivio de todos—. No les quepa duda de que, si tengo más

información, se la haré saber a la mayor brevedad.

—Se lo agradeceremos mucho —remató Pilar.

Bajaron a la plaza y volvieron a despedirse en la puerta del Casino, bajo los porches. Pérez de Obanos se encaminó hacia la calle Chapitela y los demás instintivamente tomaron la dirección contraria.

—Bueno, Rafa, sí que te debo una cena. Ha sido un poco demasiada embarcada —dijo Iñaki.

—Y que lo digas. Me parece que es en Madrid donde tienen el dicho de que a partir de las siete de la tarde si no te están dando una conferencia es porque la estás dando tú. Pues aquí, en Pamplona, también hay mucha afición a dar conferencias.

—A dar la chapa, sería más preciso decir —intervino Pilar.

—Estos días he oído ya varias teorías imaginativas sobre el asesinato, o los asesinatos, pero esta se lleva el premio —siguió Rafael.

—Ya me habían contado algo sobre los delirios de tu amigo —dijo Pilar a Iñaki.

—Es curioso, porque por lo demás es un hombre muy sensato. No le había oído hasta hoy defender esas teorías. Supongo que todos tenemos algún tornillo flojo y el suyo es el del legitimismo navarro —respondió Iñaki—. Aunque no es el único, son pocos pero unos cuantos los que le siguen. En fin, os dejo, que es verdad que me están esperando desde hace rato.

Iñaki salió corriendo. Rafael y Pilar se pararon junto al pasadizo de la Jacoba.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Pilar.

—De momento ninguno, en todo caso ir luego a casa a cambiarme para la corrida de toros. He quedado con la peña de Paco.

—Es casi la una. ¿Te vienes al apartado?

Pilar era asidua del apartado. Alguna vez había invitado a acompañarle a Rafael, al que le había entusiasmado mucho menos pese a que, gracias a los contactos de ella en el mundo taurino, habían podido acceder al *sancta sanctorum* del acto, no a los pasillos donde se agolpa la muchedumbre para limitarse a ver pasar fugazmente por un estrecho pasillo a los toros, sino al espacio abierto sobre los propios chiqueros donde se iba encerrando, uno a uno, a los seis astados que iban a ser lidiados a la tarde y al que no tenía acceso el público en general.

—No, gracias. Me aburre. Para lo único que sirve, además de para tomar el aperitivo más caro de Pamplona, es para que la gente guapa se pelee para salir en las fotos de los periódicos.

—Eso es verdad, la mayoría va por figurar, igual que podía ir a la feria de ganado si supiera que iba a haber fotógrafos. Bueno, no te insisto, ya sé lo poco taurino que eres.

—Pero tú vete, vete, por mí no te prives de tu ración de postureo...

—Vale, me voy corriendo, que no quiero llegar tarde. Ya hablaremos.

Rafael deambuló por la plaza del Castillo dubitativo sobre qué hacer, pensando si intentar localizar a alguno de sus amigos que anduviera tomando el aperitivo por las cercanías, cuando le sonó el móvil. Era Javier Echeverría. Se cobijó en la sombra de los porches para hablar.

—Tengo noticias. Buenas para ti —oyó por el auricular.

—Te escucho.

—Primero. Me han pasado el resultado de la autopsia. No del todo concluyente sobre el momento en que a Juancho Garaicoechea le mataron. Lo que está claro es que fueron dos disparos por la espalda y a escasa distancia. La munición, la misma que con Patxi Redondo, nueve milímetros. Estamos esperando a las pruebas de balística a ver si el arma fue la misma, aunque tiene toda la pinta de que sí. El cadáver llevaba unos tres días en el río. Ya sabes que los cadáveres acaban siempre por salir a flote, el tiempo que tardan depende de muchos factores, pero los forenses calculan que fue probablemente asesinado y arrojado al agua el día siete. No pueden precisar la hora, dan un margen de veinticuatro horas.

—Eso no sé si es muy buena noticia para mí...

—Espera, que hay más. La autopsia no precisa la hora, pero tenemos otros datos que nos permiten afinar más. En el cadáver estaba el teléfono móvil, lo llevaba en un bolsillo del pantalón. Han analizado las llamadas que hizo y que recibió desde ese número, y también los mensajes. De ahí podemos deducir que no murió antes de las ocho de la mañana del día siete. Todavía a las 7:59 consta que envió una confirmación de haber recibido un mensaje de un compañero de la Comparsa que le hacía saber los planes para ese día. Luego, nada. Ni mensajes ni llamadas, figura como desconectado o fuera de cobertura. En realidad, quedó inutilizado al ser arrojado al río con su dueño, no era un aparato a prueba de agua.

—O sea, que el asesinato no fue antes de las ocho de la mañana del día siete, cuando mi cliente ya estaba detenido.

—Eso es, por eso decía lo de buenas noticias para ti. Tu cliente no puede ser sospechoso del segundo asesinato, con lo cual las sospechas de que tenga algo que ver con el primero se debilitan todavía más de lo que estaban.

—Pues sí, te agradezco la información, se nos despeja el panorama.

—Por otro lado, creo que de un momento a otro se va a incorporar al procedimiento judicial, además del informe de la autopsia, entre otros informes sobre el segundo asesinato, el informe de la Policía Nacional que pidió la juez sobre las conexiones de tu cliente con la izquierda abertzale.

—¿Y?

—Pues también te va bien, aceptan que la relación es lejana y que no parece que esté implicado en actos terroristas ni de kale borroka, ni que forme parte de ninguna organización violenta.

—Estupendo. Espero que con esto deje de ser sospechoso y le pongan en libertad.

—Sí, ya te dije que ni Herrera ni yo lo considerábamos sospechoso, la investigación tiene que enfocarse en otras direcciones.

—¿Qué pensáis que ha pasado? Si me lo puedes decir.

—Todavía hay demasiadas incógnitas. Sí te puedo decir lo obvio, que probablemente el objetivo del asesino, o de los asesinos, no era Patxi Redondo sino Juancho Garaicoechea. Con el primero cometieron un error y lo subsanaron a las pocas horas. Todo parece ser obra de profesionales, planificado. El primer asesinato, aprovechando que la víctima hacía de Caravinagre, para confundir. El segundo asesinato probablemente tuvo lugar cuando la víctima salía de su casa. Vivía en la Rochapea vieja, cerca del río. Le esperan, le disparan y arrojan el cuerpo al río para que tarde en ser encontrado. En todo caso, todo con mucha sangre fría. Seguimos buscando quiénes podían tener algún móvil entre las personas cercanas a Juancho Garaicoechea.

Rafael recordó la entrevista que acababa de tener con Pérez de Obanos y su descabellada teoría. Dudó, pero finalmente decidió contárselo a Echeverría, el cual escuchó con atención.

—Vaya, vaya, interesante... —comentó.

—No te lo tomarás en serio —dijo sorprendido Rafael.

—Por supuesto que me lo tomo en serio. No los derechos sucesorios a la corona de Navarra de los Borbón-Parma y todo eso. No, lo que es relevante es que Juancho Garaicoechea estuviera relacionado con esa asociación de legitimistas. No lo sabía.

—Pero no pensarás que lo han matado por eso...

—No pienso nada. Habrá que seguir esa pista, como todas.

—A mí me parece una asociación de chalados, pero inofensivos.

—Ya veremos si tan inofensivos. Quizás sí, quizás no. Te sorprendería saber qué cosas se ocultan a veces detrás de asociaciones como esa.

—¿Como qué?

—A veces se trata de negocios, negocios puros y duros que mueven mucho dinero. Con la excusa de defender una determinada causa, en apariencia inocente, se recauda dinero de los muchos incautos que están dispuestos a picar.

—¿Hay gente que va a dar dinero para esto?

—Para esto y para cosas más descabelladas. Mira, hice un curso con la Guardia Civil hace un tiempo sobre este tipo de delitos. Estafas que utilizan excusas de lo más diverso para sacar la pasta a gente crédula. Ni te imaginas la cantidad de formas que hay de timar. Todo tipo de sectas de iluminados, adivinos, astrólogos, espiritistas, curanderos, gurús, profetas, falsas entidades benéficas, falsas piezas arqueológicas, falsas misiones en África, falsos premios de lotería, falsas casas reales, la verdad es que se puede encontrar de todo. No sería la primera vez que se aproveche una ficticia causa legitimista, o un supuesto título real, como tapadera.

—Pues vaya.

—Hace pocos años un sujeto, creo que era por Valencia o por ahí, se presentaba

como un alto responsable de la OTAN que iba pidiendo donaciones para un falso rey de Transilvania que dirigía una fundación para ayudar a los negritos de Guinea. Todo muy cutre, pero se embolsó un montón de dinero hasta que lo detuvieron.

—Increíble.

—Parecido al caso de un farsante mallorquín que durante veinte años se presentaba por ahí como príncipe Corsini di Sismano Borbón-Parma, otras veces como conde Oleza. Se hacía pasar por primo del príncipe Felipe, incluso consiguió ser invitado a su boda con doña Letizia. Se codeaba con los Marichalar, las Koplowitz, hasta consiguió falsificar la lista de los mejor vestidos del *New York Times* y ser entrevistado por algunos medios de comunicación como uno de los hombres más elegantes del mundo. Con esos antecedentes le contrataron en firmas financieras de renombre, de esas que pagan un sueldo por no hacer nada sino figurar. Vivió del cuento hasta que la estafa fue descubierta por *Vanity Fair*. Bueno, luego resulta que también sacó dinero por conceder entrevistas y contar su historia.

—Mira, eso sí me suena haberlo leído en la prensa.

—Y el año pasado, creo que fue, condenaron a un polaco, ex de una conocida modelo y presentadora de televisión, por un delito de estafa, se la cameló haciéndose pasar por príncipe y le hizo invertir en un falso fondo de inversión supuestamente ligado a la casa real polaca. Un artista, porque antes también había estado implicado en una estafa a otra actriz española ante la que se hizo pasar por descendiente directo de Drácula. Nada menos.

—Parece mentira.

—Sí, pero hasta el timo de la estampita sigue utilizándose.

—Y tampoco me lo explico.

—Otro caso muy conocido, ya antiguo, en Francia, fue el de Pierre Plantard, no sé si te suena.

—De nada.

—A lo mejor te suena más el Priorato de Sión, la asociación que fundó y que aparece en *El Código Da Vinci*.

—No he visto la película.

—No te has perdido nada. Entretenida, pero insustancial. Hay mucha gente que hasta se ha leído el libro, una sarta de patrañas pero muy hábilmente ensambladas.

—¿No se menciona ese priorato en *El péndulo de Foucault*? Ese sí me lo he leído.

—No sé, no lo recuerdo. Bueno, a lo que iba, el tal Pierre Plantard era un legitimista francés que escribió unos archivos secretos sobre ese Priorato de Sión, que decía provenir de la época de las cruzadas, pero que en realidad fundó él mismo en 1956 y del que se autonombró gran maestro. Además, se arrogaba una supuesta descendencia real nada menos que de la dinastía merovingia. El caso es que el tipo cultivó ese cuento muchos años, ya murió, y ahora hay otros que lo continúan. Sin ir más lejos, el autor de *El Código Da Vinci*, que se está forrando.

—No lo sabía.

—Y ya sabes que donde se mueve dinero, hay móvil suficiente para cualquier cosa, incluido el asesinato. Así que no me tomo a broma en absoluto lo que me has comentado, me proporciona otra línea de investigación. Que a lo mejor queda en agua de borrajas, pero tendremos que comprobar qué da de sí.

—Me alegro entonces de habértelo contado. Yo no le daba ninguna importancia.

—Y quizás no la tenga. Ya veremos.

Se despidieron acordando que seguirían en contacto.

Mientras hablaba con Echeverría, Rafael había oído sonar en el móvil el tono que anunciaba la recepción de un mensaje. Comprobó que el remitente era Domingo. Le anunciaba que se habían incorporado nuevos documentos a la causa de asesinato, que se los había escaneado y que se los remitía por correo electrónico. Como la lectura de archivos digitales en la pantalla del móvil era incómoda y estaba cerca, decidió acercarse al bufete para abrirlos en el ordenador. Dejando atrás el bullicio sanferminero de las calles subió a la tranquilidad y a la penumbra de su despacho. Comprobó que el procurador le remitía los informes que le acababa de anunciar Echeverría. Entre otros, un breve informe de la Comisaría General de Información del Cuerpo Nacional de Policía señalando que Felipe Ochoa no formaba parte de las estructuras organizadas de la izquierda abertzale ni había indicios de que estuviera implicado en delitos violentos. Todavía no estaba el informe de la autopsia, pero sí el informe sobre las llamadas y mensajes registrados en el móvil del difunto Juancho Garaicoechea con la conclusión de que el asesinato se tenía que haber producido no antes de las ocho horas del día siete de julio. Rafael, complacido, miró la hora. Eran las dos. Le daba tiempo a completar el escrito para el juzgado argumentando, con los nuevos datos, a favor de la libertad de Felipe Ochoa y dejarlo preparado para presentarlo a primera hora del día siguiente, tal como había sugerido la propia juez. Y también para ponerle un mensaje a Pilar informándole con brevedad de las novedades.

Eran casi las tres y media cuando volvió a salir a la calle. Le había sobrado el tiempo incluso para llamar a su madre, llevaba una semana sin hablar con ella y la hora de comer era un buen momento para encontrarla en la casa de su cuñado. Su madre no solía telefonar a sus hijos, esperaba a que le llamaran ellos y entonces se lamentaba de lo poco a menudo que lo hacían. Además, había que llamarle a un teléfono fijo. No se habituaba a los móviles. Ni siquiera a los inalámbricos. Tenía que ser un teléfono como Dios manda, decía ella, que se pudiera asir con las dos manos colocando el auricular en la oreja y el micrófono ante la boca, y que hubiera un cable unido al resto del aparato que le diera la confianza de que sus palabras estaban siendo efectivamente enviadas a otro teléfono a través de la línea. Desconfiaba de que unas misteriosas ondas invisibles fueran capaces de transmitir el sonido a lejanas distancias.

Respondió a la llamada su hermana, que le dio las novedades antes de pasarle a su madre. En realidad, la falta de novedades. Todos estaban bien y combatiendo como podían el calor, ya sabes que aquí solemos tener por lo menos diez grados más que en Pamplona, le dijo. Su madre le hizo las preguntas obligadas que toda madre, y más si es una madre navarra, ha de hacer a sus hijos sobre la situación meteorológica del lugar donde se hallan, su alimentación, su salud y la ropa que deberían de estar poniéndose. Dadas las fechas, también le preguntó qué tal iban las fiestas y si estaba durmiendo lo suficiente. Rafael debió de responder a todo adecuadamente ya que ella no insistió en sus consejos maternos y pasó a contarle que su hermano menor, Pablo, había anunciado su visita para el fin de semana. Pablo era la oveja negra de la familia, el único de los hermanos que no había completado una carrera universitaria. Había iniciado y abandonado hasta tres, Arquitectura, Bellas Artes e Historia del Arte, ante la desesperación de sus padres y, también, de sus hermanos mayores que se habían visto obligados a apuntalar una economía familiar maltrecha por las aventuras académicas del benjamín. Ahora vivía a salto de mata entre Pamplona, Madrid, Barcelona, París, Nueva York y media docena más de ciudades en varios países trabajando en enigmáticos proyectos audiovisuales. Rafael captó la indirecta. Prometió a su madre acercarse por el pueblo a la semana siguiente, una vez finalizados los sanfermines. No podía ser menos que su hermano.

Tenía el tiempo justo para ir a casa, comer algo rápidamente, hacer una breve siesta, ducharse, ponerse la ropa blanca y acudir a su cita para asistir a la corrida de toros. Caminaba por la avenida de la Baja Navarra, poco concurrida a la hora de la comida, y al detenerse ante un semáforo en rojo y echar un distraído vistazo alrededor le llamó la atención un sujeto que se había parado unos pocos metros más atrás. Le sonaba de algo. Sí, lo había visto antes, aquella misma mañana, en la plaza del Castillo. También entonces se había fijado en él porque, aparte de ser pequeño y moreno, con aspecto de ecuatoriano, no iba vestido de blanco como la mayoría de la gente que le rodeaba ni llevaba pañuelo rojo. Había reflexionado, entonces, sobre que hay inmigrantes que enseguida se visten como los indígenas en sanfermines y, en cambio, hay otros que se resisten a hacerlo y en que probablemente ello tiene que ver con la mayor o menor facilidad o intención de integrarse. Continuó su camino con una ligera aprensión. ¿Le estaba siguiendo? No seas idiota, se dijo. Demasiadas historias de conspiraciones estos días, te estás volviendo tú también paranoico. No obstante, en todo el recorrido hasta su casa fue vigilando con disimulo si el ecuatoriano, o lo que fuera, le seguía. Y allí estaba siempre, ocho o diez metros por detrás, unas veces en la misma acera y otras en la contraria. Vivirá cerca, llevará el mismo camino que yo, intentó convencerse. Además, parece inofensivo. Va solo y soy bastante más grande que él, le saco más de una cabeza. ¿Qué me podría hacer? Al llegar al portal de su edificio se volvió por última vez. Su presunto perseguidor había desaparecido. No se veía a nadie en toda la calle. Tranquilo, falsa alarma, el ecuatoriano está en su casa y yo en la mía.

Pasadas las cinco y media salió de casa. Aunque normalmente iba al centro andando, el calor de la tarde y la tentación del aire acondicionado le decidió a ir en villavesa. La caminata del mediodía ya le había hecho sudar suficiente. Justamente se había sentado en la última fila del autobús cuando le sonó el móvil. Era Laura. Lo dejó sonar varias veces mientras se sosegaba antes de responder.

—Hola, qué tal, ¿puedes hablar? —saludó ella.

—Hola, sí, claro, me pillas en la villavesa yendo a los toros.

—Pues seré breve. Yo sigo trabajando. ¿Qué novedades tienes?

—Pocas... bueno, como te dije, esta mañana hemos tenido declaración en el juzgado. Mi cliente ha dicho que no conoce de nada a Juancho Garaicoechea ni tiene nada que ver con su muerte.

—¿Y sigues pensando que le soltarán pronto?

—Eso espero, porque no hay ninguna prueba contra él. El segundo asesinato se cometió cuando él ya estaba detenido.

—¿Ah, sí? Eso no lo sabía. Me han dicho que la autopsia no es concluyente sobre el momento exacto, que hay un lapso de más de veinticuatro horas.

—Sí, es así, pero hay otra prueba. El móvil de Garaicoechea funcionó hasta las ocho de la mañana del siete de julio, así que tuvo que ser asesinado después. Y para entonces mi cliente ya estaba detenido.

—Vaya, de esto no me han dicho nada, y mira que llevo todo el día preguntando. ¿Estás seguro?

—Segurísimo. He visto el informe.

—Pues gracias, me das un dato importante. No sé por qué me lo han ocultado.

—No tiene sentido, el informe está ya incorporado a la causa.

—A saber, lo mismo es por despiste. Gracias de nuevo.

—Encantado de ayudarte.

—Ya nos veremos...

A las seis en punto estaba en la esquina de las calles Leyre y Olite, donde se daba cita habitualmente la peña de Paco antes de entrar a la Plaza de Toros. Al menos así había sido en los últimos tres años, desde que habían derribado el cercano edificio del bar Larumbe, lugar tradicional de mucha gente para quedar antes o después de los toros, con la peregrina pretensión de edificar unos apartamentos de lujo totalmente inviables una vez pinchada la burbuja inmobiliaria y en plena crisis económica. Así lo atestiguaba el solar vacío, encharcado y vallado, cuya licencia de obras había caducado. Paco ya estaba allí, tomando un carajillo en la barra que el bar Tomás instalaba en la calle durante las fiestas, con un voluminoso carro de la compra y otros dos bolsos conteniendo los pertrechos depositados a sus pies. Le gustaba llegar el primero para ir organizando a los demás.



—¡Rafa! Benditos los ojos. Este año me estás fallando mucho —le saludó.

—El trabajo, el puñetero trabajo, que no me están dejando en paz.

—No te quejes, que lo que ahora falta es precisamente trabajo. Ya te he visto en los papeles estos días.

—Pues ya sabes en lo que estoy.

—Te has convertido en un abogado estrella. Pero bueno, entre tú y yo, ¿quién ha matado a los dos Caravinagre?

—Si lo supiera... Solo sé que mi cliente no.

—Pareces un político. Mójate.

—Si te estoy diciendo la verdad. A mi cliente lo detuvieron por error y estoy convencido de que en uno o dos días lo van soltar. Y sobre quién o quiénes son los asesinos, sé lo mismo que tú y lo mismo que cualquiera que lea los periódicos. O sea, poco o nada.

Del bar salió Maite, la sufrida esposa de Paco, cocinera oficial de las meriendas de toda la feria. Los amigos le insistían en que no se empeñara en llevar la merienda para todos y todas las tardes y le proponían hacerlo por turnos, como en tantas otras cuadrillas, pero ella no cedía. Lo único que permitía hacer a los demás era acarrear las bolsas con la comida y la bebida hasta la andanada y aportar la tarifa oficial para cada día que fijaba ella.

—Maite, qué tal. ¿Qué nos has preparado hoy? —saludó Rafael dándole dos besos en las mejillas.

—Has tenido suerte. Hoy vas a probar mi ajoarriero.

—El mejor de la plaza.

—Y que lo digas, con la receta de mi abuela. Lo hice también el día siete y unos guiris que lo probaron me querían contratar de chef para un restaurante en Nueva York —rio Maite.

—Te creo.

Fueron llegando los demás miembros que componían la peña aquella tarde. Casi todos se conocían, pero siempre aparecía alguien nuevo invitado por alguno de los habituales. Entre otros, aquel día estaban Koldo y Lucía que venían acompañados de otra pareja a los que presentaron como Agustín y María, de Sevilla, compañeros de sindicato de Koldo. Tras las presentaciones y los saludos Koldo les dijo:

—Aquí donde lo veis, Rafael es el abogado del asesino de Caravinagre.

—¿En serio? —preguntó Agustín con marcado acento sevillano.

—Ni hablar, soy el abogado de un sospechoso que es inocente —respondió Rafael ligeramente irritado con Koldo.

—Yo también soy abogado, aunque laboralista, pero me interesa mucho el tema.

—Bueno, Rafael te lo cuenta todo pero en la Plaza, que ya es hora de ir subiendo —cortó Paco.

Paco repartió las entradas, Maite recaudó lo que cada uno tenía que pagar por la entrada y la merienda y se pusieron en marcha. A Rafael, solo moderadamente

aficionado a los toros, le gustaba el ambiente de aquel momento de la tarde en que el público se congrega en los alrededores de la Plaza de Toros para ir entrando. Decía que era como si el día se estrenara otra vez con un escenario preparado en el que todo estaba nuevo, limpio y reluciente, sobre todo si brillaba el sol como aquella tarde. La mayoría de la gente con la ropa impecablemente blanca y planchada, la merienda empaquetada, las botellas llenas y sin abrir, los programas impresos a todo color que repartían en las puertas todavía relucientes, los tendidos razonablemente limpios después de haber desaparecido los restos de la corrida del día anterior, la brillante arena del albero bien rastrillada, las dos circunferencias concéntricas cuidadosamente trazadas sobre el ruedo con arena roja. Lo único que estropeaba el cuadro, en su opinión, eran las almohadillas que Paco se encargaba de alquilar para todo el grupo una vez en el interior de la Plaza y que solo estaban limpias de verdad el día siete.

Subieron por la estrecha y empinada escalera de la andanada disputándose el concurrido espacio con los portadores de una pancarta de peña y con los músicos de la charanga con todos sus instrumentos. Rafael y Koldo cargaron con el carro de la compra que había empujado sin dificultad Maite hasta el pie de las escaleras pero que, sin ruedas, resultaba realmente pesado. Se volvieron a concentrar ante la puerta de su sección y fueron entrando tras enseñar de nuevo cada uno su entrada. Una vez dentro y mientras subían los peldaños hacia las filas superiores Paco se encargó de organizarles.

—A ver, la bolsa de las cervezas aquí, el vino ahí, Maite pon el carro ahí mismo, cuidado con el ajoarriero, no, Koldo, vosotros en la fila de abajo, a ver, ¿todo el mundo tiene su almohadilla?

—No, no mires el número de asiento —advirtió Rafael a Agustín, que con gesto dubitativo trataba de comparar el número que figuraba en su entrada con los pintados en los asientos que les estaba señalando Paco—, aquí nadie se pone en el suyo.

Habitualmente la peña de Paco se disponía en dos filas, en la mitad superior de la andanada, siempre en la misma zona pero no siempre exactamente en los mismos asientos ya que, al contrario que en los sectores de sombra donde todo el público ocupa la localidad que figura en su entrada, en los de sol reina un orden razonablemente anárquico en el que cada cual se sienta donde quiere o donde puede. Por los alrededores se sentaban otros abonados habituales que también preferían la zona superior de la andanada dejando la mitad inferior para quienes suelen acudir una sola tarde con entradas adquiridas en la taquilla o en la reventa. Una medida de precaución relacionada con el hecho de que, a causa de la ley de la gravedad, todos los líquidos y sólidos que, por accidente o de forma deliberada, pudieran caer a lo largo de la tarde en la andanada lo harían hacia abajo. La sección era mucho más tranquila que las situadas más hacia su izquierda, donde tenían asiento algunas peñas oficiales y era habitual que buena parte de la bebida acabara empapando al público,

pero más informal que las secciones situadas hacia su derecha, hacia la sombra, donde rara vez se derramaba nada, los asistentes apenas se levantaban del asiento, metían poco ruido y estaban mucho más atentos a lo que sucedía en el ruedo. Aunque Paco y los suyos teóricamente se sentaban en una sección de sol, gracias al tejado únicamente unas pocas filas delanteras estaban privadas de sombra, lo que hacía muy soportable el calor de la tarde.

Agustín se sentó al lado de Rafael, interesado en ampliar noticias sobre los misteriosos asesinatos y encantado con la idea de hablar con alguien directamente relacionado con el caso.

—¿Así que tu cliente no es el asesino? —le preguntó.

Rafael inició un rápido relato de los acontecimientos, aunque tuvo que hacer una pausa cuando dieron las seis y media y se inició el paseíllo de las cuadrillas con el público de sol en pie y tarareando, unos el himno de Navarra y otros el de Eurovisión, los brazos en alto como manda la costumbre. Agustín y María se pusieron también en pie con cara de confusión ante una melodía que no identificaban. Rafael les explicó —se lo había oído contar a Pilar— que era tradicional empezar así el espectáculo desde hacía casi medio siglo, cuando un año no se transmitió por televisión ninguna corrida, lo que provocó cierta polémica, al año siguiente no solo se volvieron a transmitir corridas sino también el encierro para toda Europa, y como desenfadada y sarcástica crítica se iniciaron la corridas con el himno de Eurovisión, como empezaban entonces los programas que requerían conexión internacional. Y aquí, añadió, cuando algo se hace una vez ya es tradición.

—El año pasado las peñas decidieron cantar el himno de Navarra, en lugar del de Eurovisión, dentro de la conmemoración del quinto centenario de la conquista de Navarra, y ahora se mezcla gente que canta una cosa y que canta la otra, yo creo que las generaciones más jóvenes, como nunca han oído el himno de Eurovisión para iniciar una retransmisión televisiva porque hace años que desapareció esa costumbre, ni los distinguen.

—Pero aquí, ¿la gente no se calla cuando empieza la corrida? —preguntó María viendo que ya salía el primer toro al ruedo y que algunas charangas seguían tocando.

—Aquí hay ruido desde el principio hasta el final —le respondió Rafael—, no es como en Sevilla.

—Oye, entonces, ¿a tu cliente solo lo detuvieron por ir con una pistola de juguete? —insistió Agustín, deseoso de retomar el tema de los asesinatos.

—Prácticamente —dijo Rafael, y acabó de explicarle el estado en que se hallaba el procedimiento penal y sus esperanzas de que pronto su cliente sería puesto en libertad.

—Pero, entonces, ¿quién es el asesino? —preguntó Agustín.

—No tengo ni idea. Dice la policía que parece un trabajo profesional que podría haber sido encargado por cualquiera.

—Entonces, no ha sido un chalado que quería acabar con... ¿cómo lo llamáis?

¿El kiliki Caravinagre?

—No, no parece que sea un trastornado, sino algo frío y premeditado.

Les interrumpió Paco, que desde la fila superior estaba organizando las bebidas.

—¿Qué queréis beber? ¿Un *gin-tonic*? —Paco y Maite se preocupaban de que el bar que llevaban en el carro de la compra estuviera bien surtido de vasos, hielo, limas, limones, además de todo tipo de bebida y hasta cucharas para remover los combinados.

—Ya sabes que a mí no me gusta ni el *gin* ni el *tonic* —respondió Rafael—. Dame otra lata de cerveza. Que esté bien fría.

—Pues yo sí quiero un *gin-tonic* —dijo Agustín, sorprendido—, vaya nivel, pensaba que en los toros solo se bebía sangría.

—También tenemos sangría, si quieres —ofreció Paco.

—No, no, mejor el *gin-tonic* —Agustín se volvió hacia María—, ¿tú quieres otro?

—No, yo voy a probar la sangría —dijo María.

Koldo, que había estado atento al relato de Rafael sobre el asesinato de Caravinagre, le preguntó:

—¿Es cierto que tu cliente es un abertzale peligroso con antecedentes violentos?

—No deberías creer todo lo que lees en la prensa —respondió Rafael—. Mi cliente tiene algunas simpatías abertzales, que no es delito, pero no ha estado implicado en más violencia que la del Riau-Riau del año pasado.

—Pues Jorge me dijo el otro día lo contrario.

—Ya me has oído, no hagas caso de la prensa, ni de los periodistas aunque sean amigos. Me parece que Jorge es de los que creen que todo es ETA.

—Exageras.

Rafael decidió evitar seguir con el tema e invocó su derecho al descanso.

—Bueno, ya está bien, no quiero hablar de trabajo, que he venido a los toros a desconectar, bastante jaleo estoy teniendo toda la semana que apenas he podido disfrutar de los sanfermines.

Afortunadamente para él consiguió que se cambiara de tema y de que Agustín y María preguntaran por el desarrollo de la fiesta. Era su primera visita a Pamplona y a los sanfermines y casi todo les sorprendía. La imagen que tenían, derivada principalmente de haber visto los encierros y algún reportaje por televisión, no se correspondía con lo que estaban viendo, esperaban una fiesta salvaje y caótica y se encontraban una ciudad bastante ordenada, sin apenas tráfico, con autobuses que funcionaban las veinticuatro horas y servicios de limpieza que conseguían dejar las calles presentables cada mañana.

—No os creáis nada de lo que os llegue por los medios de comunicación —dijo Rafael desenfadadamente—. Los periodistas exageran lo suyo.

—Oye, que yo soy periodista, no seas tan negativo —saltó María.

—Pues entonces, si te conoces el gremio, razón de más para que no te creas nada —ironizó Rafael—. Y, ¿en qué periódico trabajas? ¿En *La Verdad* o en *La Opinión*?

—Que no soy de Murcia, que soy de Sevilla —respondió mosqueada María, sobre todo porque tanto Koldo como Rafael rompieron a reír. Era una broma entre ellos y Jon que, lógicamente, María no había entendido. Koldo se la explicó.

—Es que en casi todas las provincias hay dos periódicos. Uno es el de toda la vida, el que habla en nombre de las fuerzas vivas, de los que mandan, de las buenas familias, de los empresarios, de los caciques, de los gobernantes, del obispo, el que defiende el orden y la tradición, donde se publican las esquelas cuando muere la gente bien. El otro encuentra su mercado en ser el portavoz de la oposición, de los que no mandan, de los descontentos, de los revoltosos, de los que aspiran a cambiar el orden tradicional o a escalar posiciones en él. En Murcia es donde lo tienen más claro y por eso a sus dos periódicos les llaman a uno *La Verdad*, que es el que establece la verdad oficial, y al otro *La Opinión*, el que recoge las opiniones de los que no tienen el poder de dictar la verdad.

—Pues yo, ni en uno ni en otro, trabajo en el gabinete de prensa del sindicato —dijo María.

—Entonces serás más de *La Verdad* que de *La Opinión* —dijo Rafael, lo que dejó un poco mosqueados tanto a María como a Koldo—. Quiero decir que elaboráis o difundís una versión oficial...

—En Pamplona, *La Verdad* es el nombre del semanario de la diócesis... —observó Koldo.

—Y en Rusia, del periódico del Partido Comunista —intervino Agustín.

—Eso es, el *Pravda*, la verdad en ruso, aunque tuvo tiempos mejores, cuando sentaba la verdad oficial en la época soviética, ahora es solo una opinión más —respondió Rafael.

—Pero, entonces, ¿quién se ocupa de contar la verdad? —preguntó Maite, que había estado escuchando la conversación—. Quiero decir la verdad de verdad.

Todos se miraron sin que nadie se decidiera a contestar.

Los dos primeros toros transcurrieron sin gran interés, salvo una buena estocada de Iván Fandiño en el segundo que fue ovacionada, por lo que el público de sol no se centró mucho en lo que pasaba en el ruedo y prefirió dedicarse a cantar. Maite fue repartiendo, para acompañar a las bebidas que iban consumiendo, algunos aperitivos, patatas fritas, encurtidos y cacahuetes. En el tercer toro una buena faena de David Mora, que mereció una oreja, sí consiguió la atención de toda la plaza. Agustín se reveló como un buen entendido y polemizó con Paco, que también presumía de ser experto aficionado, sobre la calidad de los toros. Lucía terció para decir que, aunque le gustaba asistir de vez en cuando a una corrida sanferminera, en realidad le daban pena los toros y entendía a los que pedían la abolición de la fiesta. Koldo arremetió contra su mujer acusándole de incoherencia entre lo que decía y su presencia allí, Rafael salió en su defensa alegando que mucha gente acude a los toros en

sanfermines y en otras fiestas patronales solo por disfrutar del ambiente pero, en el fondo, son antitaurinos. Agustín y María se sorprendieron indicando que en Sevilla quienes acudían a la Plaza de la Maestranza eran todos aficionados y que allí los antitaurinos jamás pisaban el coso. Paco defendió los sanfermines con el argumento de que era una fiesta capaz de congregarse a taurinos y antitaurinos en la Plaza de Toros. Maite dijo que la mayoría acudía por merendar y que daría igual si en el ruedo hubiese un partido de baloncesto o un festival de danzas, Paco dijo que hasta aquí podíamos llegar, sin toros la fiesta se quedaría en nada. Imanol, hermano de Paco y aun más furibundo aficionado que él, proclamó que quienes iban a los toros sin gustarles eran unos cepporros. Lucía se revolvió acusándole de ser un intolerante y Koldo amenazó a Imanol con arrojarlo de la andanada al tendido si se seguía metiendo con su mujer. María, horrorizada, imploró un poco de calma sin entender que el tono era de broma y todos acabaron riendo porque repetían la misma discusión todos los años.

Llegó la hora de la merienda. Mientras Mora estaba dando todavía la vuelta al ruedo con la oreja que había conseguido, Maite ya se había puesto manos a la obra. Repartió bocadillos de ajoarriero preguntando si alguien prefería comerlo en plato, a lo que solo se apuntaron Paco y Koldo que fueron provistos de platos y tenedores de plástico y servidos de la cazuela. Maite hizo recuento de bocadillos y dado que, como cada tarde, sobraban algunos, hizo que los pasaran a una pareja de guiris que se sentaban dos filas más abajo y estaban sin merienda. Los extranjeros, que resultaron ser canadienses, agradecieron vivamente el regalo y demostraron que estaban hambrientos porque también aceptaron sendos platos de paella que les sirvieron quienes se sentaban a su lado. A los bocadillos siguieron una bandeja de pasteles y otra de lonchas de queso del Roncal que fueron circulando entre los miembros de la peña de Paco y los vecinos próximos hasta que quedaron vacías. Los del grupo que se sentaba inmediatamente a la izquierda, también habituales, repartieron unas tarrinas de helado y desde algún lugar de atrás llegó una caja de pastas de casa Layana, en la calle Calceteros, lo que abrió el tradicional debate de si eran o no mejores que las de Pastas Beatriz, en la calle Estafeta, con división de opiniones. Las pastas llegaron justo a tiempo para acompañar los cafés que Maite estaba repartiendo después de advertir que podían pedirlo solo o con leche, pero que no se creyeran que estaban en una cafetería y lo pidieran descafeinado, que un termo no daba para más. En esto finalizaba el cuarto toro y, entre bocado y bocado, todos prestaron atención cuando Francisco Marco fue volteado por el toro al entrar a matar y los pocos que tenían alguna mano libre agitaron un pañuelo o una servilleta de papel para pedir una oreja que el presidente concedió. Paco se sintió obligado a explicar a Agustín que Marco siempre se llevaba alguna oreja, es que es de Estella, dijo, no tenemos otro torero navarro.

Rafael, de pronto, vio algo que le dejó atónito. El ecuatoriano, si es que era ecuatoriano, estaba allí. El mismo sujeto bajito y moreno del que había sospechado

que le perseguía aquella mañana. Lo había olvidado por completo. Pero allí estaba, había aparecido de pronto y estaba de pie en las escaleras, a pocos metros a su izquierda, y además estaba mirándole fijamente. Rafael le sostuvo la mirada cada vez más inquieto. ¿Qué hacía aquel tipo allí? Seguía destacando de entre la masa vestida de blanco con un pantalón vaquero desgastado y una camiseta negra. Parpadeó, miró hacia otro lado y volvió a mirar hacia donde estaba el ecuatoriano para asegurarse de lo que estaba viendo y de que no tenía alucinaciones. Pero ahí seguía, mirándole y, además, aprovechando que la gente estaba de pie celebrando la vuelta al ruedo del matador, comenzó a avanzar por su misma fila y en su dirección. Rafael vio cómo con decisión se plantaba a su lado.

—Buenas tardes —le dijo educadamente el otro.

—Buenas —acertó a decir Rafael—. ¿Se le ofrece algo?

—Tengo un mensaje para usted. De parte de Ángel Sánchez —dijo mientras le alargaba un sobre. Rafael lo tomó para examinarlo y leyó su nombre escrito a mano en el anverso.

—Espera respuesta —añadió el ecuatoriano—. Le dejo que lo lea con calma y le aguardo a la salida.

Desconcertado, Rafael empezó a abrir el sobre mientras el otro desandaba el camino hacia las escaleras y, una vez en ellas, se dirigía a la salida. Dentro había una única hoja de papel con un breve texto impreso y una firma a mano, la de Ángel Sánchez. Rafael se sentó para leerlo, mientras que el resto de la gente a su alrededor se sentaba también porque ya salía el quinto toro.

«Estimado amigo», empezaba el escrito, «disculpe que utilice este medio de comunicación pero pronto entenderá la razón. Tengo mucho interés en hablar con usted y también con su amigo Javier Echeverría, comisario de la Policía Municipal, en relación con los asesinatos que se han cometido estos días. Tengo información importante al respecto, pero para proporcionársela he de obrar con mucha precaución. Dígame al comisario Echeverría que también Enrique Martorell quiere hablar personalmente con él. Le ruego que acuda mañana día 12, en compañía del comisario Echeverría, a las 16 horas a la cafetería del área de servicio de Zuasti, donde les estaré esperando». Y acababa el mensaje: «Por favor, confirme a la persona que le ha entregado este mensaje que acudirá a la cita».

—¿Quién era ese? —le preguntó Koldo, que se había fijado en la entrega del sobre.

—No sé. Bueno, un mensajero, le han enviado para que me entregue un mensaje.

—¿Aquí en los toros?

—Sí, aquí, un sitio raro. Pero, bueno, quien me envía el mensaje también es un poco raro —contestó Rafael. Sánchez, cómo no, pensó, quién sino Sánchez es capaz de una puesta en escena tan melodramática para enviarle un mensaje.

Ángel Sánchez había sido cliente de Rafael Echarte pocos años antes en uno de sus primeros casos importantes. Un cliente bastante peculiar. Ferroviario de profesión, cercano a la jubilación, hablaba con una solemnidad y corrección propia de una persona de un alto nivel cultural y, sobre todo, hablaba mucho. Había sido acusado en vía penal de allanamiento de morada, tenencia ilícita de armas, amenazas y varios cargos más. La historia era propia de un sainete. Se había separado de su mujer o, en realidad, su mujer se había separado de él y había abandonado el domicilio común para irse a la casa de su familia en un pueblo cercano a Pamplona. Él no aceptó de buen grado la separación y se dedicó durante varias semanas a llamarle por teléfono y a escribirle largas cartas donde le rogaba que volviera. Agotada la paciencia, ella se negó incluso a ponerse al teléfono cuando llamaba. Así las cosas, una noche él se presentó en el pueblo armado con una pistola y entró en la casa echando abajo una puerta de varias patadas y dando voces. Acudió su mujer arropada por un hermano y un sobrino. Sánchez exigió que les dejaran solos para hablar. Por supuesto, no le hicieron caso y le pidieron que los dejara en paz. Él esgrimió la pistola y amenazó con suicidarse allí mismo, poniéndose el cañón en la sien. Trataron de tranquilizarlo mientras llegaba la Guardia Civil, que lo detuvo sin que prestara gran resistencia. En el cuartelillo se derrumbó y, entre sollozos, admitió todos los hechos alegando estar bajo los efectos de una profunda crisis depresiva.

Cuando Rafael se hizo cargo del asunto Ángel Sánchez había sido adecuadamente tratado por los servicios médicos de la cárcel y había superado la crisis. Le contó despreocupadamente la historia admitiendo que era culpable de todo lo que le acusaban, excepto de las amenazas. Él no había amenazado a nadie, tenía mucho respeto por la familia de su mujer, a la que adoraba. En todo caso, se había amenazado a sí mismo. No llevó la pistola, para la que no tenía licencia, con ánimo de agredir a nadie sino con propósito de suicidarse si su mujer no atendía a sus razones, algo para lo que en el momento culminante descubrió que no tenía valor. No se enfrentó a la Guardia Civil y se había arrepentido enseguida de su actitud. Había pedido perdón a su mujer y se había ofrecido a reparar los daños de la puerta. Él mismo no se explicaba cómo había logrado derribarla ya que no era nada fornido, así de alterado mentalmente debía de estar, concluía. Estaba convencido de que los jueces de la Audiencia Provincial atenderían a sus razones y le dejarían ir con una simple multa. Ante la locuacidad de su cliente Rafael casi no pudo meter baza en un rato. Cuando lo logró, le informó de que la cosa era un poco más grave. El fiscal solicitaba dos años por allanamiento de morada, dos años por tenencia ilícita de armas, otros dos años por coacciones a su mujer y familiares, seis meses por amenazas y, de propina, seis meses por quebrantamiento de la pena de privación del permiso de conducir vehículos a motor. Había acudido al pueblo de su mujer conduciendo una motocicleta aunque le habían retirado el permiso a causa de un



accidente que había provocado el año anterior. En total, podía ser condenado a siete años de prisión. Sánchez se desmoralizó un poco y le rogó que hiciera lo que pudiera para que le absolvieran. Rafael le explicó que, dado que había confesado casi todo, era prácticamente imposible lograr una absolución y únicamente podían tratar de que rebajaran la pena lo más posible. Le rogó que, en el juicio, hablara poco, que contestara brevemente a las preguntas que le hicieran y, al final, pidiera disculpas para suscitar la benevolencia de los jueces.

El juicio fue una pesadilla para Rafael. Su cliente hizo todo lo contrario de lo que le había aconsejado. Nada más abierta la vista, aunque le había explicado que tenía que esperar a que le preguntaran, Sánchez se levantó y pidió la palabra al tribunal diciendo que tenía algo importante que decir. Le hicieron callar y le amenazaron con expulsarle de la sala si no guardaba la compostura. De paso, el presidente de la Audiencia requirió severamente al abogado para que controlara el comportamiento de su cliente. Cuando el fiscal inició el interrogatorio, Sánchez se empeñó en dar muchas más explicaciones de las que le pedían. Expuso con todo detalle los problemas de su vida conyugal, explicó que entendía que su mujer no lo aguantara, le pidió perdón, se acusó de un carácter en exceso vehemente y de una desmedida locuacidad que hacía difícil la convivencia, en particular por haber sufrido la desgracia de no tener hijos, lo que había afectado mucho más a su mujer que a él por la natural vocación maternal de las mujeres. Negó sufrir trastornos mentales, excepto la crisis nerviosa que había padecido a consecuencia de la separación de su mujer, a la que quería y comprendía y perdonaba, crisis de la que ya estaba repuesto por completo. Admitió todos los hechos y dio abundantes detalles sobre su viaje en moto sin permiso —señoría, ni me acordé de que me habían quitado el carnet de conducir—, sobre su violenta entrada en la vivienda sin haber sido invitado y echando abajo la puerta —señoría, la puerta ya está reparada y he pagado la factura—, sobre la pistola sin licencia que llevaba consigo —señoría, es muy fácil comprar un arma en la calle, las ofrecen muy baratas—, sobre que el único propósito que le llevó a comprar ilegalmente un arma de fuego era protegerse de posibles agresiones o robos en un barrio donde cada vez había más inmigrantes y gente sospechosa —señoría, yo no soy racista y no digo que todos los inmigrantes sean delincuentes, tengo amigos inmigrantes, pero ya sabe usted cómo ha aumentado la delincuencia—, sobre que no tenía intención de emplear el arma contra nadie sino solamente contra sí mismo —señoría, si el cargador estaba completo era porque me lo vendieron así, en realidad con una bala me bastaba si me hubiera decidido a volarme los sesos, como se dice vulgarmente, perdón por la expresión—. Admitió todos los delitos de los que le acusaban en una larguísima declaración de más de una hora en la que solo negó una cosa, las amenazas —señoría, yo ni insulté ni amenacé a nadie, no, no tenía ningún motivo—. Cuando le tocó el turno a su abogado, Rafael apenas hizo preguntas. El desastre ya no tenía arreglo. Después de declarar los demás testigos y después de las alegaciones de las partes, las de Rafael limitadas a solicitar clemencia por parte del tribunal ya que no había habido daños

personales y los materiales estaban reparados, se ofreció al acusado la posibilidad de decir algo más antes de levantarse la sesión. Ángel Sánchez se levantó y habló otros diez minutos antes de que el presidente le cortara. Agradeció la atención de los señores magistrados, la atención del fiscal, el abnegado trabajo de su abogado, el testimonio fiel a la verdad de los testigos, la oportunidad de poder defenderse, expresó su arrepentimiento más sincero, reiteró su amor por su esposa y sus deseos de lograr una pronta reconciliación y puso su vida en manos de los jueces que dictarían la sentencia que procediera en justicia.

La sentencia, que tardó muy poco en ser dictada, le condenaba a seis años de prisión. Rafael acudió a la cárcel a explicar a su cliente que interpondría el correspondiente recurso, aunque no veía muchas posibilidades de obtener una mayor rebaja de la pena. Sánchez le agradeció sus esfuerzos y le informó de que ya se había resignado a cumplir la condena con el mejor comportamiento posible para obtener la libertad cuanto antes. Hasta que llegara ese momento iba a aprovechar el tiempo. Se había informado de que era posible estudiar en la cárcel. Se proponía hacer el curso de ingreso en la universidad para mayores de veinticinco años —es solo un año, dijo— y luego la carrera de historia —son cinco años, la cuenta me sale justa—. Le contó que ya había ejercido como historiador aficionado, había escrito algunas cosas sobre historia ferroviaria que había publicado en la revista de una asociación de amigos del ferrocarril. Dado que a su salida de la prisión ya no volvería a ejercer su profesión, de la que le iban a jubilar forzosamente, emplearía el resto de sus días en cultivar la historia, su gran pasión, a la que con anterioridad no había podido dedicar todo el tiempo que le hubiera gustado.

Rafael presentó el recurso sin muchas esperanzas y en los siguientes meses se olvidó del asunto. Hasta que un día, más o menos un año después del juicio, de pronto recibió la visita de Ángel Sánchez en su despacho. Asombrado, le preguntó cómo es que estaba libre. Sánchez le guiñó un ojo.

—Bueno, he movido algunas influencias en Madrid y me han dado la libertad condicional.

Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Rafael temió por un momento que hubiese huido de la cárcel, pero rechazó la idea. Su cliente estaba perfectamente tranquilo y le dio noticias todavía más asombrosas.

—No le dije nada, pero cuando era delegado sindical traté mucho con Díez González, que entonces era director general de transportes, o algo así, y que luego ha hecho carrera política y ahora es secretario de estado de justicia y la mano derecha del ministro. Me puse en contacto con él a través de amigos comunes y se ha portado. En breve me van a conceder el indulto, mientras tanto me han concedido la libertad provisional.

Rafael no daba crédito a lo que oía. Por mucha manga ancha que se aplicara con los indultos que graciosamente podía conceder el Gobierno, aquello no era normal. Pero era obvio que, de algún modo, Sánchez había conseguido que lo liberaran. A los

pocos días pudo comprobar con asombro que el Boletín Oficial del Estado publicaba, entre muchos otros, el indulto de Ángel Sánchez.

—Quería agradecerle de nuevo su trabajo. Por cierto, me dice Pepe, quiero decir Díez González, que puede retirar el recurso aquel, ya no es necesario.

Sánchez, a partir de su puesta en libertad, le llamaba de vez en cuando y se empeñaba en quedar con él para tomar un café o una caña. Tal como había planeado, estaba estudiando la carrera de historia, su gran afición, y al mismo tiempo había iniciado con su optimismo desbordante el que sería su primer libro centrado en el desarrollo del ferrocarril como presupuesto del desarrollo industrial en Navarra. Unos meses más tarde le comunicó, mientras tomaban el café al que se había empeñado en invitarle —esto no es nada en comparación con la deuda que tengo con usted, repetía—, que había variado sus planes. El libro en el que estaba trabajando era sobre la batalla de Roncesvalles. Sí, ya sabía que había muchos estudios sobre la materia, pero quedaban muchas zonas oscuras al respecto. Sobre todo, dónde había sido en realidad la batalla, porque desde luego no había sido en Roncesvalles. A los pocos meses el objeto de su obra de investigación había vuelto a cambiar —eso sí, sigo en la Edad Media, es la época que encuentro más interesante— y tenía que ver con la justicia penal en el Camino de Santiago —este verano he hecho andando el Camino, una experiencia única, se la recomiendo, lo de menos es que Santiago Apóstol no esté enterrado en Compostela, su supuesta tumba probablemente sea la de Prisciliano, le explicó—. Rafael Echarte se cuidó mucho de comentarle su anterior dedicación universitaria por temor a que le pidiera auxilio en sus investigaciones y se intensificaran todavía más sus llamadas para conversar.

Tendré que llamar a Javier Echeverría, pensó Rafael. A saber si le hace la menor gracia tener que atender a Sánchez con esta historieta. Despertó de sus reflexiones con los aplausos del público al torero. El quinto toro yacía estoqueado en el ruedo y Fandiño recibía una ovación. Rafael aplaudió mecánicamente, aunque su cabeza seguía en otro sitio. ¿Qué querría Ángel Sánchez? ¿Quién sería Enrique Martorell? En cuanto acabara la corrida de toros llamaría a Echeverría.

Hizo poco caso del sexto toro, pese a que hubo una buena faena de David Mora que fue premiada con una oreja. Mientras era ovacionado en su vuelta al ruedo, Rafael se disculpó ante sus amigos y quedó en encontrarse con ellos poco después en la terraza del bar El Burladero. Bajó rápidamente desde su localidad hasta la puerta de salida y se encaminó a las escaleras que dan acceso directo desde la andanada a la calle. En el pasillo salió a su encuentro el ecuatoriano, del que momentáneamente se había olvidado.

—Perdone, señor, ¿tiene ya la respuesta al mensaje?

—Ah, sí, sí, claro. Dígale a Ángel Sánchez que acudiré a la cita.

—Gracias.

El ecuatoriano desapareció entre la gente con la misma rapidez con la que había aparecido. Rafael salió de la Plaza de Toros y se alejó de la ruidosa multitud que se concentraba junto a la puerta del patio de caballos, en espera de que salieran los toreros, buscando un lugar más tranquilo y menos ruidoso desde donde llamar por teléfono. Se acercó hacia el parque de la Media Luna lo suficiente como para dejar atrás el fragor de la Plaza, se detuvo y marcó en su móvil el número de Echeverría.

—Hola, qué tal, qué se te ofrece —saludó el comisario.

—Mira, me ha enviado un mensaje una persona que conozco, un antiguo cliente, que me dice que quiere hablar con nosotros, contigo y conmigo, tiene interés en hablar personalmente contigo, dice, sobre algo relacionado con los asesinatos.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Ángel Sánchez.

—No le conozco ni me suena. ¿Qué tiene que ver con el caso?

—No lo sé. Pero sí dice que te diga que un tal Enrique Martorell también quiere hablar contigo.

—¡Vaya! A Enrique Martorell le estamos buscando desde hace dos días. Ha desaparecido sin dejar rastro. ¿Qué tiene que ver el tal...? ¿Cómo has dicho? ¿Sánchez?

—Sí, Ángel Sánchez Sánchez. Los dos apellidos igual.

—Sánchez... Sánchez —Echeverría repitió los apellidos mientras los anotaba—. ¿Y qué tiene que ver con Martorell?

—Ni idea. Solo sé lo que te acabo de decir. Que quieren hablar con nosotros, en particular quieren hablar personalmente contigo en relación con la investigación.

—Vale, de acuerdo, yo también quiero hablar con ellos. ¿En qué habéis quedado?

—Nos espera mañana a las cuatro de la tarde en el área de servicio de la autopista en Zuasti.

—¿Zuasti? Vaya sitio curioso.

—Sí, ya te contaré, pero es que Sánchez es una persona muy particular.

—De acuerdo. ¿Te viene bien pasarte por aquí sobre las tres y media? Iremos en mi coche.

Una vez que se despidió de Echeverría, a Rafael se le ocurrió que también podía haber llamado a Ángel Sánchez. Tenía su número de teléfono. En realidad, es lo que debiera haber hecho antes de nada. Marcó el número pero salió una grabación informándole de que el móvil estaba desconectado o fuera de cobertura. Meditabundo, tomó la calle Arrieta en dirección al bar El Burladero, enfrente de la Plaza de Toros. Cuando llegó, parte de la peña de Paco ya estaba allí y había conseguido hacerse un hueco en la concurrida terraza, hueco para estar de pie junto a una mesa alta ya que no había sillas.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó Lucía—. Koldo y yo vamos adentro a pedir.

—Pídeme una caña, la primera y la última, que me tengo que recoger pronto, mañana tengo trabajo.

—¡Hola! ¿Qué tal? —oyó Rafael una voz a su lado mientras alguien le tiraba del brazo. Se volvió y se encontró con la cara sonriente de Virginia Erro.

—¡Vaya! ¡Tiempo sin vernos! —contestó.

Virginia Erro era subinspectora de la Policía Foral y exalumna de Rafael. Pertenecía al reducido grupo de alumnos con los que realmente había tenido comunicación durante sus años de docencia. A diferencia de la mayoría de los estudiantes, que a sus diecinueve o veinte años apenas habían salido de la adolescencia y, no sabiendo muy bien todavía qué hacían en la facultad de derecho, asistían confusos y pasivos a sus clases, Virginia había iniciado la carrera cuando ya rondaba la treintena y trabajaba como policía. Había ingresado muy joven en la Policía Foral y le habían adscrito a la unidad de denuncias. Atendía a los ciudadanos que acudían a la oficina situada en la plaza del Castillo. Le gustaba su trabajo aunque le reventaba que, como había sucedido con demasiada frecuencia en una época en que tuvo que trabajar vestida de paisano porque las carencias presupuestarias habían retrasado la renovación de los uniformes, al verla detrás del mostrador los ciudadanos solicitaran hablar con un policía. Ella les tenía que convencer de que era policía, pero se resistían a creerle porque su aspecto no les acababa de cuadrar. Virginia era alta, guapa y rubia, demasiado joven, demasiado guapa y demasiado rubia para que algunos se fiaran de ella. Su vida era una lucha constante contra el tópico de que, con su físico, necesariamente tenía que ser tonta. Resulta que no solo no era tonta sino que era muy inteligente. Había sido una de las mejores alumnas de Rafael, tenía mucho interés en aprender, hacía sagaces preguntas en clase y también fuera de clase y le había entregado unos trabajos magníficos. Su propósito al iniciar la carrera de derecho era promocionarse profesionalmente, dejar de recibir las denuncias y pasar a investigarlas. Había conseguido ascender a cabo antes de acabar la licenciatura y, después, a subinspectora, y con el tiempo había logrado mandar un grupo de policía científica. En las ocasiones en que se encontraban, por la calle o por los pasillos del Palacio de Justicia, Rafael le decía en broma que esperaba verla algún día de jefa de la Policía Foral.

—Ya te he visto en los papeles estos días —le dijo ella—. Ahora eres un abogado famoso.

—Sí, no sé si podré aguantar bien el peso de la fama —bromeó él.

—Seguro que sí. ¿Qué tal lo llevas? ¿Defiendes a un culpable o a un inocente?

—Inocente, por supuesto.

—Los abogados soléis ser muy mentirosos, pero por lo que he oído por ahí esta vez te creo.

—¿Habéis tenido alguna participación en la investigación de los asesinatos?

—Qué va, nada de nada. No nos dejan tocar balón, entre los munipas y los nacionales. Aunque casi mejor que nos hayamos quedado fuera, porque estamos de

trabajo hasta arriba, como siempre en sanfermines. Hoy es el primer día que libro.

—Pero algo te habrán contado...

—Poca cosa, nada que no sea de conocimiento público. En realidad nadie sabe nada.

—Tendrás alguna sospecha, o alguna teoría.

—Pues a mí, sin datos, ya sabes que no me gusta hacer teorías. Pero tengo un compañero, fantasioso él, que está convencido de que es obra de un psicópata. Su propósito es matar a Caravinagre, al kiliki, por eso va matando a los portadores uno tras otro. Está convencido de que a lo largo de los sanfermines volverá a matar, o a intentar matar, a los suplentes que hacen ahora de Caravinagre, que si todavía no lo ha hecho es porque la Comparsa ha salido pocos días y va acompañada de una escolta de municipales.

—¿Y crees que es seria esa teoría?

—No mucho, pero vete a saber. Antes esos psicópatas solo se veían en las películas americanas, pero ahora cada vez aparecen más chiflados que quieren imitar lo que han visto en el cine o la televisión.

—Mi socia también piensa algo parecido.

—No lo tengo nada claro, pero es cierto que en los últimos años ha habido bastantes casos de estos muy aireados, donde los testigos o los familiares de las víctimas acaban recorriendo todas las tertulias de televisión. En algún caso hasta el propio asesino es invitado a alguna antes de ser descubierto. Asesinatos de adolescentes que hacían auto stop, de niños desaparecidos a la salida del colegio, de mujeres, de prostitutas, de mendigos, de todo se ve. Y tanta televisión debe de ser un aliciente más para los psicópatas, disfrutan de lo lindo viendo los programas donde se habla de sus crímenes.

—Así que podría ser un psicópata...

—Podría ser cualquiera. Pero ya sabes que, en caso de asesinato, los primeros sospechosos son los familiares. Hay algunos estudios que dicen que, prácticamente, la mitad de los homicidios o asesinatos se cometen dentro del ámbito familiar, y no solo lo que ahora se llama violencia de género, hombre contra mujer. He leído alguna estadística que decía que el ochenta por ciento de las mujeres condenadas por homicidio o asesinato mataron a su pareja.

—¿Has oído algo sobre las familias de los asesinados?

—No, nada, ya te he dicho que estamos al margen. En la prensa no se ha dicho nada de que hubiera sospechosos entre los familiares, pero no me extrañaría que los haya y que se lleve con mucha reserva.

Rafael pensó que Echeverría no le había comentado nada al respecto, pero tampoco tenía por qué darle toda la información. Al revés, probablemente estaba obligado a no contarle todo lo que supiera ni a tenerle al corriente de todas las líneas de investigación. Bastante había hecho con darle la información que afectaba a su cliente.

—Total, que el asunto está de lo más oscuro.

—Mucho. Y quizás lo siga estando durante bastante tiempo. Los crímenes que no se resuelven en los primeros días porque no hay pruebas claras a menudo quedan sin resolver. Y ya han pasado cinco días...

—En fin, me consuela que en este caso no haya pruebas claras contra mi cliente. Espero que sea puesto en libertad pronto.

—Pues suerte que tienes.

Virginia se despidió ya que tenía gente esperándole.

Rafael se volvió hacia sus amigos. Koldo le dio una colleja.

—¿Pero cómo la has dejado escapar? ¡Vaya rubia!

—Es una antigua alumna —explicó Rafael— Y ahora amiga.

—Pues ya me gustaría a mí haberle dado clase —contestó Koldo, mirando de reojo a Lucía, que hablaba con María, para asegurarse de que no le estaba escuchando.

—Muy buena estudiante —comentó Rafael, evitando entrar al trapo que le tendía Koldo.

—En lo de muy buena estoy de acuerdo —dijo Koldo que, viendo que su mujer se volvía hacia él, cambió rápidamente de tema—. Así que mañana trabajas...

—Sí, a primera hora tengo que ir al juzgado a presentar una solicitud de libertad para mi cliente. Confío en que se la concedan, no hay pruebas contra él.

—Oye, tenemos que organizar una salida del grupo antes de que acaben los sanfermines —dijo Lucía—. Ya me han dicho que la del día seis estuvo bien, que no llegasteis a las manos. Si hoy no puedes quedarte, hay que quedar otro día. Me perdí lo del día seis, pero libro ya todo el fin de semana.

—Cuando quieras, apenas he podido salir, espero que a partir de mañana no tenga que seguir trabajando.

—Pues hecho. El sábado, o mejor el domingo, al Pobre de Mí. Voy a llamar a todos para salir una noche.

—Bueno, compañeros, Maite y yo tenemos que recoger los trastos —Paco se había acercado para despedirse. Cada tarde, después de la corrida, subían a su casa, que estaba en la calle Amaya a tan solo una manzana de la Plaza de Toros, para dejar el carro de la compra y demás aparejos—. Luego tenemos cena en la sociedad. Nos vemos otro día.

—Oye, Paco, ¿cómo andas de entradas para el día catorce? —le preguntó Lucía, que seguía con el plan de reunir al grupo y hacer una salida el último día de sanfermines en la cabeza.

—Bien, todavía tengo plazas libres. ¿Queréis venir?

—Apúntanos a Koldo y a mí.

—¿Rafa, te animas tú también? Me queda sitio.

—Pues vale, sí, me apuntas.

Rafael decidió despedirse también. Koldo y Lucía le insistieron para que se quedara un rato con ellos, iban a llevar a Agustín y a María a la calle Mercaderes para darles un susto con el toro de fuego y después de comer algo, a las 23:59, hora oficial del acto, irían al inicio del Struendo de Iruña. Otros años Rafael solía ir al Struendo, la ronda popular que sale desde la antigua Casa Marceliano, en la trasera del Ayuntamiento, con el fin de hacer todo el ruido posible con bombos, tambores, platillos y cualquier otro objeto que suene. Declinó la invitación, otro año será, les dijo, pensando en las obligaciones que tenía para la mañana siguiente, y tomó el camino de casa.



## Viernes, 12 de julio

—Bueno, el asunto ya está encauzado, supongo que mal no va a hacer —dijo Pilar. Se refería a la reunión con Ángel Sánchez. Estaban en la calle Espoz y Mina, tomando el aperitivo. Pilar había preferido huir de su lugar habitual en la esquina del bar Fitero, demasiado concurrida y ruidosa, para poder hablar con tranquilidad con Rafael. Aunque la calle también estaba muy animada había menos apreturas. Habían pedido dos cañas en el Monasterio y las estaban bebiendo apoyados sobre uno de los barriles que hacían de mesa de terraza en la calle. Delante tenían el plato vacío que había contenido una ración de rabas. Rafael le había contado que esa mañana, a primera hora, había quedado con Domingo en el Palacio de Justicia y habían presentado el escrito solicitando la libertad de Felipe Ochoa. Y luego le había contado la historia del misterioso mensaje de Ángel Sánchez. Pilar le conocía superficialmente, en realidad se había negado a tener demasiado contacto con él alegando que era un chalado y un pelma. Aconsejaba a Rafael que no perdiera mucho tiempo con sus invitaciones a tomar cafés que solían llevar aparejada una conferencia que acababa por ocupar media mañana o una tarde entera que, en su opinión, se podían dedicar a tareas mucho más productivas, incluida la de no hacer nada.

—¿Qué mal va a hacer? Como mucho oír algunas de las disquisiciones históricas de Sánchez.

—Pues eso, suficiente. Tú las aguantas, pero a lo mejor a tu amigo Echeverría no le hacen tanta gracia. Y mira que nos interesa estar a bien con él...

—Bueno, puso interés cuando le mencioné el nombre de Enrique Martorell. Que no tengo ni idea de quién es, lo he buscado en internet y no he sacado nada en claro. No sé qué tiene que ver con los asesinatos.

—A ver si has quedado con el asesino, y tú sin enterarte...

—Ojalá, a lo mejor gracias a mí lo detienen y hay recompensa —rio Rafael.

—Acuérdate de que las recompensas se ingresan en la cuenta común del despacho —siguió la broma Pilar—. Si sales vivo para contarle y para cobrar.

—Pues tal como viene la prensa de hoy, parece que hay tan pocas pistas que en cualquier momento la desesperación puede llevar a que ofrezcan recompensa —añadió Rafael con tono un poco más serio.

El *Diario de Navarra*, además de dar cuenta de las honras fúnebres en memoria de Juancho Garaicoechea que se celebrarían ese día, por la mañana en el cementerio municipal y por la tarde en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen, dedicaba aquel día dos páginas enteras a resumir el estado de la investigación. Por primera vez se aludía a las escasas posibilidades de que el único detenido, Felipe Ochoa Martínez, fuese culpable. La delegada del Gobierno aseguraba que se seguían estudiando las relaciones de Ochoa con la izquierda abertzale pero que los últimos datos indicaban que no había podido ser autor del segundo asesinato, dado que estaba ya detenido cuando se produjo, y que era posible que tampoco tuviera nada que ver con el

primero. El periodista especulaba con las posibilidades de que en breve quedara exculpado y fuera puesto en libertad, aunque el concejal delegado de seguridad ciudadana recordaba que el detenido acumulaba otras acusaciones por desórdenes públicos y no se excluía que hubiera tenido participación en el incidente de la ikurriña en el chupinazo. «Fuentes de la investigación», que se mencionaban abundantemente a lo largo de toda la crónica sin llegar a identificarlas, daban por hecho que la clave era el segundo asesinato dado que probablemente el primero fuera un error. Las pruebas balísticas habían confirmado que los dos asesinatos se habían cometido con la misma arma, todavía sin identificar y que no constaba que se hubiera utilizado en algún delito anterior. Las investigaciones avanzaban en varias direcciones, una forma elegante con la cual el periodista dejaba entender que avanzaban poco o nada. Las fuerzas de seguridad analizaban el entorno de la víctima, familia, amigos, vecinos, compañeros de trabajo, pero no descartaban móviles políticos, alguna relación con la criminalidad organizada, una venganza u otros motivos. El *Diario de Noticias* era mucho más breve y no aludía a las anónimas fuentes de la investigación. Se limitaba a decir que no existían indicios sobre la autoría ni los móviles de los asesinatos y que contra el único detenido, seguía llamándole F.O.M. olvidando que el día anterior habían dado la filiación completa, no había prueba alguna que justificara su detención, probablemente debida en exclusiva a su supuesta vinculación con la izquierda abertzale.

—Bueno, tenme informada de lo que salga de esa reunión. Más vale que llevas escolta policial, yo no me fío nada de ese sujeto.

—No te preocupes, te llamo a la tarde.

A las tres y media, tal como habían quedado, Rafael subía en el coche sin identificación de Javier Echeverría, que iba vestido de paisano.

—Vaya pájaro tu amigo Sánchez —le dijo mientras arrancaba.

—Un sujeto bastante peculiar, sí, pero no creo que sea peligroso.

—Con antecedentes de tenencia de armas, amenazas, allanamiento...

—Fue una mala época, de problemas personales, pero no es una persona violenta.

—Ya lo veremos. De momento, lo he puesto en la lista de sospechosos, junto con Enrique Martorell.

—¿Quién es Martorell?

—Socio de Juancho Garaicoechea en un negocio que estaban montando. Un albergue de peregrinos. Desde que desapareció Garaicoechea le estamos buscando para interrogarle. El caso es que está también desaparecido. Ni la menor noticia desde el día siete. Así que también figura en la lista de posibles sospechosos, o de posibles víctimas, visto que la desaparición de Garaicoechea se debía a que también lo habían asesinado.

—¿Le vais a detener?

—Eso depende. Ya que es él quien parece que se ha puesto en contacto con nosotros, a través de tu amigo Sánchez, resulta un poco menos sospechoso. Vamos a ver qué cuentan y luego obraremos en consecuencia.

Habían salido a la autopista, en dirección a San Sebastián.

—Por cierto —dijo Echeverría—, hemos hecho algunas comprobaciones acerca de los legitimistas de que me hablaste, los del notario Pérez de Obanos. En principio, parecen inofensivos.

—Ya te lo dije.

—Es una asociación inscrita en el registro y con escasa actividad. Al parecer, no son ni una docena de socios, gente bastante normal, y no hay indicios de ninguna actividad económica. Se limitan a sus elucubraciones dinásticas, principalmente en su página web.

—Así que no parece que los móviles del asesinato tengan que ver con ellos...

—No, no parece que la manía persecutoria de Pérez de Obanos tenga fundamento. Se creen más importantes de lo que son. Esos oscuros poderes de los que recelan resulta que no conocen su existencia o, si la conocen, los consideran como unos chalados que no representan ninguna amenaza para nadie.

Enseguida recorrieron los apenas diez kilómetros que había hasta el área de servicio. Aparcaron delante de la cafetería, entre los escasos vehículos que había en el estacionamiento abrasado por el sol de la tarde.

Ángel Sánchez estaba sentado en la cafetería, a una mesa junto a la ventana, desde donde sin duda les había observado llegar. Se levantó y se acercó hacia ellos tendiendo la mano.

—Buenas tardes. Comisario, muchas gracias por venir. Soy Ángel Sánchez.

—Encantado.

—Gracias por atender mi mensaje —dijo a Rafael estrechando también su mano.

—Un mensaje muy intrigante —observó Rafael, mientras los tres se sentaban.

—Sí, tengo que pedirles disculpas por el medio que no he tenido más remedio que emplear, pero luego lo entenderán todo. Les envié el recado a través de Wilson...

—El ecuatoriano —dijo Rafael con tono interrogativo.

—Sí, eso es, Wilson Rodríguez es ecuatoriano y me ha prestado algunos servicios, como vigilar discretamente cuál era el mejor momento y lugar para hacerle llegar el mensaje —Rafael pensó que no era muy discreto utilizar un ecuatoriano que iba llamando la atención, además de por su físico, por no ir vestido de blanco en unas fechas en que la mayoría de la gente por la calle iba de ese color, pero estaba acostumbrado a las incoherencias lógicas de Sánchez—. Resulta que él y yo tenemos algo en común, los dos hemos trabajado alguna vez como informadores para agencias de detectives, él en Ecuador, yo hace muchos años como pluriempleo en Guadalajara, qué tiempos aquellos. Pero, disculpen, ¿quieren tomar algo?

Pidieron unos cafés que trajo Sánchez servicialmente a la mesa.

—En fin —prosiguió—, he tenido que recordar algunas mañan de aquellos tiempos para guardar la máxima discreción posible, no era indicado utilizar el teléfono u otros medios de contacto fácilmente controlables.

—¿Controlables por quién? —preguntó Echeverría.

—Por cualquiera. Cuando tenga oportunidad de explicarme entenderán por qué nos sentimos amenazados.

—¿Nos sentimos? ¿Quiénes? —insistió Echeverría.

—Enrique Martorell y yo. Sobre todo él, que es en realidad a quien les interesa ver.

—¿Y dónde está?

—Está en un lugar cercano. Y seguro. Dentro de un rato vendrá. Hemos tomado algunas precauciones para asegurarnos de que no éramos seguidos. Esa es la razón de haberles citado aquí, en esta área de servicio.

—¿Para no ser seguidos? —preguntó Rafael.

—Para poder comprobar si éramos seguidos. Resulta más fácil en una autopista. Y esta área de servicio, en particular, tiene una ventaja añadida, además de los accesos de la autopista cuenta con una tercera salida hacia Zuasti por la carretera comarcal que podría utilizarse para huir, si fuera necesario.

—¿Quiénes temen que les persigan?

—En realidad, no estamos seguros, o más bien, no está seguro Enrique Martorell que es el amenazado. Luego se lo explicará todo. Pero era necesario prevenir. Por cierto, comisario, he notado que usted también ha tomado sus precauciones. He visto que hace una hora llegaban sus agentes, que se han apostado en el restaurante. Lo que pasa es que yo he llegado antes, hace dos horas.

—¿Mis agentes? ¿Cómo sabe que son mis agentes?

—Yo sé distinguir a los policías. Si me permite la expresión, soy perro viejo.

—Y bien, ¿nos puede explicar ordenadamente el motivo de todo esto? —inquirió Echeverría.

Sánchez se aclaró la voz y adoptó un tono todavía más solemne del que solía emplear.

—Bien, yo actúo exclusivamente como, digamos, representante y asesor de Enrique Martorell, con el que podrán hablar dentro de poco. Hace algunos meses que me convertí en asesor del citado Martorell y de su socio, Juancho Garaicoechea. Digamos que asesor en asuntos históricos.

—¿Por qué necesitaban un asesor en asuntos históricos? —preguntó Echeverría.

—Habrán oído hablar de los templarios —dijo Sánchez con mirada de interrogación.

—Sí, claro, todo eso de las cruzadas, el Santo Grial, el Priorato de Sión y *El Código Da Vinci*. Ya vi la película, muy entretenida —respondió cautelosamente Echeverría.

—Podía haber sido peor, podía haber perdido el tiempo leyendo la novela —dijo Sánchez—. Muy hábil manejando la intriga para sostener el interés de los lectores, de ahí su éxito como best-seller, pero una burda manipulación de la historia o, mejor, de la leyenda. Todas esas fábulas del Santo Grial, los merovingios, el Priorato de Sión, el cuadro de *La Última Cena* de Leonardo y los descendientes de Jesús no son sino invenciones modernas que nada tienen que ver con los templarios auténticos. Un falsario francés, un tal Pierre Plantard, antisemita, colaborador del régimen de Vichy en sus tiempos, y también masón a ratos, en los años sesenta alumbró unos *Dossiers Secrets* que han llegado a tener tanto éxito como los *Protocolos de los Sabios de Sión* en su época y que han dado lugar a centenares de libros y teorías sin ningún fundamento, aunque han dado mucho dinero a tipos espabilados como Dan Brown.

Vaya, pensó Rafael, toda la vida ignorando la existencia del tal Plantard y en dos días es la segunda vez que me hablan de él.

—Bien, pero ¿qué pasa con los templarios? —apremió Echeverría.

—A eso voy. Juancho Garaicoechea, el difunto Juancho Garaicoechea, y Enrique Martorell estaban trabajando para montar un refugio templario en el Camino de Santiago.

—¿Un refugio templario, hoy? —se sorprendió Rafael.

—Sí, hoy todavía hay templarios y, entre otras cosas que hacen, tienen refugios de peregrinos en el Camino de Santiago. No sé si han hecho ustedes el Camino... — ante el gesto negativo de sus interlocutores, Sánchez prosiguió—, hay un refugio templario muy conocido en León, junto al monte Irago, en la entrada a la comarca de El Bierzo desde la Maragatería. Un sitio muy curioso, dirigido por un tal Bartolomé García, antiguo sindicalista y militante maoísta convertido hace años a la fe templaria después de encontrar un libro sobre la Orden del Temple en una librería de la Liga Comunista Revolucionaria. Haciendo el Camino sintió una llamada y, con otros compañeros, fundó el Círculo Templario de Ponferrada, adscrito a la Orden del Temple Resurgida, creada hace años en Tortosa con diversas delegaciones, sobre todo por la zona de Levante, y con la que he tenido oportunidad de colaborar como, ¿cómo lo diría? Como experto no, demasiado presuntuoso, no lo soy, como aficionado a la historia medieval.

—Se dedica usted ahora a la historia de los templarios —observó Rafael, cayendo en la cuenta de que en su último encuentro, meses atrás, algo le había hablado del tema, entre otros muchos, pero no le había hecho mucho caso.

—Eso es. Pues bien, hace unos veinte años que el tal Bartolomé abrió el monasterio-refugio templario en una escuela en ruinas de un pueblo abandonado en lo más alto de los montes de León. Atiende a los peregrinos y mantiene los ritos templarios, yo he asistido a las oraciones de laudes, o de vísperas, o de maitines, que hace vestido con su hábito templario y hasta empuñando su espada. El caso es que Juancho Garaicoechea y el amigo que luego les presentaré estuvieron el último verano allí, juraron como cofrades templarios y volvieron a Pamplona con el

propósito de fundar aquí otro monasterio-refugio junto a una antigua iglesia templaria.

—¿Cerca de Eunate, entonces? —preguntó Rafael. Sánchez le dirigió una mirada de disgusto.

—Eunate no es una iglesia templaria, por mucho que la gente lo crea. Jimeno Jurío y Lacarra ya demostraron que ese origen templario es una leyenda, probablemente inventada por Iturralde y Suit solo por su planta octogonal que evoca la del Santo Sepulcro de Jerusalén. Pero ni todas las iglesias octogonales son templarias ni todas las iglesias templarias son octogonales. En Navarra solo hay dos iglesias auténticamente templarias: la del Crucifijo de Puente la Reina, con una planta normal en dos naves, una románica y la otra gótica, y la del Santo Sepulcro de Torres del Río, que sí tiene planta octogonal. Y ahí, en Torres del Río, a veinticinco kilómetros de Estella, un pueblo pequeño, de unos ciento cincuenta habitantes, pero de gran tradición jacobea, es donde proyectan instalarse. Tanto Juancho como Enrique, al que luego les presentaré, abominaban de la masificación del Camino que ha hecho perder el verdadero sentido de la peregrinación y se ha llenado de albergues para turistas. Como sucede también en Torres del Río, que hay tres albergues privados como podía haber tres paradores o tres discotecas.

—O sea que templarios... —dijo Echeverría para animar a Sánchez a continuar.

—Sí, templarios, todo el mundo ha oído hablar de ellos pero casi nadie sabe lo que eran en realidad. Y en particular aquí, en Navarra, se sabe muy poco, más allá de esa tontería de que Eunate es una iglesia templaria, pese a que la Orden tuvo mucha importancia en su época. Los historiadores no se han ocupado demasiado de las relaciones del Temple con los reyes de Navarra. Se suelen fijar solamente en que los templarios tuvieron pocas posesiones territoriales en Navarra, comparando con el reino de Aragón, por ejemplo, lo que es lógico porque cuando surge la Orden ya no era tierra de frontera con los moros, pero pasan por alto su gran influencia política y económica. Que es lo que hay en el fondo de la historia de los templarios, nada de misterios esotéricos ni conspiraciones merovingias. Poder y dinero, eso es lo que ha movido siempre al mundo, la política, la ambición, la plata y el oro, en los tiempos de la Orden del Temple y en cualquier otro.

—Perdón por mi ignorancia, pero ¿los templarios no vivían principalmente en Tierra Santa? —preguntó Echeverría.

—Se fundaron en Tierra Santa, sí, a consecuencia de la Primera Cruzada, para proteger a los peregrinos de los ataques de los bandidos sarracenos, y reciben su nombre porque su primera sede estuvo donde se suponía que había estado el Templo de Jerusalén. Pero luego se extendieron por toda Europa, incluida Navarra. El principal centro de influencia templaria fue Francia. En particular, los templarios están vinculados muy estrechamente con el condado de Champaña, que también estuvo muy ligado al Reino de Navarra. Su fundador y primer maestro, Hugo de Payns, o de Payens, nace a pocos kilómetros de Troyes, capital de Champaña,

pertenecía a una familia noble emparentada con los condes de Champaña. Era también primo de san Bernardo de Claraval, fundador de una abadía cisterciense en la misma región de Champaña.

—Champaña, al noroeste de Francia, cerca de Bélgica —inquirió Echeverría para situarse.

—Eso es. Donde el monje benedictino Dom Pérignon inventó el champán. Bueno, pues el conde Hugo I de Champaña, uno de los más grandes señores feudales de Francia, hizo varios viajes a Tierra Santa, algunos de ellos con Hugo de Payens, y participó en la fundación de la Orden del Temple. Su sobrino Teobaldo II de Champaña logró que la Iglesia aprobara sus reglas en el concilio celebrado en Troyes en 1129, elaboradas por san Bernardo de Claraval y basadas en las del Císter, en última instancia una variante de la regla de san Benito con sus votos de castidad, pobreza y obediencia. Del Císter también recibió su hábito blanco. Otro de los sucesores de Hugo I, el conde Enrique II de Champaña, fue rey de Jerusalén en 1192. Por cierto, el papa Urbano II, que se llamaba en realidad Odón de Châtillon, el que predicó la primera Cruzada en 1095 que da lugar a la conquista de Jerusalén y al nacimiento de los templarios, también era de Champaña, nacido en Châtillon-sur-Marne.

—O sea, que los templarios vinieron a Navarra con los Teobaldos —sugirió Rafael.

—No, no, en absoluto. Las relaciones de los templarios con Navarra son muy anteriores a la llegada de la dinastía de Champaña. En 1129 ya había templarios en la península ibérica, que quedó dividida en dos provincias a los efectos de la Orden, Portugal-León-Castilla y Aragón-Cataluña-Navarra. Mucha más influencia tuvieron en esta segunda. De los veintitrés grandes maestros de la Orden todos fueron franceses menos dos que fueron aragoneses, el noveno, Arnaldo de Torroja, y el decimoquinto, Pedro de Montañés. La Orden del Temple absorbió a otras órdenes anteriores, como la Orden de Monreal creada por Alfonso el Batallador, ojo, no por el Monreal de Navarra, sino por Monreal del Campo, en Teruel. Los templarios participaron activamente en la Reconquista... —Sánchez interrumpió su relato iluminado por otra idea—. Por cierto, creo que ya conocen a Íñigo Pérez de Obanos.

—Justamente ayer coincidí con él —respondió cauteloso Rafael. No le hacía gracia que Sánchez estuviera tan al tanto de sus movimientos. A saber a cuántos lugares le había seguido el tal Wilson.

—Lo digo porque, entre otras fantasías, ese hombre defiende la teoría de que, en realidad, no hubo verdadera Reconquista porque no hubo árabes en España. Es una ocurrencia que ha corrido por ahí a partir de un libro de Ignacio Olagüe, un donostiarra de apellido navarro, fascista en su juventud, lo digo en sentido estricto, no como descalificación, era seguidor de Ledesma Ramos, historiador aficionado, spengleriano. En los años sesenta publicó en Francia, con el patrocinio nada menos que del gran historiador Fernand Braudel, todo el mundo tiene días malos, un libro

titulado *Les arabes n'ont jamais envahi l'Espagne*, luego editado en español por la Fundación Juan March con el título de *La Revolución islámica en Occidente*.

—Sí, algo me suena —dijo Rafael.

—Ahora es un libro de culto para conversos musulmanes y nacionalistas andaluces, encantados de que el Islam sea algo propio y autóctono y no impuesto por invasores extranjeros. Bueno, según esas teorías, es imposible que los ejércitos árabes tuvieran capacidad logística para alcanzar un territorio tan alejado de sus bases en Oriente. Dicen que no hay testimonios contemporáneos realmente fiables que demostraran su llegada a España. La batalla de Guadalete, donde el rey Rodrigo perdió el trono, habría sido, en realidad, una guerra civil entre los visigodos, unos católicos y otros arrianos, en la que vencieron los arrianos que más tarde, por seguir llevando la contraria a Roma, decidieron convertirse al Islam. Pérez de Obanos sigue la misma idea para decir que aquí tampoco hubo moros sino solamente algunos vascones que se hicieron musulmanes y que, por eso, el Reino de Navarra no se extendió más allá de las tierras de Vasconia, mientras que los otros reinos cristianos siguieron expandiéndose hacia el sur porque su reconquista era cosa interna de godos, se trataba de disputarse todos los territorios del reino visigodo.

—De eso no nos habló... —apuntó Rafael.

—Mejor, son sandeces históricas en las que no merece la pena perder el tiempo. Por otro lado, y ya que hablamos de Pérez de Obanos, sus teorías legitimistas son perfectamente arbitrarias. Sostiene que a Enrique de Artois, duque de Chambord, último descendiente directo de los Borbones franceses, le sucedió en los derechos sobre la corona navarra su primo Juan Carlos María Isidro de Borbón y Braganza, de la rama carlista, pero eso es una aberración, por pura pereza intelectual sigue la línea de sucesión propuesta por los legitimistas franceses aplicando la Ley Sálica que nunca jamás estuvo en vigor en Navarra. Se hace un lío con las normas de sucesión francesas y navarras, que no eran las mismas. Si de verdad es legitimista navarro, no debiera aceptar la imposición de las normas sucesorias francesas, por mucho que Luis XIII uniera ambas coronas en una decisión unilateral y no ratificada por las Cortes de Navarra, aparte de que el reino de Francia ha desaparecido y, por tanto, ya no tiene sentido esa unión.

—Entonces, si no hereda la rama carlista, ¿a quién corresponde la sucesión en la corona de Navarra? —preguntó Rafael picado por la curiosidad.

—Al duque de Chambord, al quedar sin hijos, no debió de sucederle ningún primo —prosiguió Sánchez— sino, según las normas sucesorias navarras, su hermana mayor Luisa María Teresa de Artois, duquesa de Parma por su matrimonio con Carlos III de Parma. La corona de Navarra debiera haber pasado luego a su hijo Roberto I de Parma, último duque soberano antes de la unificación italiana, luego a los hijos de este, Enrique y José, que murieron sin descendencia, y después a su tercer hijo, Elías I de Borbón-Parma, y seguidamente al hijo de este, Roberto II de Borbón-Parma. Como este no tuvo hijos le sucede en los derechos a la corona de Navarra su



hermana mayor Isabel de Borbón-Parma y Habsburgo-Lorena, y dado que esta murió soltera le hereda su hermana menor María Francisca y, como esta también murió soltera y sin hijos, le sucede su hermana menor Alicia de Borbón-Parma y Habsburgo-Lorena, nacida en Viena en 1917, que sería la titular actual. En el futuro, le debiera suceder su hijo Carlos de Borbón-Dos Sicilias y Borbón-Parma, infante de España ya que por vía paterna es bisnieto de Alfonso XII y primo de Juan Carlos I.

—Vaya, o sea que hay otra causa legitimista más... —apuntó Rafael.

—Yo no soy legitimista, soy republicano, así que no defiendiendo los derechos de ningún pretendiente, mi interés por el tema es puramente histórico. No sé si hay legitimistas que defiendan esa causa, la de esta otra rama de los Borbones, no sé si hay tal causa, pero aplicando las teorías sucesorias legitimistas con propiedad es lo que debieran defender.

—Tampoco nos convencieron mucho las teorías de Pérez de Obanos, no vamos a perder el tiempo en contrastarlas —cerró la cuestión Echeverría.

—Bueno, pues volviendo a nuestro tema, estábamos en la Reconquista, los templarios, además de pelear contra los moros en España, también se instalaron a lo largo del Camino de Santiago para proteger a los peregrinos, que era su misión fundacional. Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y de Pamplona, fue un gran protector de las órdenes militares y a su muerte, en 1134, deja en testamento sus reinos al cabildo del Santo Sepulcro de Jerusalén y a las órdenes de los Hospitalarios de San Juan y del Temple. A los templarios dejaba, además, su caballo y sus armas. Pero ni a la nobleza aragonesa o navarra ni a las propias órdenes militares les interesó cumplir el testamento en sus propios términos y negociaron un arreglo económico. El sucesor de Alfonso I como rey de Pamplona, todavía no se titulaba de Navarra, García Ramírez IV el Restaurador, a cambio de que no pusieran en cuestión su corona apelando al testamento del Batallador concedió grandes privilegios a las órdenes militares. Consta que el propio García Ramírez profesó como cofrade templario, esto es, como caballero seglar que formaba parte de la milicia pero que no hacía los votos ni la vida monástica, igual que su sobrino Pedro Tizón, que luego sí llegó a ingresar como caballero cuando quedó viudo. También algún obispo de Pamplona, como Sancho de la Rosa, y también el hijo del Restaurador, Sancho VI el Sabio, fueron cofrades templarios. Los templarios recibieron el señorío sobre Fontellas, el monasterio y el hospital de Ribaforada y la villa de Aberin, entre otras concesiones. Fijaron en Puente la Reina la casa del prior fundando el Convento y Hospital del Crucifijo.

—Sí, la Iglesia del Crucifijo, en Puente la Reina, a la entrada del casco histórico, yo la he visitado —dijo Rafael. Sánchez prosiguió su relato sin hacerle caso.

—Los templarios, igual que Sancho VII el Fuerte, estuvieron en una de las principales batallas de la Reconquista, la de las Navas de Tolosa, resultado de una cruzada proclamada por el papa Inocencio III contra los almohades. Cuentan las crónicas que, además de las huestes de los reyes de Castilla, Portugal, Aragón y

Navarra, estaban los caballeros de las cuatro órdenes militares, Santiago, Calatrava, San Juan y el Temple. Los templarios iban mandados por el maestre de Castilla, frey Gómez Ramírez, que murió en la batalla. Por cierto, ya saben que eso de que hasta entonces el escudo de Navarra era un águila negra, el *arrano beltza* que dicen los abertzales, y que desde entonces Sancho el Fuerte puso en el escudo las cadenas conquistadas a los moros, escudo que ha llegado hasta hoy, es rigurosamente falso.

—Sí, un mito desmentido por datos históricos perfectamente contrastados —dijo Rafael—. El águila era solo el sello personal de Sancho el Fuerte y las cadenas surgieron muchos años más tarde, como evolución del escudo bloqueado del sello de los Teobaldos. Pero un mito demasiado extendido como para que la historia tenga ya algo que hacer al respecto. Cuando la leyenda es más bonita que la realidad, la gente prefiere la leyenda.

—Bueno, pues estábamos en Sancho el Fuerte, que en 1231 firmó con Jaime I el Conquistador un tratado de prolijamiento por el que acordaban que aquel de los dos que sobreviviese al otro le sucedería en su reino. Jaime I había sido educado por los templarios en la casa de la Orden en Barcelona y en su fortaleza de Monzón. Los templarios le auxiliaron en la conquista de Valencia y de Mallorca y recibieron a cambio extensos territorios en esos reinos. Sin embargo, a la muerte sin descendencia de Sancho el Fuerte no le sucedió Jaime I, como habían acordado, sino que por decisión de las Cortes de Navarra subió al trono su sobrino Teobaldo I de Navarra o Teobaldo IV de Champaña, ahí comenzó a reinar en Navarra la dinastía de los condes de Champaña que, como no podía ser menos, mantuvo y amplió la protección de los templarios. Por aquella época eran los principales banqueros de Europa y tenían como acreedores a todas las casas reales. Resulta que los templarios fueron los primeros cristianos que prestaron a interés e inventaron las hipotecas y los pagarés para que los peregrinos pudieran costear su viaje a Tierra Santa.

—Pero si no me equivoco, a los templarios los hicieron desaparecer pronto... —sugirió Echeverría.

—Sí, sí, a eso voy. Coincide con que en Navarra llega a reinar una nueva dinastía. La nieta de Teobaldo I, Juana I de Navarra, contrae matrimonio con Felipe IV el Hermoso, rey de Francia de la dinastía de los Capetos, que pasa a ser también rey consorte de Navarra como Felipe I. Un rey ambicioso y con pocos escrúpulos. Deseando acrecentar su poder y agobiado por las deudas decidió matar dos pájaros de un tiro, acabar con la poderosa Orden del Temple y apropiarse de sus bienes.

—Sí, ya sabrá que, aunque la mala fama se la lleva Felipe el Hermoso, muchos otros reyes acabaron haciendo exactamente lo mismo —apuntó Rafael—, someter a las órdenes militares, apropiarse de sus bienes y convertirlas en instituciones meramente honoríficas. Fernando el Católico se hizo nombrar maestre y administrador perpetuo de la Orden de Calatrava, Carlos V obtuvo del papa el nombramiento como administrador perpetuo, no solo de la Orden de Calatrava, sino también de las de Santiago y Alcántara, y Felipe II incorporó a la corona también la

Orden de Montesa. La Orden de Cristo fue unida a la corona portuguesa en 1551, bajo el reinado de Juan III. La Orden de los Caballeros Teutónicos, que hasta había conseguido fundar un Estado propio a orillas del Báltico, fue secularizada en 1525 por su gran maestre, Alberto de Brandeburgo-Ansbach, convertido al luteranismo, que se apropia de sus dominios territoriales para proclamarse como primer duque de Prusia, sus sucesores se convirtieron en reyes de Prusia y, luego, en emperadores de Alemania.

—Sí, efectivamente, las órdenes militares eran, a la vez, molestas y tentadoras para los monarcas y se dedicaron a domesticarlas —dijo Sánchez, ligeramente irritado por ver disputado su protagonismo en la disertación histórica—. Solo sobrevivió la Orden Hospitalaria de San Juan, la que luego y hasta el día de hoy se denominaría oficialmente Soberana y Militar Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta, más vulgarmente Orden de Malta, que mantuvo su independencia gracias a que fue sucesivamente desplazándose de un lugar a otro evitando caer en las garras de ningún rey.

—Y que desde hace un par de siglos tiene su sede en Roma —añadió Rafael, que recordaba perfectamente la visita que hizo a su biblioteca en su año de residencia romana—, salieron huyendo de Malta cuando la conquistó Napoleón. Es una verdadera curiosidad en el derecho internacional porque sigue siendo independiente y soberana, tiene relaciones diplomáticas con muchos estados y misiones permanentes de observación ante las Naciones Unidas, expide pasaportes, emite sellos y acuña su propia moneda. Tiene hasta delegado en Navarra, el marqués de la Real Defensa, y un refugio de peregrinos aquí cerca, en Cizur Menor, junto a la antigua Iglesia de San Miguel Arcángel, que ya fue hospital de peregrinos desde la Edad Media hasta el siglo XIX.

—Eso es —gruñó Sánchez.

—¿Marqués de la Real Defensa no es una marca de vino? —preguntó Echeverría, dejándose llevar por la curiosidad.

—Sí, de Olite, aunque no sé si lo hace el propio marqués —respondió Rafael.

—Pues a lo que iba —recuperó la palabra Sánchez, molesto por la deriva de la conversación—, Felipe el Hermoso necesitaba el aval de la Iglesia para acabar con el Temple, ya que las órdenes militares solo respondían ante el papa. Para eso influyó en la elección como papa del gascón Bertrand de Got, arzobispo de Burdeos, que adoptó el nombre de Clemente V, y lo instaló en Aviñón para tenerlo bien sujeto. Luego ordenó la detención de todos los templarios acusándoles de blasfemia, idolatría, herejía, sodomía y otros abominables pecados. En la noche del 12 al 13 de octubre de 1307 todos los templarios de Francia fueron detenidos por sorpresa y sometidos a tortura para que confesaran. Con esas confesiones presionó al papa para conseguir la disolución de la Orden del Temple.

—¿Y qué sucedió en Navarra? —preguntó Echeverría.

—Exactamente lo mismo, con alguna particularidad. La reina Juana había muerto

en 1305 y las Cortes pidieron que, conforme a las normas de sucesión de Navarra, fuera sucedida por su hijo Luis el Hutin, o sea, en castellano, Luis el Obstinado, Luis el cabezón que diríamos aquí. Felipe el Hermoso accedió y fue proclamado como Luis I, rey de Navarra y conde de Champaña. Más tarde, en 1314, sucedió también a su padre como Luis X de Francia. Pero mientras vivió Felipe el Hermoso manejó a su hijo a su antojo. Las instituciones navarras reclamaron que el nuevo rey acudiera a ser coronado en la catedral de Pamplona, como mandaba el fuero. Durante más de dos años se dieron largas mientras aumentaba la suspicacia de la nobleza navarra. Por fin, Luis el Hutin y su esposa Margarita de Borgoña, acompañados del condestable de Francia, Gaucher V de Châtillon, y de otros nobles franceses, acudieron para ser coronados el 1 de octubre de 1307. El 13 de octubre hace arrestar a los templarios en Navarra, igual que su padre está haciendo en sus dominios. La orden de detención estaba emitida, en secreto, desde el 14 de septiembre. ¿Casualidad? Más bien parece que Luis el Hutin fue enviado con esa misión y que la coronación fue el pretexto para el viaje. Aparentaba seguir órdenes del papa, pero esas órdenes todavía no se habían dictado ya que Clemente V se ve obligado a aprobar la iniciativa de Felipe el Hermoso posteriormente, forzado por los hechos consumados y las confesiones obtenidas bajo tortura. En Navarra se interroga a los templarios sin tormento y, a diferencia de lo que sucede en Francia, no confiesan su culpabilidad ni son condenados. En cualquier caso, en Navarra se venden algunos bienes de la Orden sin esperar a su disolución y, una vez acordada la disolución en el Concilio de Vienne de 1312, al que asiste Luis el Hutin con su padre y hermanos, el resto de los bienes se adjudicaron sin resistencia a la Orden Hospitalaria de San Juan.

—Y entonces, ahí desaparecieron los templarios —animó a seguir Echeverría, temiéndose que Sánchez se perdiera por alguna otra rama de sus saberes medievales.

—No exactamente. Navarra fue el único reino de la Península donde los bienes del Temple se adjudican a los hospitalarios, como había dispuesto el papa, pero que hizo una excepción para los reinos de Portugal, Castilla, Aragón y Mallorca dado que estos tenían todavía que combatir a los infieles. En esos reinos, fronterizos por tierra o por mar con los moros, buena parte de los bienes templarios se adjudicaron a nuevas órdenes militares que se crean con ese motivo, en Aragón a la Orden de Montesa, en Portugal a la Orden de Cristo. En Castilla, aunque el papa Juan XXII ordenó también que los bienes de los templarios se entregaran a los hospitalarios, finalmente se los repartieron entre la corona, algunos nobles y las órdenes de Santiago, de Alcántara y de Calatrava. En todos estos reinos ibéricos los templarios fueron declarados inocentes y parece que se integraron sin mayores problemas en las nuevas o antiguas órdenes militares. Lo mismo sucedió en Alemania, donde los antiguos templarios fueron acogidos en la Orden de los Caballeros Teutónicos.

—Es decir, que en realidad no desaparecieron del todo, solo cambiaron de nombre —observó Echeverría.

—Eso es. Aunque Felipe el Hermoso logró apropiarse de buena parte de los

bienes de los templarios en Francia, sobre todo de sus tierras, villas y fortalezas, consiguieron esconder otros bienes, lo que se conoce como el tesoro de los templarios y cuyo contenido exacto es un misterio.

—Pero eso es solo una leyenda... —opuso Rafael.

—En absoluto. Hay pruebas de su existencia —replicó Sánchez—. Después de que Napoleón conquistara Roma, en 1809, fueron trasladados a París documentos de los archivos secretos del Vaticano... por cierto, en 1804 Napoleón amparó que se restaurara la Orden del Temple por un médico masón, exseminarista y aficionado al ocultismo, Bernard-Raymond Fabré-Palapat, que se reclamaba el último de una ininterrumpida serie de grandes maestros secretos, en la que ingresó con entusiasmo la nueva aristocracia imperial, y que luego fue confirmada por Luis Felipe de Orleans. Pero, a lo que voy, entre los documentos hallados en el Vaticano y llevados a Francia está la declaración de Jean de Châlons, miembro de la Orden del Temple en la diócesis de Troyes, que dice que en la noche anterior a la redada, el jueves 12 de octubre de 1307, vio salir de la sede del Temple en París tres carros escoltados por Gérard de Villiers y Hugo de Châlons a la cabeza de cincuenta caballeros. En esos carros iban escondidos cofres que contenían todo el tesoro del visitador Hugo de Pairaud y que tomaron el camino de la costa, donde iban a ser llevados al extranjero en dieciocho buques de la Orden. Esa misma noche la flota templaria soltó amarras desde su puerto de La Rochelle y nunca más se supo de ella. Cuando los agentes del rey irrumpieron en el cuartel central del Temple en París encontraron que faltaban todos los documentos y el tesoro de la Orden.

—¿Y a dónde se supone que fue a parar el tesoro? —preguntó Rafael. Sánchez hizo una pausa antes de responder, era evidente que estaba en su salsa con aquella charla magistral.

—Hay muchas teorías. Que se llevó a Escocia, que se llevó a América, donde los templarios ya tendrían colonias secretas, que se llevó a Portugal, que se llevó a España. Lo más probable es que se dividiera entre los templarios que sobrevivieron a la disolución y lo emplearan para instalarse en otros lugares. Quizás sirvió para comprar voluntades y mantener la influencia que habían tenido los templarios. ¿Por qué se molestó tan poco a los templarios fuera de Francia y, en particular, en la península ibérica, incluida Navarra? Algunos de esos buques templarios bien pudieron desembarcar en la Península, no muy distante de La Rochelle. No es descartable que una parte del tesoro templario llegara a Navarra, donde la Orden mantendría importantes apoyos. Las fuerzas vivas del reino desconfiaban de sus reyes. Luis el Hutin, una vez coronado, regresó a Francia y nunca volvió a poner sus pies al sur de los Pirineos. La desconfianza era mutua. En 1308 se inicia la construcción de un nuevo castillo en Pamplona, llamado hoy el castillo de Luis el Hutin, y que estaba situado en lo que hoy, no por casualidad, llamamos plaza del Castillo. Se trataba de controlar una ciudad levantisca. Por cierto, lo mismo hizo Fernando el Católico tras la conquista de 1512, con parte de los materiales del

antiguo castillo, ya obsoleto, levanta un nuevo castillo a pocos metros del anterior, y lo propio hace luego Felipe II, levantando la Ciudadela para controlar tanto la frontera con Francia como a un reino que le es poco afecto.

Sánchez hizo otra pausa mientras tomaba unos sorbos de agua.

—A Luis el Hutin, muerto en 1316, y que deja un hijo póstumo que solo vive cinco días, le sucedieron sus hermanos Felipe I el Largo y Carlos I, llamado «el Hermoso» en Francia pero «el Calvo» en Navarra, lo que indica su escasa popularidad entre sus súbditos de acá. Ninguno de los dos se presentó en Navarra para ser jurado como rey, Felipe lo hizo a distancia ante unos comisionados navarros. En realidad, ninguno tiene derecho a reinar en Navarra porque Luis el Hutin tenía una hija primogénita, la futura Juana II. En Francia se inventan en ese momento la Ley Sálica, que atribuyen falsamente a la época de Clodoveo y demás reyes francos, para impedir que reine. Pero el motivo, en realidad, no es que fuera mujer. Se sospechaba que era hija bastarda. Su madre, la reina Margarita de Borgoña, en 1314 fue acusada por su cuñada Isabel, reina de Inglaterra, de adulterio con un escudero normando, Felipe d'Aunay, que fue detenido junto a su hermano Gualterio, a su vez acusado de ser el amante de Blanca de Borgoña, esposa de Carlos el Calvo. Ambos fueron juzgados y condenados por crimen de lesa majestad y fueron despellejados vivos, les cortaron los genitales y los tiraron a los perros, los rociaron de plomo hirviente y luego los decapitaron y sus cuerpos fueron arrastrados y colgados del patíbulo a disposición de los buitres.

—Vaya, no se andaban con tonterías entonces —observó Echeverría.

—No, en absoluto. Por su parte, la adúltera Margarita de Borgoña fue conducida, con el cabello rapado, en un carro cubierto de sábanas negras al castillo de Gaillard, en Normandía, donde quedó encerrada y murió en 1315, se dice que asesinada por su marido Luis el Hutin para poder casarse con Clemencia de Hungría. Total que, aunque en Navarra nunca ha regido la Ley Sálica, tampoco hubo ningún entusiasmo por llamar a la bastarda Juana como legítima reina y se aceptó de hecho a los reyes franceses. Pero, curiosamente, la cosa cambió por completo a la muerte de Carlos el Calvo en 1328. Las Cortes de Navarra reunidas en Puente la Reina destituyeron al gobernador francés y se apresuraron a reclamar a Juana como legítima reina junto a su esposo Felipe de Evreux. ¿Por qué las Cortes llaman a Juana, si la habían olvidado previamente y no habían tenido reparos en jurar a su tío Felipe el Largo? Probablemente saben que Juana es bastarda de Margarita de Borgoña y de Felipe d'Aunay, pero han sido compradas las suficientes voluntades como para pasar por alto ese hecho. Más que probablemente compradas por la plata de los templarios.

—Quiere decir que los templarios seguían teniendo poder —concluyó Rafael. No estaba de acuerdo con alguna de las afirmaciones históricas de Sánchez, pero prefería no ponerse a discutir con él a riesgo de prolongar eternamente su relato.

—Eso es, que los templarios desaparecieran oficialmente no quiere decir que perdieran toda su influencia. Una prueba de que fue así es lo que se conoce como la

maldición de los verdugos de los templarios. Todos ellos murieron en extrañas circunstancias y relativamente jóvenes, en Francia se habla incluso de una dinastía de «reyes malditos» y se atribuye todo a la maldición proferida por el último gran maestro de los templarios, Jacques de Molay, en el momento de ser quemado en la hoguera en 1314. «¡Malditos, todos malditos hasta vuestra decimotercera generación!», dice la leyenda que gritó. Felipe el Hermoso murió a los pocos meses en un accidente de caza. El papa Clemente V murió al mes, probablemente envenenado. El inquisidor Guillermo Imbert murió también muy pronto de caída de su caballo. Luis el Hutin murió a los 26 años, de una enfermedad misteriosa y entre sospechas de haber sido envenenado. Su hijo póstumo Juan I murió a los cinco días de nacer. Felipe el Largo murió a los 31 años de unas extrañas fiebres y el otro hermano, Carlos el Hermoso, o el Calvo, muere a los 32 años también de misteriosa enfermedad. Así quedó extinguida la dinastía de los Capetos y entraron a reinar sus primos los Valois. Demasiadas muertes prematuras para ser casuales. Probablemente la maldición funcionó, no por magia negra o encantamiento, sino porque los templarios supervivientes se ocuparon de que funcionara.

—Muy interesante... —dijo Echeverría, con esperanzas de apremiar a Sánchez para que fuera aterrizando ya en alguna conclusión más relacionada con la realidad del presente. El otro no parecía tener ninguna prisa y siguió hablando pausadamente.

—Los templarios, pues, no desaparecen con la disolución oficial de la Orden. Algunos se integran en otras órdenes militares y otros intentan mantener la Orden del Temple en la clandestinidad, esto permite la supervivencia hasta nuestros días de los templarios. Además, a partir del siglo XVIII cobró impulso la masonería que incorporó a los ritos de sus diversas obediencias la tradición templaria. Si se estudian un poco los principios de la francmasonería apodada «del rito escocés» se puede constatar que el espíritu templario siguió vigente. Parece que algunos templarios encontraron refugio en Escocia, el único lugar de Europa donde no se aplicó el mandato del papa de abolir la Orden. Y hoy siguen existiendo ramas, ritos y agrupaciones templarias en muchos países del mundo.

—¿También aquí? —preguntó Rafael.

—Sí, también. En el registro de asociaciones del Ministerio del Interior de España hay decenas de asociaciones de templarios con los nombres más diversos, Orden del Temple, Antigua y Aceptada Orden de los Pobres Caballeros del Temple de Jerusalem, Caballeros Templarios, Hermandad Soberana de Damas y Caballeros del Temple, Caballeros Templarios de Santiago, Estricta Observancia Templaria, Federación de Círculos Templarios, Orden Católica del Temple, hay de todo. Unas son culturales o históricas, otras benéficas, otras espirituales, otras esotéricas. También está la *Ordo Supremus Militaris Templi Hierosolymitani*, así se hace llamar, en latín, la que se presenta como sucesora de la napoleónica de 1804 y que presume de estar reconocida como organización asesora de la ONU. En cambio, se ha rechazado la inscripción de ninguna organización templaria como entidad religiosa, la

Iglesia católica actualmente no reconoce oficialmente a ninguna de ellas.

—Y a una de esas asociaciones templarias pertenecía Juancho Garaicochea —sugirió Echeverría, intentando atraer el relato hacia sus preocupaciones presentes.

—Eso es —concedió Sánchez, antes de volver a lo que le interesaba más—. Que haya pervivido el Temple bajo diversas formas ha sido posible gracias a la administración del tesoro preservado en 1307 de la rapiña de Felipe el Hermoso y de sus secuaces. Un tesoro que aumentó en los siglos siguientes gracias a las colonias templarias en América.

—¿En América? —preguntó incrédulo Rafael, que había dejado pasar la primera mención a los templarios en América pero que no estaba dispuesto a hacer lo mismo con la segunda.

—Sí, sí, en América —se impacientó Sánchez—. Se equivocan quienes creen que la flota templaria de La Rochelle llevó el tesoro a América. La ruta era la contraria. El oro y la plata venían de América. Hay pruebas de que los templarios participaron en la colonización precolombina de América. América era uno de los secretos de los templarios, yo diría que el principal secreto. ¿De dónde, si no, venía la plata con la que la Orden del Temple inundó Europa y cimentó su poder? Por aquel entonces no se explotaba a este lado del Atlántico ninguna mina de ese metal. ¿Cuál es el origen de los símbolos herméticos europeos y de las cruces templarias en la América precolombina? Se han encontrado en Francia sellos anteriores a 1492 que muestran a un amerindio típico flanqueado por una esvástica de brazos redondeados y por una runa de Odín, casualmente dos símbolos del imperio vikingo de Tiahuanaco, en Bolivia. Las leyendas aztecas y mayas conservan reminiscencias de la colonización templaria y en la estructura social de los aztecas, en su lengua y en su religión, perduran rastros de las jerarquías, la mística, los símbolos y el esoterismo de la Orden del Temple.

—O sea, que los templarios llegaron a América antes que Colón —apremió Echeverría.

—Claro. ¿Por qué Colón se empeña en ir a América? Tiene datos del secreto de los templarios. Probablemente obtenidos a través de alguna de las órdenes militares en las que se refugiaron los templarios y lo conservaron tras la disolución, quizás la Orden de Cristo, ya que Colón vivió en Portugal y hay historiadores que dicen que perteneció a ella, o quizás la Orden de Montesa, porque Colón no era genovés sino mallorquín. Era hijo natural de Carlos, príncipe de Viana, hijo de Juan II de Aragón y de Blanca de Navarra, y por tanto hermanastro de Fernando el Católico. Hay datos de que Carlos de Viana, durante su estancia en el Castillo de Santueri, en Mallorca, conoció a la familia de Juan Colom y entabló relaciones con su hija Margarita. Como fruto de ellas nació en 1460 Cristóbal Colom, o Colón como se escribió luego. Existen documentos firmados por los Reyes Católicos antes del descubrimiento de América, que se redactaron al mismo tiempo que las Capitulaciones de Santa Fe, que especifican cómo se llevaría a cabo el descubrimiento y en los que se reconoce a



Colón como noble. Colón, al ser sobrino de los Reyes Católicos, llevaba en sus venas sangre real y así fue que le concedieron el título de almirante de las Indias, igualado a los almirantes de Castilla, y le otorgaron privilegios que nunca se habrían otorgado a un extranjero. Por otro lado, consta que en su tercer viaje a América, junto a la costa de Venezuela, Colón denominó a una isla con el nombre de su madre, la isla Margarita, que escribió Margalida en mallorquín. En esas proximidades denominó un lugar como Boca de Dragó y otro como Punta Rotja, palabras mallorquinas. No hay escritos de Colón en italiano, como sería lógico si hubiera sido genovés, escribía en castellano pero con giros lingüísticos catalanes, incluso su correspondencia con italianos está en castellano. Además, el famoso investigador noruego Thor Heyerdahl ya dijo que Colón había viajado a América varios años antes de su descubrimiento oficial formando parte de una expedición danesa. También consta su relación con los descendientes del cartógrafo judío mallorquín Abraham Cresques, autor de un atlas catalán en 1375 que, según parece, contiene pistas sobre la ruta que habrían seguido los templarios. Estos judíos conversos eran los mejores en trazar cartas marinas en esa época y de su escuela náutica de Sagres salieron las cartas de navegación utilizadas por los primeros exploradores atlánticos. Estuvieron al servicio del infante portugués don Enrique el Navegante que, por cierto, fue gran maestro de la Orden de Cristo, la sucesora del Temple portugués, y que consiguió del papa Calixto III una bula por la que se adjudicaba a Portugal el control de todos los territorios atlánticos que descubriesen más allá del cabo Bojador y a la Orden de Cristo la autoridad eclesiástica de esos territorios. Tampoco es casualidad que Cristóbal Colón llevara en su bandera capitana la cruz templaria, aunque de color verde en lugar de rojo.

Rafael ya no pudo contenerse ante las teorías colombinas de Sánchez.

—Pero esa teoría de que Colón era hijo natural de Carlos de Viana no está probada y la rechazan la mayoría de los historiadores.

—Ya se sabe que hay historiadores para todo. Incluso para decir que América no la descubrió Colón sino Juan de la Cosa, como hizo Ignacio Olagüe, del que antes hemos hablado. Pero sobre todo hay demasiados historiadores que se conforman con lo establecido y no van más allá —dijo despectivo Sánchez.

—Ya, pero hay muchos datos en contra de esa teoría —Rafael había leído sobre el tema y contraatacó con firmeza—. En el testamento del príncipe de Viana se mencionan los tres hijos naturales que tuvo con una dama navarra, Brianda de Vaca, y que son perfectamente conocidos y que fueron criados por la familia real. Si hubiera tenido otro hijo natural no había razón para que no lo mencionara. Además, Carlos de Viana vivió en Mallorca en 1459 y se dice que su supuesto hijo nació en 1460. Aunque no se sabe con exactitud su fecha de nacimiento, cuando Cristóbal Colón murió, en 1506, tenía alrededor de setenta años, hay muchos testimonios de que era un hombre anciano.

—Bueno, es una opinión. En cualquier caso, fuera o no fuera hijo del príncipe de Viana, lo que está más que probado es que Colón no se lanzó a una aventura

descabellada, que tenía datos ciertos de adónde se dirigía —Sánchez se puso en pie indicando que no estaba dispuesto a discutir más—. Bien, ahora que les he puesto en antecedentes, creo que es hora de que nos reunamos con Enrique Martorell, cofrade templario que, junto con el difunto Juancho Garaicoechea, es el fundador del monasterio-refugio templario de Torres del Río, actualmente en construcción. He de reconocer que a veces es un poco fantasioso y no comparto todas sus tesis históricas, pero creo que les contará cosas de interés para ustedes.

Sánchez salió de la cafetería rogándoles que esperaran. Rafael se revolvió en la silla.

—¿Fantasioso? Si el sujeto en cuestión es más fantasioso que Sánchez tiene que estar como una cabra. Lamento hacerte perder el tiempo.

—No te preocupes, estoy acostumbrado a tratar con todo tipo de chalados —le tranquilizó Echeverría—. Vamos a ver si, aparte de esas historietas de tesoros y de templarios en América, sacamos algo en claro sobre qué tiene que ver todo esto con Garaicoechea y, sobre todo, conocemos al desaparecido Enrique Martorell.

Sánchez volvió a los pocos minutos con un individuo delgado en extremo, facciones huesudas y una barba rala y oscura. Aparentaba unos cincuenta años, vestía vaqueros desgastados y una camiseta y calzaba sandalias. Tenía una mirada ligeramente ausente y hablaba con voz suave y pausada.

—Creo que Ángel ya les ha explicado el proyecto que teníamos Juancho y yo —dijo una vez que, finalizados los saludos, se sentaron.

—Sí, estaban montando un albergue de peregrinos, en Torres del Río, ¿verdad? —le animó a proseguir Echeverría, impaciente por ver en qué desembocaba todo aquello.

—Eso es —asintió Enrique Martorell—, pero el albergue es solo un primer paso para restablecer la verdadera Orden del Temple en Navarra. No es solo un albergue. Es un monasterio-albergue en el que pretendemos hacer vida monástica conforme a la regla original de la Orden del Temple.

—Como en León, nos ha dicho Ángel —apuntó Rafael.

—Sí, es una vuelta al espíritu original, los templarios se fundaron para auxiliar y proteger a los peregrinos, aunque entonces eran los de Tierra Santa. Eso es lo que nos proponemos, lo que nos proponíamos Juancho y yo, pese a todas las dificultades que nos están poniendo.

—¿Qué dificultades? —preguntó Echeverría.

—Eso, explícales todos los enemigos que tiene vuestro proyecto —animó Sánchez.

—Tenemos muchos enemigos —suspiró Martorell—. Empezando por los albergues privados que ya hay en Torres del Río y que no quieren competencia. Nos han puesto todo tipo de pegas en el Ayuntamiento para tramitar las licencias. Pero

bueno, esa es la parte menos importante, y la más explicable. Esos albergues son un negocio y defienden su dinero, y de todos modos ya hemos conseguido las licencias aunque hemos tenido que hacer mucho papeleo. No, la gente del pueblo no es lo peor, y no creo que sean ellos los que nos han amenazado ni tengan nada que ver con la muerte de Juancho.

—¿Han tenido amenazas? ¿De quién? —preguntó Echeverría con interés, dado que aquello empezaba a entrar en su ámbito de competencias.

—No lo sé con exactitud. Sé que nuestra presencia es un peligro o una molestia para algunos. Recibimos una carta poco amable, por decirlo de alguna manera, de la Nueva Orden del Temple del Reino de Aragón, una supuesta asociación templaria que nos advertía que habíamos entrado en su ámbito de actuación, que comprende Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia... Nos decían que ellos eran los auténticos sucesores de la Orden y los únicos que podían fundar un monasterio templario en Torres del Río y nos requerían para que abandonáramos el proyecto. Pero, bueno, no creo que hayan dado el paso hacia las amenazas ni mucho menos a la violencia, son un grupo pequeño con muchas ínfulas pero que, en realidad, solo tienen una mínima actividad en Zaragoza, poco más que una web.

—Entonces... —apremió Echeverría.

—También sé... —Martorell dudó y miró a Sánchez, que le animó con un gesto a continuar— que molestamos a los que mandan.

—¿Los que mandan?

—Sí, los que mandan en Navarra.

—¿Pero quiénes son esos?

—Los que mandan. Siempre mandan, siempre han mandado los mismos —intervino Sánchez—. Ahora se llaman Gobierno de Navarra, antes Diputación Foral, antes Diputación del Reino, Cortes de Navarra o Infanzones de Obanos, tanto da. O UPN, o *Diario de Navarra*, o Universidad de Navarra, u Opus Dei. Son los mismos, las mismas familias, quienes vienen mandando siglo tras siglo. Hay una tesis doctoral que les identifica, unas cien familias son las que dominan la política, la economía, la educación...

—¿Y por qué les molesta tanto a los que mandan un albergue de peregrinos?

—No les gusta ninguna actividad que tenga que ver con los templarios —dijo Sánchez—. En Navarra siempre se han puesto obstáculos para la presencia de cualquier rama de los templarios. Al revés que la Orden de Malta, que está implantada y funciona sin problemas.

—El Gobierno también retrasó que tuviéramos licencia para abrir el albergue —añadió Martorell—, tuvimos que contratar una gestoría y presentar una enorme cantidad de papeles, y la Policía Foral nos ha visitado varias veces para vigilar las obras.

—Sigo sin ver el motivo... —dijo Echeverría.

—Hay dos razones poderosas para que no les gusten los templarios. Una, la

amenaza a la ortodoxia religiosa que representa el intento de implantar la Orden del Temple según su espíritu original. Una orden de pobres caballeros, así se llamaba en origen, Orden de los Pobres Caballeros de Cristo. Luego ese espíritu se perdió, venció la avaricia y el deseo de poder sobre la pobreza. La disolución de la Orden fue un castigo merecido por haberse apartado del camino recto —Martorell hablaba con mucha convicción.

—¿Y una orden pobre es tan peligrosa? —preguntó Rafael.

—Lo es, lo es, no solo por pobre sino también al ir por libre —ahora respondía Sánchez—. La Iglesia católica oficial, en Navarra, no tolera la heterodoxia. Aquí impera la visión más conservadora, no hay salvación fuera de lo que diga la jerarquía episcopal. Y esa jerarquía ha ido decapitando cualquier organización que no controle, en las últimas décadas se han desmantelado todos los movimientos, todas las comunidades de base, todas las organizaciones eclesiales que no estén sometidas rígidamente al arzobispado, o al Opus Dei, que cada vez ha ido asumiendo más poder.

—¿Y dos templarios con un albergue son una amenaza? —insistió, escéptico, Rafael.

—Dos templarios recuperando el espíritu original del evangelio son un mal ejemplo —dijo Martorell.

—Me parece que, en estos momentos, esa jerarquía conservadora estará más preocupada por lo que pasa en Roma —dijo Echeverría—, con un papa que habla de una Iglesia pobre y para los pobres...

—Una cosa no quita la otra —respondió Sánchez—. Yo que el papa me andaría con mucho cuidado. Bueno, parece que él también se anda con cuidado, ha preferido no vivir solo en un palacio y, sobre todo, no comer solo. Me parece muy prudente comer lo mismo que comen todos en su residencia. Más de un papa ha muerto envenenado, y el último no hace muchos años.

—Decía usted que había dos razones —Echeverría se dirigía a Martorell, deseoso de no proseguir con el tema sugerido por Sánchez—. ¿Cuál es la segunda?

—Creo que todo esto puede tener que ver, quizás, con impedir que se investigue qué sucedió con el tesoro de los templarios, tienen miedo de que removamos el asunto, aunque no es nuestro objetivo hacerlo.

—¿Qué tesoro? —se escamó Echeverría, temiendo una vuelta a las anteriores disquisiciones de Sánchez.

—Creemos, bueno, creíamos, creo, que una parte del tesoro de los templarios, cuando la Orden fue disuelta, fue confiscada aquí, en Navarra, por Luis el Hutin. Pensamos que fue enviado por su padre con esa misión, la de detener a los templarios y quedarse con la parte del tesoro que se había enviado a Navarra para intentar protegerla de Felipe el Hermoso.

—¿Y qué pasó con ese tesoro? —preguntó Rafael.

—Tenemos algún dato de que, una vez confiscado a los templarios, se ocultó para sustraerlo de las disposiciones del papa Clemente V. Luis el Hutin no quería que se

entregara a los hospitalarios o a otras órdenes militares, sino que quería apropiárselo directamente. Y eso es lo que hizo, lo ocultó en los sótanos del castillo que mandó construir en Pamplona.

—¿Y luego qué pasó? —se impacientó Echeverría.

—No lo sabemos, no lo sé con exactitud. Ni siquiera estamos seguros, o estábamos Juancho y yo, del contenido del tesoro. Puede que consistiera en oro y plata, y lo más probable es que se gastara, pero puede que hubiese también documentos que se han mantenido en secreto.

—Pero, si nadie sabe qué pasó con ese supuesto tesoro, ¿por qué cree que hay interés en que ustedes no investiguen?

—Sospechamos que siempre se ha mantenido la búsqueda de ese tesoro, pero con mucha discreción por temor a los secretos que pudieran salir a la luz. Por ejemplo, no debe de ser casualidad que Fernando el Católico mandara demoler el castillo de Luis el Hutin. Debían creer entonces que el tesoro seguía oculto en sus sótanos. Y aunque no debieron encontrarlo, los que han gobernado después han impedido siempre que se volviera a edificar sobre aquel castillo. Siempre han dejado ese espacio libre, por eso ha acabado siendo una plaza. Probablemente lo hicieran para mantener abierta la opción de encontrar el lugar donde puede seguir escondido el tesoro. Es muy posible que bajo la plaza del Castillo haya una cámara oculta.

—¿Después de tantos siglos? —preguntó muy escéptico Echeverría.

—Sí, incluso ahora. Siempre ha sido un lugar expuesto a las miradas de toda la ciudad. En sus tiempos, era un espacio abierto entre las murallas de los tres burgos medievales. Para ponerse a excavar allí hay que buscar algún pretexto. Y lo cierto es que a lo largo de la historia se ha excavado con muchas excusas. No hay otro lugar de Pamplona donde se haya excavado más. Para derribar el viejo castillo y edificar el nuevo. Para derribar las murallas de la vieja Población de San Nicolás. Para derribar el nuevo castillo, para edificar el convento de las Carmelitas Descalzas, para derribar el convento, para edificar el palacio de la Diputación y el teatro Gayarre, para derribar el teatro y abrir la avenida Carlos III, para colocar unos aseos subterráneos, para construir un quiosco, para construir un aparcamiento subterráneo, para poner un sistema de recogida neumática de basuras, para rehabilitar un hotel. Creemos que la búsqueda no ha cesado nunca.

—¿Pero quién busca? —preguntó Echeverría muy mosqueado.

—Los que mandan. El Gobierno de Navarra, la Institución Príncipe de Viana, o la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, aunque todo viene a ser lo mismo. No es casualidad dónde fundó el Opus Dei su primera universidad y la importancia de su escuela de historiadores medievales, y el monopolio que tienen sobre la arqueología en Navarra. No se puede excavar nada en Navarra sin supervisión de los arqueólogos oficiales, ellos deciden qué es lo que se puede buscar y qué es lo que no conviene que se busque.

—¿No le parece una teoría un poco descabellada? —Echeverría se dirigió a

Sánchez esperando su auxilio.

—No sé, no sé, yo tampoco estaba nada seguro de ello hasta que se han producido las amenazas y hasta que han matado a Juancho.

—Vale, otra vez, ¿qué amenazas?

—Fue hace unos quince días. Recibimos esto —dijo Martorell, sacando muy despacio de un bolsillo y desplegando una hoja de papel.

La colocó sobre la mesa y los demás la miraron. Era un folio normal en el cual había impresas en tinta negra varias palabras: «Último aviso. No sigáis adelante. Templarios, fuera de Navarra. Peligro de muerte».

—¿Cómo lo recibieron? —preguntó Echeverría.

—Lo encontramos en el albergue, que está todavía en obras. Una mañana, al llegar a trabajar, lo vimos colocado sobre una mesa, sujeto para que no volara.

—¿Lo denunciaron?

—No, no lo denunciamos. No sabíamos de quién provenía, ni si era algo serio. No me lo he tomado completamente en serio hasta esta semana, cuando se ha producido el asesinato, los asesinatos. Ahora sí que creo que esto es serio. Creo que Juancho intentó huir y ocultarse cuando mataron a su compañero por confusión, por eso desapareció, pero fueron a por él. Y yo, por si acaso, también me he ocultado.

—Comprenderán ahora nuestras precauciones —intervino Sánchez—. Enrique puede estar en peligro de muerte, como dice el papel.

—Desde luego que ahora parece algo serio —confirmó Echeverría—. ¿Es el único escrito que han recibido?

—Sí, que yo sepa, es el único.

—Bien, necesito que venga usted conmigo a prestar declaración formal en comisaría.

—¿Es imprescindible? —Martorell miró nervioso a Sánchez, y luego a Echeverría.

—Me temo que sí. Esto se relaciona con una investigación abierta por asesinato.

—De acuerdo —suspiró Martorell—. Pero me ha de garantizar mi seguridad. No quiero ser el próximo muerto.

—Está bien. Voy a pedir que me envíen un par de agentes de confianza para que nos escolten a Pamplona y asegurarnos de que no hay ningún riesgo.

Echeverría se alejó unos pasos de la mesa y habló por teléfono. Los demás le esperaron silenciosos.

—En unos minutos estarán aquí —dijo al regresar, volviéndose a sentar—. He pedido que vengan agentes de paisano para no llamar la atención. Por cierto, ¿qué sabe usted de Juancho antes de que fuera encontrado muerto? ¿Cuándo le vio por última vez?

—No supe nada de él desde el día cinco por la tarde. Estuvimos trabajando en las obras del albergue, porque las hacemos nosotros mismos, los dos con ayuda de Wilson, nuestro único empleado, y con algunos auxilios puntuales de empresas

especializadas, y al acabar el trabajo él se volvió a Pamplona. Yo estoy viviendo ahora en Torres del Río, en una habitación que he alquilado mientras el albergue no esté habitable. Como era viernes, quedamos en que nos veríamos el lunes, aunque toda esa semana en principio Juancho iba a trabajar poco, solo por las tardes, porque tenía el compromiso con la Comparsa de Gigantes y Cabezudos. Le gustaba mucho hacer de Caravinagre. El resto de los sanfermines le atraía menos. A su mujer, Alicia, todavía le gustaban menos y solía irse de Pamplona sin él. Precisamente el día cinco él tenía prisa por llegar pronto a Pamplona porque tenía que despedirse de ella.

—¿Tenían una buena relación?

—Bueno... —Martorell dudó—, no sé, supongo que era buena. Por eso Juancho estaba muy preocupado.

—¿Preocupado porque todo iba bien? —se extrañó Echeverría.

—Preocupado por cómo se lo tomaría ella.

—¿Cómo se tomaría el qué?

—Lo del monasterio. La vida monástica.

—Explíquese, por favor.

—Ya se lo he dicho antes. El proyecto era fundar un monasterio-albergue y vivir como templarios con la antigua regla de la Orden. Eso incluye voto de celibato. Juancho tenía que decir a su mujer que se iban a separar, y no sabía cómo hacerlo. Ella, Alicia, no se esperaba nada de esto. Yo le venía diciendo hace un año a Juancho que no podía tenerla en la ignorancia de sus planes, pero él siempre lo dejaba para mañana. Se preocupaba sobre todo porque ella está en el paro, no tiene ingresos y dependía económicamente de Juancho. Él esperaba a ver si ella encontraba trabajo y, entonces, separarse. Sobre todo no quería dejarla tirada, se proponía dejarle la casa y darle la ayuda que necesitara.

—¿Está seguro de que ella no sabía nada?

—Sí, eso al menos me decía Juancho.

—Y se lo pensaba decir ese último día que le vio usted...

—No, no, de ninguna manera. Solo quería despedirse de ella hasta después de los sanfermines, seguía dándole vueltas sobre cuándo tendría que contárselo.

—Y dice que después del día cinco no volvió a saber nada de ellos.

—Bueno, no supe nada de él. El día siete por la mañana me enteré de lo del asesinato, el del otro Caravinagre, venía en los periódicos, así que le llamé por teléfono pero no me cogió, ni el móvil ni el de casa. Le llamé varias veces y nada, y tampoco me devolvió ninguna llamada. Por si acaso me alejé de Torres del Río y dije a Wilson que también estuviera alejado. Aunque el día nueve hablé con Alicia, su mujer, que respondió en el teléfono de casa.

—¿Y qué le dijo? —preguntó Echeverría.

—Me dijo que había vuelto de la playa y que tampoco sabía nada de Juancho. Eso era antes de saber que había aparecido muerto. Quedamos en que nos llamaríamos si teníamos alguna noticia. Pero ayer le volví a llamar y no respondió.

—¿Está seguro de que habló con ella, en su casa, el día nueve?

—Sí, sí, seguro. Era el martes al mediodía. Me acuerdo perfectamente. Espere, aquí tengo el móvil, aquí está el registro de llamadas —Martorell tecleó en el aparato y luego mostró la pantalla a Echeverría—. Aquí está, Juancho, Casa, martes, 14:07 horas.

—¿Y qué hizo luego?

—Me enteré de que Juancho había aparecido muerto, no sabía qué hacer, así que hablé con Ángel y le pedí consejo, y él me dijo que concertaría una cita con ustedes.

—Bien. Cambiando de tema. ¿Conoce usted la Asociación de Legitimistas de Navarra?

—Me suena, sí, Juancho había sido socio. Aunque creo que hace unos meses se dio de baja, o al menos me dijo que pensaba darse de baja. Le había dejado de interesar, estaba más centrado en el proyecto de vida templaria. Me dijo que, en realidad, había sido una pérdida de tiempo, que eran unos charlatanes.

—¿Sabe si mantenía alguna relación con ellos?

—Yo creo que últimamente no.

—Bien, veo que ya vienen los refuerzos —dijo Echeverría mirando por la ventana y poniéndose en pie. Salieron todos al aparcamiento, donde se había detenido un automóvil oscuro y con los cristales tintados del que se bajó un hombre que se dirigió al comisario.

—A sus órdenes.

—Van a llevar a este señor a Pamplona, tiene que prestar declaración. Yo voy inmediatamente en mi coche. Por favor, acompáñeles —dijo a Martorell—, enseguida estoy con usted.

El coche se alejó con Martorell en su interior. Los demás se despidieron en el aparcamiento.

—Gracias por su colaboración —dijo Echeverría a Sánchez estrechándole la mano.

—A usted, ha sido una gran satisfacción poder ser útil en un asunto tan delicado. Quedo a su disposición para lo que sea necesario, en este o en cualquier otro asunto...

—Gracias, gracias de nuevo —repitió Echeverría para cortar a Sánchez y evitar que se alargara en uno de sus discursos, avanzando hacia su coche—. Rafael, cuando quieras...

Rafael también se despidió de Sánchez y montó en el coche que Echeverría ya estaba arrancando.

Salieron del área de servicio y tomaron la autopista en dirección a Pamplona.

—Lamento que hayas tenido que perder tanto tiempo con estas tonterías del tesoro de los templarios —se disculpó Rafael, mirando el reloj y comprobando que



habían estado casi dos horas en la cafetería.

—No, no lo lamente, creo que ha sido una charla muy productiva.

—¿En serio? —preguntó Rafael asombrado, ya que había tenido la sensación de que escuchar las disertaciones históricas de Sánchez y los temores paranoicos de Martorell solamente había servido para alejarles de la realidad.

—Sí, sí, totalmente en serio. Aparte de las disquisiciones templarias, Martorell me ha aportado algunos datos interesantes.

—¿Cómo cuáles?

—Si no te importa, de momento prefiero no comentar nada más. Tengo que hacer algunas comprobaciones todavía antes de saber la relevancia que puede tener todo lo que nos ha contado. Pero creo que podemos estar mucho más cerca de saber la verdad.

Rafael no se atrevió a insistir.

—Por cierto, tu amigo Sánchez se pasa de listo. No sé a quiénes cree haber identificado como agentes que habían llegado una hora antes que nosotros. Desde luego, no eran agentes míos.

—¿No había vigilancia?

—Por supuesto que la había. Pero desde primera hora de la mañana. Y no eran agentes míos, sino nacionales. El caso es suyo, y yo no puedo sacar gente fuera de Pamplona salvo en caso de emergencia. Los policías que has visto que se han llevado a Martorell son policías nacionales y lo llevan a la comisaría de General Chinchilla. Allí me reuniré con ellos.

—Ya me extrañaba que hubieras acudido solo...

—Ni se me hubiera ocurrido. Ahora sabemos, o suponemos, que ni Sánchez ni Martorell son peligrosos y que no han tenido nada que ver con los asesinatos. Pero antes de acudir a la cita no sabíamos a qué nos enfrentábamos. Sánchez ha estado controlado todo el día. Aunque él no se haya dado cuenta, han localizado y seguido su coche. Ha llegado, como ha dicho, dos horas antes de la cita en compañía de Martorell y ha dejado a este en el pueblo. Luego, Sánchez ha estado esperando en la cafetería, creyendo que tenía todo bajo vigilancia, pero el vigilado era él.

No hablaron más en el breve viaje de vuelta hasta Pamplona. Al entrar en la ciudad Echeverría le preguntó dónde prefería que le dejara y Rafael le contestó que cerca de la comisaría le iba bien. No tenía prisa y pasearía hasta su casa.

Se apeó en el cruce de las avenidas del Ejército y de Pío XII y decidió pasear por la Vuelta del Castillo, dando un rodeo camino de casa. Intrigado por el relato de Enrique Martorell, y recordando su alusión a que habían sido hostigados por la Policía Foral, decidió llamar a Virginia Erro. No sabía si estaba trabajando o seguiría de fiesta, pero siempre que había necesitado algo le había atendido muy amablemente. Marcó el número de su móvil y ella contestó enseguida.

—¡Hola, profe! ¿Qué tal te va?

—Bien, bien. ¿Es buen momento?

—Perfecto. Estoy tumbada y tomando el sol en la piscina. Tú dirás.

—Oye, a ver si me puedes hacer el favor de satisfacer una curiosidad.

—Dispara.

—¿Sabes algo de un albergue de peregrinos en Torres del Río? Uno que está en construcción.

—Me suena, me suena, pero lejanamente. Nosotros, los de policía judicial, no hemos tenido nada que ver con él, pero creo que los de policía administrativa sí, me lo comentó un compañero.

—¿Y sabes cuál era el problema?

—No exactamente. Me parece que hicieron alguna inspección, había alguna denuncia, o alguna sospecha, no sé, de que el albergue de peregrinos pudiera camuflar otras actividades para las que no hubieran solicitado licencia, pero creo que al final la cosa quedó en nada. Pero, si quieres, me entero, eso sí, después del fin de semana.

—Vale, pues muchas gracias.

—¿No estarás trabajando, un viernes de sanfermines y a estas horas? Creía que eso solo lo hacemos cuando nos toca los desgraciados que tenemos un horario a turnos.

—Bueno, digamos que salgo ahora de trabajar, estoy yéndome hacia casa.

—Eso, eso, déjate de trabajar, que eres demasiado responsable. Por cierto, ¿sabes si han pillado ya al psicópata que va matando kilikis? Llevo todo el día aquí, en la piscina, desconectada de la realidad, a lo mejor ya han dado la noticia bomba y no me he enterado.

—Me temo que todavía no hay nada. Oye, gracias de nuevo, que disfrutes.

—Lo mismo digo.

Apenas se había despedido de Virginia Erro y andado unos metros, le sonó el móvil. Tenía un mensaje de Domingo. Era muy breve pero llevaba un archivo adjunto. «Auto de libertad», decía. ¡Bien!, casi gritó para sí Rafael. Impaciente, abrió el archivo del auto en la pantalla del móvil arrimándose a la sombra para poder leer bien. Su texto también era breve. Examinados los elementos de convicción incorporados al procedimiento, decía, no se observaban pruebas suficientes para mantener la imputación de asesinato al detenido y, por lo tanto, procedía poner fin a la prisión provisional, sin perjuicio de los otros cargos que constaban en la causa. Decidió llamar a Domingo por si tenía más información.

—Me han dicho que hoy mismo le soltarán. El auto ya está notificado a todo el mundo, incluida la cárcel —le comunicó el procurador.

A continuación Rafael llamó a Pilar para darle la noticia.

—Solo a ti se te ocurre llamarme cuando va a empezar el paseíllo —le recriminó ella con el ruido de la Plaza de Toros de fondo—. De milagro he oído la llamada.

—Es importante. La jueza ha ordenado la libertad de Felipe Ochoa.

—Vaya, ¡felicidades! Estarás contento...

—Como unas pascuas.

—Me alegro por ti, y por nuestro cliente, claro. Oye, hablamos mañana, que con este ruido te oigo fatal.

Seguidamente, hizo varias respiraciones profundas y marcó el número de Laura. Suponía que la noticia de la libertad de Felipe Ochoa le interesaría y que, dándosela, se apuntaría un tanto. ¿Un tanto para qué? No lo tenía muy claro.

—Tengo una noticia que darte —le dijo después de los saludos.

—Espera, que cojo papel y boli. Dime.

—La juez ha ordenado la libertad de mi cliente, Felipe Ochoa.

—¡Enhorabuena! Es lo que esperabas, ¿no?

—Sí, claro, desde el principio estaba claro que no había pruebas contra él. No está vinculado a ninguna organización violenta y cuando se produjo el segundo asesinato ya estaba detenido.

—Así que, ¿Ochoa ha quedado exculpado de los asesinatos?

—Eso es.

—¿Y cuándo sale de la cárcel?

—Seguramente esta misma tarde.

—¿Sabes si la policía tiene otros sospechosos?

—No sé nada nuevo. Creo que siguen sin tenerlo muy claro.

—Oye, pues muchas gracias. Me voy a poner a escribir ya mismo, que estoy en la oficina. Me solucionas el día, que hasta ahora tenía poco que contar, nadie suelta prenda.

—Me alegro de poder ayudarte.

—Gracias de nuevo, ya nos veremos.

Solo cinco minutos más tarde, mientras iba camino de casa, sonó de nuevo el teléfono. La pantalla le informó que llamaba Fernando Ochoa, el hermano de su cliente.

—¿Señor Echarte? Le llamo para darle las gracias. Me acabo de enterar de que van a soltar a mi hermano. Casualmente, acabamos de llegar a Pamplona, mi mujer y yo, hemos podido escaparnos el fin de semana. Estamos en el hotel, y ahora mismo salimos hacia la cárcel para recogerle. Le repito, estamos muy agradecidos por su trabajo.

—No es nada, yo lamento que haya tenido que pasar varios días en la cárcel sin motivo.

—Sí, bueno, ya sabemos cómo son estas cosas. Se acusa sin pruebas, al acusado lo condenan ya el primer día en la prensa, la presunción de inocencia no vale nada, a los jueces les da lo mismo tener a un inocente en la cárcel. Por eso valoro su trabajo, sé que ha estado encima del caso incluso en estos días de fiesta en Pamplona.

Se despidieron prometiendo seguir en contacto. Prudentemente, Rafael advirtió a

Fernando Ochoa que iba a estar unos días de vacaciones y que, si no había novedades antes, podía llamarle a finales de mes para hablar de la defensa de su hermano por las acusaciones de desórdenes públicos y resistencia a agentes de la autoridad. Me merezco vacaciones, se dijo a sí mismo después de apagar el teléfono. Empezando por esta misma noche.

## Sábado, 13 de julio

Rafael despertó con el sonido del móvil. Abrió los ojos confuso, preguntándose dónde estaba, qué día y a qué hora. El dormitorio estaba oscuro, pero comprobó que estaba en su cama y que el teléfono sonaba sobre la mesilla que tenía a su derecha. Miró la pantalla. Eran más de las dos de la tarde y le llamaba Javier Echeverría.

—¿Sí?

—Hola... ¿es buen momento? —Echeverría había notado que Rafael tenía voz de haberse despertado con resaca, como así era. Notaba la lengua pastosa y le dolía la cabeza. Respiró hondo, tragó saliva y procuró fingir un tono de voz normal.

—Sí, sí, claro. Me estaba levantando de la cama.

—O sea, que estuviste celebrándolo. Ya me enteré de que tu cliente está libre.

—Sí, he pasado toda la noche de marcha. Hace mucho que no lo hacía.

—No te voy a entretener mucho. Supongo que te interesará saber que los asesinatos han quedado resueltos y que los responsables están detenidos.

—¿Cómo? ¿Tan pronto?

—Sí, aunque no ha sido tan pronto, han sido muchas horas de trabajo. Mira, si te parece, quedamos luego y te lo cuento todo con tranquilidad. Yo también estoy de fiesta, ahora me voy a comer y libro lo que queda de fin de semana y algunos días de la semana que viene.

—Sí, claro, dame un rato para recuperarme...

—Si te parece, a las cuatro y media tomamos un café en el Paddy's Corner de la plaza Yamaguchi. Mejor un poco lejos del centro, que hoy sábado estará a reventar.

—De acuerdo.

Rafael apagó el teléfono dándose cuenta de que, con la poca agilidad mental con la que se había despertado, ni siquiera había preguntado a Echeverría quién o quiénes eran los asesinos detenidos. En fin, se dijo, luego me lo contará todo. Se levantó de un salto de la cama para evitar el riesgo de quedarse dormido de nuevo. Se sintió mareado y avanzó hacia el cuarto de baño apoyándose en la pared. Realmente, tenía una buena resaca, pese a haber tenido la precaución de tomar dos aspirinas al irse a la cama esa noche. Bueno, en realidad esa mañana, ya había amanecido cuando volvió a casa. Puso la cabeza bajo el chorro del agua fría. Le alivió solo un poco. Se arrastró hacia la cocina y abrió el frigorífico. Mecánicamente y por asociación de ideas se llevó la mano a la cara. Las gafas las tenía puestas, se las había encajado al tiempo de contestar el teléfono. Cogió una caja de leche y se bebió la mitad de un trago con otra aspirina. Volvió al cuarto de baño y se dio una ducha larguísima de agua fría. Cuando pensó que empezaba a sentirse persona otra vez salió de la ducha y, embutido en el albornoz, volvió a la cocina. Sentía un hueco en el estómago, así que se preparó un desayuno abundante, aunque en realidad era ya la hora de la comida. Fruta, cereales, queso, galletas, café. Sacó la cafetera grande, la reservada para hacer cuatro o cinco tazas para las visitas. Haciendo una excepción a sus costumbres, no encendió el

ordenador para ver la prensa mientras desayunaba. En lugar de eso trató de poner orden en sus recuerdos de la noche anterior.

Había quedado en el café Niza a las ocho y media con la cuadrilla del colegio de abogados. Así llamaba a los nueve o diez abogados que solían quedar de vez en cuando para comer o cenar y que habían fijado esa noche del viernes para una salida sanferminera. Todos trabajaban por separado pero habían hecho amistad a base de coincidir por los pasillos del Palacio de Justicia o en las charlas y cursos del colegio. Rondaban todos la cuarentena y, aunque Rafael no era el más joven de ellos, sí era de los más novatos en el ejercicio de la abogacía y uno de los últimos en incorporarse a sus actividades lúdicas. Todos hombres, ni se había sugerido la posibilidad de admitir mujeres. La mitad estaban solteros y la otra mitad casados, y ese era el criterio principal que solían adoptar al hacer parejas para jugar al mus. Solían ganar más a menudo los casados y los solteros les decían que era porque estaban más acostumbrados a mentir.

Una vez que se reunieron los siete que habían quedado citados, además de Rafael estaban Juan Palacios, Imanol Belascoáin, Eugenio Inda, Jon-Ander Pérez, Javier Arrako y Pancho Arzoz, comenzaron a acosar a Rafael con preguntas. Todos habían seguido el caso del asesinato de Caravinagre por la prensa y exigían conocer todos los detalles. Rafael se permitió anunciar que la primera ronda de cervezas la pagaba él para celebrar su triunfo profesional y les contó que su cliente ya estaba en la calle y libre de sospechas de ser un asesino. Al finalizar el relato sobre sus peripecias judiciales y tras recibir las oportunas felicitaciones, todos se centraron en la cuestión más candente.

—Pero, entonces, ¿quién es el asesino? —preguntó Pancho.

—Ni idea, pero tengo teorías para llenar un libro —respondió Rafael—. Las he ido recopilando a lo largo de la semana.

—La de la izquierda abertzale ya la hemos leído en el Diario —dijo Jon-Ander—, no nos la cuentas, cuéntanos otras más originales.

—Elige: psicópata con trauma infantil producido por Caravinagre, terrorismo de Estado, legitimistas navarros, conspiración de templarios, tengo de todo.

En el recorrido que hicieron por cinco bares a lo largo de la calle Estafeta, repleta de gente bailando con la música de las peñas que desfilaban después de la corrida de toros, o simplemente bailando con la música a todo volumen de los propios bares, les fue contando las diversas teorías que había tenido que oír a lo largo de los días anteriores. Habitados por su práctica profesional a escuchar de todo y poco impresionados por los aspectos más tétricos de toda historia de crímenes, hicieron bromas al respecto y elaboraron unas cuantas explicaciones más sobre los asesinatos, compitiendo por quién era el que ponía más imaginación en su tesis.

—Es una historia de celos profesionales. Hay que investigar a los que se han

quedado con el puesto de portador de Caravinagre —decía Imanol—. No me extrañaría que alguno de los cabezudos, aburrido de llevar al Alcalde o al Japonés, estuviera dispuesto a hacer lo que fuera por un puesto de kiliki para perseguir a los niños y sacarse fotos con sus madres.

—Es una trama de narcotráfico. Caravinagre transportaba droga dentro de su cabezota y la iba distribuyendo por el recorrido de la Comparsa. Ha sido un ajuste de cuentas, hay que investigar en la mafia calabresa —opinaba Eugenio.

—Es un caso de corrupción. Habría que mirar las cuentas de la Comparsa, a ver cómo se gasta el dinero de los almuerzos. Alguien estaba llevándose el dinero y ha tenido que matar para no ser descubierto —alegaba Javier—. Los zaldikos, nunca me han inspirado confianza los zaldikos, habría que empezar a investigar por ahí.

Cenaron al aire libre en la calle de la Merced, en una mesa que con mucho trabajo había conseguido reservar Imanol. No esperéis comer bien, les dijo al sentarse, ni aquí ni en ningún otro sitio que es fin de semana de sanfermines, lo importante es la ubicación. Aunque las mesas estaban abarrotadas y los camareros desbordados, consiguieron comer aceptablemente. Luego, no se dieron ninguna prisa en levantarse y tomaron dos rondas de copas. Del caso Caravinagre habían pasado a otros casos y al repertorio habitual de anécdotas profesionales. Pasada la medianoche decidieron subir a la plaza del Castillo a ver la actuación de Katrina & The Waves, música de nuestros tiempos, dijeron todos, todos menos Juan que comentó despectivamente que si aquello era música él era juez del Tribunal Supremo, pero no tuvo más remedio que resignarse a seguir a los demás. Llegaron cuando el concierto había empezado y estuvieron una hora larga dando saltos y berreando las canciones entre el público que llenaba la parte central de la plaza. Al finalizar, subieron al Nuevo Casino. Imanol y Eugenio eran socios y llevaban invitaciones para todos. Bailaron pasodobles, merengue, salsa y todos los ritmos que tocaba la orquesta, sacaron a bailar a todas las que se dejaron, bailaron suelto y abrazados en círculo las piezas que lo exigían, se asomaron al balcón, se perdieron por la sala al encontrar a gente conocida, hicieron periódicas incursiones a la barra hasta que acabó el baile, luego se instalaron en la barra viendo menguar al público. Entonces se abrió el debate sobre a dónde ir, y frente a las opciones de acudir a la cuesta del Labrit, inaguantable de gente, dijeron Jon-Ander y Rafael, o a la avenida Roncesvalles, yo las pijo-txoznas no las piso, dijo Eugenio, triunfó la de ir a Navarrería en busca del más auténtico y castizo ambiente sanferminero. En la búsqueda de ese ambiente recorrieron todos los bares que encontraron por el camino. Juan se colocó en la cabeza unas antenas luminosas que compró a una vendedora china y los demás se enrollaron al cuello unos collares de cuentas que les vendió un negro. Los elefantes de la suerte de auténtico plástico que les regaló los regalaron, a su vez, a unas francesas que estaban en la calle Mercaderes. Vacilaron un rato a dos alemanas morenas que admitieron, en perfecto castellano porque trabajaban en la planta de Volkswagen en Landaben, que se teñían el pelo para que no las tomaran por las típicas alemanas rubias. A partir de cierto

momento el grupo se comenzó a dispersar. Las calles estaban llenas de gente y era imposible avanzar unos metros sin que alguien encontrara a algún conocido. Rafael se encontró en el Mesón de la Navarrería con Javier y Pancho, agarrados a la barra, sin la menor noción sobre qué había pasado con los demás, considerando con toda la seriedad que les permitía la cantidad de alcohol que habían ingerido la idea de ir a correr el encierro.

—Ya son más de las cinco. Es cuestión de esperar un rato, tomar un caldico, buscar a la Pamplonesa para bailar las dianas y ya se ha hecho la hora del encierro —decía Javier.

—Buf, hace años que no he corrido el encierro —alegó Rafael.

—Eso es como andar en bicicleta, nunca se olvida —insistió Pancho.

Así que, decididos a jugarse la vida ante los toros de Fuente Ymbro, aguantaron el paso de las horas, bebieron caldico, bailaron las dianas detrás de la Pamplonesa y a eso de las siete y cuarto, cuando la luz de la mañana les hizo ver la realidad, lo cansados y somnolientos que estaban y lo impropio de correr el encierro en su estado, acabaron por renunciar. Se despidieron conviniendo en que, a pesar de haber faltado la culminación de correr el encierro, la noche había sido divertida y había que repetirla al año siguiente.

La noche de marcha pasaba su factura y Rafael, aunque en vías de recuperación después de desayunar, se sentía aturdido y cansado. Encendió el ordenador para ver la prensa. Los dos diarios locales contenían la misma escueta noticia. Había una persona detenida en relación con los asesinatos de los dos miembros de la Comparsa. De momento no había trascendido su identidad. A las cinco de la tarde estaba anunciada una rueda de prensa por la delegada del Gobierno donde se darían más datos. Por otro lado, el sospechoso detenido el día siete había sido puesto en libertad. Aunque la noticia más destacada en los diarios digitales era la del encierro de aquella mañana que había conocido un tremendo montón de corredores a la entrada de la Plaza de Toros y de milagro no había habido muertos. Vaya, menos mal que no se nos ocurrió correr, pensó Rafael.

Después de otra larga ducha más y de vestirse, camisa blanca pero pantalón vaquero, no tengo el cuerpo para mucha fiesta, se dijo, además es sábado, estará todo a reventar, mejor hoy descanso y mañana salgo a despedir los sanfermines, salió a la calle. Fue paseando sin prisa hacia la plaza de Yamaguchi eligiendo las aceras con sombra porque el sol volvía a calentar con fuerza. Llegaba pronto y dio un rodeo para atravesar el parque por el jardín japonés antes de sentarse en la terraza del Paddy's Corner, muy tranquila a esas horas, debajo de una sombrilla. Faltaban diez minutos para las cuatro y media. Se pidió un café pensando en que cuando llegara Javier Echeverría se pediría otro. La recuperación de los efectos de la resaca seguía a su parsimoniosa velocidad. Echeverría llegó puntual. Iba de paisano y, por primera vez



en aquella semana, Rafael le vio un pañuelo rojo al cuello. Pidieron otros dos cafés y una botella de agua.

—Bueno, cuéntame, estoy impaciente. ¿Quién es el asesino?

—Los asesinos. O, mejor dicho, la asesina y los asesinos —a Echeverría se le veía mucho más relajado que en los días anteriores y sin ninguna prisa por empezar a contar las anunciadas noticias.

—Pues eso, ¿quiénes son los asesinos?

—Como nos imaginábamos, los ejecutores materiales son profesionales. Dos sicarios colombianos contratados para la ocasión. Con antecedentes en su país, no de asesinato, pero vete a saber si también han cometido alguno allá, y también algunos antecedentes por delitos menores aquí, aunque no me sorprendería que hubiesen cometido unos cuantos delitos más todavía no aclarados.

—¿Y quién les contrató?

—*Cherchez la femme*, que dicen los franceses. Una mujer. La de Juancho Garaicoechea. Alicia González, se llama, que ha sido detenida esta mañana y ha confesado todo.

—¿Y por qué? ¿Y cómo habéis averiguado que era ella?

—A ver, vamos por partes. Si tienes un poco de paciencia te lo cuento todo.

—Adelante.

—La verdad es que hasta ayer no había nada claro. Demasiadas posibilidades abiertas, demasiados sospechosos potenciales, pero ninguno en concreto una vez que quedó descartado muy pronto tu cliente. Parecía uno de esos casos malditos que pueden quedar sin resolver. Esos donde recoges las pruebas, recoges las declaraciones de unos y de otros y parece que todo el mundo dice la verdad, todos los datos concuerdan pero no te dan la menor pista sobre qué ha pasado en realidad y no te señalan ningún sospechoso aprovechable. Lo único que sabíamos es que alguien había disparado a las dos víctimas, que probablemente era un trabajo profesional y que cualquiera podía haberlo encargado y tener coartada para el momento de los asesinatos. No aparecía un móvil concreto que pudiera haber llevado a nadie a encargar los asesinatos, o el asesinato. Los dos muertos eran personas muy normales. No había ningún dato llamativo que nos pudiera llevar a ninguna parte. En fin, que la cosa tenía muy mala pinta hasta ayer.

—¿Y qué pasó ayer?

—Pues que ayer me llevaste a hablar con Enrique Martorell, que por fin nos dio la pista buena.

—¿Martorell? ¿El templario?

—El mismo. Evidentemente, no con sus fábulas sobre el tesoro de los templarios y todo eso. No, la pista fue que me dijo que había hablado con Alicia, la mujer de Juancho Garaicoechea, el día nueve al mediodía, y que ella estaba en su casa de Pamplona.

—¿Y eso qué significaba?

—Algo importante, importantísimo. Que ella estaba mintiendo.

—¿Sobre qué?

—De momento, estaba mintiendo sobre sus movimientos. Quizás recuerdes que Martorell nos contó que a ella no le gustaban los sanfermines y que se había ido fuera. Pues bien, cuando tuvimos noticias de la desaparición de su marido, de Juancho Garaicoechea, como es obvio tratamos de ponernos en contacto con ella. En la Comparsa tenían la idea de que estaba en Salou, se lo habían oído decir el día seis a Garaicoechea comentando que, como de costumbre, estaba de rodríguez durante todas las fiestas. Los vecinos que fueron interrogados confirmaron que ella se solía ir esos días a la playa. Tiene poca familia, toda fuera de Pamplona, pero su hermana, que vive en Badajoz, de donde eran sus padres que ya fallecieron, confirmó que se había ido a Salou y nos dio el número de su teléfono móvil. Los registros de hoteles en Salou confirmaron que tenía una habitación reservada entre los días cinco y catorce de julio. Le llamamos. Todo esto fue el día nueve. Respondió a la llamada y afirmó estar en Salou y no haber visto a su marido desde el día cinco por la tarde en que se despidieron y ella tomó el autobús. También dijo que no sabía nada de él desde la noche del día seis, en que habían hablado por teléfono por última vez. Él le contó que habían asesinado a Patxi Redondo mientras hacía de Caravinagre y estaba muy conmovido. Ella se ofreció a volver a Pamplona pero él le dijo que no era necesario, que siguiera con sus vacaciones. Luego, ella le volvió a llamar el día siete, pero él no contestó. Supuso que las líneas estarían saturadas por las fiestas, o que fallaba la cobertura, o que él estaría muy agobiado con el asesinato y con las honras fúnebres de su compañero y todo eso, y de inicio no le preocupó demasiado no contactar con él. En principio, todo concordaba y no había motivos para que la mujer fuera sospechosa.

—Pero no estaba en Salou.

—Eso es. Comprobamos lo de la llamada y, efectivamente, el día nueve respondió a una llamada en su teléfono fijo en Pamplona. Y entonces también comprobamos las llamadas de su teléfono móvil, y resulta que las llamadas que hizo entre el día seis y el día siete estaban hechas desde Salou, pero el día ocho y el día nueve estaba ya de vuelta en Pamplona. Así que nos estaba mintiendo. Oficialmente, había regresado el día nueve por la noche, después de ser alertada de la desaparición de su marido. Al día siguiente reconoció el cadáver, prestó declaración en comisaría y mantuvo la misma versión. Que estaba en Salou el día nueve cuando le llamaron para preguntarle por el paradero de su marido y que volvió inmediatamente. Y que no sabía nada del asesinato.

—Y la mentira le convirtió en sospechosa.

—Así es. Es lo que nos estaba faltando desde el inicio de la investigación. Detectar que alguien no dice la verdad te indica dónde tienes que buscar. Así que ayer mismo por la tarde se puso en marcha un dispositivo de vigilancia en los alrededores de su casa, en la Rochapea. Comprobamos que seguía allí, que estaba con su hermana

que había venido desde Badajoz. Esta madrugada ha sido detenida y se ha procedido al registro del domicilio.

—Y ha confesado.

—Sí, se ha derrumbado enseguida y ha confesado todo. Estaba sometida a una gran presión emocional y no la ha soportado. Por cierto. A veces hay criminales que más que miedo dan pena. Este es el caso. La historia que ha revelado esta mujer es de lo más triste.

—¿Por qué mató a su marido?

—A eso voy. De fondo hay una historia de infidelidad, y también de un matrimonio fracasado o, al menos, en profunda crisis. Bueno, de esto ya oíste algo en Zuasti, Juancho Garaicoechea estaba a punto de abandonar a su mujer para seguir su vocación templaria.

—Sí, es cierto.

—Que un hombre casado de pronto decida que quiere hacer voto de castidad y meterse templario ya revela que su matrimonio no debe de funcionar muy bien. Eso lo confirma su mujer. Dice que llevaba un par de años raro, que no era como antes, que le prestaba poca atención, que lo encontraba siempre distante, que su relación se estaba resintiendo mucho. Ella lo estaba pasando muy mal. Se había quedado en paro. Trabajó varios años en un comercio del Casco Viejo, una tienda de ropa que cerró hace tres años, una de las muchas tiendas que con la crisis ha cerrado. Ella se vio metida en casa, sin nada que hacer, sin hijos, sin otra familia que su marido, con algunas amistades, pocas, pero sola la mayor parte del tiempo porque él tenía muchas actividades fuera de casa, entre otras un trabajo de cocinero que le hacía llegar muy tarde por la noche y trabajar muchos fines de semana. No compartían aficiones. Él con sus historias de legitimistas, luego sustituidas por los templarios, con su repentino interés por la religión, por el Camino de Santiago, todo eso. Además de la Comparsa de Gigantes y Cabezudos, que a ella tampoco le decía nada, no le gustaban nada los sanfermines, de niña y de adolescente no los había vivido porque sus padres le llevaban a pasar el verano a Extremadura, de donde eran ellos, y de mayor tampoco le habían enganchado. Total, que habían avanzado la senda de la incomunicación, vivían juntos pero no tenían casi nada más en común.

—Mal de muchos matrimonios.

—Sí, de demasiados, y así acaban. Tenemos, pues, a la tal Alicia sola, en casa, sin trabajo, con un marido ausente en sentido físico y en sentido emocional, así que pasó lo habitual. Ella se echó un amante.

—Normal...

—Y, tampoco infrecuente, su amante era amigo de su marido. El amante era Patxi Redondo.

—¿Sí?

—El mismo. Alicia y Patxi se conocían a través de Juancho. Él estaba soltero y ella estaba sola, así que se enamoraron, o se enrollaron, al menos. Parece que la cosa

duraba ya en torno a un año.

—Y ella mata al marido para estar con su amante...

—Es un poco más complicado. La relación con su amante tampoco iba del todo bien. Patxi Redondo se sentía mal, se sentía culpable por estar engañando a su amigo. Le había insistido a ella que se separara de su marido para así poder oficializar, de algún modo, su relación. Ella no se decidía. Sobre todo, por una cuestión económica. No tenía trabajo, ni dinero, se le había agotado el subsidio del paro, no poseía ningún patrimonio, dependía enteramente de su marido. Y tal como están los tiempos, desesperaba de poder encontrar trabajo. No hacía más que leer en la prensa que pueden pasar años antes de que se cree empleo. Así que no se atrevía a dejar a su marido, porque era quedarse en la calle. Ni siquiera tiene ningún derecho sobre la casa en la que vive. Era de los padres de él, la recibió en herencia al fallecer ellos, así que, como sabes de sobra, con el régimen de gananciales, o de conquistas como se llama en Navarra, se trata de un bien privativo de él.

—Claro, ella como mucho podía reclamar una pensión alimenticia.

—Sí, pero no acababa de verse abandonando a su marido y dependiendo económicamente de él, o pasar a depender de Patxi Redondo. En fin, que la mujer estaba hecha un lío, aparte de deprimida, no era capaz de tomar ninguna decisión.

—Pero acabó tomando una.

—Sí, una malísima decisión. El caso es que Patxi Redondo, según se acercaban los sanfermines, también se sentía cada vez más agobiado. Porque a lo largo del año coincidía con Juancho muy esporádicamente, pero en sanfermines iba a tener que pasar un montón de horas, todos los días, con él, con su compañero de Caravinagre. Así que hace cosa de un mes le dio un ultimátum a Alicia. Mientras ella no se decidiera a separarse, su relación quedaba rota. Esto debió de acabar de desquiciar a Alicia. Cuando dejó de llorar, se le ocurrió un plan. Hacer que alguien matara a su marido, a Juancho, al que estaba empezando a aborrecer. Si él moría, a ella se le solucionaba la vida. Heredaba la casa, conseguía una pensión de viudedad y podía rehacer su vida con Patxi. Pero no se sentía capaz de matarle ella misma, necesitaba encontrar a alguien que lo hiciera.

—Los colombianos... ¿cómo los encontró?

—Esto es una historia aparte. Y asombrosa. Si no se lo oigo contar directamente, no me la creo. El caso es que ella, lógicamente, no conocía a ningún asesino profesional y no vienen en las páginas amarillas. Ni siquiera vienen en internet, y eso que ella estuvo buscando, nos ha dicho. Se pasó un montón de horas en la biblioteca del barrio ante la pantalla de un ordenador buscando pistas de cómo se puede localizar a un asesino para contratarle. Estaba ya tan decidida que había empezado a tomar precauciones. No utilizaba el ordenador de casa por si eran rastreables sus búsquedas.

—No estaba tan desquiciada, pues.

—En parte sí, pero tiene otra parte fría y reflexiva. Me da la impresión de que es

bastante inteligente y de que, aun deprimida y alterada como estaba, la cabeza le seguía funcionando relativamente bien. Por eso decidió buscar donde es más lógico, en algún lugar donde sea bastante notorio que haya delincuentes.

—Delincuentes hay en todas partes, en el gobierno, en el parlamento, entre los empresarios, entre los abogados... —dijo Rafael con ironía.

—Y entre los policías, no hace falta que lo digas tú que ya lo digo yo. Pero no seas tan cínico. Por supuesto, me refiero a un tipo particular de delincuentes, no de cuello blanco o defraudadores de impuestos, sino delincuentes violentos y armados. Alicia buscó en las hemerotecas e hizo una lista de locales en la comarca, bares, discotecas, puticlubs, lo que fuera, que hubiesen estado involucrados en tráfico de drogas, trata de blancas, extorsión, cualquier cosa. Eligió un bar en Noáin, de pésima reputación, y acudió allí varias veces. Un bar ahora frecuentado por latinoamericanos, principalmente, y que tiene fama de ser un centro de distribución de drogas. Lo han cerrado varias veces por orden administrativa o judicial, pero vuelve a abrir con nuevos titulares y pinta de que siguen dedicándose a lo mismo. A base de pasar por allí a tomar una copa en horas en que no había mucha gente fue cogiendo un poco de confianza con los dueños, un matrimonio de Arnedillo, a los que contó una historieta. Les dio un nombre falso, claro, les dijo que se llamaba Yolanda. Eligió Noáin porque allí no conoce a nadie ni le conoce nadie, o al menos ella creía que no le iba a conocer nadie. Además, se teñía el pelo, cambiaba de peinado y procuraba alterar lo más posible su aspecto cada vez que iba. Convenció a los del bar de que era una mujer maltratada por su pareja, que vivía aterrorizada por él, que no se atrevía a abandonarle porque le amenazaba, que había tenido que ir al hospital más de una vez a causa de las palizas que le propinaba... Consiguió que se compadecieran de ella. Por desgracia, hay demasiadas historias reales como la que contó. Le preguntaron si podían ayudarle en algo. Ella les dijo que le iría bien encontrar a alguien, a un hombre, capaz de enfrentarse a su pareja y de darle un susto. Esa expresión empleó, darle un susto.

—Se sobreentendía lo que estaba buscando —observó Rafael.

—Eso es. Le dijeron que quizás pudieran encontrar a alguien así y, efectivamente, a los pocos días le presentan a un matón. Alicia le preguntó si tenía una pistola, alegando que su pareja era peligrosa. El matón le dijo que no, pero que conocía a quien sí la tenía, y con la promesa de una comisión aceptó presentárselo. Así que le presentó a un colombiano que le dijo que tenía un arma y que sabía utilizarla. Pero ella presionó un poco más y le preguntó si alguna vez había matado a alguien. El colombiano que no, que no había matado a nadie, pero que si hacía falta estaba dispuesto a todo; ella le pregunta si conoce a alguien que sí haya matado antes, y al final el colombiano le cuenta que tiene un amigo que sí, que ha matado varias veces en Colombia, o al menos eso cuenta, porque no tenemos constancia de que sea verdad. Total, que al final los contrata a los dos para matar a su marido.

—Pero ella no tenía dinero, por lo que me has dicho.

—No, no tenía. Utilizó el dinero de él.

—¿Cómo?

—Los colombianos le empezaron pidiendo diez mil euros, pero regateando al final lo dejaron en cuatro mil. Parece que con la crisis económica hasta los precios de los asesinatos están a la baja. Ella les dio mil euros antes. Los sacó de la cuenta conjunta que tenían para los gastos domésticos, que controlaba ella, aprovechando que le habían ingresado la paga extraordinaria de junio de él y que, supuestamente, necesitaba dinero para las vacaciones en Salou. Los otros tres mil se los pagaría después, de otra cuenta donde Juancho Garaicoechea tenía sus ahorros destinados al albergue y que ella esperaba heredar como viuda.

—Lo tenía todo muy pensado...

—Sí. La idea de que lo mataran en sanfermines y vestido de Caravinagre fue suya. Pensó, además de que ella estaría en Salou y de que tendría coartada, que eso confundiría mucho la investigación policial, en lo que estaba acertada. Así que les explicó bien a los colombianos, que no tenían ni idea de lo que son los sanfermines ni la Comparsa, el recorrido y el horario que hacían el día seis, y también el día siete por si acaso no tenían oportunidad de hacerlo el día seis, está todo publicado en internet. Les ordenó que fueran vestidos de blanco, para pasar inadvertidos entre la muchedumbre, les enseñó la fotografía de Caravinagre y también la de Juancho Garaicoechea, al que siguieron en un par de ocasiones cuando salía de su casa para familiarizarse con él. Pero ella no pudo tener en cuenta que se iba a cambiar el turno precisamente con Patxi Redondo y de que, por otro lado, los dos tenían cierto parecido físico, la misma estatura, parecida edad, el mismo color de pelo y, el día seis, la misma ropa, los dos vestidos de blanco. Total, que los colombianos se confunden y matan al que no debían. Tienen mucha suerte de que nadie se fije en ellos cuando con disimulo disparan a Caravinagre y salen de allí zumbando sin ningún riesgo para ellos, pero matan al que no es.

—Y tiene ironía que fuese el amante de ella...

—Mucha. Algunos dirían que es justicia poética, o castigo cósmico, o la ley del karma, o algo así. El caso es que la noche del día seis, cuando ella espera que el trabajo esté hecho y que su marido haya muerto haciendo de Caravinagre, recibe una llamada de él, muy afectado. Le cuenta cómo ha sido asesinado su compañero Patxi Redondo. Como él estaba conmocionado probablemente ni se dio cuenta del shock que también sufrió ella.

—Tuvo que quedarse deshecha...

—Sí, disimuló como pudo y, en cuanto finalizaron la conversación, llamó a los colombianos. Tuvo la precaución de no utilizar su móvil. Siempre les llamaba desde un teléfono público, desde una cabina de esas que ya casi nadie usa. Les llama desde una cabina en el paseo de Jaime I de Salou y les grita que se han confundido, que han matado al que no era, que son unos ineptos y que no les va a pagar. El colombiano que está al otro lado de la línea le dice que no se preocupe, que acabarán el trabajo, y

le cuelga. Ella se queda sumida en una confusión total, completamente alterada, ya no sabe si quiere que maten a su marido o no, no sabe qué hacer. Pasea por la playa intentando calmarse y pensar. Vuelve a llamar a los colombianos, pero no consigue hablar con ellos, no le responden. Duerme esa noche atiborrándose de pastillas, que utiliza hace tiempo para combatir el insomnio que con frecuencia le provoca su estado anímico. A la mañana siguiente, con los nervios de punta, trata de nuevo de hablar con los colombianos, que no le responden, tenían el móvil apagado. Entonces trata de hablar con su marido, pero tampoco le responde en ninguno de sus teléfonos. Para entonces ya estaba muerto, claro. Los colombianos le esperaron en la puerta de su casa y cuando salió, a primera hora de la mañana del día siete, le siguieron y le pegaron dos tiros, aprovechando la poca gente que había por su calle a esa hora. A la hora del encierro. Luego tiran el cadáver al río, que está a dos pasos de donde le han disparado. Alicia sigue llamando a su marido a lo largo del día, sin resultado y temiéndose lo peor. Por la tarde, por fin, los colombianos le cogen el teléfono y le dicen que el trabajo está hecho. Ella les acusa de haberlo hecho todo mal, ellos dicen que han hecho lo acordado y que no se le ocurra no cumplir con su parte y no pagarles porque lo lamentará. Ella, atemorizada, les dice que les pagará unos días más tarde, como tenían convenido, cuando vuelva a Pamplona. Pero decide volver de inmediato, aunque no sabe muy bien para qué, está muy conmocionada. Así que el día ocho coge el autobús y se planta en Pamplona, aunque no habla con nadie. Se encierra en casa, confusa, ve las noticias, se desespera, y allí está el día nueve cuando suena el teléfono y comete un grave error. No había respondido al teléfono fijo de su casa porque no quería que nadie supiera que estaba en Pamplona, pero cuando llama Enrique Martorell está durmiendo. Es al mediodía, pero tiene desbaratado su ritmo de sueño y se ha quedado dormida en el sofá. Así que le despierta el sonido del teléfono y responde mecánicamente, medio dormida, alarga el brazo y descuelga el teléfono sin darse cuenta de lo que hace. Martorell le pregunta por Juancho, del que no sabe nada, y ella le dice que tampoco sabe nada. Cuando cuelga el teléfono se da cuenta de su error, pero ya no tiene remedio. Quiere convencerse a sí misma de que no va a tener trascendencia, de que Martorell no se lo contará a nadie ya que hace una vida más bien solitaria en el pueblo y en torno al albergue templario.

—Luego ella conocía lo del albergue templario...

—En parte. No sabía nada del propósito de su marido de dedicarse a la vida monástica y de abandonarla, pero sí sabía que él estaba, con Martorell, habilitando un albergue de peregrinos bajo el patrocinio de una asociación de templarios. Ella suponía que era un albergue como cualquier otro, un simple negocio de hostelería. Juancho llevaba años ahorrando para poner, en principio, un restaurante propio y, luego, cuando se interesa por el Camino de Santiago y los templarios y todo eso, reconduce la idea hacia el albergue. Ella pensaba que lo de los templarios era una chaladura pasajera, como fue la de los legitimistas, que lo del albergue a la postre sería una inversión como cualquier otra. Por cierto, que la amenaza que apareció en el

albergue, de la que nos habló Martorell, fue cosa suya, de Alicia González, ella fue la que colocó el papel.

—¿Y eso?

—Lo hizo cuando está ya planeando el asesinato y, al igual que la idea de que los colombianos lo ejecutaran con su marido haciendo de Caravinagre, es para despistar, para dirigir las sospechas de la investigación en una dirección que no tenga nada que ver con ella.

—Pues sí que era calculadora.

—Sí, pero no lo suficiente porque comete el error de cogerle el teléfono a Martorell y tampoco cae en la cuenta de que las llamadas de móvil son rastreables. Aparte de contratar unos asesinos no muy competentes. El caso es que el mismo día nueve recibe también la llamada nuestra, de uno de los investigadores, en su móvil, para preguntarle por su marido desaparecido. Y ella finge que no sabe nada y que está todavía en Salou.

—Y esa mentira le pierde.

—Sí. Cuando le detenemos y empieza el interrogatorio lo confiesa todo enseguida. Llevaba varios días fingiendo, con sus conocidos, con su familia, en el entierro, en el funeral, y se desmorona.

—¿Y los colombianos?

—Ella solo sabe sus nombres de pila, Rubén y Manuel, ha hablado con ellos un par de veces en el bar de Noáin y tiene un número de teléfono móvil que es como contacta con ellos. A través del número hemos identificado fácilmente a uno de ellos por sus antecedentes y porque era sospechoso de más de un delito, drogas, extorsión, agresión, vete a saber cuántas cosas más, era bien conocido sobre todo por la Policía Nacional, y su colega también les era familiar. Los dos han sido detenidos sin mayor problema esta misma mañana en sus casas, uno en Noáin y el otro en Berriozar. No han querido confesar, pero se les han ocupado dos pistolas. Eran sicarios de medio pelo, cutres, de los que conservan las armas en lugar de deshacerse de ellas después del crimen para eliminar las pruebas. Con toda probabilidad esas pistolas fueron las empleadas en los dos asesinatos, las pruebas balísticas les condenarán, aparte del testimonio de Alicia González.

—Vaya historia.

—Y que lo digas. Mira que he visto de todo a lo largo de mi carrera, pero esta es una de las historias más retorcidas que conozco.

—En fin, que caso cerrado.

—Sí, y ya tenía ganas. Ahora, a descansar. Dentro de un rato me voy a Zarautz, tengo la familia ya instalada allí desde hace una semana. Lo bueno de que los responsables de la investigación oficialmente sean los nacionales me ahorra un montón de papeleo, lo harán ellos. Me puedo permitir unos días de vacaciones.

—Pues bienvenido al club. Aunque tus vacaciones van a ser un poco más tranquilas que las mías...



—Eso desde luego. Si de algo no tengo ganas, después de la semana que he pasado, es de juerga. Pero veo que tú todavía disfrutas los sanfermines.

Se despidieron y Rafael decidió dar otro paseo de vuelta a casa. Mientras caminaba le puso un mensaje a Pilar. Caso Caravinagre resuelto, llámame cuando puedas. No quería molestarle en esa sagrada hora previa a la corrida de toros. Pero a los dos minutos ella le estaba llamando.

—He oído que están dando una rueda de prensa ahora mismo, pero estoy en la plaza del Castillo viendo las mulillas. ¿Qué sabes del asunto?

—Acabo de estar con Javier Echeverría y me ha dado todos los detalles.

—Tengo prisa, así que dame la versión breve, quién es el asesino, por qué y cómo lo han detenido.

Rafael le hizo el resumen de lo que le había contado Echeverría lo mejor que supo. Pilar lanzó varias expresiones de asombro.

—Vaya, vaya, o sea que, al final, un asunto de celos y cuernos, una vulgar trama sentimental.

—Sí, siento que no hayas acertado con tu teoría del psicópata.

—Era una buena historia, aunque te reconozco que esta tampoco está mal. Bueno, te dejo, que tengo que contarle todo en la Plaza de Toros. Oye, ¿qué planes tienes luego?

—Esta noche descanso, me tengo que recuperar de la salida de ayer, y mañana haré programa completo, encierro, aperitivo, comida, toros, cena y Pobre de Mí.

—Pues nos vemos por donde siempre en el aperitivo. Que descanses.

Rafael llegó a casa y conectó la televisión local por ver si daban la noticia de la resolución del caso Caravinagre. Confirmó su suposición de que era el tema del día. Los periodistas que se ocupaban de dar la crónica de las fiestas en riguroso directo desde el centro de la ciudad habían aparcado cualquier otro tema y estaban centrados en narrar la última hora de los misteriosos asesinatos que esa misma tarde habían dejado de ser misteriosos. Un crimen pasional, decían, un trágico triángulo sentimental que, por azares del destino, se había convertido en un doble asesinato. Se sucedían en la pantalla las fotografías de las dos víctimas mientras relataban que había sido la esposa de una de ellas, Alicia González Rubio, 36 años, de Pamplona, desempleada, la que había planeado el asesinato. Todavía no tenían una fotografía de la asesina, así que tiraban de imágenes de archivo mientras proseguían el relato sobre cómo había contratado a dos sicarios de nacionalidad colombiana para perpetrar el crimen. Tampoco había imágenes de los sicarios, con lo cual se repetían las imágenes del lugar de aparición del cadáver de Juancho Garaicoechea en el parque fluvial del Arga y las fotografías de las dos víctimas. Explicaban que todos los asesinos habían sido detenidos aquel día, como había anunciado la delegada del Gobierno esa misma tarde, y pasaban a reproducir la rueda de prensa. La delegada aparecía muy formal

tras un atril, vestida de blanco pero sin pañuelo rojo, acompañada del jefe superior de policía, de uniforme, y del concejal delegado de seguridad, de blanco y con pañuelo. Gracias a la labor del Cuerpo Nacional de Policía, decía, y gracias a la colaboración de la Policía Municipal de Pamplona, añadía mirando al concejal que asentía complacido, se había resuelto el doble crimen que tanto había conmocionado a Pamplona, y al mundo entero, y que había teñido de luto los sanfermines. Los responsables habían sido detenidos y el caso, a la espera de lo que resultara del procedimiento judicial, estaba resuelto. La autora principal del crimen era Alicia González Rubio, 36 años, de Pamplona, desempleada, leía la delegada de los papeles que tenía sobre el atril, esposa de una de las víctimas, Juan José Garaicoechea Itoiz, 38 años, sin hijos, de Pamplona, cocinero, miembro de la Comparsa de Gigantes y Cabezudos, la cual, al parecer, mantenía una relación sentimental con Francisco Javier Redondo Gómez, 37 años, soltero, de Pamplona, empleado de Caja Navarra, también miembro de la Comparsa y también víctima del doble asesinato. La detenida había confesado su participación en los hechos y la conspiración para matar a su marido. Al parecer, la primera muerte fue debida a un trágico error de los asesinos por haber cambiado las dos víctimas el turno para hacer el papel de Caravintage el primer día de las fiestas. La autora principal había contratado a dos personas de nacionalidad colombiana, con múltiples antecedentes penales tanto en Colombia como en España, para cometer el crimen. Rubén Gálvez Garrido, 34 años, natural de Barranquilla, Colombia, de profesión conductor, y Manuel Muñoz San José, 31 años, natural de Puerto Carreño, Colombia, de profesión albañil, ambos con permiso de residencia en España. Se les habían ocupado dos armas, una de las cuales era con la que se habían cometido ambos crímenes. Los detenidos estaban en dependencias policiales pero serían puestos a disposición del juzgado que se ocupaba del asunto en las próximas horas. La complacida delegada se ofreció a contestar las preguntas de los periodistas. ¿Cuál ha sido la pista que permitió la detención de los culpables?, preguntó una voz femenina que a Rafael le sonó como la de Laura, aunque no estaba seguro, a lo mejor era su imaginación, porque en la pantalla solo se seguía viendo a la delegada y a sus acompañantes. Un templario, dijo Rafael en voz alta al televisor, un templario y un historiador aficionado que me enviaron a un ecuatoriano con un mensaje.

—Afortunadamente, hemos contado con la colaboración ciudadana —dijo la delegada—. De las informaciones recogidas entre diversas personas relacionadas con las víctimas resultó que los movimientos de la detenida no se correspondían con sus declaraciones. Las contradicciones en que incurrió la convirtieron en sospechosa. Al ser interrogada sobre esas contradicciones confesó todo.

—¿Han confesado todos los detenidos? —preguntaba otra voz fuera de cámara.

—Todavía están siendo interrogados —dijo la delegada.

—¿Cuál fue el motivo por el que la detenida decidió matar a su marido? —se oyó a un tercer periodista. La delegada vaciló, y el jefe superior de policía acudió en su

ayuda.

—Delegada, si me permite... Fue un crimen pasional, en parte, la detenida quería deshacerse, por así decirlo, de su marido para continuar su relación con la otra víctima, pero no quería separarse por motivos económicos, estaba en una situación de dependencia económica de su marido.

Volvieron a aparecer en directo los periodistas en la carpa instalada en la avenida de Carlos III para comentar la rueda de prensa. Rafael apagó el televisor ya que se limitaban a repetir de nuevo la misma información. Prefirió encender el ordenador para dar un vistazo a la prensa digital, pero comprobó que nada se añadía a lo que ya sabía, así que al poco acabó en el sofá donde se quedó adormilado hasta que el sonido del teléfono móvil le hizo dar un respingo. Tomó el teléfono para comprobar que le llamaba Laura.

—Hola, ¡vaya día! —dijo ella por saludo—. Te habrás enterado de la noticia...

—Sí, claro, hace un rato lo he visto por la tele... ¿Has estado en la rueda de prensa? Me pareció verte.

—Sí, ahí he estado, otra vez todo el día en danza... Menos mal que, por fin mañana libro. ¿Qué me cuentas?

—Yo poca cosa, ya no tengo nada que ver con el caso, mi cliente está libre y fuera de sospechas, así que soy un espectador más.

—Pues eso, como espectador, qué te parece todo...

—Estos días un montón de gente me ha contado todo tipo de teorías, a cada cual más descabellada, sobre los crímenes, pero a nadie se le hubiera ocurrido una cosa tan retorcida. Eso de que la mujer, queriendo deshacerse de su marido, se haya llevado también por delante a su amante...

—Sí, tiene su miga. La crónica que acabo de escribir parece más una novela que otra cosa.

—La realidad suele sobrepasar a la ficción.

—Y que lo digas. En fin, dime algo que me sirva para adornar la noticia, que la tengo aquí a punto de finalizar y enviar. ¿Conociste a la asesina?

—No, qué va. Hasta hoy no sabía nada de ella.

—Entre los periodistas que hemos estado en la rueda de prensa había división de opiniones. Unos decían que era una mujer trastornada que acabará en el psiquiátrico, y otros que era una criminal desalmada, fría y calculadora, que no acabará en la horca, o en el garrote vil, porque ya no hay pena de muerte, pero que va a pasar muchos años en la cárcel.

—Pues no sé, pero por lo que me ha contado Javier Echeverría parece que es una mezcla de las dos cosas, una mujer que estaba psicológicamente muy alterada pero que al mismo tiempo es muy inteligente y planificó todo muy cuidadosamente.

—Pues ya lo veremos en el juicio, que va a ser un espectáculo.

—Probablemente, además, de esos con jurado que tanto os gustan a la prensa.

—No lo digas por mí, me ha tocado tragarme uno de esos juicios y me aburrí más

que una ostra. Los abogados de verdad sois mucho más plomos que en las películas.

—Sí, en las películas hay un guión, actores profesionales y cortan las partes aburridas, en la realidad hay que improvisar, la gente no es tan guapa ni habla tan bien y hay que tragarse y aguantar todas las escenas, incluso aquellas en las que no pasa nada.

—Bueno, ya veo que poco voy a poder añadir. Te dejo, que tengo que enviar la crónica y luego estoy de fiesta. ¿Vas a salir hoy?

—No, hoy no —dijo Rafael, arrepintiéndose de inmediato, porque estaba cerrándose a sí mismo la remota posibilidad de ver a Laura si es que ella sí salía—, estuve ayer hasta altas horas y tengo que descansar. Me reservo para mañana.

—Pues a lo mejor nos vemos, mañana es mi único día oficial de sanfermines.

Ojalá, pensó Rafael después de despedirse.

## Domingo, 14 de julio

—Tengo el relato ya muy perfeccionado —dijo Rafael a Pilar. Estaban en la calle Estafeta, esquina con la travesía de Espoz y Mina, frente al bar Fitero, rodeados de la multitud que tomaba el último aperitivo sanferminero. Habían desaparecido ya las vallas de madera colocadas para el encierro que habían formado parte del paisaje los días anteriores—. Desde primera hora de la mañana he tenido público para contar la historia. Aunque a ti te voy a añadir alguna novedad en exclusiva.

Se habían apartado un par de pasos del corrillo que formaba la cuadrilla de Pilar. Ahora estoy con vosotros, les dijo, que tenemos que hablar de cosas del trabajo. Rafael le había llamado para decirle si quería quedar antes del aperitivo, pero ella le dijo que antes de la una y media estaba muy ocupada. Tenía que llevar a unos amigos madrileños a ver el encierro —corrían los miuras, como es costumbre en domingo— desde un balcón en la calle Estafeta. Balcón gratis por ser para mí, remarcó Pilar, y mira que están pagando a cincuenta euros por persona o más, te sale un minuto de encierro más caro que toda la corrida en tendido de sombra, pero este es de una amiga. Luego tenía que acompañarles a almorzar en una sociedad gastronómica, enseñarles el ambiente, los gigantes y cabezudos, querían sobre todo ver el kiliki del asesinato, el morbo mueve mucho, y finalmente depositarles en la puerta del patio de caballos de la Plaza de Toros donde otros amigos tomaban su relevo para llevarles al apartado. Rafael también había madrugado para ver el encierro, por primera vez aquel año en vivo y en directo. Había quedado con Eneko y Arantxa para ir a un balcón en la cuesta de Santo Domingo, en la casa que había sido de la difunta abuela de Arantxa y que, de momento, la familia solo utilizaba para ver el encierro. Tenía la enorme ventaja de que disponía de una entrada por la parte trasera, por la calle San Saturnino, que se mantenía abierta antes y durante el encierro, así que no hacía falta llegar con demasiada anticipación. El balcón también era gratis, la familia de Arantxa se negaba a comerciar con él e invitaba solo a parientes y amigos, aunque Rafael había pagado un peaje en forma de tres docenas de churros que había ido a comprar, prontísimo y haciendo cola, a la churrería de la Mañueta, la churrería más típicamente sanferminera de Pamplona, y que se comieron acompañados del chocolate que preparó la madre de Arantxa para todos los invitados que aparecieron. Además de Eneko, Arantxa y su hija, Itziar, de nueve años, estaban el hermano y la cuñada de Eneko y un par de amigos suyos de Tarragona. La tertulia se alargó mucho después de acabar el encierro —rápido y con pocos incidentes—, el chocolate y los churros porque Rafael, la estrella de la reunión por su conocimiento directo del caso, tuvo que contar toda la historia de los asesinatos de Caravinagre y responder a multitud de preguntas.

—Tu cliente podrá ser inocente de los asesinatos, pero no es ningún angelito —le dijo Arantxa después de manifestar sus dudas sobre si era buena idea defender a un peligroso activista de la izquierda abertzale, tal y como había quedado definido en el

*Diario de Navarra*, único periódico que ella leía.

—Arantxa, los abogados penalistas no nos dedicamos solo a defender angelitos, si lo hiciéramos tendríamos pocos clientes, por no decir ninguno. También tienen derecho a que se les defiendan las malas personas, y también las que no son ni buenas ni malas pero que a veces hacen cosas malas, que son la mayoría de las personas.

—¿Qué castigo le caerá a la asesina? —preguntó Eneko para evitar que su mujer y Rafael se enredaran en una discusión.

—El asesinato sale entre quince y veinte años de prisión, incluso hasta veinticinco según los casos. Pero luego están las atenuantes, como el estado pasional, los grados de participación, o las eximentes, a la que más se recurre es al trastorno mental. Vete a saber. Algunos años.

—¿Y a los sicarios? —se interesó Arantxa.

—¿Qué es un sicario? —preguntó Itziar, que bajo la supervisión de su abuela estaba intentando montar un puzzle pero que seguía intermitentemente la conversación de los adultos.

—Un asesino al que pagan por matar, cielo —le contestó su madre.

—Otro tanto —respondió Rafael—, aunque no me extrañaría que si el juicio fuera ante un jurado les cayera más a los colombianos que a la mujer. Es fácil que el jurado se compadezca más de ella.

Eran casi las nueve y media de la mañana cuando Rafael se despidió de sus amigos que tenían previsto pasear a sus invitados tarraconenses durante la mañana para que viesen la Comparsa —y en especial, al asesinado y resucitado Caravinagre—, la procesión de la Octava y, en general, el ambiente callejero del último día de fiestas. Rafael declinó la invitación para acompañarles. Había acudido alguna vez a la procesión de la Octava pero, en los últimos años, no le encontraba mucho aliciente. Prefirió volver a su casa para dedicarse a la lectura reposada de la prensa que, por un día, compró en su versión en papel con todos los suplementos dominicales, tanto los dos diarios locales como alguno madrileño. Todos dedicaban varias páginas a relatar la escalofriante historia del doble asesinato de Caravinagre y daban todos sus detalles, incluidos algunos salidos de la imaginación de los reporteros.

Pasado el mediodía, y leída toda la prensa, volvió a salir de casa para acercarse sin prisa al centro y encontrarse con Pilar. Al llegar al paseo de Sarasate se escuchaban las potentes voces procedentes del recital de jotas que se celebraba en el escenario montado en el extremo opuesto a la tómbola de Cáritas. Bordeó todo el paseo con el fin de evitar ambas cosas ya que a Rafael no le gustaba la jota ni comprar boletos. De pronto, pasando frente al Monumento a los Fueros junto al antiguo Banco de España, oyó una voz que le llamaba a su espalda. Se detuvo y se volvió para encontrarse cara a cara con Josexo Goikoetxeandia que le saludó efusivamente estrechándole una mano y dándole golpecitos en el hombro con la otra.

—¡Me alegro de encontrarte! No he querido molestarte, sé que no has necesitado nuestra ayuda, he seguido con mucho interés tu caso por la prensa...

—Entonces ya sabes que mi cliente ha sido exculpado y puesto en libertad.

—Sí, sí, claro, has tenido, habéis tenido suerte. No pudieron mantener la farsa y tu cliente se ha librado de ser el chivo expiatorio. Pero ya han encontrado otro o, mejor dicho, ya tenían preparado otro.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que tenían preparado a quien endosarle el asesinato de Patxi Redondo.

—Ya sabes que le mataron por error...

—No serás tan ingenuo de haberte creído la versión oficial.

—¿Cómo?

—Sí, la versión oficial que han vendido, que fue la mujer del otro Caravinagre la que lo organizó todo.

—¿Y no fue así?

—Yo, desde luego, no me lo creo, al menos tal como lo cuentan. Es todo un montaje.

—¿Y qué pasó, entonces, según tú?

—Bueno, probablemente hay una parte de verdad en la versión oficial. Las mejores mentiras son las que se elaboran añadiendo una buena dosis de verdad para camuflarlas. La parte de la esposa maltratada psíquicamente por un marido que le presta poca atención probablemente sea verdad. Incluso es muy probable que, efectivamente, fuera la amante de Patxi Redondo y de que la hayan utilizado para acabar con él.

—¿Quiénes?

—Ellos, ya sabes, los aparatos del poder, las cloacas del Estado. Los que no querían que la información que tenía Patxi Redondo sobre Caja Navarra se hiciera pública.

—¿Y cómo lo han podido hacer? —Rafael estaba muy intrigado ante el convencimiento del otro.

—Eso todavía no lo sé con seguridad, pero no te quepa la menor duda de que lo vamos a investigar. Tengo sospechas bien fundamentadas. No me trago lo del asesinato por error. Dos sicarios colombianos, profesionales, que se equivocan al disparar a Caravinagre a pocos metros de distancia. Venga, hombre. Esa gente sabía muy bien lo que hacía.

—¿Tú crees?

—Claro, los habían contratado para matar a Patxi. El otro crimen es simplemente para despistar. Pero el objetivo era Patxi.

—Pero la mujer ha confesado.

—Sí, sí, y seguramente dice la verdad. O sea, la parte de la realidad que ella conoce, lo que ella cree que es la verdad. Que los colombianos trabajaban para ella y

que se equivocaron, que es lo que le han hecho creer ellos.

—¿Y no era así?

—A los colombianos se los colocaron, es evidente, le hicieron creer que intervenían porque ella los había buscado y por el dinero que ella les prometió. ¿De verdad te crees que iban a hacer ese trabajo por solo cuatro mil euros?

—¿Quieres decir que, en realidad, a los colombianos los contratan para que engatusen a la mujer?

—Ya lo vas entendiendo. Esa mujer es un chollo para los que están detrás de todo esto, que debían estar controlando de cerca lo que hacían tanto Patxi como ella. Se lo puso a huevo.

—¿Crees que estaban vigilados?

—Mira, aquí estamos todos vigilados. El Gran Hermano de Orwell está ya entre nosotros. Escuchan nuestras conversaciones telefónicas, leen nuestros correos electrónicos, comprueban nuestros saldos bancarios, graban en video nuestras entradas y salidas en edificios públicos, bancos, gasolineras... Yo, por si acaso, si quiero decir algo a alguien voy a buscarle en persona. Mejor cara a cara, y mejor en la calle, y mejor de noche y en un sitio ruidoso. Esto yo no te lo diría por teléfono.

—¿No?

—Ni hablar. Yo, para las cosas importantes, he vuelto al tam-tam. Es más seguro.

—¿Realmente crees que nos espían a todos?

—A todos. Tienen todos nuestros datos, partida de nacimiento, expediente académico, tarjeta de la Seguridad Social, nóminas, cuentas bancarias, historial médico, costumbres, relaciones, vicios. Si es que se lo ponemos fácil, ahora está todo en la red, todo digital, y todos con los *smartphones* mandando mensajes, y fotos, y documentos, como locos. Todos tenemos una ficha personal abierta en algún sitio, en algún sótano, no sé si de Pamplona, o de Madrid, o de Cordovilla. Si eres profesor de ikastola, por si acaso. Si eres abertzale, por supuesto. Si trabajas en Caja Navarra, o si eres funcionario, o si eres político, o sindicalista, o simplemente si no votas a UPN o al PP, que son lo mismo, les interesa saber a qué atenerse con todo el mundo. Todos estamos fichados y controlados.

—Y piensas que a Patxi Redondo lo estaban vigilando especialmente.

—Claro. A él, a su amante, al marido de su amante... Peligro potencial por la información de que disponía. Y supongo que se fijaron en la oportunidad que les daba ella. Una mujer que anda por ahí, por bares de mala reputación, preguntando por un matón con pistola. No se le ocurre otra cosa que salir a la calle pensando que va a encontrar un asesino a sueldo como quien encuentra un taxi. Tuvo que llamar mucho la atención. Esos ambientes del narcotráfico están totalmente infiltrados por la policía.

—Así que no crees que lo hiciera todo ella.

—No me lo trago. Se aprovechan de la circunstancia. A la mujer le colocan los colombianos, ella va buscando y ellos le buscan a ella, le siguen el rollo, ella piensa



que la iniciativa es suya, que los está contratando para matar a su marido. Y se lo venden tan bien que, ahora, ella hasta se cree culpable de la muerte de Patxi, piensa que fue mala suerte y que los colombianos se equivocaron. Es una jugada perfecta. Bueno, y a los colombianos y a sus jefes se les aparece la Virgen, mira que tuvieron suerte. Lo digo por el cambio de turno, que ellos no podían prever. Lo aprovechan. Todo el mundo se queda con la idea del error por el cambio de turno, pero te aseguro que si no hubiera habido cambio de turno a Caravinagre le disparan a las cinco de la tarde, en lugar de a las ocho, y hubieran propagado la idea de la confusión entre ambos portadores igualmente.

—¿Seguro que hay alguien capaz de montar una conspiración tan complicada?

—Esa gente monta eso y mucho más.

—¿Pero qué pruebas tienes?

—Todavía no tengo pruebas, pero hay muchos cabos sueltos, indicios que los delatan.

—¿Qué indicios?

—Ya te dije, desde el primer momento la investigación controlada por la Policía Nacional. Eso ya dice algo. Les cuelgan el crimen a unos colombianos hasta el cuello de antecedentes penales en Colombia y en el Estado español, vaya casualidad, esa gente siempre está controlada y muy a menudo son confidentes policiales, les tienen chantajeados para no meterles en el trullo por algún delito que les han dejado pasar. Y pese a ello, tenemos que suponer que circulan libremente por Pamplona en sanfermines, unas fechas en que hay un dispositivo especial de vigilancia, y armados. No, no cuela.

—¿Qué más?

—¿Quién sabe algo de los colombianos? Ni siquiera han publicado sus fotografías. Aquí, en Iruña, no les conoce nadie, tampoco en Noáin. Lo hemos comprobado. Busca, busca en internet tú mismo. No existen. No aparece ningún dato suyo. Y mira que es difícil que pase eso, tú pones el nombre de cualquiera en un buscador y algo te aparece siempre, aunque no sea nadie, aunque no sea importante ni conocido, te aparecen unos cuantos resultados siempre, como poco está en alguna red social, o ha tenido una multa de tráfico y ha salido en un boletín oficial, o se ha apuntado a una carrera popular y sale la lista de corredores en la prensa, o va a la fiesta de aniversario de su promoción en la universidad, o le ha tocado un premio en un supermercado. Si es que estamos todos. Yo pongo mi nombre y me salen doce mil resultados. Ya te lo he dicho. Gran Hermano. Bueno, pues estos sujetos, ni aquí en Euskal Herria ni en Colombia, existen. Es raro.

—Crees que sus datos son falsos.

—Probablemente. Y los han hecho aparecer aquí de repente, con una misión. Y tampoco sería raro que luego los hagan desaparecer. Por cierto, que me han contado, y esto no lo han hecho público, que uno de los colombianos se ha intentado suicidar nada más ingresar en la cárcel.

—¿Sí?

—Y ya sabes que los suicidios de presos, con frecuencia, suelen ser asesinatos encubiertos. En este caso podría ser también un intento de asesinato para borrar rastros.

—De los aparatos del Estado.

—Eso es.

—Y esos aparatos, a través de los colombianos, impulsaron a Alicia González a matar a su marido.

—No, obviamente, no, no pueden llegar a tanto, pero se aprovechan de que ella tiene esa idea. Muy normal, vigilar para descubrir alguna debilidad humana que a ellos les sirva, que puedan explotar.

—En fin, no sé...

—No, ya entiendo que han sabido vestirlo todo muy bien. Pero piénsalo. Y tendrás noticias nuestras. Vamos a llegar hasta el fondo.

Rafael se despidió de Goikoetxeandia totalmente perplejo. ¿Podía ser verdad todo aquello? Prosiguió meditabundo su camino. No, demasiada paranoia. No existen esas conspiraciones tan perfectas. ¿O sí? En realidad, él todo lo que sabía era lo que le había contado Echeverría y había leído en la prensa. No, no, Echeverría no le hubiera engañado. Pero ¿y si Echeverría también estuviera engañado? Al fin y al cabo, lo que él conocía era la parte verdadera de la conspiración, la triste historia de Alicia González, su plan para matar a su marido y su confesión. Si alguien orquestó todo, como dice Goikoetxeandia, ni siquiera los investigadores de la Policía Nacional, Herrera y su gente, puede que sepan la verdad. Conocen solo lo que los conspiradores han puesto delante de sus ojos para que lo encuentren. Solo los colombianos y quienes les han contratado, en realidad, saben toda la verdad. Los colombianos no han soltado prenda. La que ha confesado es ella, que está engañada, que cuenta lo que le han hecho creer. Podría ser. Quita, quita, no puede ser verdad, se dijo, irritado por haberse dejado confundir tanto por Goikoetxeandia.

Encontró a Pilar en su esquina, ya llevaba un rato allí con su cuadrilla. Tras de los saludos y de que le pusieran una caña en la mano, Pilar se lo llevó aparte para que le hiciera el relato completo.

—¿Desde cuándo te tengo que contar? Ah, sí, desde el viernes a la tarde, cuando fuimos a Zuasti Javier Echeverría y yo a ver qué se contaba Ángel Sánchez.

—Eso es, no me digas que lo que os contó al final sirvió de algo.

—Pues sí, resulta que sí.

Rafael le contó la conversación con Sánchez y el encuentro con el templario Enrique Martorell.

—¿Templarios todavía hoy? Nunca he sido capaz de tragar eso de las órdenes militares. Mitad monje, mitad soldado, no hay cosa más antievangélica. No debieron

leer eso de Pedro, guarda la espada, que quien a hierro mata a hierro muere. En fin, también hay banqueros que se dicen católicos que no se han leído la parte esa de que no se puede servir a Dios y al dinero. Bueno, sigue, sigue.

Le relató cómo la conversación con Martorell, aparte de la leyenda del tesoro de los templarios, le dio la pista a Echeverría y todo lo que este le había contado el día anterior, aunque en una buena parte Pilar ya lo había leído en la prensa.

—Pues sí que es una historia trágica. Pobre mujer.

—Y pobres hombres...

—Sí, claro, pobres, los ha mandado al otro barrio sin que ellos se pudieran ni enterar de por qué. Y supongo que los tres han sufrido lo suyo en la vida, pero es que, ahora, a la que veo que va a seguir sufriendo es a ella.

—Se lo ha buscado.

—No seas tan insensible y no juzgues tan rápido que no eres juez sino abogado.

—Pero no soy su abogado.

—Bueno, de momento no, pero no excluyas nada.

—¿Cómo?

—Yo también tengo cosas que contar. He recibido una llamada esta mañana de mi amiga Marcela. Conoce a Alicia González, han coincidido en una asociación de mujeres de la Rochapea, aunque por lo visto Alicia había ido encerrándose en casa en los últimos años y apenas participaba en nada. Pero, bueno, alguna amistad seguían teniendo. Marcela me cuenta que la hermana de Alicia le ha pedido auxilio para encontrarle abogado, ya que ella conoce poca gente en Pamplona, hace años que se fue a vivir a Badajoz. Y me ha preguntado a ver si queremos llevar el caso.

—¿Y has aceptado?

—Todavía no, hemos quedado mañana lunes para hablar, y probablemente para visitar a Alicia en la cárcel. Luego decidiré. Decidiremos, incluso voy a escuchar tu opinión. Pero la verdad es que, en principio, me parece un caso muy interesante.

—¿La defensa de una asesina que ha confesado? Vaya marrón...

—No seas negativo. Y aquí hay muchas aristas. Hay que valorar su estado mental, la situación que vivía...

—En fin, ya veo que vas a alegar que la verdadera víctima era ella.

—Nunca hay una sola víctima en estos casos, debieras ya saberlo. Bueno, ya veremos, pero la idea me gusta. No me gustaría tanto defender a los colombianos, aunque alguien tendrá que hacerlo, pero a ella sí que me apetece.

—Pues es importante que te lo cuente todo —dijo Rafael recordando su conversación de un rato antes con Goikoetxeandia—. En realidad, todo responde a una confabulación de los servicios secretos.

—¿Cómo?

Rafael le resumió lo que le había dicho Goikoetxeandia. Pilar reaccionó al principio igual que él, se quedó atónita. Luego sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Por un momento casi me lo creo, tiene su lógica, ese Goikoetxeandia tiene la

cabeza bien amueblada. Podría haber sido así, sí, los hechos concuerdan. Aunque su versión vale para cualquier otra tesis conspirativa, pueden haber sido los aparatos del Estado por los motivos que supone Goikoetxeandia, pueden haber sido otros poderes ocultos por otros motivos. Pero me niego a tomarlo en serio, ya hemos hablado de ese tipo de conspiranoicos. Nunca renuncian a sus teorías, por descabelladas que sean, porque descansan en datos ocultos que, como están ocultos, es imposible desvirtuar. Y no se puede probar que sean falsas porque las pruebas han sido destruidas u ocultadas por los conspiradores, la falta de pruebas suelen utilizarla como prueba de lo que afirman. Son una trampa.

—Bueno, yo te lo advierto, a ver si interviniendo en este juicio nos la jugamos y acabamos con zapatos de cemento en el fondo del embalse de Yesa —dijo Rafael, aliviado tras decidir que se lo iba a tomar con el mismo humor que ella.

Rafael se despidió de Pilar ya que había quedado para comer con el clan de la tertulia. Llamaba así a la docena de personas con las cuales quedaba más o menos una vez al mes para cenar y mantener una tertulia sobre algún tema de actualidad previamente elegido. Las tertulias oscilaban entre lo intelectual y lo lúdico, a menudo bien revueltos el humor y la erudición. El grupo se había formado años antes sobre todo en base a profesores universitarios, pero había también algún político, algún funcionario, algún profesional y hasta un músico, ya que Rafael había introducido a su amigo Carlos. Quedaban un viernes, siempre en el mismo sitio, la Servicial Vinícola, una bodega, bar y restaurante de la calle Navarro Villoslada que casi todos habían frecuentado desde sus tiempos de estudiantes, uno de los pocos locales de la ciudad que, década tras década, aguantaba con la misma decoración de tasca tradicional y el mismo ambiente popular. En verano la tertulia se daba vacaciones pero en sanfermines, quienes no se hubiesen ido de Pamplona, quedaban siempre un día para comer, en tal ocasión no iban a la Servicial sino a algún restaurante del Casco Viejo.

Se dirigió al bar Burgalés, que era el lugar de la cita. Había avisado previamente de que acudiría un poco tarde ya que antes tenía que hablar con Pilar. Cuando llegó a la calle Comedias encontró a todos los comensales anunciados junto a la puerta del bar. Además de Rafael se habían apuntado a la comida Carlos, Paco, Idoia Sáenz, profesora de trabajo social, Alberto Iza, profesor de sociología, Juan Carlos Casanova, arquitecto, y Rosa Etxabe, médico. Tras los saludos de rigor, comenzaron a bombardear a Rafael con preguntas sobre el tema que había ocupado la atención esos días.

—Oye, ¿sabías desde el principio que tu cliente era inocente?

—¿Desde cuándo defiendes a la gente de la izquierda abertzale?

—¿Es verdad que se puede contratar en un bar un asesinato por cuatro mil euros?

—Un poco de calma, primero me voy a pedir una caña, y durante la comida os contaré todo lo que sé del asesinato de Caravinagre.

Pudo contener la curiosidad de los demás mientras se tomaba su cerveza y se trasladaban seguidamente a La Mandarra de la Ramos, a pocos pasos de allí en la calle San Nicolás, donde habían reservado mesa para comer. Una vez sentados y elegido el menú, volvió a contar toda la historia, desde que le llamaron para asistir a Felipe Ochoa en la comisaría hasta la detención de los asesinos. Sus contertulios celebraron especialmente la parte donde intervenían Ángel Sánchez y Enrique Martorell ya que los periódicos no habían recogido los propósitos del difunto Juancho Garaicoechea de profesar como templario, ni mucho menos las sospechas de su socio sobre el tesoro de los templarios oculto bajo la plaza del Castillo.

—Leyendas de templarios. Ese es un buen tema para una tertulia —dijo Alberto—, la credulidad que impera en nuestra sociedad, supuestamente informada, para creer en cualquier fábula.

—Es que en algo hay que creer, ya dijo Chesterton que cuando se deja de creer en Dios, enseguida se es capaz de creer en cualquier cosa —apuntó Idoia.

—En realidad, aunque se repita mucho, la frase no es de Chesterton —puntualizó Rafael—, sino de Émile Cammaerts, un escritor belga que comentó su obra.

—Bueno, pues rectifico. Cómo dijo ¿Cammaerts? —insistió Idoia—, cuando se deja de creer en Dios, enseguida se es capaz de creer en cualquier cosa. En realidad, ni siquiera me cae bien Chesterton. Pero, bueno, ese templario, por lo visto, cree en Dios y también en esas leyendas tan persistentes.

—Esa es una constante en toda la historia humana. Ninguna sociedad puede subsistir sin mitos, cuentos y leyendas —retomó Alberto la reflexión—. Ahora está de moda llamar leyendas urbanas a lo que no son sino las leyendas de toda la vida.

—Lo que sucede es que toda leyenda tiene una parte de verdad, de ahí que pueda resultar creíble —opinó Paco—. Y todos sabemos que hay muchas cosas que nos ocultan los medios de información oficial, lo que da rienda suelta a las sospechas. Nunca estamos seguros de cuántas leyendas pueden contener historias verdaderas, y sobre todo cuáles.

—Además, las leyendas, los mitos, las anécdotas falsas, suelen tener más éxito al transmitirse porque, a menudo, atienden mucho mejor las necesidades de la gente que las historias reales —observó Alberto—. La realidad suele ser decepcionante, mucho más prosaica y mucho más aburrida.

—Sí, de ahí eso que suelen decir los italianos, *se non è vero, è ben trovato* —apuntó Rafael.

—Yo, por si acaso, no me creo nada, ni las versiones oficiales ni las extraoficiales —dijo Rosa—. Solo creo en que lo que veo con mis propios ojos y, aun así, sé que la mitad de lo que veo tampoco es cierto, que son falsas percepciones, impresiones parciales, efectos ópticos o espejismos. Veo que el Sol gira alrededor de la Tierra y sé que no es así.

—Oye, a los templarios ¿no los disolvieron porque practicaban ritos satánicos y magia negra? A ver si a la mujer del templario no le habrán hechizado otros

templarios rivales para que matara —dijo desenfadadamente Carlos.

—Todo es posible —respondió Rafael, entre las risas de los demás, pensando en lo fácil que es alumbrar nuevas teorías conspiratorias—. Lo apunto, por si lo necesito como argumento para la defensa.

—¿Pero también vas a defender a la asesina? —preguntó Juan Carlos.

—Hay una posibilidad, sí, de que en el despacho asumamos la defensa —respondió Rafael, dando pie a que la conversación variara de rumbo.

—¿Y qué vais a alegar? ¿Enajenación mental? —preguntó Rosa—. ¿Vais a dar trabajo a los psiquiatras? Seguro que encontraréis alguno que la declare loca de atar.

—A todos nos pueden declarar locos, si se ponen a ello, todos tenemos algún tornillo suelto —dijo Paco.

—Ya veremos, ya veremos, que todavía ni es seguro que llevemos el caso, aunque mi socia arde en deseos de hacerlo —dijo Rafael.

Urgieron a la camarera, agobiada con un comedor lleno, para que acelerara los postres y los cafés ya que Paco, Rafael y Carlos iban a los toros. Les estaban sirviendo el café cuando alguien golpeó a Rafael en el hombro. Era Santiago Mateo, sonriente, de pie detrás de él. Se levantó y estrechó su mano.

—¡Hola! ¿Estabas comiendo aquí? No te he visto.

—Sí, en realidad he estado en el otro comedor, pero te he visto entrar y antes de irme te quería saludar.

—Pues encantado de verte.

—Ya me enteré de que tu cliente ha salido libre.

—Sí, así es, ya te comenté que no había pruebas contra él.

—Habéis tenido suerte.

—En este caso, más que suerte es que ha triunfado la justicia.

—Bueno, eso no lo sé, no sé si va a triunfar la justicia.

—¿Por qué lo dices?

—Me da la sensación de que han buscado una salida muy facilona.

—¿Salida? La que había, han detenido a los responsables...

—Bueno, a los que presentan como responsables.

—¿Quieres decir que los detenidos no son los culpables?

—Probablemente sí, serán culpables, pero habría que ver si son los únicos, si no hay más cosas detrás que están ocultando, si no hay detrás otros autores intelectuales de todo lo que ha pasado.

—¿No te basta con los motivos que ha explicado la mujer detenida?

—Muy melodramáticos. Pero habría que investigar qué más hay detrás.

—¿Crees que hay algo más?

—Casi siempre hay algo más. Me temo que no han investigado lo suficiente las conexiones de los colombianos con la izquierda abertzale.

—¿Sigues pensando que ETA está detrás de todo?

—ETA aparentemente no actúa, al menos no actúa directamente, pero desde

siempre ha utilizado a delincuentes comunes para algunas actividades laterales, y creo que en estos momentos lo está haciendo más para aparentar que sigue en tregua.

—No creo que esto tenga nada que ver con ETA.

—Quizás tengas razón, pero yo mientras no vea que hay una investigación a fondo no me quedaré tranquilo. Aquí hay demasiadas casualidades que no se explican. La ikurriña en el chupinazo, justo el mismo día del primer asesinato. Una pistola desaparecida, de la que no se sabe nada, me refiero a la de tu cliente, se ha admitido la versión oficial de que era de juguete, pero nadie la ha visto en realidad. Un muerto que estaba amenazado por la izquierda abertzale. Una investigación que lleva un comisario simpatizante del nacionalismo...

—Perdona, pero ¿a quién te refieres como simpatizante del nacionalismo?

—Al comisario Echeverría, claro. Sé que es amigo tuyo, pero las cosas son como son.

—Que yo sepa, Echeverría no es nacionalista —replicó Rafael que, aunque no estaba seguro sobre las convicciones políticas de Echeverría o a quien votaba porque no solía hablar de política, en los muchos años que se habían tratado no le había oído nunca la menor manifestación de simpatía por el nacionalismo vasco.

—Envía a sus hijos a una ikastola.

—Eso no significa que sea nacionalista, mucha gente lo hace —Rafael sabía que, además, quien había influido más para elegir el modelo de educación para sus hijos había sido la mujer de Echeverría, nacida en Bera y euskaldunzarra, y que no los enviaba a una ikastola privada sino a una de las mal llamadas ikastolas municipales, colegios públicos en modelo D.

—Y sus hijos se llaman Amaia, Asier e Íñigo. Todos personajes de *Amaya o los vascos del siglo VIII*, una obra sagrada para los nacionalistas.

—Sí, escrita por un nacionalista español, Navarro Villoslada —respondió Rafael, escamado de que Mateo supiera tanto acerca de los hijos de Echeverría. ¿Será verdad que todos estamos tan vigilados como decía Goikoetxeandia?, se preguntó para sí. ¿Tendrá acceso Mateo a las fichas de todo el mundo?

—En fin, ya hablaremos otro día, me disculparás, que voy a los toros y son ya las seis menos cuarto.

—Sí, yo también voy a los toros.

Se despidieron y Mateo se fue. No dejes que la realidad te desmonte una buena conspiración, pensó Rafael, este hombre no se da por vencido.

—¿Cuánto hay que poner? —preguntó a los demás, viendo que ya habían traído la cuenta.

—Ya te he puesto yo para ahorrar tiempo, ahora liquidaremos —le dijo Paco—. Vamos pitando, que se nos hace tarde, a las seis en punto nos espera Maite.

Así que dejaron a los demás en la sobremesa y Rafael, Carlos y Paco salieron a buen paso hacia la Plaza de Toros.

Fue al salir de la corrida cuando Rafael tuvo un sorprendente encuentro. El día catorce, último de sanfermines, y más siendo domingo, es un día propicio para muchos encuentros porque todo el mundo anda por la calle. Unos por apurar las últimas horas de fiesta, otros porque no han podido disfrutar de los días anteriores por cualquier causa, otros porque solo disponen del fin de semana. Pero nunca hubiera esperado aquel encuentro.

La corrida se le había hecho corta. Se habían reunido en el bar Tomás a las seis con Maite, que llegó arrastrando el carro de la compra acompañada de su hijo mayor que cargaba con las demás bolsas y que, después de dejarlas y de saludar, se fue a toda prisa para encontrarse con sus amigos. Enseguida fueron llegando los demás miembros de la peña de aquel día con bastante puntualidad. Paco solía recordar que, según Ortega y Gasset, en España solo empiezan con puntualidad las misas y las corridas de toros. Rafael solía rebatirle en broma diciendo que, probablemente, la frase no era ni de Ortega ni de Gasset. Además de Koldo y de Lucía, llegaron Imanol con su mujer, Inés, y tres amigos de Paco de Zaragoza de los tiempos en que estudió allí veterinaria. Se instalaron, como siempre, en sus dos filas de la andanada con las bolsas de bebidas bien colocadas para su distribución a lo largo de la tarde, en una plaza abarrotada, más que de costumbre, ya que el aparente lleno de cada tarde no es siempre igual. En la andanada de sol algunos días hay huecos y otros días no cabe un alfiler. Se notaba que era el último día de sanfermines, última oportunidad que nadie quería desaprovechar. Rafael se vio incómodamente encajado entre Lucía, a su izquierda, y un japonés a su derecha que, como manda el tópico, iba equipado con una cámara de fotos que no dejaba de disparar en todas direcciones. Una vez más, tuvo que hacer el relato completo del asesinato de Caravinagre y de su propia participación en el caso ya que Lucía le exigió novedades y Koldo todavía no lo había oído. Me parece bien que defendáis a la pobre mujer, comentó Lucía. Mi socia piensa como tú, respondió Rafael, que es una pobre mujer digna de compasión, las mujeres sois muy compasivas con otras mujeres aunque hayan cometido algún crimen. ¡Machista!, le dijo ella. Los miuras, como de costumbre, dieron muchos sustos y permitieron pocas faenas. Hubo una sola oreja en el tercer toro para Jiménez Fortes tras un par de volteretas y una buena estocada que llevó a Paco, muy avaro a la hora de dar trofeos, a ordenar a toda su peña que sacara los pañuelos para pedir la oreja con la amenaza de que, si no había oreja, no había merienda. Maite, sin hacerle el menor caso, ya estaba empezando a sacarla. Aquel día el plato principal eran magras con tomate que unos comieron en bocadillo y otros en plato de plástico. El japonés declinó la invitación. Arrastrado el sexto toro y retirados los matadores entre aplausos, casi nadie se movió de la Plaza. Era el tradicional momento de la despedida. Las charangas de las peñas tocaron el Vals de Astráin, entraron por el callejón las peñas txikis al ruedo y muchos espectadores del tendido de sol comenzaron a bajar a la arena. A incitación de Carlos ellos bajaron también para salir



con las peñas, como en los viejos tiempos, dijeron, antiguamente lo hacían todos los días. Maite e Inés no bajaron sino que se retiraron con el carro de la compra quejándose de que por ser mujeres acababan siempre haciendo las tareas serviles, pero rechazando el ofrecimiento de Rafael de ocuparse él del carro mientras ellas bajaban al ruedo. Las charangas de las peñas habían ido bajando también y formaron un círculo en el ruedo, turnándose en tocar canciones sanfermineras o atacándolas al unísono coreadas por todo el público. Al sonar de nuevo el Vals de Astráin algunas parejas se lanzaron a bailar agarrado en el centro del ruedo, Carlos sacó a bailar a Lucía, Koldo a la amiga zaragozana de Paco y, como no había más mujeres en el grupo, Imanol sacó a bailar a Rafael entre risas. Tras los gritos rituales a San Fermín y con la pantalla luminosa vitoreando ya las fiestas del año siguiente, las peñas se comenzaron a organizar en el ruedo para ir desfilando, como todas las tardes, por las dos salidas, el callejón y el patio de caballos. Paco ordenó a los suyos salir por el callejón detrás de la primera charanga que pasara, así que salieron de la Plaza bailando al son de la música de la peña Donibane.

Fue en la esquina de la calle Duque de Ahumada con Amaya, cuando decidieron abandonar el cortejo atravesando el cordón de espectadores para dirigirse entre la muchedumbre que llenaba la calle hacia la terraza de El Burladero, que Rafael sintió que alguien le agarraba del brazo. Se paró y volvió y, asombrado, comprobó que era Wilson, en este caso mejor camuflado que otras veces porque vestía de blanco y rojo. Le alargaba un trozo de papel.

—Por favor, lea esto y siga las instrucciones.

Tan rápido como había aparecido desapareció entre la multitud. Rafael buscó a sus amigos, que seguían andando unos metros por delante de él, y se apresuró tras ellos para no perderlos dado que iban a buen paso. Lucía se había preocupado de convocar a todos los del grupo que seguían en Pamplona y habían quedado después de los toros. El plan era ir a cenar y, luego, al Pobre de Mí a despedir las fiestas. Había sido mucha casualidad que ese año coincidieran casi todos el día seis, ya que era habitual que algunos se fueran a la playa durante todos o parte de los sanfermines, pero Lucía había conseguido también una aceptable respuesta para el último día de sanfermines. Jon y Leire se habían ido a pasar el fin de semana a Hendaya, Jorge y Ainhoa se habían ido de vacaciones a Huelva y Eneko y Arantxa se disculparon por otro compromiso, pero Mikel, Eva, Iñaki, Carmen y Edurne les debían de estar esperando ya.

Mientras se esforzaba en seguir a la comitiva, desdobló el papel que le había entregado el ecuatoriano y leyó: «Vaya a la cafetería del hotel Yoldi en diez minutos. Urgente. Ya le explicaré. Ángel Sánchez». Otra vez con sus dramáticas puestas en escena, pensó. No había vuelto a saber nada de él después de la reunión en Zuasti. ¿Qué querría? Después de que el caso de Caravinagre hubiese quedado resuelto sin que aparecieran conspiraciones contra los templarios, no había motivo para que mantuviera aquellas precauciones. ¿O sí?

—Perdonadme, pero tengo que ir a hablar con alguien aquí cerca, ahora mismo vuelvo —se disculpó con sus amigos al alcanzarles, ya cerca de El Burladero.

—Vale, aquí estaremos —le respondió Lucía.

Recorrió a buen paso, todo el que le permitía la gente que llenaba los alrededores, la calle Arrieta y luego dobló por la calle Bergamín hasta el hotel Yoldi que, como era habitual, a esa hora estaba muy concurrido. Entró en la cafetería y enseguida vio a Sánchez que le observaba atentamente apoyado en la barra. Se acercó hasta él.

—Hola, ¿qué tal? He venido corriendo. ¿Qué pasa?

—Perdón por tener que emplear de nuevo estos métodos, pero tengo que seguir tomando precauciones. He preferido que hablemos aquí, en un sitio público, para pasar inadvertidos, y por si acaso en un local con dos salidas. Temo que me puedan seguir.

—¿Pero qué es lo que pasa? —insistió Rafael.

—Enrique Martorell sigue ocultándose y yo hago lo mismo, no nos podemos fiar.

—¿De quién?

—No lo sabemos seguro, pero de quienes han matado a Juancho.

—Pero ya sabrá que ha sido su mujer...

—Esa es la versión oficial, sí, la conozco. Pero no me la creo.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado increíble. Mire, yo conozco a Alicia González. No mucho, pero he coincidido con ella en un par de ocasiones, en una de ellas estuve comiendo con ella y con Juancho en su casa. No da el tipo de mujer capaz de planear ese crimen. No me pareció tan inteligente, ni tan decidida, más bien una persona insegura, depresiva, dependiente de los demás. No me la veo buscando pistoleros colombianos por garitos de mala muerte.

—Pero ella ha confesado.

—O le han hecho confesar. Mire, usted sabe cómo las gastan a veces para obligar a un detenido a confesar. Le confunden, le amenazan, le someten al juego del poli bueno y del poli malo, le ofrecen un acuerdo si confiesa, le prometen que saldrá mejor si firma todo lo que le ponen por delante. Yo ya he pasado por esos interrogatorios. Por los de verdad, no por el paripé que luego hacen cuando llega el abogado.

—¿Tiene indicios de que la confesión ha sido forzada?

—Tengo sospechas y espero tener pruebas. De momento, por lo que le conozco, no me encaja nada Alicia como asesina, y en cambio sí me encaja como persona que cede a la presión y confiesa algo que no ha hecho. La pobre estaba bastante desquiciada, hace cosa de un año hasta estuvo internada un par de meses por depresión. No lo sabe casi nadie, me hizo la confidencia Juancho, a sus conocidos dijeron que ella estaba pasando una temporada con su hermana en Badajoz. Pero lo

cierto es que estaba en tratamiento psiquiátrico.

—¿Y no cree que sus problemas psicológicos le hayan podido llevar al asesinato?

—Lo dudo mucho. Antes al suicidio. Los depresivos no suelen ser agresivos contra los demás. Y, además, hay otra cosa que no me encaja.

—¿Cuál?

—La amenaza por escrito que Enrique y Juancho encontraron en el albergue. No creo que ella pudiera colocarla.

—¿Por qué?

—Que yo sepa, ella nunca estuvo en Torres del Río, no veo cómo podía haber ido allí a espaldas de Juancho. No tenía coche, ni siquiera tenía carnet de conducir.

—Quizás le llevó alguien.

—No creo, se supone que todo el plan lo llevaba en secreto y en solitario.

—Pudo ir en autobús. Torres del Río está en la carretera de Pamplona a Logroño, seguramente algún autobús pare allí.

—No creo —repitió Sánchez. Dado que se enrocaba en su posición sin mayores argumentos Rafael tomó otra vía.

—Pero, si Alicia no fue, ¿quién ha podido cometer los asesinatos?

—Eso no lo sé con exactitud, pero sigo sospechando de quienes están molestos con la presencia de los templarios en Navarra. Y no tanto por lo del tesoro de los templarios, Enrique cree en él pero yo dudo mucho de que en estos tiempos quede nada o de que alguien siga buscándolo. No, lo del tesoro es una fantasía. Pero creo que, por alguna razón, desde el poder se quiere impedir que renazca la Orden del Temple en Navarra.

—El caso es que Enrique y usted siguen ocultos —dijo Rafael, para cambiar de nuevo de tema—. ¿Qué planes tienen?

—De momento, no dejarnos ver, comprobar si nos vigilan, si nos siguen. Y a ver qué pasa con la investigación oficial.

—¿Qué va a pasar? Alicia González ha confesado, habrá un juicio dentro de unos meses y probablemente será condenada, igual que los colombianos.

—Bueno, bueno, veremos. Si fuera así, nos quedaríamos más tranquilos. Asunto enterrado, menos riesgo. Pero no me sorprendería que ni siquiera llegue el asunto a juicio, que no se arriesguen a que en el juicio puedan salir contradicciones, hechos inesperados, a que se pueda poner en cuestión la versión oficial.

—¿Y qué puede pasar que evite el juicio?

—Ya sabe, a veces los acusados se suicidan, o se vuelven locos y no están en condiciones de ser juzgados, a veces en la cárcel pasan cosas, los presos son encontrados muertos, o mueren a manos de otros presos, o se fugan y no se vuelve a saber de ellos... ¡Pasan tantas cosas!

—Esperemos que no... —dijo Rafael.

—Sí, esperemos que no. Pero hay sucesos que, porque interesa, acaban tan enterrados que la gente hasta se olvida de que han sucedido. La memoria es muy

frágil. Quizás en pocos años nadie se acuerde de los asesinatos de estos sanfermines y todo el mundo se acuerde solamente de que pusieron una ikurriña en el chupinazo.

—Confío en que no sea así.

—En fin, de todos modos no le he citado solo para contarle todo esto. Quiero pedirle un favor.

—Si está en mis manos...

—Enrique necesita a alguien, alguien de toda confianza, para hacerse cargo del albergue, quiero decir de los asuntos legales, del papeleo. Ha decidido que, de momento, paraliza todo. Se va a ir al albergue-monasterio de los templarios en León, cree que es más seguro, y en el futuro considerará si es posible retomar el plan del albergue en Torres del Río. Pero, claro, no puede sin más desentenderse del edificio que tiene en obras, hay una licencia municipal que cumplir, gastos, facturas pendientes de pagar, un contrato de trabajo con Wilson. Y todo mucho más complicado porque, supongo, puede que Alicia González haya heredado la mitad que tenía Juancho en la propiedad del albergue, no sé si tenía testamento, creo que sí, creo que él alguna vez lo mencionó, aunque no sé si puede ser heredera si es condenada por el asesinato de su marido, y en ese caso quién hereda... Bueno, nos gustaría que usted se haga cargo de todas esas cuestiones.

—Sí, por supuesto, ningún inconveniente. Podemos hacernos cargo en el despacho de todo eso.

—Bueno, pues no le quiero molestar más, se lo cuento a Enrique y nos pondremos en contacto con usted dentro de unos días para concretar.

Rafael deshizo el camino hacia El Burladero. De nuevo preocupado, de nuevo sin saber cuánto podía creer de lo que le había contado Sánchez. No mucho, pero con él nunca se sabe, pensó. Sánchez conocía a la presunta asesina, y a su difunto marido, y él no. Encontró a sus amigos todavía en la terraza.

—¡Ya era hora! Te estábamos esperando para irnos —le recriminó Lucía—. Vamos ya a cenar, o no llegaremos al Pobre de Mí.

—Lo siento, un compromiso que no he podido evitar —se disculpó Rafael mirando el reloj. Eran ya las diez pasadas.

—Pues vamos, he reservado en el Temple, para estar cerca del Ayuntamiento —dijo Koldo.

—Vaya, qué nombre más a propósito —pensó Rafael, ahora que tengo a un templario de cliente.

A sugerencia de Carlos, para evitar las calles abarrotadas y llegar antes, rodearon a toda prisa la Plaza de Toros hacia el Baluarte de San Bartolomé, cruzaron la pasarela sobre la cuesta del Labrit y recorrieron toda la calle Dormitalería hasta desembocar en la calle Curia donde se halla la Hostería del Temple, cerca de la catedral, un restaurante de los de toda la vida adornado en su fachada con la figura de

un guerrero medieval con su armadura y su escudo con la roja cruz templaria. El pequeño comedor, en una entreplanta a la que se subía por una estrecha escalera de madera, estaba repleto salvo la mesa para nueve que tenían reservada. Los demás comensales ya estaban cenando. Una vez sentados, Iñaki dijo a Rafael:

—Por cierto, tengo un recado para ti de mi colega Iñigo Pérez de Obanos.

—¿No tendré que reunirme otra vez con él? —preguntó, suspicaz, Rafael.

—No, no, tranquilo, simplemente me ha llamado, he hablado con él por teléfono y me ha pedido que te diga algo. Ni siquiera está en Pamplona, se ha ido de vacaciones a San Sebastián.

—¿Y qué se cuenta? —dijo aliviado Rafael.

—Me ha dicho que te diga que desconfíes de la versión oficial sobre el asesinato de Caravinagre.

—A ver si lo adivino. Él no se la cree porque tiene datos que indican que todo es un montaje.

—Vaya, ¿cómo lo has adivinado? —se sorprendió Iñaki.

—Es que soy muy listo. Y te diré más, te ha contado que tiene datos que confirman su teoría, la de que a Juancho Garaicoechea le asesinaron por ser legitimista.

—Pues sí, exactamente eso es lo que me ha dicho.

—¿Y te ha explicado qué datos tiene?

—No, me ha dicho que tiene que guardar mucha reserva, pero que espera que sus datos salgan a la luz algún día.

—Pues nada, esperaremos a que se haga la luz.

Cenaron lo más rápido que pudieron, metiendo prisa a los camareros. Rafael no pudo evitar que, de nuevo, durante la cena le interrogaran sobre el tema de la semana. Decidió tomárselo a broma.

—En realidad, la supuesta asesina, Alicia González, es inocente, ha confesado para encubrir a su marido que es el verdadero asesino.

—¿Pero cómo puede ser eso? Su marido está muerto —preguntó Edurne.

—Mató al compañero con el que compartía a Caravinagre en un arrebato de celos, tenían una relación homosexual y el que lleva a Coletas, que también es gay, se interpuso entre ellos. Luego fingió su propio asesinato, el cuerpo que rescataron del río Arga no era el suyo sino el de un guiri que nadie ha echado de menos, y huyó. Su mujer reconoció el cadáver para encubrirlo, pese a todo le sigue queriendo y se siente culpable de no haber respondido a sus necesidades y de que él se haya pasado a la otra acera, espera poder rehabilitarle ya que le han dicho que la homosexualidad se cura.

—¿Y los colombianos? —preguntó Carlos intentando pillarle.

—Los colombianos no son colombianos ni narcotraficantes, son unos porreros de Noáin que no saben nada, por eso no confiesan, ella les acusa para que mientras no se aclare la verdad su marido tenga tiempo de huir a Brasil o a otro país que no tenga

tratado de extradición con España.

Todos rieron menos Edurne.

—¿De verdad lo dices? —preguntó Edurne, sin entender de qué se reían los demás.

—No, es broma, pero si tenemos que defender a la mujer a lo mejor necesitamos exponer alguna teoría como esta para confundir al jurado y crear una duda razonable —dijo Rafael. Por segunda vez aquel día pensó que todas las teorías alternativas que había ido oyendo esos días, en serio o en broma, les podían ser útiles si por fin llevaban la defensa de Alicia González. Tengo que anotarlas, y tengo que comentarlo con Pilar, pensó, a lo mejor sí que pido ayuda a Josetxo Goikoetxeandia. Y a Ángel Sánchez, incluso a Santiago Mateo, todos los argumentos que sirvan para cuestionar la versión oficial nos vendrán bien. Como dice Pilar, como abogados no estamos obligados a buscar la verdad, eso es tarea del juez, sino a defender a nuestros clientes.

A las doce menos diez salieron del restaurante y bajaron hacia la plaza del Ayuntamiento. Por el camino compraron unas velas en un puesto callejero y entraron con ellas encendidas en una plaza que ya estaba abarrotada de gente que esperaba a la luz de cientos de velas. Consiguieron hacerse un hueco al fondo de la plaza y desde allí oyeron al alcalde, por la megafonía, pronunciar las palabras de rigor despidiendo las fiestas y convocando para las del año siguiente. Después corearon el Pobre de Mí con los pañuelos rojos ya en la mano y contemplaron los fuegos artificiales que se disparaban desde la plaza de los Burgos, al lado de la Casa Consistorial.

La multitud seguía cantando, resistiéndose a abandonar la plaza y a acabar las fiestas. Al rato Edurne propuso:

—¡Vamos a la iglesia de San Lorenzo!

—¿Para qué? —preguntó Rafael.

—A dejar los pañuelos en la puerta, claro —contestó Iñaki.

—Menuda tontería —dijo Rafael—. Una falsa tradición, yo no lo he hecho nunca, antes no se hacía.

—Las tradiciones están para inventarse y desinventarse —dijo Carlos—. Y esta ya va teniendo unos años. Sí, vamos, que yo tampoco lo he hecho nunca.

—Para mis hijos, ya es una tradición de toda la vida —dijo Iñaki—, el mayor el año pasado nos obligó a hacerlo.

Tras una breve discusión sobre si ir a San Lorenzo a dejar los pañuelos era una auténtica tradición con la que había que cumplir o una payasada todavía demasiado reciente que había que despreciar, en la que Rafael quedó en exigua minoría porque solo obtuvo el apoyo de Mikel y la abstención de Eva, decidieron encaminarse hacia allí. Les costó abrirse paso entre la muchedumbre que seguía llenando la plaza y, luego, embocada ya la calle Mayor, se encontraron también rodeados de más gente que iba en la misma dirección y con el mismo propósito. De pronto Rafael sintió que

le cogían del brazo. Al volverse vio que era Laura.

—¡Hola! ¿Qué tal? —saludó ella.

—¡Hola!

—¿Conoces a Ana?

—Creo que no. Encantado —Rafael saludó con dos besos a la amiga que acompañaba a Laura.

—¿Vais a San Lorenzo? —preguntó Laura, caminando junto a Rafael. El resto del grupo iba unos pasos por delante.

—Pues sí, allí mismo, a dejar los pañuelos. Bueno, yo en realidad no pienso dejar el mío, prefiero guardarlo para el año que viene.

—¡Mira que eres soso! Nosotras vamos a dejar el pañuelo, lo hicimos el año pasado, así que ya es costumbre inmemorial.

—Es que aquí se inventan las tradiciones con demasiada alegría.

—Esa es la gracia, inventarlas, si siguiéramos haciendo toda la vida lo mismo que nuestros abuelos estaríamos pintando todavía bichos en las cuevas de Altamira.

—¿Qué tal tu día de fiesta?

—¡Genial! He estado en todo, en el encierro, en los gigantes y en las barracas con mis sobrinos, hasta en la corrida, en el tendido de sol. De San Lorenzo me voy a casa, que estoy molida.

Llegaron al final de la calle. Delante de la puerta de la iglesia de San Lorenzo había una pequeña multitud que se iba turnando en acercarse a atar su pañuelo a la reja, ya repleta de pañuelos rojos, y a dejar las velas que todavía sobrevivían encendidas en el suelo. Rafael se quedó mirando cómo todos sus amigos, y también Laura y Ana, iban pasando para cumplir el ritual. Luego todos se retiraron unos pocos metros hacia el Rincón de la Aduana dejando sitio a la gente que seguía llegando.

—Pues se acabaron las fiestas oficialmente —dijo solemnemente Mikel.

—Ni hablar, todavía queda noche por delante —dijo Carlos.

—Eso será para otros —le replicó Eburne—. Tú y yo nos vamos a casa, que mañana, qué digo mañana, hoy nos tenemos que levantar pronto para ir a la playa. Como tarde a las doce quiero estar en Fuenterrabía.

—¡Serás aguafiestas! —dijo Carlos, aunque con poco convencimiento y dándose por derrotado. Los demás también empezaron a poner cara de despedida.

—Bueno, mañana ya no hay que vestirse de blanco —dijo Carmen—. Qué bonito es el día seis, pero a estas alturas ya cansa ir de uniforme tantos días.

—Hala, chicos, el año que viene más —dijo Lucía—. Aunque a ver si nos vemos un poco más a menudo a lo largo de este año.

—Eso, tenés que convocar más a menudo, Lucía, vos que sos la única buena organizadora —se sumó Eva. Los buenos propósitos de siempre, pensó Rafael, a ver en qué quedan pasada la euforia sanferminera. Comenzó una ronda de besos y de apretones de manos para despedirse.

—Bueno, pues nosotras también nos vamos —le dijo Laura a Rafael.

—¿Quieres que quedemos un día de esta semana próxima para dar una vuelta? —  
se decidió a proponerle él.

—Claro —respondió ella—. Te llamaré.





MIGUEL JOSÉ IZU BELLOSO (Pamplona, 1960) es un escritor, jurista y político español, cuya trayectoria profesional y política ha transcurrido en su comunidad natal, Navarra.

Licenciado en Ciencias Políticas y Doctor en Derecho. Ha desarrollado su vida profesional primero como abogado y luego como funcionario de la Administración de la Comunidad Foral de Navarra, actualmente como vocal del Tribunal Administrativo de Navarra, y como profesor universitario de Derecho Administrativo. Es autor de diversas publicaciones, sobre todo en temas jurídicos y políticos, entre sus principales monografías: *La Policía Foral de Navarra* (1991), *Hablando sobre la autodeterminación* (1999), *Navarra como problema. Nación y nacionalismo en Navarra* (2001), *15 años de Izquierda Unida de Navarra* (2002), *El Tribunal Administrativo de Navarra* (2004), *Derecho Parlamentario de Navarra* (2009), *25 años de Izquierda Unida de Navarra* (2011) y *El régimen lingüístico de la Comunidad Foral de Navarra* (2013). En 2010 recibe el Premio Martín de Azpilicueta por el trabajo *El régimen jurídico de los símbolos de Navarra*. También ha publicado dos recopilaciones de artículos de prensa, *Sexo en sanfermines y otros mitos festivos* (2007) y *Crisis en sanfermines y otros temas festivos* (2015). En 2014 publica su primera novela, *El asesinato de Caravinagre*, y en 2016 participa en el libro *24 Relatos navarros*, de la editorial Pamiela, obra que recoge otros tantos relatos de autores navarros contemporáneos. En 2016 es finalista de la XXI edición del Premio Fernando Lara de Novela con la obra *El crimen del sistema métrico decimal*.

Fue miembro del Partido Carlista entre 1976 y 1988, y de Izquierda Unida de Navarra

desde 1993, de cuya Comisión Ejecutiva formó parte entre 2004 y 2007. Entre 1995 y 1999 fue concejal por esta formación en el Ayuntamiento de Pamplona y en las mismas fechas Presidente de la Mancomunidad de la Comarca de Pamplona; entre 2003 y 2007 (VI Legislatura) fue miembro del Parlamento de Navarra.